

Merice Briffa

LA
LIEBRE
BLANCA



Lectulandia

Una inolvidable saga familiar ambientada en Australia a mediados del siglo XIX.

La novela cuenta la epopeya de la familia Collins, que se ve abocada a emigrar a tierras australianas desde Cornualles.

Meggan Collins tiene doce años cuando una historia de amor prohibido entre su hermana y un rico heredero provoca una tragedia en su familia.

En un intento de comenzar de nuevo, su padre decide que los Collins viajen al sur de Australia, donde empezarán trabajando en una de las grandes minas del país.

Pero el pasado y esa tierra indómita cambiarán la vida de los Collins para siempre. Un rico tapiz de personajes y aventuras tejido sobre una absorbente historia de amor.

Lectulandia

Merice Briffa

La liebre blanca

La familia Collins - 01

ePub r1.0

Titivillus 19.05.18

Título original: *The White Hare*
Merice Briffa, 2014
Traducción: Montserrat Batista Pegueroles
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

Cornualles, 1844

Meggan vio la liebre blanca un domingo que no había empezado de manera distinta a otro cualquiera. Aquel mismo día, además, vio a su hermana, Caroline, en brazos de Rodney Tremayne.

Los domingos nadie trabajaba en las minas y, después de misa, después de haber hecho los quehaceres en la cabaña, Meggan quedó libre para ir adonde quisiera. Y el camino la condujo más allá de los bosques de la finca de los Tremayne, hasta las antiguas piedras de los páramos altos desde donde podía mirar atrás y contemplar todo su mundo.

El pueblo era el centro de todo. Las casitas encaladas con techo de paja y juncos se acurrucaban al abrigo de las laderas del pequeño valle que descendía hacia el mar. Al borde de la orilla había otro grupo de casitas juntas y los rojos y azules de los botes de sus propietarios salpicaban de color la playa de guijarros. A la izquierda de Meggan, el camino descendía por delante de la iglesia, rodeaba la base del pueblo y volvía a ascender, pasaba junto a la casita de los Collins y seguía durante otra milla hasta la mina.

Los feos edificios de ladrillo rojo de Wheal Pengelly resultaban visibles en el extremo más alejado del pueblo, amontonados allí donde la casa de la máquina de vapor se alzaba en la pared del precipicio. Más allá de todo ello, más allá de los peñascos escarpados coronados en verano por una magnífica alfombra de flores silvestres, una brisa benigna engatusaba a la espuma de mar para que bailara alegremente sobre las olas de un gris verdoso. A lo lejos, una goleta de tres mástiles parecía estar inmóvil contra el horizonte.

La mansión de los Tremayne se hallaba justo por debajo de donde estaba Meggan, con sus cuatro torres de chimenea cuya altura desafiaba la de los árboles circundantes. Los fuertes robles y serbales proporcionaban un escudo que no dejaba ver la fuente de riqueza de los Tremayne. Sin dichos árboles, los ocupantes de la mansión podrían ver directamente la mina por encima del pueblo.

Aquel domingo de finales de agosto de 1844, la vida estaba llena de promesas para Meggan Collins. Tenía doce años y se hallaba a punto de realizar su mayor deseo. Bullía de excitación cuando salió de la casita.

Los páramos aún estaban cubiertos de los colores del verano, en tanto que el amarillo de las aulagas y el púrpura del brezo coloreaban el espacio entre las casitas del valle. El día no podía ser más hermoso, con el calor decreciente del verano y el último despliegue de las fragantes flores veraniegas; era un día para apreciarlo. También era un día para correr, rodar y bailar, y hacerlo con el placer desinhibido de la niñez.

Meggan les cantó a los pájaros y se rio alborozada cuando ellos le respondieron

con trinos o gorjeos. Vio unas cuantas liebres que se alejaban corriendo cuando intentaba acercarse a ellas con sigilo. Aquella noche iban a cenar liebre, guisada con zanahorias y nabos hasta que quedaba tan tierna que se te hacía la boca agua.

Meggan llegó a las piedras verticales y se dejó caer en la hierba, agradablemente sofocada por haber recorrido el último trecho del camino corriendo. Con la cabeza apoyada en las manos observó una nube solitaria de aspecto algodonoso que flotaba perezosamente en el cielo.

—Creo que eres feliz estando sola allí arriba, nubecilla, igual que yo soy feliz aquí. ¿Seguiré siendo feliz cuando no pueda ser libre como tú?

Su madre no dejaba de repetirle que recordara que estaba creciendo, que ya no era una niña para andar corriendo por los páramos como una gitana. En muchos aspectos, Meggan no quería crecer, sobre todo desde que, hacía dos meses, su cuerpo la había obsequiado con la prueba irrefutable de que su niñez iba a quedar atrás.

Era en esos cambios que habían tenido lugar, y en los que estaban a punto de tener lugar en su vida, en lo que pensaba entonces. Estaba observando un petirrojo que revoloteaba por el brezal cuando vislumbró una mancha blanca. Pasó con tanta rapidez que al principio no cayó en la cuenta de a qué criatura pertenecía aquel pelaje blanco.

—¿Una liebre blanca? —susurró al tiempo que se acodaba con cautela—. ¿Estaré viendo visiones? —Meggan no sabía de nadie que hubiera visto una liebre blanca.

Inmóvil, sin hacer ruido, esperó a que volviera a aparecer. Al ver que no lo hacía, rodeó a gatas y con cuidado la piedra vertical más próxima. Atisbó por detrás de ella y apenas pudo contener un grito ahogado. La liebre, más blanca que la espuma del mar, estaba sentada a menos de dos metros de distancia. En cuanto el animal percibió la presencia de la niña, agitó sus largas orejas y se perdió de vista rápidamente. A Meggan se le puso la piel de gallina y un escalofrío le recorrió la espalda.

—Otra vez el augurio. —Empezó a recordar la leyenda, así como todas las historias que le habían contado sobre el desastre de 1836, cuando habían resultado muertos nueve mineros. Muchos afirmaban que entonces se había visto una liebre blanca. Y, aunque se decía que el hombre que había parloteado casi con incoherencia sobre el presagio de tragedia que había visto era bastante simplón, las mentes supersticiosas se creyeron la relación. ¿Acaso no habían empezado a cavar en el túnel derrumbado, para recuperar los cuerpos de los mineros que habían fallecido, la misma mañana en que aquel imbécil había entrado a trompicones en la posada para hablarle a todo el mundo de la liebre blanca de los páramos?

El sentido común de Meggan, que no era menos supersticiosa que cualquier otra muchacha de Cornualles, calmó el susto inicial. Se puso de pie a toda prisa y fue en la dirección que había seguido la liebre. Mientras consiguiera no perder de vista al animal podría estar segura de que era una criatura de carne y hueso. Se dijo que, si se trataba de algún mal presagio, lo más seguro era que se desvaneciera. Las liebres de verdad tenían madrigueras. Meggan estaba decidida a encontrar la madriguera de la

liebre blanca.

Meggan consiguió seguir el rastro del animal durante un rato, abriéndose paso a través de las zarzas y trepando por las rocas para seguir su camino. En ocasiones la liebre desaparecía y volvía a aparecer en cuestión de segundos con sus largas orejas tensas, como si notara la presencia de la niña.

—Es como si quisiera que la siguiera —susurró para sí, pues la curiosidad había desterrado por completo cualquier temor supersticioso.

Cada vez que la liebre avanzaba corriendo, Meggan iba tras ella con todo el sigilo del que era capaz. La falda se le enganchó en una zarza y, por miedo a rasgarla, se entretuvo a desenganchar la tela con cuidado. No solamente tendría problemas con su madre si se rompía la falda, sino que además tendría que arreglarla con sus propias manos. Y coser era la tarea que Meggan más detestaba, por encima de todas las demás. Cuando liberó la falda de los pinchos y volvió a alzar la mirada, vio que la liebre se adentraba en el bosque de los Tremayne y desaparecía.

Meggan no estaba dispuesta a renunciar a su búsqueda y entró corriendo en el bosque sin pararse a pensar en que lo estaba haciendo sin autorización. Se le aceleró el corazón cuando vio una mancha blanca inmóvil. Con el sigilo de un cazador, Meggan se agazapó y avanzó despacio y con cautela. La liebre no se movió. Cuando estuvo más cerca vio que aquello no era la liebre.

La mancha blanca eran las enaguas de Caroline, sus mejores enaguas de domingo, tiradas en el suelo junto a su vestido. Al lado había prendas masculinas. Meggan enseguida vio que la pareja desnuda estaba haciendo lo que solo debían hacer un marido y su mujer en el lecho conyugal. Apretó los puños y se llevó rápidamente los nudillos a la boca justo a tiempo de evitar el grito ahogado que hubiera delatado su presencia. Identificó de inmediato al joven cuyo cuerpo se movía encima del de Caroline, en torno a cuya espalda se aferraban los brazos de su hermana con la boca apretada contra sus labios. En Pengelly no predominaban las personas rubias. El pelo de Rodney Tremayne era del color del trigo, casi igual que el de Caroline.

Mientras la asustada mente de Meggan asimilaba aquella información, Rodney soltó un grito y se estremeció. Caroline también gritó, y su exclamación tenía un tono que parecía de dolor. Se arqueó contra su amante y se abrazaron con una ferocidad que provocó una sensación sumamente peculiar en las entrañas de Meggan. Una sensación que no había experimentado nunca. Se dio cuenta de que tenía el corazón palpitante y el cuerpo tembloroso. Meggan retrocedió en silencio sin aflojar los puños de la boca para contener cualquier sonido que pudiera salir de ella e intentó contener unas repentinas ganas de vomitar.

Echó a correr con toda la rapidez de la que fue capaz, lejos de la liebre blanca, lejos de Caroline y su amante, volvió a cruzar los páramos llanos, recorrió el terreno escabroso entre la mansión Tremayne y el pueblo y bajó por el sendero del acantilado con una prisa peligrosa. La diminuta cueva arenosa era su refugio, un lugar al que no iba nadie.

Una vez allí trepó por el peñasco hacia su escondite especial, detrás de una roca grande donde la arena era cálida, donde podía cerrar los ojos y oír tan solo el embate del mar. Sin embargo, por mucho que lo intentara, no podía apartar de su mente la imagen de los amantes. Meggan sabía perfectamente lo que habían estado haciendo, aunque hacía muy poco que había adquirido esos conocimientos.

Se limitó a quedarse agachada durante un largo rato, tapándose la boca con las manos para contener las náuseas y con los ojos cerrados con fuerza para resistir lo que sabía y no quería saber. Pero no desaparecía, así como tampoco el miedo de que existiera alguna relación entre haber visto la liebre blanca y el posterior descubrimiento de los amantes.

No obstante, no era tan solo miedo lo que había hecho que se dirigiera a aquel refugio. En aquellos momentos, en su guarida especial entre las rocas, allí donde el implacable viento marino no podía alcanzarla y el batir de las olas era como el eco de los fuertes latidos de su corazón, el miedo atenazaba su estómago con un fuerte nudo. Allí, en la playa, estaba quizá más compenetrada con la naturaleza que cuando vagaba por los páramos. O tal vez lo que pasaba aquel día era que el estruendo primitivo de las olas al romper contra las piedras grises, acompañado por el fluir y refluir del agua en la arena, estaba más en armonía con la turbulencia de sus pensamientos.

El sol calentaba las rocas entre las que Meggan estaba sentada de la misma forma que calentaba la hierba suave sobre la que se había tendido hacía muy poco. Meggan se estremeció a pesar del calor. Acurrucada con las rodillas contra el pecho, rodeándolas con los brazos y con la barbilla apoyada en su falda de sarga gris, deseaba olvidar lo que había visto al tiempo que recordaba vivamente todos los detalles.

Al pensar entonces en la forma en que Caroline y Rodney Tremayne habían estado juntos volvió a invadirla aquella misma sensación extraña. Hacía que tuviera ganas de ponerse la mano entre las piernas y apretar, allí donde nunca jamás se había tocado. Pero aquello no estaba bien. Estaba tan mal como lo que le había visto hacer a Caroline. Sobre todo con Rodney Tremayne. Meggan se preguntó por qué Caroline habría hecho eso cuando todo el mundo sabía que su hermana iba a casarse con Tom Roberts. Igual que sabía todo el mundo que los ricos propietarios de tierras y minas no se casaban con chicas de familias mineras pobres. Meggan se arrebuja más, haciéndose un ovillo. No podía salir nada bueno de aquel encuentro secreto, ni de su fornicación en el bosquecillo. Tom se enfadaría muchísimo si se enteraba. Todo el mundo conocía el genio vivo de Tom. Era un hombre orgulloso. ¿Podía ser también un hombre violento, como su padre? ¿Acaso era eso lo que le había estado advirtiendo la liebre blanca? El miedo hizo que Meggan se estremeciera otra vez.

Tom no debía enterarse nunca del engaño de Caroline. ¿Pero qué iba a hacer ella, Meggan? ¿Decirle algo a Caroline? ¿Contárselo a sus padres? ¿Debía mencionar siquiera la liebre blanca a alguien?

Meggan lamentó no ser mayor, con suficiente experiencia para saber qué hacer. Deseaba no haber visto a la liebre blanca. Lamentaba especialmente haber visto a Caroline y a su amante. Y sobre todo, deseaba poder dejar de imaginárselos, dejar de sentir esas sensaciones extrañas en un lugar en el que no debería tener ninguna sensación.

Cuando Meggan había empezado a sangrar, Caroline le había explicado discretamente de qué iba todo eso.

—A mí nunca me explicó nada mamá. No querría que tuvieras temores ridículos por no saber por qué sangras.

Meggan, curiosa como siempre, había pedido más explicaciones sobre la forma en que los hombres y las mujeres hacían bebés.

Caroline se había puesto muy colorada.

—Ya sabes lo que le ocurrirá a tu cuerpo y por qué, y es todo lo que voy a contarte. Vas a ser muy hermosa, hermanita. No te fíes de los hombres que intenten hablarte con dulzura sin querer casarse contigo.

Todas esas cosas había dicho Caroline, y sin embargo allí había estado, con Rodney Tremayne. Y, por lo que Meggan se figuraba, encima lo había disfrutado. A Meggan se le hizo un nudo en el estómago al pensar en lo que ocurriría si alguna otra persona los había descubierto. Casi seguro que ella también sufriría las consecuencias. La desgracia que Caroline acarrearía a la familia sin duda impediría que Meggan fuera a la mansión para trabajar... y para cantar.

¿Cómo podía su hermana llegar a ser tan estúpida y egoísta? ¿Y qué pasaba con Tom Roberts, que durante los últimos doce meses había hecho saber que deseaba convertir a Caroline en su esposa? El joven tenía la aprobación de sus padres y solo esperaba a que Caroline accediera. Ahora Meggan ya sabía por qué su hermana no había dicho que sí.

El ruido de dos gaviotas que se peleaban interrumpió los pensamientos de Meggan. Por norma general se hubiera reído de los pájaros pero tuvo la sensación de que se burlaban de ella. En un arrebato de furia, y con lágrimas cálidas que hacían que le escocieran los ojos, les gritó que se marcharan. Lo único que quería era estar completamente sola. Se frotó los ojos con los nudillos y se acurrucó de nuevo.

Meggan permaneció un rato encorvada, hecha un ovillo, llena de tristeza, llorando en silencio, hasta que tuvo semejante lío en la cabeza que no podía desenmarañar sus pensamientos. Las emociones la angustiaban y sabía que todo iba a cambiar... para peor.

Levantó la cabeza de las rodillas, la echó hacia atrás y la apoyó en las rocas al tiempo que empezaba a cantar en voz muy baja para sí misma. Poco a poco el canturreo se convirtió en la letra de una canción. A Meggan le encantaba la melodía evocadora de *Greensleeves*, que en aquel momento parecía adaptarse a su estado de ánimo. Cantar la ayudaba. Su confusión desapareció con la canción y el placer que siempre le proporcionaba cantar contribuyó a desterrar sus atribulados pensamientos.

La pureza y la nitidez de la voz joven, que se elevaba en el aire más allá de las rocas, cautivaron el oído del hombre que caminaba por el otro lado de la cueva, absorto en sus pensamientos hasta aquel instante. Él también era consciente del encuentro de su hermano adoptivo, menor que él, con la hija de uno de los jefes de cuadrilla de la mina. Aunque lo que podía esperarse de cualquier muchacho era que anduviera por ahí de picos pardos, la principal preocupación de Con Trevannick era que un joven sensible de diecinueve años podía imaginarse estar experimentando un amor profundo y perdurable en su primer encuentro amoroso.

Y luego estaba la propia Caroline Collins. A diferencia de algunas de las otras solteras de la mina, ella no era de las que entregaban su cuerpo sin reservas. Con siempre mantenía el oído atento cuando iba por la mina. A raíz de unas bromas más bien lascivas, sabía que le había dicho a Tom Roberts que no iba a recibir favores de ella antes de estar casados. Por lo que Con sabía de ella, Caroline era una chica callada de carácter dulce. La persona perfecta para sacar a la luz las mejores cualidades de Tom Roberts y subvertir las menos deseables. Todo lo cual suscitaba preguntas incómodas en la mente de Con, sobre la relación entre Rodney y Caroline. Su esfuerzo por encontrar las respuestas correctas a dichas preguntas lo había mantenido sumido en sus pensamientos, hasta que oyó el canto.

En un primer momento creyó que su imaginación le estaba jugando una mala pasada. Se detuvo a escuchar. Se sintió profundamente conmovido por la letra evocadora, cantada con verdadera emoción y con la voz más pura que había oído nunca. El único recuerdo que Con Trevannick tenía de su madre era el de su canto. El rostro de su madre no era más que una sombra en su mente, pero Con sabía que ella siempre estaba cantando.

Permaneció inmóvil unos momentos, cautivado, con una sonrisa en los labios, disipados sus pensamientos sobre los jóvenes amantes. Con escudriñó la playa con la mirada para intentar descubrir a la persona que cantaba. No se la veía por ninguna parte y el anfiteatro natural que formaban los acantilados le daba un tono etéreo a la melodía. Movidado por la curiosidad, se dio la vuelta y recorrió la playa en dirección a la voz. Tanto si se trataba de un duende inmortal como de un humano, él deseaba contemplar al ser cuya voz tenía la pureza de la de un ángel.

Cuando determinó que el sonido provenía de algún lugar por detrás de las rocas, avanzó hacia ellas sin hacer ruido, pues de ningún modo quería sobresaltar a la cantante. La encontró sentada, con la cabeza hacia atrás apoyada en la roca y los brazos en torno a las rodillas levantadas. Tenía los ojos cerrados, cosa que hacía pensar que se había entregado por completo a su canción. Su juventud resultó inesperada. ¿Cómo podía alguien tan joven infundir un sentimiento tan profundamente conmovedor a las palabras? Sin duda aquel cuerpo de niña albergaba una madurez que iba más allá de su edad.

Sorprendido al descubrir que no era más que una niña, consideró su identidad.

Como ella aún no se había dado cuenta de su presencia, aprovechó la oportunidad para sentarse en una roca a poca distancia para examinarla. Con no la reconoció. Que él supiera, en las minas no había ninguna joven que poseyera un cabello negro tan brillante como aquel. No había duda de que la chica tenía mucho talento. Una voz tan pura era poco común. Sin embargo, lo que más le intrigaba era el hecho de que alguien tan joven fuera capaz de infundir tanta emoción a la letra. Pensativo, se dijo que sin duda los dioses la habían favorecido. Con esa mata de pelo negro y unos rasgos perfectamente proporcionados, sería una belleza cuando creciera. Una belleza apasionada, si uno se dejaba guiar por su canto. Con se estaba preguntando de qué color tendría los ojos cuando, quizá al percatarse de su presencia, la muchacha los abrió de repente y la canción murió en sus labios.

Ojos castaños. Casi negros. Bajo unas gruesas cejas sesgadas. Unos ojos expresivos que lo miraron fijamente con una mezcla de resentimiento y cautela en tanto que sus mejillas se tiñeron de un delicado rubor.

Con sonrió. La chica no le devolvió la sonrisa.

Al cabo de un momento su expresión cambió y se hizo evidente que había reconocido la identidad del joven. Él creía poder entender su rubor, pero no el temor que vio entonces en sus ojos. Volvió a sonreírle en un esfuerzo por tranquilizarla. Quería oírla cantar un poco más. Las palabras que le dirigió fueron un poco burlonas y contenían una pregunta oculta.

—Pensé que iba a encontrarme una sirena, o por lo menos una ninfa marina. En cambio, me encuentro a una encantadora chiquilla de las minas.

La respuesta de la muchacha fue del todo inesperada. El hecho de que el rubor de sus mejillas se intensificara era indudablemente atribuible al enojo.

—Yo no soy una chica de las minas. Soy cantante.

—Y con mucho talento —se apresuró a afirmar Con, consciente de que la había ofendido de algún modo. Esa chica lo intrigaba cada vez más, y estaba claro que era del pueblo. Tal vez fuera la hija de uno de los pescadores. Quiso calmar su enfado con una sonrisa tranquilizadora—. Por favor, canta otra vez. Estaba disfrutando mucho escuchándote.

Una sacudida de la cabeza y la tozuda compresión de sus labios dieron la respuesta a Con.

—¿Pero me dirás quién eres? —le preguntó en un tono suave de confianza para asegurarse que no tenía intención de hacerle ningún daño.

Por un momento, a juzgar por el brillo de sus ojos y por la forma en que sus labios se separaron, pensó que la joven le diría que su identidad no era asunto suyo. En cambio, los labios separados volvieron a apretarse formando la viva estampa de la testarudez. Con, a medio camino entre divertido por la enérgica muchacha y más intrigado todavía, lo intentó de nuevo:

—¿Tú sabes quién soy yo?

La chica asintió con la cabeza mientras, una tras otra, cruzaban por su rostro toda

una serie de expresiones, hasta que bajó la mirada. En contraste con el ardor del que había hecho despliegue hacía tan solo unos momentos, la chica bajó la voz.

—Eres... es... el señor Trevannick.

Con se percató de su consciente corrección de la gramática. No era una inculta. Lo cual resultaba aún más intrigante.

—¿Y cómo es que me conoces si no trabajas en la mina?

—Mi padre es jefe de cuadrilla.

—Ah, claro. —Cayó en la cuenta de quién era—. Eres la pequeña Meggan Collins.

La barbilla respingona se alzó. Los ojos oscuros destellaron de indignación.

—No soy pequeña. Soy... tengo doce años.

—Perdóname —le rogó Con, incapaz de contener la risa en su voz. Aquella chica poseía un rostro maravillosamente expresivo. Empezaba a entender por qué era capaz de poner tanto sentimiento en su canto. Tanta pasión para lo niña que era. Con un temperamento semejante y la promesa de una belleza poco común, el joven sabía que, dentro de pocos años, la muchacha tendría un montón de pretendientes. Respondía a cada una de sus miradas con otra y no estaba haciendo ningún esfuerzo por disimular su resentimiento—. No era mi intención ofenderte, Meggan. Jenny es un año mayor que tú y sin embargo aún pienso en ella como en una niña.

Con la mención de su hermanastra, el resentimiento que mostraba el rostro de la chica fue reemplazado de inmediato por orgullo y curiosidad.

—Voy a ser compañera de la señorita Tremayne. ¿Es agradable de verdad?

—Jenny es muy dulce. Es muy tierna y simpática. Te caerá bien.

—Eso espero.

Con observó a la chica un momento. Sin duda estaba contenta con el cambio que estaba a punto de tener lugar en su vida.

—¿Cómo es que vas a venir a la mansión para ser compañera de Jenny en lugar de enviarte a trabajar a la mina?

—Es lo que mi padre desea.

—¿En serio? —Con estaba sorprendido. A pesar del afecto que le tenía a su padre adoptivo, no se imaginaba a Phillip Tremayne dejándose persuadir para satisfacer las ambiciones de su jefe de cuadrilla. Phillip era muy consciente de la posición de los Tremayne y la de las familias que trabajaban sus fincas y su mina. A menos que detrás de aquel acuerdo hubiera algo más de lo que parecía a simple vista—. ¿Tu padre cree que te irá mejor siendo doncella?

En esta ocasión la barbilla se inclinó con orgullo.

—Voy... —Hizo una pausa y un rubor de timidez coloreó sus mejillas. Bajó los párpados y se mordió el labio inferior. Volvió a hablar más lentamente, una vez más consciente de su lenguaje—. Voy a compartir las lecciones de canto con la señorita Tremayne. Mi padre cree que tengo talento.

—Yo también pienso que tienes un gran talento. Vas a eclipsar a Jenny con

creces. Ella tiene una voz muy dulce. Tú tienes la fortuna de poseer un don poco habitual.

A la chica se le iluminó el rostro de alegría.

—Gracias, señor. Estoy deseando que llegue la semana que viene, que es cuando vuelve la señorita Tremayne y yo voy a la mansión.

Con sonrió. Era una chiquilla encantadora.

—Creo que ahora yo también voy a estar deseando que vengas. —Se puso de pie y caminó hacia ella—. No te pareces nada a tu hermana, ¿verdad? —comentó al acordarse de la cuestión que lo había preocupado hacía muy poco. Aunque era consciente de que había fruncido el ceño, la reacción de Meggan lo dejó perplejo.

Dejó caer la mano que tenía extendida cuando vio que la joven se encogía contra la roca con un miedo inconfundible en los ojos. Con se detuvo.

—No tenía intención de hacerte daño, Meggan. Solo te ofrecía la mano para ayudarte a ponerte en pie.

—No necesito su ayuda —afirmó la muchacha, y se levantó con rapidez para demostrarlo—. Me voy a mi casa.

—Espera. Te acompañaré. Para asegurarme de que no te pasa nada.

Meggan se volvió a mirarlo.

—Tampoco voy a necesitar su protección. —Y había tanto veneno en su afirmación que, antes de que Con pudiera recuperarse del sobresalto, la muchacha ya había salido rápidamente de entre las rocas y corría hacia el sendero del acantilado.

Sin tener ni idea de qué era lo que había precipitado su huida, el joven observó su ágil ascenso por el sendero mientras el sol brillaba en su cabellera, que relucía como el ala de un cuervo. Se preguntó si los invasores españoles se habrían contado entre los antepasados de la chica, igual que se contaban entre los suyos. Ella tenía los ojos mucho más oscuros que los suyos y el cabello negro de verdad, un color poco frecuente.

De modo que aquella niña apasionada era la que habían contratado para que fuera compañera de Jenny. Quizá era justo la persona que necesitaba su hermana adoptiva para sacarla de su reservado caparazón. Se preguntó cuánto tiempo iba a permanecer la chica en la mansión y se encontró con que esperaba que fuera mucho. Quería conocerla mejor. Se sorprendió a sí mismo al pensar que para cuando Meggan Collins tuviera diecisiete años él tendría treinta.

Meggan se detuvo en lo alto del sendero, y los fuertes latidos de su corazón parecían estar en común acuerdo con el batir de las olas contra el acantilado por debajo de ella. Cada vez le resultaba más trabajoso respirar, más de lo que era normal en su ascenso por el sendero empinado. Pero claro, normalmente no subía corriendo con tanta prisa. Al volver la vista atrás, vio que el hombre, Con Trevannick, continuaba mirándola.

Confusa y resentida, se volvió de nuevo con rapidez y se apresuró a seguir

adelante. Cuando tuvo el pueblo a la vista, el flato la obligó a aminorar el paso. Consciente de que si llegaba a casa en semejante estado se ganaría una reprimenda por parte de su madre, Meggan se sentó en una roca para recuperar el aliento, tranquilizarse un poco y parecer un poco más respetable.

Su tarde especial, que tan maravillosamente bien había empezado, se había estropeado de forma irremediable. Meggan sabía que cuando fuera la compañera de la señorita Jenny Tremayne ya no podría correr libremente por los páramos. Por eso había querido sacar el máximo provecho de aquella tarde en concreto, de su libertad para vagar por dondequiera que eligiera hacerlo. En tan solo dos semanas se mudaría desde su agradable casita a lo que imaginaba que sería la grandiosidad austera de la mansión Tremayne.

Los planes que se habían hecho para su futuro, en tanto que llenaban a Meggan de una expectación sumamente embriagadora, seguían teniendo ciertas trazas como de un sueño. No podía ni imaginarse cómo se llegó a ese acuerdo. Ella, la segunda hija de Henry Collins, la de en medio de cinco, iba a convertirse en compañera de la señorita Jenny Tremayne, la única hija del hombre que era dueño de Wheal Pengelly; el hombre que daba trabajo a su padre, a su hermano y hermana mayores, y que algún día también pagaría el salario de sus hermanos pequeños.

Meggan no tenía muy claro cómo se sentía en realidad sobre el cambio de situación que le habían propuesto. Solo había visto a la señorita Tremayne desde lejos. Pero con una noción muy vaga de la diferencia de su clase social, ella imaginaba que la chica sería muy correcta y formal y que esperaría que la hija de un minero fuera más una doncella que una compañera.

Meggan, que no tenía ningún deseo de estar a la entera disposición de nadie, se sentía un tanto inquieta con la idea de la servidumbre. Ya le costaba bastante amoldar su espíritu libre a las normas de comportamiento dictadas por sus padres. ¿Acaso no estaba siempre metida en líos por una cosa u otra? Sobre todo con su madre. Ella hubiera rogado y suplicado a su padre que no la mandara fuera, de no ser...

De no ser... ¡Oh, sí!... de no ser porque iba a compartir las clases de música con la señorita Jenny Tremayne. Iba a aprender a tocar el piano. Y lo mejor de todo, iba a dar clases con un profesor de canto como era debido. Le enseñarían a utilizar el don de su voz. Por una oportunidad como aquella, para hacer realidad su sueño de convertirse en una gran cantante, Meggan prometió que aceptaría, con modestia, todas las órdenes que se le dieran.

Se veía cantando para los invitados de la mansión y aplaudida por su talento, unas agradables visiones que desterraron sus pensamientos más agitados. ¡A quién le importaba cómo era que había tenido tan buena suerte! Lo único que importaba era que la había tenido, aunque su madre no lo aprobara. No obstante, su padre sí estaba de acuerdo y Meggan no tenía ninguna duda de que él había tenido algo que ver en sus planes de futuro. Con frecuencia había declarado que su Meggan no iba a trabajar nunca en la mina, aun cuando Caroline se había convertido en una chica de las minas

y se había unido a las demás en la tarea de clasificar los minerales extraídos cuando dejó la escuela a la edad de doce años.

Henry Collins había insistido en que todos sus hijos recibieran educación y no quería ni oír hablar de que alguno de ellos dejara la escuela antes de cumplir los doce años. Meggan apreciaba su educación más que cualquier otro de sus hermanos. Ella nunca iba a conformarse con pasarse la vida en una pequeña aldea de Cornualles cuando había tanto mundo por ver.

Una gran liebre marrón pasó junto a ella con un correteo y se llevó consigo los agradables ensueños con los que Meggan se había estado consolando. Una vez más le sobrevinieron los pensamientos sobre Caroline, Rodney Tremayne y la liebre blanca. Seguía sin tener ni idea de lo que debía hacer, si es que tenía que hacer algo.

Además, estaba confundida por haber pensado, cuando el señor Trevannick se acercó a ella, en las cosas que los hombres les hacían a las mujeres. Por un momento se había asustado de verdad y no sabía por qué se le había metido en la cabeza una cosa así. Esperaba de verdad que, cuando fuera a vivir a la mansión Tremayne, no tuviera que pasar demasiado tiempo en su compañía.

La agradable ilusión de Meggan por su futuro había decaído tristemente. El señor Trevannick la asustaba. Rodney Tremayne se estaba aprovechando de Caroline y Meggan se convenció de que la señorita Jenny Tremayne sería una absoluta consentida y una persona sumamente horrible. Al fin y al cabo, daba igual lo bien que cantara Meggan, no era más que la hija de un minero. Se dejó llevar por un impulso descabellado y deseó fervientemente que ocurriera algo que le impidiera ir a la mansión. Podía convertirse en una gran cantante, y de hecho se convertiría en una gran cantante, sin la caridad de los Tremayne. Con esa firme determinación, Meggan respiró hondo y continuó el camino de vuelta a casa.

Henry Collins estaba sentado en su butaca del diminuto salón leyendo un periódico de Truro. Aunque por nacimiento y herencia estaba destinado a llevar la vida de un minero, Henry había lamentado a menudo no haber encontrado, en su juventud, el valor de desafiar a su padre y escapar al mar. En cambio, se las había arreglado para aprender a leer y escribir para así, a través de la palabra escrita, poder escapar de algún modo a los vínculos de su linaje.

Él había querido que sus hijos tuvieran educación con la esperanza de que hallaran por sí mismos una forma de vida mejor. Los chicos, aunque se mostraron lo bastante diligentes como para aprender a leer y escribir, parecían todos satisfechos con la perspectiva de llevar una vida de minero. Caroline había sido una estudiante renuente, más dispuesta a ayudar a su madre que a leer con su padre. Meggan era la única que había asimilado los conocimientos con entusiasmo, consciente del hecho de que el mundo era mucho más que la aldea de Pengelly y su mina.

El hombre alzó la mirada con una sonrisa cuando la niña entró en el salón. Era la

sonrisa especial que siempre tenía, solo para ella. Aunque él nunca lo había admitido con palabras, Meggan sabía que era la favorita de su padre. Parecía haber un vínculo especial entre ellos, uno que Meggan nunca había experimentado con su madre. Era a Caroline a quien su madre adoraba. A Caroline y también al pequeño Tommy. La mayor y el menor. Quizá se debiera a que ambos eran rubios como su madre en tanto que Meggan, Will y Hal eran morenos como su padre.

—¿Has estado en los páramos otra vez, cariño?

—Sí, papá. Cuando vaya a la mansión Tremayne ya no podré ir más.

—Tendrás medio día libre cada dos semanas.

—¿Y cuándo te veré? —Su separación iba a ser lo peor de marcharse de casa. Le tembló el labio y bajó la mirada a las manos que estaba retorciendo.

—Ven aquí, cielo. —Su padre se dio unas palmaditas en la rodilla, en la que con frecuencia había mecido a su pequeña Meggan. Desde que había crecido demasiado para que pudiera hacerlo, la niña había tomado por costumbre sentarse en el suelo junto a su silla, con las manos en sus rodillas y mirándolo mientras hablaban, o con la cabeza apoyada en ellas mientras compartían un silencio amigable, o escuchándolo cuando hablaba de los sueños de su juventud—. Vamos, ven a contarme lo que has hecho hoy, lo que viste.

Era una petición muy inocente, porque Meggan siempre encontraba algo de interés que relatar, aun cuando solo fueran las gracias de los reyezuelos en los arbustos, la forma en que un lagarto se había escabullido por el suelo o una hormiga que se había esforzado para llevar una semilla de hierba hasta el nido. Por un momento Meggan estuvo tentada de soltarlo todo, de contarle a su padre lo de Caroline, lo de Rodney Tremayne y sobre todo lo de la liebre blanca. Tenía muchísimas ganas de contárselo a alguien, de compartir aquella carga que le pesaba en el corazón.

En cambio, se acomodó a los pies de su padre y apoyó la mejilla contra su muslo para que así no pudiera verle la cara ni ninguna expresión que la traicionara. Porque sencillamente no podía alejar de sí los recuerdos de aquella tarde.

—Papá, cuéntame... —hizo una pausa.

—¿Qué quieres que te cuente, cariño?

—¿Porqué el señor Tremayne me eligió a mí para ser la compañera de su hija? ¿Por qué no Sara Merton o Jenna Gribble? Seguro que la hija del pastor es más apropiada. Jenna es callada y obediente y Sara es la más lista de las tres. Y hasta cose maravillosamente bien.

Un lamento que hizo reír a Henry Collins.

—Mi querida Meggan, no te hagas de menos. Eres igual que cualquier chica de este pueblo y mucho más inteligente que la mayoría. Y tienes, en tu voz, un don excepcional. Ya hemos hablado antes de esto, cariño. Tienes el talento para convertirte en una gran cantante.

—Un talento que heredé de tu madre.

—Sí. Era una cantante maravillosa.

—Háblame de ella.

—Ya conoces la historia.

El hombre hizo unos momentos de pausa y Meggan sabía que ambos tenían la misma imagen en la cabeza, la de una mujer hermosa que tenía embelesada a la audiencia con su voz en tanto que un hombre resentido se había quedado en Cornualles con un hijo pequeño.

—Cuéntame otra vez cuando fuiste a Londres.

—Fue hace mucho tiempo. Era más joven de lo que tú eres ahora. Ella vino a Helston y envió a buscarme. Mi padre no quería que fuera pero yo quería verla. Yo tan solo tenía tres años cuando ella se marchó de Cornualles.

—¿Te acordabas de ella?

—Sí. Iba vestida con ropa elegante y me pareció la persona más hermosa que había visto nunca. «He venido a llevarte a Londres conmigo», me dijo. «Tu padre está de acuerdo». No la creí pero me emocionaba la idea de viajar hasta Londres.

—¿De verdad no querías quedarte en Londres, papá?

—Bueno... Era un lugar emocionante y yo estaba muy orgulloso de mi madre. La gente se apiñaba en torno a ella continuamente. Pensaba en mi padre, solo en Cornualles, muy amargado ya porque su esposa lo había dejado. Yo era la única persona que tenía en el mundo. Me necesitaba más que mi madre.

—¿Te pusiste triste cuando ella murió?

—Triste porque una voz tan maravillosa tuviera que perderse tan joven.

—¿Mi voz es igual de buena?

—Tu voz es aún más pura si cabe. Es por eso que vas a ir a la mansión. El señor Tremayne, aunque algunos lo consideren orgulloso y áspero, es un hombre con cultura. Tiene una gran pasión por la música, Meggan. Su hija ha estado sin madre estos tres últimos años. Él considera importante que tenga una compañera de su misma edad.

—¿Y no es raro que una compañera comparta las lecciones de canto y danza de su señora? Dijiste que también iba a aprender francés con la señorita Tremayne.

—Cierto. Y más adelante, espero, también aprenderás italiano y alemán. Para cantar las grandes óperas necesitarás conocer los idiomas. Habrá visitas a Londres. Cuando seas mayor, tal vez haya incluso un viaje al continente.

—Estos sueños, papá, parecen... —añadió Meggan, que de pronto tuvo miedo de lo que podría significar la aparición de la liebre blanca— demasiado hermosos para convertirse en realidad.

—Nunca pierdas de vista estos sueños, Meggan. Sea lo que sea lo que te depare la vida, sean cuales sean los sufrimientos que encuentres en tu camino, sé siempre fiel a ti misma. No abandones nunca tus sueños solo para ser lo que otra persona quiera que seas.

—¿Tal como hiciste tú, papá?

—Tal como hice yo.

—¿Alguna vez lamentaste haberte quedado en Cornualles para ser minero en lugar de viajar por el mundo?

—Algunas veces, quizá, antes de que tú nacieras. —Le acarició el pelo con la mano. Meggan sintió el gran amor que fluía entre ellos y el peso de su mente empezó a aliviarse. Su padre lo entendería. Él sabría qué hacer. Se lo contaría. Ahora mismo.

—Papá, esta tarde...

Su madre entró en la habitación con las mejillas brillantes de enojo.

—Hoy te lo has tomado con calma, jovencita. Si llegas a tardar más ya estaría preocupándome por ti. ¿Sabes dónde está tu hermana? Ya casi es hora de cenar y todavía no ha vuelto a casa. Cuando aparezca me va a oír. Bueno, vamos, mujer, necesito que me ayudes con la cena.

Meggan se puso de pie rápidamente. Su madre nunca había entendido el vínculo especial entre padre e hija. Meggan pensaba que a veces incluso le molestaba. La mirada que le dirigió a su esposo fue de desaprobación y Meggan, al ver la cansada aceptación en el semblante de su padre, tuvo ganas de consolarlo de algún modo. Su madre pensaba que leer era una pérdida de tiempo, al igual que no creía necesario que sus hijas aprendieran nada más aparte de la habilidad de escribir bien sus nombres.

A Meggan siempre le había parecido que entre sus padres había muy poco afecto verdadero. En aquel momento notó que le subían los colores porque le había vuelto la imagen de los amantes y no podía ni imaginarse que su madre y su padre hubieran estado alguna vez de esa manera. Pero debían de haberlo estado, si no ella no estaría allí, ni sus hermanos tampoco, ni Caroline.

Enseguida se quitó de la cabeza esas ideas.

—Lo siento, mamá. Bajé a la playa.

—¿Viste a tu hermana en alguna parte?

Meggan dijo que no con la cabeza con la ferviente esperanza de que su rostro no la delatara. Y tuvo que esforzarse mucho por mantenerse inexpresiva cuando Caroline entró en la cocina al cabo de unos minutos.

—¡Ya era hora! —dijo Joanna—. ¿Dónde has estado toda la tarde? ¡Espero que no hayas estado coqueteando con Tom Roberts antes de casarte!

—Pues claro que no, mamá. Sabes que no haría eso.

Meggan alzó la vista de las patatas que estaba pelando, y al mirarla de reojo se fijó en que al menos su hermana tuvo la decencia de ruborizarse.

—Fui a hacerle una visita a Mary. Pero no estaba en casa y la vieja señora Ryan se encontraba mal y quería tener un poco de compañía. Cada vez que me levantaba para marcharme me rogaba que me quedara un poco más. Creo que le gustan mis visitas.

—Mentirosa —musitó Meggan, y frunció el ceño en silencio mirando las patatas. No mentía en cuanto a que a la señora Ryan disfrutara de las visitas de Caroline. A todo el mundo le gustaba Caroline, que era tan amable y buena. Sin embargo, era

capaz de engañar deliberadamente a su madre, a la que, de todos modos, nunca se le ocurriría dudar de la palabra de su hija mayor. Pero claro, ¿qué esperaba Meggan que dijera su hermana? Era poco probable que Caroline le dijera la verdad a su madre. Meggan pensó que ella sí sabía la verdad, y que luego se lo haría saber a Caro.

—Venga, pues seguid con vuestras tareas, las dos. Vuestro padre y hermanos querrán cenar.

Las dos chicas se pusieron a trabajar y Joanna suspiró. Las hijas eran una preocupación. Esperaba que Caroline, que con su cabello rubio y sus ojos azules se parecía mucho a ella, se estableciera pronto. Tom Roberts era un buen hombre y se podía confiar en que mantendría bien a su esposa. ¡Ojalá Caroline dijera que sí! Joanna no entendía el porqué de las dudas de la joven. Era cierto que Caroline tendría que compartir la casa de Tom con la madre de este y tres hermanas pequeñas, pero así eran las cosas y ella lo sabía muy bien. Si era porque Caro pensaba esperar a que llegara el amor, entonces Joanna le quitaría rápidamente esa idea de la cabeza.

Joanna no había sentido amor por Henry Collins cuando se casó con él dieciocho años atrás. Había sido un esposo generoso y formal y con el tiempo había llegado a sentir cierto afecto por él, aunque nunca hubiese comprendido su pasión por los conocimientos. Joanna sabía apreciar su suerte al tener un marido sobrio, una bonita casita, medios para alimentar y vestir a su familia y porque el hecho de tener cinco hijos no hubiera disminuido su atractivo. No se sacaba nada con buscar algo más.

Quería a todos y cada uno de sus hijos e hijas pero esperaba que no vinieran más. Tommy, el más pequeño, y al que más quería después de a Caroline, ya tenía nueve años. Aunque Joanna todavía no había cumplido los treinta y seis, se habría alegrado de poder tener la seguridad de que no habría más hijos. Ella tenía a sus hijas y Henry a sus hijos, aunque era Meggan, que tanto se parecía a él en muchos aspectos, la favorita de su esposo.

¡Ay, Meggan! Joanna suspiró. Ella no era partidaria de que su hija menor se fuera a vivir con los Tremayne. Si ser una chica de la mina era lo bastante bueno para Caro, también debería serlo para Meggan. Solo había que ver lo que esas fantasías sobre cantar le habían hecho a la niñez de Henry, con su madre yéndose a Londres y su padre que con cada año que pasaba se volvía más taciturno hasta que murió.

Pero Henry se había empeñado en que Meggan tuviera esa oportunidad. Y Joanna sabía perfectamente lo persuasivo que Henry había sido con Phillip Tremayne para lograr el acuerdo. No es que Henry hubiera abordado el tema con Joanna, pero siempre estaba presente, como una sombra entre los dos.

Cuando la familia se sentó a cenar en la cocina, Meggan contribuyó muy poco a la charla en tanto que los chicos tenían mucho que contar sobre los éxitos de su tarde de

pesca. Habían salido en el barco de Joe y Hal estaba particularmente entusiasmado con el placer de la pesca.

—Así pues, ¿preferirías ser pescador antes que minero?

—Sí, papá. Joe estaría dispuesto a aceptarme enseguida.

—Solo tienes diez años.

—El mes que viene ya cumpla once.

—Y seguirás en la escuela hasta que cumplas doce.

—Pero, papá...

—Que deje la escuela si es lo que quiere —lo interrumpió Joanna—. Tanto para ser minero como pescador no necesita más educación.

—Yo también quiero ser pescador —terció Tommy.

Henry miró a sus dos hijos pequeños y luego desvió la vista al otro lado de la mesa hacia su mujer. Tres rostros con mucha determinación.

—Ya hablaremos de esto más adelante, cuando Meggan se haya establecido.

Will se percató del silencio de su hermana menor.

—¿Por cierto, y a ti qué te pasa? No has dicho ni una palabra en toda la cena.

Meggan miró a Will.

—Hoy he visto una liebre blanca —soltó incluso antes de que pudiera darse cuenta de que iba a decirlo.

Probablemente ninguna otra afirmación que hubiera hecho hubiera afectado a sus oyentes de forma tan dramática. Se hizo un silencio que duró unos momentos. Un silencio tan intenso que hasta el fuego del hogar parecía haber dejado de crepitar. Seis pares de ojos, azules, castaños y el gris poco frecuente de los de Will, se volvieron hacia Meggan. En un primer momento todos los rostros denotaron estupefacción. Meggan los fue mirando a todos, uno a uno, y el corazón empezó a palparle con la temerosa certeza de que no debería haber dicho nada. La expresión de Will cambió casi de inmediato y se volvió escéptica. Tanto Hal como Tommy seguían mostrando un temeroso asombro. Caroline y su madre habían empalidecido.

—Estás de broma —declaró Will en un tono que era más bien una pregunta.

Meggan meneó lentamente la cabeza, deseando poder decir que no era más que una broma.

—Es un presagio, otra vez —susurró Joanna con la tez pálida.

—Basta ya. —Henry no creía mucho en las supersticiones. Dirigió a su esposa una mirada exasperada que se tornó severa cuando se volvió y la posó en Meggan.

—¿Eso es cierto, Meggan?

—Sí, papá. Vi una liebre blanca. —¿Por qué daba tanto la impresión de estar a la defensiva, como si hubiera hecho algo malo y estuviera suplicando la comprensión de su padre?

—Estarás confundida —se burló Will, que se dio unos golpecitos con el dedo en la cabeza para poner énfasis en su incredulidad—. Es lo que pasa cuando uno vaga solo por los páramos continuamente.

La mirada de resentimiento que le lanzó Meggan no tuvo ningún efecto en su hermano.

—No estoy más confundida que tú, Will Collins. Al menos yo digo la verdad —añadió al tiempo que dirigía una brevísima mirada de reojo a Caroline. Se fijó en que su hermana estaba más que pálida. Caroline tenía miedo.

Will también había seguido la mirada de Meggan hacia Caroline.

—No pongas esa cara de preocupación, Caro. La niña solo está buscando llamar la atención, como siempre.

—¡No soy una niña! —gritó Meggan y lamentó que estuvieran sentados a los lados opuestos de la mesa. Se moría de ganas de arremeter a puñetazos contra el pecho a su hermano.

—Basta ya. —La orden de Henry los hizo callar a ambos—. No sé por qué tenéis que estar siempre discutiendo vosotros dos.

—Siempre es Will el que empieza.

—¡Ja! La irritable eres tú.

—He dicho que ya basta.

Ninguno de los dos era tan tonto como para poner a prueba la furia de su padre, aunque no por ello Will se mostró menos crítico con su hermana. Meggan le lanzó una mirada cuyo propósito era decirle lo mucho que lo odiaba. No obstante, se preguntó por qué daba la impresión de que últimamente no hacían más que pelearse. Siempre habían estado muy unidos, ella y Will. Sentado al lado de su padre, era al que Meggan más quería y el único que la llamaba Megs. Una muestra de cariño que ya nunca utilizaba.

—Creo que deberías hacer el esfuerzo de ser amable con tu hermana durante la próxima semana, Will. Vamos a verla muy poco en cuanto se haya ido a la mansión Tremayne.

Will movió los labios mudamente para decir «Está bien», lo cual le ganó otra mirada por parte de su hermana, que apenas pudo resistir la tentación de sacarle la lengua.

—¡Oh, venga, dejadlo ya los dos! —exclamó Caroline—. Si es verdad que Meggan vio una liebre blanca...

—La vi.

—... Debe de significar —continuó diciendo Caroline sin hacer caso de la interrupción— que va a ocurrir algo terrible. —Caroline, al igual que su madre, creía todas las supersticiones que había oído.

—Eso no es más que un cuento, Caroline.

—¿Y qué me dices de la última vez que se vio una liebre blanca, papá? Puede que yo tan solo tuviera nueve años, pero me acuerdo. —Caroline estaba cada vez más alterada.

—Tiene razón, Henry —susurró Joanna, y rodeó a Caroline con el brazo para tranquilizarla. A su hija menor le dirigió una mirada con la que parecía preguntarse

cómo había podido dar a luz a una niña tan rebelde. Luego se volvió a mirar a su esposo con expresión suplicante.

—Quizá no deberíamos ir a la mina mañana, ninguno de nosotros —terció Will en broma. Pero a nadie pareció hacerle gracia.

Henry suspiró y frunció el ceño para reprender la frivolidad de su hijo.

—No es un asunto que haya que tomarse a broma. ¿Acaso crees que lo he olvidado? Fue lo primero que se me vino a la cabeza. Es por eso que ni una palabra de lo que ha dicho Meggan tiene que salir de esta habitación. —Recorrió con la mirada los rostros de su familia—. ¿Lo habéis entendido todos?

—¿Y por qué no? —preguntó Hal.

—Porque te han dicho que no lo hagas —saltó Will, cuya jocosidad anterior se había mitigado.

—Cálmate, hijo. Quizá los pequeños deberían saberlo. Si los mineros se enteran de lo de la liebre blanca de Meggan, lo más probable es que todos se nieguen a bajar a la mina.

—¿Por qué? —repitió Hal.

—Ya sabes que hace ocho años, cuando tú eras aún un crío de tres años y Tommy no era más que un bebé, hubo un desastre en la mina. Una semana antes ocurrió que el pobre Davy Hallett iba diciendo por ahí que había visto una liebre blanca en la mina. Casi todo el mundo se rio de él porque había sido un imbécil toda su vida. Algunos se asustaron porque, según una vieja superstición, eso significaba que iba a suceder un desastre. Otros se burlaron porque la leyenda dice que es una liebre blanca con un perro negro, y fue en el camino de Breage, en la mina Wheal Vor.

»La mina se vino abajo y todos esos hombre murieron. La gente empezó a decir que la superstición era cierta y desde entonces muchos han tenido miedo de que volviera a verse una liebre blanca. Y es por eso que ninguno de vosotros va a decir nada.

Meggan se puso a temblar. Su viva imaginación hizo que se viera como un heraldo del mal.

—¿Crees que va a suceder algo terrible porque vi una liebre blanca, papá?

—No, hija, y no tienes que preocuparte. Lo que pasa es que es raro ver una en esta época del año, nada más. Y fue muy lejos de la mina.

Henry Collins fue mirando a toda su familia.

—¿Lo habéis entendido todos?

Aguardó hasta que todos le hubieron respondido asintiendo con la cabeza.

—Bien. Y si alguno de vosotros se siente tentado de decir algo, deteneos antes a pensar en el pánico que podría provocar entre aquellos que sí creen en viejas supersticiones. Sobre todo los que perdieron a algún familiar en el desastre del 36. —Hizo otra pausa para convencerse de que había convencido a su familia de la importancia de guardar el secreto—. Y ahora vamos a terminarnos la cena.

—Y después, Meggan —dijo Joanna—, tendrás que continuar con tu costura si

queremos que tu guardarropa esté listo para la semana que viene.

Meggan hizo una mueca.

—Odio coser. ¿No podría hacerlo Caro por mí y yo hago sus tareas?

—No, no podría —replicó Caroline—. Ya te sales con la tuya en demasiadas cosas. Es probable que tengas que coser para la señorita Tremayne cuando vayas a la mansión.

—Pues a esta mocosa no le hará ninguna gracia —coincidió Will.

Esta vez Meggan le propinó una fuerte patada en la espinilla, con lo que obtuvo un grito de dolor por parte de su hermano y un buen manotazo en la muñeca por parte de su madre.

—No sé de dónde has sacado este genio, señorita. Será mejor que aprendas a dominarlo en la mansión o dudo que dures allí una semana. Y no nos avergüences a tu padre y a mí con tus actitudes de chico. Puedes pensar en ello mientras coses.

—Sí, mamá. —Su docilidad no era fruto de ningún remordimiento por el acertado puntapié. Will se merecía aún más por sus burlas. Pero a pesar de su anterior desafío personal, el hecho de que la echaran de la mansión supondría el fin de todos sus sueños. No podría tomar lecciones de canto en ningún otro lugar.

Meggan se sumió en un silencio hosco. Will empezó a hablar de los mineros que estaban pensando en abandonar Pengelly, y Cornualles, por las minas de cobre del sur de Australia. Aunque estaba preocupada con sus propios pensamientos, Meggan se fijó en que ni su madre ni su hermana participaban mucho de la conversación y que Will, entre respuesta y respuesta a los perpetuos «¿Por qué?» de Hal, no dejaba de mirarla. Sabía que, en cuanto surgiera la oportunidad, le pediría detalles de lo que había visto aquella tarde.

No obstante, no fue aquella misma noche. Apenas habían acabado de cenar cuando unos breves golpes en la puerta que se abrió a continuación anunciaron la llegada de Tom Roberts. Tuvo un recibimiento tan caluroso como de costumbre. Tom nunca había dado motivos al jefe de cuadrilla ni a su familia para pensar de él nada que no fuera bueno. Todo el mundo, incluido Tom y exceptuando a Meggan, atribuyó la reserva de Caroline a su innato carácter callado. Meggan, que era perfectamente consciente del verdadero motivo de la reserva de Caro, obsequió a Tom con una sonrisa extraordinariamente cálida.

A Meggan le gustaba mucho Tom. ¿Acaso no era el hombre más guapo de todo el pueblo? ¿Y acaso no esperaban todas las chicas atraer una sonrisa y una mirada de admiración de aquellos ojos oscuros y brillantes? Tom tenía la piel más oscura que Meggan y Will. Mucho más oscura que el señor Trevannick, pensó Meggan, que a continuación se sorprendió ruborizándose, confundida por el hecho de haber pensado siquiera en ese hombre.

—Buenas noches, Tom —lo saludó Henry Collins—. Estábamos hablando de los que planean emigrar a Australia Meridional. Así pues, ¿ya es seguro que vuestro Jack se va?

Tom le dijo que sí con la cabeza.

—A finales de mes, aunque su Mary está muy preocupada por llevar al bebé en el barco. Tiene miedo de que le pase algo.

—Es su primer hijo —terció Joanna—, y además varón. Es natural que esté preocupada.

—Bueno, pues ha exagerado tanto que mi madre ha perdido la paciencia con ella. Habiendo dado a luz a catorce hijos y enterrado a siete, le dijo a Mary que es voluntad de Dios si un bebé vive o no.

—Joseph no era un bebé —intervino Will en voz baja, y se ganó una mirada fulminante por parte de Henry.

—No tiene sentido sacar el tema. Fue hace mucho tiempo.

—Hará ocho años este otoño —coincidió Tom—. Joseph tenía dieciocho años. Fue muy duro para mi madre perder a Joseph y a mi padre al mismo tiempo.

En el breve silencio subsiguiente, Henry le dirigió una mirada dura a Meggan que la chica comprendió. Los hombres de los Roberts habían muerto en el desastre ocurrido después de que el viejo Davy Hallett le hubiera contado a todo el mundo que había visto una liebre blanca.

—Ya es hora de que los pequeños os vayáis a la cama —dijo Joanna rompiendo el silencio—. Meggan, ponte con tus tareas.

Meggan se levantó a toda prisa y empezó a retirar las cosas de la cena y a llevárselas a la recocina. No podía esperarse que Caro ayudara aquella noche. No cuando Tom Roberts había venido de visita. Mamá lo haría todo con sutileza para asegurarse de que su hija mayor se diera cuenta de su buena suerte al tener a un hombre como Tom ansioso por su mano.

Joanna, en efecto, obsequió a su hija mayor con una mirada harto significativa y acto seguido sonrió amablemente a Tom. Si Caro no lo aceptaba pronto, seguro que alguna otra muchacha lo haría. Tom no solamente era apuesto, sino que además era muy trabajador. Lo bueno era que la dureza de carácter que había hecho de su padre un hombre brutal, parecía haberle proporcionado al hijo una valiente fortaleza. Si alguna vez Joanna hubiera temido que Tom pudiera convertirse en el hijo de su padre, no habría animado su petición de mano. La pobre señora Roberts había envejecido mucho más de lo que correspondía a sus años debido a las palizas de su esposo y a sus embarazos casi continuos. Solo había una cosa que Joanna necesitaba saber para quedarse tranquila.

—¿Y tú estás conforme con quedarte en Pengelly, Tom?

—Durante uno o dos años, tal vez. Todo el mundo sabe lo mucho que está costando sacar el cobre. Dicen que en Australia Meridional ganas más dinero y la extracción es más fácil. Hasta un minero común y corriente puede tener una buena vida. También he oído que un hombre que esté dispuesto a trabajar duro puede llegar

a ser alguien en Australia.

—Sí —dijo Henry—. Yo también he oído esas historias. Tal vez a algunos les convenga irse. No creo que tú debieras hacerlo, muchacho.

—Necesitaría una buena razón para quedarme si a Jack le va bien en Australia.

—Hay buenas razones. Los pulmones de Joe Griggs no tardarán en impedirle trabajar. Tremayne va a necesitar a otro jefe de cuadrilla. Te recomendaré.

—Te lo agradezco, Henry, pero eso solo sería una razón para quedarme.

—Quizá cuando te cases te encontrarás con que no te importa quedarte aquí —instó Joanna con una sonrisa para Tom y otra mirada harto significativa para Caroline.

Las órdenes silenciosas no se interpretaron mal. Caroline se levantó de su asiento murmurando algo sobre una jaqueca y abandonó la habitación antes de que nadie pudiera preguntarle nada.

Se esfumó por la puerta de atrás y al volver del retrete se encontró con su madre, que la esperaba en la recocina.

—¿Qué estupidez estás tramando, hija? Tom va a pensar que no quieres casarte con él.

—Es que no quiero —replicó Caro—. Es idea tuya, mamá, no mía.

Desconcertada, Joanna agarró a su hija por los hombros y le hizo dar la vuelta para que la luz de la lámpara iluminara el rostro de la joven.

—¿Y por qué no? Tom es de lo mejorcito que vas a encontrar por aquí.

—No voy a casarme con Tom y a tolerar que se vuelva como su padre, siempre borracho y violento.

—Tom no será como su padre.

—Y tampoco voy a vivir en la casucha atestada de los Roberts.

Joanna suspiró. Caroline había expresado el único inconveniente del matrimonio, al menos por lo que Joanna sabía. ¿Acaso no le gustaría que su hija se fuera a vivir a una casa tan confortable como la que ellos tenían? Sin embargo, Joanna siempre afrontaba la realidad. No era de las que sueñan con lo que no puede ser.

—Es pequeña —admitió—, pero tú podrías embellecerla. A la señora Roberts no le importará que te hagas cargo de la casa. Cuando Jack y su familia se marchen solo quedarán las gemelas y la pequeña Agnes. Y cuando a Tom lo nombren jefe de cuadrilla tendréis vuestra propia casa. Te irá bastante bien.

—Quizá bastante bien no sea suficiente para mí —declaró Caro con una altanería nada propia de ella y que hizo que Joanna exclamara exasperada:

—¡De verdad que no sé qué mosca te ha picado! Tom no va a esperar eternamente. Hay muchas que no dirían que no a ser su esposa.

—Sí, Milly Jones, por ejemplo, y se lo puede quedar. No amo a Tom y a él solo le gusta la idea de casarse con la hija del jefe de cuadrilla.

Dicho esto, pasó junto a su madre dándole un empujón y se dirigió a la cocina, donde los hombres aún seguían sentados en torno a la chimenea. Les dio unas

brevísimas buenas noches y subió a toda prisa por las escaleras hacia la habitación del desván que compartía con Meggan.

Meggan sacó el último cazo del cuenco de fregar y lo colocó para que se escurriera.

—Si yo fuera Caro me casaría con Tom. Ella quiere algo más que una vida de minero porque se cree mejor que las demás. —Meggan no se atrevió a ir más lejos en cuanto a divulgar el secreto de su hermana.

Joanna no estaba de muy buen humor.

—¿Acaso no tienes tú ideas de grandeza? ¿Tú y tu padre?

Meggan notó el calor de la indignación en sus mejillas. Por qué sería que su madre no parecía darse cuenta de cuánto significaba la música para Meggan.

—Pero yo sé cantar. Sabes que sé. Algún día seré una gran cantante, ya lo verás.

—Sí —admitió Joanna, un poco mitigada su furia, aunque no comprendía la pasión de Meggan por cantar más de lo que entendía que su esposo animara las ambiciones de la niña—. Tienes un don, pequeña. Pero no puedo alegrarme de que vivas en la mansión Tremayne. La gente como nosotros no debería mezclarse con aristócratas como los Tremayne.

—Por favor, no cambies de opinión, mamá. Me moriré si no canto.

—¡Uf! No creo que lo hagas, como tampoco creo que yo pudiera hacer cambiar de opinión a tu padre. Y ahora vete a tu habitación. Llévate una vela y termina tu costura antes de meterte en la cama. Y no molestes a tu hermana.

Meggan no se preocupó por no hacer ruido cuando entró en la diminuta habitación del desván que compartía con su hermana. Como no se creía lo de la jaqueca, imaginó que Caro aún estaría despierta. Encontró a su hermana sentada en la cama, abrazándose las rodillas contra el pecho y la mejilla derecha apoyada en ellas. Caroline estaba mirando por la ventana a la creciente oscuridad.

—Creo que eres idiota —declaró Meggan, que se dirigió a su cama y se sentó en ella para quitarse las botas.

Al ver que Caro seguía inmóvil y no respondía, Meggan colocó las botas con cuidado debajo de la cama y continuó hablando.

—Ya sé por qué no quieres casarte con Tom.

—Tú no sabes nada —replicó Caro sin alzar la cabeza.

—Sé más de lo que tú te crees.

Al oír la engreída afirmación de Meggan, Caroline sí que se estiró y puso los pies en el suelo. Sometió a su hermana a una mirada escrutadora.

—¿Qué quieres decir, Meggan?

Meggan se encogió de hombros.

—¿Por qué parecías tan asustada cuando conté a todos lo de la liebre blanca?

—Asustaste a todo el mundo con esa historia, niña tonta.

—No era una historia y no soy una niña.

—Si no quieres que te llamen niña tendrías que empezar a comportarte como una

adulta.

—¿Y cómo se hace eso? —preguntó Meggan—. ¿Tal como haces tú con Rodney Tremayne?

Meggan percibió, con cruda satisfacción, la impresión que su pregunta había causado en su hermana. El semblante de Caroline perdió el color. Dio la impresión de que le costaba respirar y echó un vistazo temeroso a su alrededor como si las paredes pudieran oír. La habitación de sus hermanos estaba al lado de la suya y los dos más pequeños ya estaban en la cama, por lo que Meggan no había alzado la voz. La de Caroline fue poco más que un susurro:

—¿Qué has dicho?

—Te vi. Esta tarde.

—¿Me viste? —Caroline se había recuperado lo suficiente como para hacer un buen intento de aparentar despreocupación, en tanto que Meggan observaba el recelo que aquellos bonitos ojos azules dejaban traslucir.

—Seguí a la liebre hasta el bosque y te vi con Rodney Tremayne.

—¿Qué viste?

—Lo suficiente para saber que te has estado viendo con él.

—Estás haciendo suposiciones, nada más. Sospecho que mientes, y también sobre la liebre. —Volvió de nuevo la cabeza y se puso a mirar otra vez por la ventana.

—Eres tú la que estás mintiendo, Caro. Mintiéndole a mamá sobre el motivo por el que no vas a casarte con Tom. Yaciendo en el bosque con Rodney Tremayne.

Caroline tomó aire con brusquedad. Meggan no iba a dejar escapar a su hermana fácilmente.

—¿Qué estás haciendo, Caro? Vas a casarte con Tom.

—Nunca le he dicho a Tom que me casaría con él.

—Pues todo el mundo cree que lo harás.

—La gente debería ocuparse de sus asuntos. Nunca me casaré con Tom.

—Quizá Tom no querría casarse contigo si lo supiera.

—¿A qué te refieres, Meggan? —Volvió de nuevo la cabeza para mirar a su hermana.

—Os vi a los dos, Caroline. Sé lo que estabais haciendo.

Caroline se levantó rápidamente de la cama, fue a arrodillarse junto a su hermana y bajó la voz aún más.

—Meggan, Meggan. Esto no es lo que piensas. Por favor, no se lo cuentes a nadie.

—No seré yo la que lo cuente. Pero ¿cómo podías estar de esa manera, con un hombre cualquiera?

—No es un hombre cualquiera. Rodney y yo nos queremos.

—Pero hacer...

—Es una forma muy especial de demostrarle a alguien lo mucho que le amas.

—Sigo sin entenderlo.

—Lo entenderás. Cuando te hayas convertido en una mujer.

—Ya soy mayor. Sabes perfectamente que hace dos meses que tengo la menstruación.

—Ser una mujer es mucho más que tener el periodo. Verás, cuando amas a una persona quieres estar con ella de esa forma. No sé cómo explicarlo. Lo único que sé es que no podría estar así con Tom ni con ningún otro hombre. Solo con Rodney.

—¿Y qué me dices de él? ¿Eres la única chica con la que está de esa manera?

Caroline inspiró con brusquedad.

—Es espantoso que digas eso, Meggan. Rodney me quiere.

—No se casará contigo.

—Ha dicho que lo hará.

—¡Ja! Y tú me llamas niña tonta. Tengo sentido común suficiente para saber que el señor Tremayne nunca permitirá que su hijo se case contigo.

—Permitió que tú fueras la compañera de su hija.

—No es lo mismo, ni mucho menos, Caro. Las personas como los Tremayne se casan con los de su misma clase. Además, mamá y papá están de acuerdo con lo que voy a hacer. Se escandalizarían si supieran lo que has estado haciendo tú.

Caroline hundió los hombros. Rompió a llorar en silencio.

—No vas a decir nada, ¿verdad? Por favor.

Meggan se arrepintió de haber provocado así a su hermana y se inclinó para pasarle el brazo por los hombros y tranquilizarla.

—No llores, Caro. No diré nada. Te lo prometo. —Hizo una pausa—. La verdad es que me disgusté mucho cuando os vi a los dos.

—Pobre Meggan. —Caroline le devolvió el abrazo a su hermana—. Lamento que te enteraras de esa forma.

—¿Cómo pudiste hacerlo, Caro? Dijiste que las chicas buenas no hacen eso. No puede ser que esperes que se case contigo.

—Lo hará. Rodney me ama, Meggan, como yo a él. Nos casaremos aunque su padre lo repudie.

—Y entonces serás igual de pobre que si te casaras con Tom.

—No es por el dinero por lo que me casaré con él, Meggan. Y al menos nos tendremos el uno al otro y nuestro amor.

—Estás fingiendo, Caro. Finges que lo que quieres creer es cierto. ¿Acaso mamá no nos ha recordado siempre que, aunque papá sea jefe de cuadrilla y nuestras circunstancias sean mejores que las de la mayoría, seguimos siendo una familia minera? ¿Y que la gente como los Tremayne, dueños de las minas, siempre se creerán mejores que nosotros?

—Rodney no es así. Él es amable y dulce. Estamos hechos el uno para el otro. Incluso sabemos lo que piensa el otro. Es el sentimiento especial entre nosotros. Va a casarse conmigo, Meggan. No tengo ningún motivo para dudar de él. No creerás que iba a estar así con un hombre a menos que lo amara de verdad, ¿eh?

—No. —A Meggan aún le costaba aceptar que su hermana y Rodney Tremayne fueran amantes.

—Así pues, ¿de verdad que no dirás nada, a nadie?

—Pues claro que no. Quiero ir a la mansión Tremayne. Pero si yo te he visto, Caro, podría ser que otras personas supieran lo que hay entre vosotros. No quiero ni pensar en lo que haría Tom si se enterara.

—Tom no va a enterarse. Al menos hasta que Rodney y yo estemos casados.

—¿Lo crees de verdad, eh?

—Tengo que creérmelo, Meggan. Tengo que creer que se casará conmigo.

—Espero que lo haga. Pero tengo miedo por ti, Caro.

—¿Por qué?

Meggan respondió muy lentamente:

—Porque la liebre blanca me condujo hacia ti.

La mansión Tremayne se alzaba en lo alto del acantilado, con su magnífica fachada de estilo georgiano mirando a los jardines formales y el mar a la espalda. Los Tremayne habían vivido en la mansión durante tres generaciones, desde que un antepasado rico contrajo matrimonio con la empobrecida hija de la casa. En aquel entonces se la conocía como la mansión Pengelly, hasta que el mismo antepasado hizo construir un capricho arquitectónico desde el que poder contemplar todas sus posesiones y le cambió el nombre. Cuando el señor actual, Phillip Tremayne, se casó con Louise Pengelly y la trajo de vuelta a su antigua casa familiar, la gente del pueblo lo consideró un buen augurio.

Wheal Pengelly, la mina que se empezó a explotar en la época del padre de Phillip, solo resultaba visible desde el susodicho capricho, pues se aferraba al precipicio más allá del otro extremo de la ensenada. Aunque la mina era la fuente principal de su riqueza, los Tremayne, en su mayoría, fueron capaces de pasar por alto su existencia y la fealdad de los montones de residuos mineros. Phillip podía aventurarse cerca de la mina quizá un par de veces al año. Dejaba la dirección de la misma en manos de su pupilo, Con, quien parecía tener cabeza para ese tipo de cosas.

No es que nadie en el pueblo pudiera acusar al señor de indiferente. Desde que fue heredero de su padre se había ocupado de que se hicieran todas las reparaciones necesarias en las casitas y había hecho mucho por mejorar la calidad de vida en el pueblo, aunque eran muchas las familias que seguían teniendo una sola habitación para varias personas.

Con el transcurso de los años se encontró con que estaba gastando aún más en el mantenimiento de las casitas de sus trabajadores. Sobre todo porque lo incitó Con, quien parecía saberlo todo de todo el mundo, en particular qué familias tenían más necesidad de ayuda. Phillip se lamentaba con frecuencia de que su hijo no hubiera sido más como su primo lejano. No había duda de que Con había heredado el espíritu de su padre, capitán de buque mercante. Los dos hijos de Phillip, Rodney y Jenny, poseían el temperamento dulce de su madre. Aunque amaba a su hijo, Phillip se sentía complacido al saber que, cuando llegara el momento de que Rodney tomara las riendas de la finca, Con estaría allí para guiarlo y darle fuerzas. Lo que Phillip no imaginaba era que tanto en su hijo como en su hija radicaba un elemento de su misma terquedad autocrática.

Habían pasado tres días desde que había visto a Caroline, y Rodney Tremayne estaba sentado en el capricho arquitectónico del jardín, mirando hacia lo alto de la casa de la máquina de vapor de Wheal Pengelly. Allí estaría trabajando su amada con las demás

chicas de la mina, separando el mineral de cobre. Aborrecía la idea de que la joven tuviera que trabajar de ese modo. Cada vez que se veían le besaba todos y cada uno de sus finos dedos, y luego las palmas de sus delicadas manos como si así pudiera hacer desaparecer los callos y las ampollas. Él declaraba que unas manos como las suyas estaban hechas para lucir joyas, no para trabajar duro.

Aunque llevaban viéndose en secreto unas cuantas semanas, o eso parecía, Rodney sabía que Caroline Collins era la chica con la que quería pasar el resto de su vida. No tenía ninguna duda de que estaban hechos el uno para el otro. Desde el primer momento ambos habían sido muy conscientes del otro. Parecía existir un hilo invisible que los unía, que los atraía.

Rodney rememoró cómo había sido; un día cabalgaba hacia la mina ya avanzada la tarde cuando se encontró con el grupo de mujeres que regresaban caminando al pueblo al término de su jornada. Se habían hecho a un lado del camino para dejarle paso. Él las había saludado con una inclinación de la cabeza y se encontró con la mirada descarada de una de ellas que le había dicho a su compañera:

—¡Hete aquí un hombre digno de calentar la cama de una chica! Creo que podría enseñarle un par de cosas.

Un estallido de risitas lascivas provocó que le salieran los colores. Decidió hacer caso omiso de aquellas guasonas, pero se había fijado en que una de ellas no compartía la chocarrería de las demás sino que permanecía con la mirada gacha y las mejillas teñidas de un rubor rosáceo. El hecho de que ella también se sintiera avergonzada por la charla de sus compañeras despertó su interés. Había seguido cabalgando pero, al cabo de unos metros, no pudo resistir la tentación de volverse a mirar al grupo. La chica se había dado la vuelta al mismo tiempo para mirarlo a él. Se habían sostenido la mirada. Un dulce rubor tiñó de nuevo las mejillas de la muchacha y Rodney supo que estaba enamorado.

Averiguar su identidad le resultó más fácil de lo que había esperado. A la mañana siguiente había vuelto a la mina y la había visto hablando con el jefe de cuadrilla. Con un comentario que le hizo a Con a la ligera obtuvo la información que buscaba. Rodney no había tardado en idear maneras de hablar en privado con Caroline al tiempo que se cuidaba mucho de que su interés no resultara evidente para nadie más. Con frecuencia solo podían intercambiar una rápida mirada cuando se cruzaban.

Sin embargo, esos raros momentos de intimidad en los que no hacía falta palabras para revelar lo que ambos sentían por el otro no bastaban. Rodney se moría de ganas de tocar a Caroline, de abrazarla, y tímidamente había sugerido un encuentro en el bosque de la finca Tremayne el siguiente domingo por la tarde.

Caroline no había dicho ni que sí ni que no y Rodney se encontró embargado por una nerviosa inquietud que le impedía dormir. Llegó el domingo y Rodney había retrasado su marcha hacia el bosque. Aunque ansiaba estar con su amada, tenía miedo de acabar decepcionado. Su alegría al ver que ella lo estaba esperando había sido infinita.

Al ver que se acercaba, Caroline se había levantado del tronco en el que estaba sentada. Ambos permanecieron inmóviles durante quizá un minuto entero, sonriéndose mutuamente. Y al cabo de un instante ya estaban el uno en brazos del otro, fundidos en un abrazo que expresaba el profundo anhelo que sentían. Cuando se separaron aquella misma tarde, mucho después, habían declarado, tanto verbal como físicamente, la intensidad del amor que se profesaban. Desde aquella tarde de su primer encuentro furtivo, los días de la semana se convirtieron en tiempo vano que tenía que pasar para que pudieran volver a verse. Las pocas horas que podían pasar juntos nunca bastaban.

El último domingo, después de haberse amado, Caroline había llorado y le suplicó saber qué les depararía el futuro. Rodney había enjugado sus lágrimas, la había estrechado entre sus brazos y le había prometido que se casarían. No obstante, y pese a todo su fervor, sabía que, con solo dieciocho años, no podía hacer nada sin el consentimiento de su padre. Motivo por el cual se encontraba entonces sentado a solas en el capricho del jardín. Se estaba preparando mentalmente para lo que sabía que iba a ser una conversación difícil.

Rodney encontró a su padre en su estudio, que era donde se encontraba normalmente a esa hora del día, con sus papeles y cuentas de negocios desplegados en torno a él. En tanto que su antepasado homónimo había poseído grandes conocimientos de mineralogía, Phillip Tremayne tenía un gran talento para el cálculo y la aritmética. Las columnas de cifras pulcramente anotadas y libros mayores bien cuadradas le proporcionaban casi tanta satisfacción como la cantidad de beneficios finales. El talento para las matemáticas era una habilidad que Rodney había heredado de su padre. Al menos en ese aspecto Phillip estaba orgulloso de su hijo.

Phillip levantó la vista con el ceño fruncido cuando el muchacho entró después de llamar a la puerta.

—¿Qué pasa? —quiso saber. ¿Acaso el chico no había aprendido todavía que a su padre no le gustaba que lo molestaran a esa hora?

—Necesito hablar con usted, señor. ¿Me concede unos minutos de su tiempo?

—¿Tan importante es que no puede esperar?

—Sí, señor. Lo es.

—Está bien, pero que sea lo más breve posible.

Phillip cerró el libro mayor con un suspiro de enojo, se recostó en su asiento y se dispuso a escuchar. Se fijó en que Rodney parecía un tanto nervioso y no miraba a su padre a los ojos. Daba la impresión de que el chico estaba reuniendo valor suficiente para hablar. Phillip experimentó cierto recelo. Definitivamente, algo pasaba. Esperaba no estar a punto de oír que su hijo había incurrido en importantes deudas de juego. A uno de sus antepasados lo habían desheredado por sus costumbres disolutas. En algunas ocasiones dichos rasgos son genéticos.

Aunque a Phillip le doliera reconocerlo, el carácter de Rodney hacía que fuera fácilmente influenciado por los demás. Así pues, habiéndose preparado en cuestión de segundos para escuchar a su hijo confesar su culpabilidad y pedirle un préstamo, en un primer momento no entendió las palabras de Rodney.

—He conocido a una chica.

Phillip parpadeó.

—¿Cómo dices?

Rodney lo había soltado con brusquedad y notó que se ruborizaba al tener que repetir sus palabras.

—He conocido a una chica, padre.

—¡Ah! —Phillip se relajó. En realidad, tan grande fue su alivio al darse cuenta de lo equivocado de sus imaginaciones que le dirigió una amplia sonrisa a su hijo—. Te has ido de picos pardos, ¿eh? Me preguntaba cuándo lo harías. ¿No habrás metido en problemas a alguna?

Herido por la ligereza con la que su padre había despachado su afirmación, Rodney se dio cuenta de que enrojecía más aún.

—No es eso, señor. Amo a esa chica.

Lo único que consiguió al anunciarlo fue que la amplia sonrisa de Phillip se convirtiera en una de indulgencia. Asintió con la cabeza.

—Sí, claro. El primer amor. Sin duda creerás haberte enamorado muchas veces antes del matrimonio. Ten cuidado de no plantar tu semilla en lugares inapropiados. —Se irguió en su asiento y se dispuso a abrir el libro mayor otra vez.

Consciente de que se trataba de una señal para que se marchara y atónito por la reacción totalmente inesperada de su padre, Rodney experimentó un impulso, muy impropio de él, de agarrarlo por los hombros, zarandearlo e insistir en que se tomara el asunto en serio, en que escuchara lo que en realidad le estaba diciendo su hijo.

—Está muy equivocado, padre. Muy equivocado. Es la chica con la que me quiero casar. —Rodney notó que se le había alterado la voz, que pasó de ser insegura a decidida. Vio la sorpresa de su padre. Aunque Rodney no estaba seguro de si dicha sorpresa fue ocasionada por sus palabras en sí, por el tono que había utilizado o por el hecho de que no había abandonado mansamente la habitación.

—¡Paparruchas! Eres demasiado joven para saber lo que piensas en un asunto como el matrimonio. ¡Cielo santo, pero si no eres más que un crío! Yo tenía veinte años más que tú cuando me casé con tu madre.

—Perdone, señor, pero yo no soy usted. Puede que sea joven, pero sé lo que siente mi corazón.

Phillip le dirigió un gesto desdeñoso.

—Eso es lo que piensas ahora. Puedo prometerte que habrás cambiado de opinión antes de finalizar el año. Pero me gustaría saber quién puede ser la joven dama. En la región hay unas cuantas que serían apropiadas para ser la novia de un Tremayne.

Ahora que se había enfrentado a su padre, Rodney estaba descubriendo una

fortaleza interior que no sabía que poseía. Defendería a la mujer que amaba y no se acobardaría frente a la autoridad del hombre que había gobernado su vida de forma tan severa.

—Quizá eso dependa de su concepto de lo que significa la idoneidad, padre. Si se refiere a una joven dama de igual riqueza y educación, entonces no, usted no la consideraría apropiada. Pero si se refiere a alguien que me ama y que será una esposa fiel y abnegada, entonces sí, he encontrado la persona perfecta.

—Juegas con las palabras, hijo. Sabes muy bien que un Tremayne no ha contraído nunca matrimonio con una persona por debajo de nuestra clase social. Y tú tampoco lo harás. Disfruta de tu pequeño romance, por supuesto, pero quítate de la cabeza cualquier idea de matrimonio. No lo permitiré.

Rodney apretó los labios. Había sabido de antemano cómo reaccionaría su padre. Pero hasta que este no lo despidiera de palabra, debía utilizar todos los argumentos para intentar hacerle comprender.

—Si la conociera, vería por sí mismo que es una chica dulce y bien educada.

—¿Bien educada? ¿Acaso estás coqueteando con la hija del médico o del vicario? Si es así debes dejar de hacerlo de inmediato. Esos dos hombres verían con muy malos ojos que sedujeras a sus hijas. Y yo también.

—No me interesa ninguna de las dos, señor. Para mí solo hay una. Es la hija del jefe de cuadrilla.

—¿Quién? —rugió Phillip, que se levantó de su silla con tanta rapidez que esta se tambaleó peligrosamente antes de volver a asentarse. Apoyado en la mesa con las dos manos abiertas, miró horrorizado a su hijo—. ¿Qué jefe de cuadrilla?

—Henry Collins. Amo a Caroline Collins.

—¡No!

—Padre...

—¡Basta ya! —bramó Phillip—. No volverás a hablar con esa chica nunca jamás. ¿Me has oído?

—No lo entiendo. —Y no lo entendía. La vehemencia de la reacción de Phillip dejó perplejo a Rodney. Ya sabía que su padre iba a poner objeciones, pero no podía comprender su ira; porque era eso, ira. Él pensaba que su padre tenía en gran estima a Henry Collins.

—¿Por qué se opone tan enérgicamente? Tiene el suficiente buen concepto de la familia Collins como para traer a su hija pequeña a la casa.

Phillip le hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Esto no viene al caso y no tiene nada que ver con este... este... encaprichamiento tuyo.

—No es encaprichamiento —protestó Rodney—. Amo a Caroline y ella también me ama.

La expresión de Phillip estaba llena de furia.

—Ya has oído lo que te he dicho. Aléjate de esa chica. No es apropiada para ti.

He oído que va a casarse con uno de los mineros.

—Eso es lo que desea su madre, no Caroline.

—En tal caso su madre demuestra tener más sentido común que tú. Deja que la chica se case con alguien de su misma condición. Tú, por si acaso te has olvidado, tienes que ir a Oxford el año próximo. Te sugiero que emplees mejor el tiempo estudiando para tus exámenes de ingreso.

Phillip volvió a sentarse y a centrar la atención en su libro mayor. Rodney percibió que la conversación había terminado. Estaba temblando, aunque no sabía definir si era de furia, de frustración o una mezcla de ambas cosas. Se fijó en que, al volver la página del libro mayor, la mano de su padre también temblaba. Rodney dio media vuelta bruscamente y abandonó la habitación.

Después de que se hubiera cerrado la puerta, Phillip continuó escribiendo en el libro durante un minuto entero. Sin embargo, no tenía la cabeza en las cifras. Se reclinó en la silla y fijó la vista en la puerta sin ver nada. Se levantó y empezó a caminar por la habitación. Se detuvo a mirar por la ventana un rato. Luego regresó a la mesa y tomó una hoja de papel. La carta que le escribió a su primo de Northumbria fue breve y concisa.

Phillip no confiaba en que Rodney obedeciera el mandato de su padre de no volver a ver a esa chica. Había visto que el muchacho creía estar enamorado de verdad. Había que poner fin a ese asunto de forma definitiva. Por consiguiente, iba a enviar a Rodney muy lejos de Cornualles, e instaría a Henry Collins a que procurara casar a su hija sin dilación.

El tema no volvió a mencionarse entre padre e hijo. Rodney, resentido primero por la negativa de su padre a tomarle en serio y después por su reacción violentamente adversa, se mantuvo alejado de Phillip. A la hora de las comidas, cuando Con también estaba presente, la conversación se centraba en asuntos relacionados con la finca de los Tremayne. Phillip no dejó traslucir de ningún modo que el encaprichamiento de su hijo con una chica de la mina le rondara por la cabeza, ni siquiera cuando dicha mina era el tema de conversación.

Rodney, que estaba perdiendo la esperanza de llegar a hacer comprender a su padre que lo de casarse con Caroline iba en serio, empezó a preguntarse cómo podría reunirlos a ambos. Para él, Caroline era la chica más dulce y encantadora del mundo. No veía cómo Phillip podría seguir negándose a dar su consentimiento si la conocía.

El hecho de que Meggan fuera a mudarse a la mansión dentro de poco tenía que suponer una ventaja. Podrían invitar a Caroline a que visitara a su hermana pequeña. Así tramaba Rodney su plan, cada día más convencido de que el arrebató de su padre no era más que una reacción espontánea que no tendría muchas consecuencias.

—Puedo correr más rápido que vosotros cuando quiera, aunque sea una chica. — Meggan miraba a Hal y a su amigo Jimmy Goss quienes, junto con Tommy y el

pequeño Jack Goss, de cinco años, se encontraban tan solo a medio camino ladera abajo.

Al volver a casa de la escuela, Meggan había bajado la empinada cuesta corriendo, tal como solía hacer. Le gustaba la emoción que le proporcionaba, la excitación temerosa de que su cuerpo pudiera ir más rápido que sus piernas, que pudiera caerse y bajar rodando hasta abajo, donde solo las flores silvestres se interponían entre ella y el borde del precipicio.

Se suponía que no debían volver a casa por ese camino, dando un rodeo en torno al pueblo. Mamá se enfadaría si se enteraba. Pero como quedaban tan solo dos días de colegio y se iba a ir a la mansión la semana siguiente, Meggan insistió en que regresaran por el camino más largo. Se había pasado la tarde alardeando de su nueva vida, solo para molestar a los chicos.

Cuando echó a correr, Hal le había gritado:

—Las damas que viven en grandes casas no corren.

Ella no le hizo caso.

—No serás una dama —gritó otra vez, y empezó una cantinela a la que se sumaron los demás—. Meggan no será una dama. Meggan no será una dama. —Una y otra vez hasta que la alcanzaron.

Meggan los esperó con los brazos en jarras y la cabeza ladeada.

—Seré una dama cuando haga falta serlo. Pero seguiré siendo yo misma. Y si queréis correr, os doy ventaja y demostraré que soy más rápida que cualquiera de vosotros.

—Apuesto a que no.

—Apuesto a que sí. Pasaremos junto a la casa de mamá Hopkins, daremos la vuelta por Miners Row, subiremos por donde la tienda y bajaremos por la ladera hasta aquí.

Ninguno de los chicos parecía especialmente entusiasmado y el joven Jack dijo lo que todos estaban pensando:

—Es un trecho muy largo, Meggan.

Meggan los miró con desprecio, con las manos en las caderas.

—No tenéis por qué correr. Solo admitid que soy más rápida.

—Yo te echaré una carrera —declaró Hal.

—Yo también.

—Y yo.

—Tú puedes esperar aquí y vigilar los libros —le dijo Hal a Jack.

—Dejaré que lleguéis a medio camino de mamá Hopkins antes de empezar —dijo Meggan.

—Espera un momento. —Jimmy agarró a Hal del brazo—. Ella lleva zapatos. Nosotros no.

Meggan le dirigió una sonrisa dulce y burlona y se sentó para desatarse las botas. Sabía que Jimmy tenía la esperanza de que al ir descalza sus pies fueran sensibles.

Los chicos no sabían que se quitaba las botas en cuanto tenía ocasión. Tenía las plantas de los pies lo bastante curtidas como para ir rápidamente por los adoquines desiguales.

Los chicos habían echado a correr antes de que Meggan terminara de desatarse las botas.

—Os alcanzaré igualmente —les gritó. Se las quitó a toda prisa, luego las medias y se entretuvo un poco más para anudarse los lados de la falda y que la tela no entorpeciera su carrera. Para entonces los chicos ya casi habían llegado a la casita de mamá Hopkins. Meggan echó a correr tras ellos. No se esforzó de inmediato por correr a toda velocidad. Siempre y cuando los alcanzara en la tienda, los ganaría cuesta abajo. Los chicos habían empezado con toda la rapidez de la que fueron capaces y Meggan pensó que cuando llegaran a la tienda empezarían a quedarse sin aliento, dudaba que ninguno de ellos tuviera el valor de bajar la ladera a todo correr.

Resultó que adelantó a Tommy en Miners Row y alcanzó a los otros dos justo antes de llegar a la tienda. Pasó junto a ellos a todo correr y cuando estuvo un buen trecho por delante volvió la cabeza y les gritó:

—¿Ninguno de vosotros puede correr más deprisa?

Con expresiones de enérgico esfuerzo, los chicos agotaron sus fuerzas con un acelerón que hizo que Hal adelantara a su amigo.

Meggan, que había aflojado el ritmo para volverse a mirar a los chicos, se rio en voz alta y se preparó para el descenso a toda velocidad por la ladera hasta donde Jack los estaba observando. Pero burlarse de los chicos le costó caro. Se golpeó el dedo gordo del pie con un adoquín que sobresalía. Tropezó y cayó, más consciente del dolor del pie que de los chicos que pasaron junto a ella con aire triunfante.

Se las arregló de algún modo para no seguir rodando sin control, aunque estaba segura de que se había arañado las manos y la cara y que probablemente tuviera un desgarrón en la ropa. Masculló una maldición, en un lenguaje que había oído utilizar a veces a los mineros pero que si oía su madre la despellejaría viva, y logró levantarse, pero cuando intentó apoyar el peso en el pie izquierdo soltó un grito de dolor. Los ojos le escocían por las lágrimas y, de haber podido, hubiese pateado el suelo de frustración. Estaba claro que no iba a terminar la carrera. Ni siquiera sabía si iba a ser capaz de llegar a casa cojeando. Al bajar la vista vio que el dedo se le había hinchado hasta el doble del tamaño normal y que se estaba volviendo negro rápidamente. Los chicos habían vuelto a subir penosamente la ladera.

—¿Estás bien, Meggan? —le preguntó Hal.

—No, no estoy bien —le respondió con brusquedad—. Me parece que tengo el dedo roto.

Con esa incomprensión que solo puede mostrar un hermano, Hal se limitó a observar la verdad:

—Fuiste tú la que quiso correr.

—Fuisteis vosotros los que no quisisteis admitir que era más rápida. La culpa es

vuestra.

Jimmy salió en defensa de todos con indignación.

—No lo es.

—Eres una mala perdedora —se mofó Hal.

—No lo soy —gritó Meggan, y del empujón que le propinó a Hal, el chico dio con el trasero contra el suelo y soltó un alarido.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Abusona.

—Llora, niño. Apenas te he tocado.

—Me has empujado muy fuerte.

—No es verdad.

—Sí lo es. —Hal se había levantado apresuradamente y le dio un empujón a su hermana que le hizo perder el equilibrio, de manera que se vio obligada a apoyar el peso en el dedo herido. El dolor la hizo gritar otra vez. Las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas. Meggan levantó la mano con la intención de golpear a su hermano tan fuerte como pudiera y vio que la expresión del muchacho cambiaba por completo. Al cabo de un instante notó que le sujetaban la muñeca con fuerza.

—Ya es suficiente —dijo una voz fuerte, una voz que Meggan recordaba. El señor Trevannick la sujetaba por la muñeca.

Los chicos se marcharon de allí a la carrera y dejaron que Meggan se las arreglara sola. La joven estuvo muy tentada de gritarles por ser unos cobardes pero consiguió frenar su lengua, no sin esfuerzo. De pronto fue consciente de que el señor Trevannick ya debía de considerarla una maleducada y concentró la mirada en su dedo, que se estaba poniendo oscuro. Si le decía el señor Tremayne que era demasiado brusca y alocada para ser compañera de la señorita Jenny se moriría de vergüenza. Por no mencionar la decepción de su padre y el enojo de su madre. Resentida, enfadada y con mucho dolor, Meggan miró a su captor enfurruñada.

—Ya me voy, señor.

—Me parece que no, joven Meggan.

—No puede detenerme —declaró Meggan al tiempo que intentaba soltarse.

—Te hiciste daño al caerte.

—No es nada. Puedo andar.

Él le soltó el brazo.

—A ver.

La joven logró dar dos pasos cojeando sobre el talón izquierdo hasta que el dolor se hizo insoportable y las lágrimas corrieron otra vez por sus mejillas. Se detuvo, pero se quedó de espaldas a él.

—Eres tozuda, ¿eh? —observó, y se puso frente a ella—. Ven, te llevaré a casa. Tengo el carro ahí delante.

Meggan empezaba a encontrarse mal por el dolor y permitió que él la tomara en brazos y la llevara ladera arriba, hasta el lugar donde aguardaban el carro y el caballo,

enfrente de la tienda. Meggan se dio cuenta de que no eran pocos los que se estaban interesando por lo que ocurría y no sabía dónde meterse de la vergüenza. Pronto empezarían a circular los cotilleos. Mamá no tardaría en enterarse de la verdad de su accidente, aunque pudiera convencer al señor Trevannick para que no revelara su comportamiento.

Meggan fue depositada en el asiento del carro, disgustada y avergonzada, y apretó los labios. Aunque se había visto obligada a aceptar la ayuda del señor Trevannick, tenía intención de mantener un silencio altivo. Hasta que se acordó de los libros de la escuela y tuvo que mencionarlos. Cuando él los hubo recuperado del lugar en el que Meggan los había dejado y se los devolvió, subió al carro y Meggan estuvo segura de que al sentarse dirigió una mirada divertida a sus labios tercamente apretados.

—Estás disgustada por no haber ganado la carrera.

Meggan inclinó la cabeza apartándola más aún.

Con no sabía si sentirse molesto o divertido y no dijo nada más. Si la niña quería mostrarse obstinada la dejaría estar.

Los había visto a los cuatro bajar por la ladera y lo primero que le había llamado la atención había sido la carrera temeraria cuesta abajo de Meggan. Había pensado mucho en la niña desde el domingo anterior y se había detenido a observarla. Quedó intrigado al ver que se sentaba para quitarse las botas y bastante sorprendido cuando se dio cuenta de que había retado a los chicos a una carrera.

¡Qué chiquilla! Apasionada, desinhibida, la absoluta antítesis de Jenny. Se rio al imaginarlo y, por el rabillo del ojo, vio que Meggan volvía la cabeza hacia él. Con observó la expresión indignada de la muchacha y se rio aún más.

—No tiene derecho a reírse de mí.

—No me río de ti, Meggan. Nunca haría eso. Estaba pensando en cómo retaste a los chicos a esa carrera que sin duda estabas ganando. Y entonces se me ocurrió que nunca he visto a Jenny correr a ninguna parte. Ni siquiera cuando era pequeña.

Esta observación suavizó a Meggan, que notó que las mejillas le ardían de humillación.

—Está pensando que no soy una compañera apropiada.

—Al contrario. Creo que serás muy buena para Jenny. Necesita que la saquen de su caparazón...

—Y yo necesito que me enseñen a ser una dama.

—No iba a decir eso.

—Mamá sí lo dice. Continuamente. Cree que hago las cosas demasiado a lo loco y me temo que tiene razón. Intento cambiar.

—No cambies demasiado, Meggan, mi pequeña sirena gitana. Me gustas tal y como eres.

La forma en que lo dijo, «mi pequeña sirena gitana», proporcionó una cálida sensación de bienestar a Meggan. El calor que notó que le subía a las mejillas hizo que se revolviera en el duro asiento del carro.

—Debe de estar de guasa, señor Trevannick. Una gitana no es una sirena, y viceversa.

—Ya, pero tú eres ambas cosas, Meggan. Una sirena que se sienta en las rocas, cautiva con su canto y luego sube al acantilado para convertirse en gitana y correr libre por los páramos.

—Ahí están los chicos. —Meggan se sintió aliviada al verlos. Aunque seguro que el señor Trevannick le estaba tomando el pelo, no quería oír nada más.

Con tiró de las riendas para detener el caballo. Los chicos treparon a bordo del carro y Con, divertido, oyó que inventaban una historia apropiada que explicara el dedo roto de Meggan y con la que pudieran evitar el castigo.

—Y se suponía que tenías que ir a la mansión este domingo, Meggan. Sería estupendo que llegaras a trabajar con un dedo roto. Menos mal que no vas a ir.

Meggan soltó un grito ahogado de consternación.

—¿Que no voy a ir? ¿Qué quieres decir, mamá? ¿Es que el señor Tremayne ha cambiado de opinión?

—No, pequeña. No te lo tomes así. La señorita Tremayne va a quedarse un poco más de tiempo en Londres, eso es todo. Irás a la mansión en cuanto ella regrese. El señor Trevannick nos dio el recado hoy. Ha sido una suerte. Puesto que tienes que quedarte en casa sin moverte, quizá termines tu costura.

Cosa que, tal como reconoció Meggan, era el peor castigo que pudieran haberle infligido por su locura. Estar atrapada dentro de casa con la odiosa tarea de coser.

Llegó el domingo, un día lluvioso y con fuerte viento, por lo que el hecho de hallarse relativamente inmóvil no parecía ser tan malo. A Meggan le preocupaba no poder aprovechar aquellos días de libertad adicionales. Casi había completado su labor y había convencido a su madre para que le dejara pasar la tarde tumbada en la cama leyendo, una concesión muy poco frecuente, a decir verdad.

Se sorprendió a medias cuando Caro entró para ponerse un vestido mejor y coger la capa.

—Hace un tiempo malísimo para salir, Caro.

—Solo voy a ver a la señora Ryan para darle un pastel que hizo mamá.

—¿Y qué excusa utilizarías si mamá no hubiera hecho un pastel para la señora Ryan?

Caroline se quedó inmóvil y no miró a su hermana.

—No sé de qué estás hablando, Meggan.

—Estoy hablando de ti y de Rodney Tremayne. Sé que irás a verle cuando salgas. Pero hoy no te revuelques en el bosque o tendrás que explicarle a mamá cómo te llenaste de barro.

—No seas vulgar, Meggan. —Caro podía parecer desafiante, pero el color de sus suaves mejillas le dijo a Meggan que su hermana estaba muy inquieta.

—Tú eres la vulgar, Caro, comportándote así. Será mejor que tengas cuidado de no hacer un bebé.

Meggan vio que su hermana empalidecía. La embargó el desasosiego.

—Caro...

Pero Caro ya había salido por la puerta y había dejado a Meggan muy preocupada. Empezó a pensar otra vez, con angustia, en la liebre blanca que había visto el domingo anterior. Olvidó el libro y se recostó mirando al techo. Una vez más lamentó no ser mayor para saber cómo lidiar con el secreto de su hermana y con sus atribulados pensamientos.

En el refugio que habían encontrado, en la residencia de verano de los Tremayne, Caroline yacía en brazos de su amado. Poco a poco las lágrimas se abrieron paso a la fuerza y cayeron por sus mejillas. A menudo le entraban ganas de llorar cuando hacían el amor. Su unión era siempre muy hermosa, un enlace de sus almas que finalizaba con la cópula de sus cuerpos. Era inevitable que una pasión como la suya tuviera consecuencias. La certeza de la vida que había en su vientre era, en parte, responsable de las lágrimas de Caroline. Desde que fue consciente de este hecho había empezado a temer que el amor de Rodney pudiera no ser verdadero. Temía ser otra idiota hija de minero que se había dejado seducir por un hombre de clase más alta. Y si era así, si Rodney no la quería lo bastante como para casarse con ella, si todo lo que decía no era más que palabrería, entonces se moriría de vergüenza.

Rodney le acarició la mejilla y se la rodeó con la mano para volverle la cara hacia él.

—¿Qué ocurre, cariño? ¿Por qué lloras así? —Su expresión era tan tierna y ella lo quería tanto que las lágrimas se hicieron más copiosas—. Caro, Caro. —La estrechó contra su pecho y la meció hasta que el llanto se aplacó y le susurró la pregunta al oído—: ¿Estás encinta?

Cuando ella contestó con un sollozo y un movimiento de la cabeza, él la abrazó aún con más fuerza y la sostuvo así, en silencio, unos momentos.

—Nuestro hijo —murmuró, liberándola de la ferocidad de su abrazo—. Mi querida Caro, me cuesta creer que sea cierto.

—Es cierto —repuso Caroline, que se apartó y hundió el rostro en los cojines sobre los que estaba tendida. Los sollozos sacudieron su cuerpo.

—No llores así, cariño. —Intentó volver a abrazarla. Ella se resistió con un movimiento del hombro—. ¿Tan mal te sientes por ello?

—Sí... no... No quiero quedar deshonrada.

—¿Deshonrada? —exclamó él, que se incorporó, la agarró con fuerza de los hombros e hizo que se levantara para quedar sentados uno frente al otro—. ¿Crees que permitiría que quedaras deshonrada?

—¿Qué vas a hacer? ¿Arreglar las cosas para llevarme a alguna parte hasta que

haya nacido el niño? Aun así la gente lo sabrá. Yo lo sabré. Sabré que tuve un hijo que será criado por unos desconocidos. —No pudo evitar un tono de amargo resentimiento en su voz, porque este era el mayor de sus miedos, que Rodney no la quisiera lo suficiente. Y de ser así, si no la amaba lo bastante como para casarse con ella, si todas sus palabras no eran más que cuentos, prefería morir que vivir con la vergüenza de dar a luz a un hijo ilegítimo. La ausencia de una respuesta la llevó a alzar la vista para mirar a Rodney a los ojos. Por la angustia que vio en su mirada supo que sus palabras lo habían herido. Alargó la mano para acariciarle la mejilla.

—Yo te quiero, Rodney, pero ¿qué otra cosa se puede hacer?

El joven le tomó suavemente la barbilla y le alzó el rostro para poder mirarla a los ojos.

—Caro, cariño, el hijo que llevas dentro es producto de nuestro amor y te prometo que crecerá conociendo el amor de sus dos progenitores.

—Entonces, ¿me quieres de verdad?

La besó suavemente en los labios, deslizó la mano por su pecho y la bajó hasta la ligerísima redondez de su abdomen.

—¿Cómo puedes dudarlo, querida? Nos casaremos en cuanto se pueda organizar.

Caroline meneó la cabeza.

—Tu padre no va a permitir el matrimonio.

—Lo hará —declaró Rodney—. Le haré comprender lo mucho que nos queremos.

—Pero había falta de convicción en su voz, lo cual no le pasó desapercibido a Caroline.

—Estás diciendo lo que esperas que ocurra, no lo que crees de verdad.

—Haré que dé su consentimiento. Si es necesario le pediré a Con que intervenga. Mi padre respeta sus opiniones.

Caroline negó de nuevo con la cabeza y lo reprobó con cierta tristeza.

—¿Crees que Con Trevannick nos defenderá? ¡Ay, amor mío! Es tu hermano adoptivo. No hará nada que le haga perder la estima de tu padre.

—¿Por qué sigues diciendo estas cosas? —exclamó Rodney, atormentado—. ¿Tus sentimientos hacia mí han cambiado?

—Sabes que no. Ser tu esposa me haría la persona más feliz de todo Cornualles. Lo que pasa es que no puedo convencerme de que eso pueda llegar a ser posible.

Rodney le tomó las manos y la miró con una promesa seria en los ojos.

—Nos casaremos, mi querida Caroline. Aunque tengamos que fugarnos.

Caroline supo que, de momento, debía conformarse con esa promesa. Deseaba desesperadamente creer en lo que su amado le había prometido pero no podía convencerse de que todo saldría bien. Si Rodney iba a traicionarla, si iba a escuchar el que seguramente sería el consejo de su padre, preferiría quitarse la vida antes que deshonorar a su familia.

Caroline dio por sentado que solo su hermana menor sabía de sus encuentros furtivos con Rodney y que solo él conocía su otro secreto, por lo que no pensó en el instinto maternal de Joanna. No tenía ni la menor idea de lo que se avecinaba cuando, al cabo de dos noches, Joanna le pidió que dieran un paseo después de cenar.

El suelo ya se había secado tras la lluvia del fin de semana, aunque las flores silvestres que crecían a lo largo del acantilado habían perdido su viveza. Las dos mujeres hablaron poco y solo de cosas sin trascendencia hasta que llegaron al borde del precipicio donde alguien había construido un banco rústico en el que podían sentarse y contemplar el mar. Permanecieron un rato sentadas en silencio, y ambas estaban mirando hacia el agua cuando Joanna dijo:

—Vas a tener un bebé, ¿no es cierto?

La única respuesta de Caroline fue romper a llorar. Joanna suspiró.

—¿De cuánto estás?

—De dos meses.

—Entonces dime, hija mía, ¿por qué finges no querer casarte con Tom? Está claro que te gusta lo suficiente para haber hecho esto. Pues bien, ahora no puedes retrasar el matrimonio. Le pediré a tu padre que hable con Tom y que hagan los preparativos.

—¡No! —Fue un grito de angustia—. No lo hagas, por favor.

—¿Caroline? —Joanna agarró a su hija de los hombros para mirarla a la cara, incapaz de comprender el motivo del miedo que veía en su rostro—. ¿Qué es lo que pasa? ¿Tienes miedo de Tom? ¿Te forzó? —Joanna dudó por un instante. ¿Acaso Tom los había engañado a todos? ¿Era un hombre brutal como su padre?

—No, no es eso.

—¿Cuál es el problema entonces?

—No es Tom.

Caroline hablaba en voz tan baja que Joanna apenas oyó sus palabras. Procuró mantener un tono calmado y preguntó:

—¿No es Tom? ¿Has estado con otro hombre?

—Sí.

—¿Con quién?

Al ver que su hija no respondía, Joanna perdió la paciencia. Se puso de pie, tiró de Caroline, la agarró por los hombros y la sacudió bruscamente.

—¿Quién es el padre, Caro? Dímelo.

—No puedo. Pero le quiero, mamá, y él me quiere a mí.

—Vas a decírmelo aunque tengamos quedarnos aquí toda la noche, Caro. No voy a contarle a tu padre que estás embarazada sin poder nombrar al responsable.

Caroline hipó entre lágrimas, se sorbió la nariz y reunió valor para mirar a su

madre a los ojos.

—Rodney Tremayne.

—¡Oh, Dios mío! —Joanna soltó a su hija y dejó caer las manos. Se sentó pesadamente en el banco y su angustia se manifestó tanto en su expresión como en su voz—. Dime que no es verdad, Caro.

—Me quiere, mamá. Prometió casarse conmigo.

Joanna miraba fijamente a su hija al tiempo que sacudía la cabeza negándolo con desesperación. Caroline, al ver que no iba a recibir apoyo por parte de su madre, se volvió y agachó la cabeza, avergonzada.

—No me crees.

Joanna se levantó de nuevo para abrazar a su hija a la que quería muchísimo.

—¡Ay, mi querida hija! ¡Que te hayan engañado así! No sucederá nunca, Caro. No eres la primera joven que escucha falsas promesas de un caballero.

Caroline se zafó del abrazo de su madre.

—No lo entiendes. Él me ama de verdad, mamá.

—Bueno, quizá crea que te ama... ahora. Pero lo cierto es que los Tremayne no contraen matrimonio con gente como nosotros, hija. Lo mejor será que te cases con Tom enseguida.

—No quiero casarme con Tom. Y él tampoco me querrá cuando sepa que estoy embarazada de otro hombre.

—No se lo vas a decir —dijo Joanna con brusquedad—. Cuando nazca, dirás que el bebé llegó antes de tiempo.

Caroline estaba horrorizada.

—¡Pero no es verdad! —No podía imaginarse contando una mentira semejante, como tampoco podía soportar la idea de que Tom la llevara a su cama. Lo que con Rodney era un hermoso acto de amor sería aborrecible con cualquier otro hombre—. No puedo hacerlo, mamá.

—Puedes y lo harás, y no hay más que hablar. Esta noche hablaré con tu padre. Le diré que el bebé es de Tom y mañana tú le dirás a Tom que te casarás con él. No querrá retrasarlo. Ya ha esperado mucho.

—No, mamá. Por favor. Al menos habla primero con Rodney. Si... si me ha estado engañando sencillamente me marcharé. No podría casarme con nadie más.

—Nunca te casarás con Rodney Tremayne, de manera que lo mejor será que te acostumbres a la idea de ser la esposa de Tom. No consentiré que te marches para dar a luz a un hijo bastardo. No tienes ni idea de la clase de vida que acabarías teniendo.

—¿Por qué estás tan segura de que Rodney no se casará conmigo? —exclamó Caroline—. No puedes saberlo.

Se fijó en que de pronto su madre parecía muy cansada.

—Lo sé, Caro. Créeme, lo sé.

A media mañana del día siguiente, Joanna estaba lamentando haber cedido a los ruegos de su hija de mantener en secreto su estado. Al menos unos cuantos días más. Se estaba poniendo su mejor vestido con cuidado y mantenía su primera opinión de que Caro debería casarse con Tom de inmediato y no revelar nunca quién era el verdadero padre del niño. Pero como los sollozos continuados de su hija la habían conmovido, Joanna se enfrentaba ahora a una tarea de la que hubiera preferido privarse.

Al llegar a la mansión Tremayne se acercó audazmente a la puerta principal y llamó al timbre. Como Meggan estaba a punto de ocupar su puesto en la mansión, los sirvientes no encontrarían nada inapropiado en su petición de hablar con Phillip Tremayne.

La dejaron sola en el salón mientras el mayordomo fue a comprobar si el señor Tremayne estaba disponible y Joanna se fijó en la lujosa decoración. Una alfombra con un rico estampado se extendía por el centro y, a ambos lados, las tablas enceradas del suelo no podían relucir más. Unas cuantas sillas de madera tallada y brocado se hallaban situadas a intervalos a lo largo de las paredes. Había un jarrón enorme con flores frescas sobre una especie de armario pequeño y su belleza se reflejaba en el espejo dorado de enfrente.

Joanna se fijó en todo. Su linda casita parecía muy pobre en comparación. No obstante, se encontraba muy cómoda en ella y sabía que nunca podría haberse sentido igual en la mansión. Aun cuando esa clase de vida hubiese sido una opción.

El mayordomo regresó al cabo de unos minutos.

—El señor Tremayne la recibirá de inmediato, señora Collins. Por aquí, por favor.

La acompañó al estudio, donde Joanna solo pudo llevarse una breve impresión de la opulencia del mobiliario antes de que Phillip Tremayne se levantara de detrás de su mesa y se acercara a saludarla.

—¡Cuánto me alegra verla, señora Collins!

Tan educado. Tan formal. Hasta que, en respuesta a un gesto de la cabeza de su señor, el mayordomo se marchó. Phillip la tomó entonces de la mano y la condujo a un asiento.

—Joanna. Sigues tan atractiva como siempre.

Pero Joanna no hizo caso de la admiración que había en sus ojos y se sentó al borde de la silla con los pies juntos, las rodillas pegadas y las manos unidas en el regazo.

—Gracias por acceder a recibirme, señor Tremayne.

—Phillip, por favor. Entre nosotros no son necesarias las formalidades. —Frunció los labios y la miró detenidamente un momento—. ¿De cuál de tus hijas quieres hablar?

La pregunta fue tan inesperada que Joanna sencillamente se quedó boquiabierta.

—¿Lo sabes?

—Lo de Caroline y Rodney, sí. El chico habló conmigo la semana pasada. Tiene la idea un tanto estúpida de que está enamorado. Lo superará.

Sus palabras no sirvieron de mucho consuelo a Joanna.

—¿Qué fue lo que le dijiste exactamente?

—Le dije que se divertiera en otra parte y que no pensara en el matrimonio durante al menos diez años. Le advertí que tuviera cuidado de dónde plantaba su semilla.

No pareció darse cuenta de que sus palabras le resultaban hirientes a Joanna. Ella sabía perfectamente que, aunque era un buen señor y patrón, Phillip Tremayne nunca tomaba en consideración los sentimientos de los demás. ¿Se había preocupado Phillip alguna vez de dónde plantaba él su semilla?

—Tu consejo llegó tarde. Caroline va a tener un bebé. —Su voz sonó apagada y sus palabras carecían por completo de emoción. Joanna estaba ejerciendo un firme dominio sobre sí misma, satisfecha al ver que la reacción de Phillip fue horrorizarse tanto como ella la noche anterior.

—¿Rodney le ha hecho un hijo?

—Oh, sí. —En esta ocasión Joanna no pudo evitar el resentimiento en su voz—. Ella también cree estar enamorada. Además, está segura de que Rodney se casará con ella.

—¡Jamás! Lo sabes tan bien como yo.

Joanna inclinó la cabeza.

—Eso fue lo que le dije. Que los Tremayne no se casan por debajo de su clase social.

Phillip la miró con atención pero la expresión de la mujer no dejaba traslucir ningún significado oculto. Se sacudió esas ideas. El pasado, pasado estaba. No se arrepentía de nada.

—¿Qué vas a hacer al respecto? —le preguntó.

—Le he dicho a Caroline que debe casarse con Tom Roberts sin dilación y hacer ver que el hijo es de ambos.

—Entiendo. —Phillip asintió con la cabeza con aire pensativo—. Es obvio que es la única solución, pero si ya has tomado esta decisión, ¿por qué has venido a verme?

—Necesito tu ayuda. A veces Caroline puede llegar a ser muy terca. Ha jurado que nunca se casará con Tom. Si pudiéramos hacerle creer que Rodney la ha abandonado quizá cambiaría de opinión. Quiero que mandes fuera a tu hijo hasta que Caroline y Tom estén casados.

—Pues estate tranquila, Joanna. Ya he escrito a un primo de Northumbria para pedirle que acoja a Rodney hasta que vaya a Oxford.

Joanna se quitó un peso de encima.

—Gracias. Con suerte, todo saldrá bien.

Cumplida su misión, Joanna se puso de pie de inmediato y fue hacia la puerta.

Phillip llegó al mismo tiempo y se detuvo con la mano en el pomo.

—¿Hay alguna otra cosa, Joanna? —Había una pregunta en su mirada, un mensaje que ella decidió pasar por alto.

Lo miró fija y largamente.

—No. No hay nada más.

Aunque su entrevista con Phillip Tremayne había calmado considerablemente su preocupación, Joanna sabía que no podría estar del todo tranquila hasta que Caroline se convirtiera en la esposa de Tom Roberts. Aquella misma noche hablaría con Henry y estaba segura de que él insistiría en que la boda se celebrara de inmediato. Aunque era poco probable que resultara tan sencillo. Como había tenido tiempo de considerar el asunto, vio el inconveniente de decir que el padre era Tom. Henry reprendería a Tom, y con razón. Lo cual echaría a perder los planes de Joanna. El instinto maternal le decía que Caro nunca había yacido con Tom. Por lo tanto, habría que contar la verdad. Una verdad que podía resultar más hiriente que la mentira.

Aquella noche, en la cena, su optimismo cauto recibió un duro golpe cuando Henry se dirigió a su hija mayor.

—Hoy he visto que el joven señor Tremayne hablaba contigo, Caroline. ¿Qué quería?

El rubor encendido de Caroline la delató a su madre. Y a Meggan, aunque nadie más se dio cuenta. Farfulló una respuesta vaga diciendo que le había preguntado si estaba contenta con su trabajo.

Joanna apenas oyó la respuesta de su esposo, ni la discusión subsiguiente sobre los méritos de varios propietarios y empleados mineros. Invasada por la inquietud, supo que aquella noche tenía que reprender otra vez a Caroline por la aventura con Rodney Tremayne.

Caroline no quiso escucharla. Con una testarudez de la que su madre no sabía que era capaz, la muchacha se negó a aceptar todos los argumentos que Joanna le exponía.

—¿Por qué no puedes entenderlo, mamá? Rodney y yo nos queremos de verdad. Nos casaremos. Aunque tengamos que fugarnos.

—Lo que sí es verdad es que estáis locos los dos. ¿Fugaros? Su padre renegaría de él.

—Ya lo sabe, y yo también. No nos importa. Nos iremos a América, o a Australia. A alguna parte donde no importe quién sean nuestras familias.

Tan decidida e inflexible se mostró Carol que Joanna notó que empalidecía de miedo. Aquella tozudez no la había heredado de su madre.

—Es un sueño descabellado, Caro. No puedes casarte con Rodney. Confía en mí, sé que lo mejor para ti es casarte con Tom. Eres hija de un minero. Deberías ser esposa de un minero. Es la vida que conoces.

—¿Pero por qué no puedes entenderlo? ¿Acaso tú no querías a papá?

Joanna no creyó necesario frenar su arrebato de furia.

—Eso no tiene nada que ver.

—Entiendo. Te casaste por conveniencia. Bueno, pues yo me casaré por amor. Me casaré con el padre de mi hijo.

—No puedes hacerlo, Caro. —Joanna se sentía al borde del llanto—. ¿No me crees cuando te digo que nunca, nunca jamás podrás casarte con Rodney Tremayne?

—No puedes impedirnoslo. Ni siquiera el señor Tremayne puede.

—Caro, Caro. ¿Por qué tienes que ser tan testaruda? —Joanna ocultó el rostro entre las manos intentando contener lágrimas de angustia. Reinó el silencio durante unos momentos. ¿Por qué era tan cruel el destino, por qué? ¿Acaso la estaban castigando a ella, a Joanna, por sus propios pecados? Pero la verdad siempre hallaba la forma de salir a la luz. Ojalá no hubiera sido de esta manera. Joanna respiró profundamente y alzó la cabeza.

—No voy contarte esto de buena gana, hija, pero veo que es la única forma.

El sufrimiento que vio en la expresión de su madre embargó a Caroline de un miedo perplejo.

—¿Contarme el qué?

—El verdadero motivo por el que no puedes casarte con Rodney Tremayne.

Joanna tardó un rato en serenarse. Cuando empezó a hablar no miró a su hija, sino que bajó la vista a las manos que tenía entrelazadas con fuerza en el regazo.

—Yo tenía dieciséis años cuando conocí a Phillip Tremayne. Me enamoré locamente de él y él de mí. O al menos eso dijo. Pero se casó con Louise Pengelly y me pidió que fuera su amante. Yo me negué. Si no me quería lo suficiente como para casarse conmigo no me tendría de ningún otro modo. Tu padre quería casarse conmigo pero también lo rechazé. Si no podía tener a Phillip no quería a nadie. —Alzó la cabeza para mirar a Caroline—. ¿Esto te suena de algo, hija? —Sin aguardar una respuesta, volvió a mirarse las manos y continuó hablando—: Ellos se casaron dos años antes de que Louise concibiera. Lo pasó muy mal durante el embarazo y el parto. Fue entonces cuando Phillip me buscó otra vez. Al principio lo rechazé, pero había sufrido tanto desde que se casó que no tardé en ceder. Aunque era inmoral, durante esos meses fui más feliz de lo que he sido jamás. Cuando descubrí que estaba embarazada me emocioné al saber que siempre tendría una parte del hombre al que amaba. Él nunca podría casarse conmigo pero pensé que me instalaría en una casa bonita en algún lugar y que me visitaría a menudo. Ya ves, le creí cuando me dijo que me amaba. Lo que hizo en cambio fue arreglar mi matrimonio con tu padre.

Caroline tuvo la sensación de que estaba oyendo hablar a una desconocida. No podía imaginarse a su práctica madre amando tanto a Phillip Tremayne que había estado dispuesta a tener un hijo bastardo y a vivir como su amante.

—¿Papá lo sabía, o fingiste igual que quieres que finja yo con Tom?

—No. No quería casarme con él sin que supiera la verdad. Él aún me quería, me

aceptó de buen grado y estuvo dispuesto a criar al bebé como si fuera suyo. Phillip lo recompensó bien, con el ascenso a jefe de cuadrilla y con esta casita.

—Creía que tenía más orgullo.

—Tu padre es un hombre bueno y generoso. Fue una prueba de cuánto me quería. Y sí, tenía su orgullo, de modo que aguardó el momento oportuno. ¿Por qué crees que Meggan va a convertirse en la compañera de la señorita Jenny?

—¿Qué ocurrió con el... —Caroline cayó en la cuenta de la clara y cruel realidad — con el bebé? Era yo. —Alzó la voz, histérica—. Así pues... ¿Rodney es mi hermano? ¿Llevo dentro al hijo de mi hermano? No, no, no puede ser verdad.

El dolor que sentía Joanna era tan intenso que sentía que la arrastraba y la angustia y el horror de la expresión de su hija le desgarraron el alma.

—Lo siento, Caro, querida. ¡Ojalá no hubiera tenido que contártelo! ¡Si me hubieras escuchado y hubieras accedido a casarte con Tom!

Caroline se tapó la cara con las manos.

—¿Qué voy a hacer?

Joanna inspiró profundamente. Una de las dos tenía que ser fuerte.

—Exactamente lo que te he estado diciendo. Te casarás con Tom, hija, y no hace falta que nadie sepa la verdad salvo nosotras dos.

La muchacha miró a su madre, incrédula.

—Eres muy dura, mamá. ¿No te importa cómo me siento?

—Hija, no sabes lo triste que estoy. Pero debo ser práctica.

—¿Y Rodney? —Se le quebró la voz—. ¿Lo sabe él? ¿Lo sabrá?

Joanna lo negó con la cabeza.

—Su padre lo mandará fuera hasta que Tom y tú estéis casados.

—Si me caso con Tom creerá que no le amo. —¿Qué estaba diciendo? ¿Cómo podía estar hablando así? Hablando de casarse con Tom cuando eso no podía ser. Pero le resultaba imposible asimilar lo que su madre había confesado.

—No sería mala cosa que Rodney pensara eso. Encontrará a alguien de su misma clase y con el tiempo te olvidará, así como tú debes olvidarte de él.

—No puedo hacerlo, mamá. No puedo mentirles, ni a Rodney ni a Tom. Y el bebé. Es fruto de un incesto. Puede que no sea normal. —Estaba tan histérica que agudizó mucho la voz.

—Cállate, vamos. Eso son tonterías. Te ha impresionado mucho lo que te he dicho. Confía en mí, hija, cuando te digo que sé lo que es mejor para ti. Yo quería de verdad a Phillip Tremayne, Caro, pero aprendí a dejar mis sentimientos de lado por el bien del hombre con el que me casé. Tu padre es un buen hombre y he sido feliz con él. Tom es un buen hombre y tú aprenderás a ser feliz con él. Vamos, Caroline, querida —abrazó a su hija—, no digamos nada más por esta noche. Verás las cosas más claras por la mañana.

Mucho antes de llegar la mañana Caroline ya tenía las ideas muy claras. Horas antes de amanecer, antes de que nadie despertara de su sueño, se levantó de la cama en la que se había pasado la noche tumbada sin dormir. Se vistió muy despacio para no molestar a su hermana menor y salió con sigilo de la habitación con las botas en la mano. Se las calzó al llegar a la cocina y se escabulló por la puerta trasera sin hacer ruido.

Fue por la calle del pueblo y luego se desvió por el sendero que conducía al acantilado. Al llegar al punto más elevado se detuvo para mirar atrás, por encima de la aldea, al lugar en el que se alzaba la oscura silueta de la mansión Tremayne bajo la luz de la luna. No fue consciente de cuánto tiempo permaneció allí, ni siquiera era consciente de las lágrimas que surcaban sus mejillas. Lo único que pensaba era que el hombre al que amaba más que a la vida, su hermano, estaba durmiendo entre aquellas paredes oscuras.

Durante las largas y desesperantes horas de la noche, el amor por el hombre que había plantado la semilla en su vientre no había flaqueado en ningún momento. Pero en su corazón había brotado una enorme furia contra su madre así como un resentimiento hacia el hombre aparentemente insensible que era su padre biológico. Concibió la idea impulsiva de que había que hacerles pagar por el sufrimiento que entonces experimentaba.

—Perdóname, Rodney. Es mejor así —susurró, y dio la vuelta para seguir andando hacia la mina.

Al despertarse, Meggan vio que la cama de su hermana estaba vacía. Pensó que Caroline debía de haberse levantado muy temprano aquella mañana. Se vistió, fue al piso de abajo y encontró a su madre sola en la cocina. Papá y Will ya se habrían marchado para cumplir con su turno de trabajo en la mina en tanto que los más pequeños nunca se levantaban hasta que ya no podían retrasarlo más.

—Buenos días, mamá. ¿Caro está fuera? —Meggan esperó que, de ser así, su hermana no se entretuviera demasiado en el retrete, pues era el lugar que necesitaba visitar con bastante urgencia.

—¿Caro? ¿Es que no está todavía en la cama?

—No. Debe de haberse despertado y vestido mientras yo aún dormía.

Joanna suspiró exasperada. Se había pasado la noche cuestionando si había sido acertado haberle contado a Caroline sus verdaderos orígenes. Un atisbo de intranquilidad hizo que se le acelerara el corazón de golpe.

—¿Dónde estará esa muchacha?

—No lo sé, pero si no está fuera entonces voy yo.

Meggan regresó al cabo de unos minutos y se encontró a su madre poniéndose el

abrigo. Ya se había atado las botas de andar por la calle. Meggan se sorprendió tanto que se quedó boquiabierta. Se fijó en que su madre manejaba torpemente los botones del abrigo.

—¿Ocurre algo, mamá? —Meggan sintió una especie de retortijón incómodo en el estómago.

—Ocúpate del desayuno de tus hermanos, Meggan. Tengo que salir un rato.

—¿Adónde vas, mamá? ¿Dónde está Caro? —Algo iba mal. Ahora Meggan lo sabía con certeza.

—No hace falta que te preocupes por eso. Haz lo que te he dicho y marchaos todos a la escuela si yo no he vuelto antes.

Su madre se fue y Meggan empezó a encontrarse mal casi físicamente. Se había acordado de la liebre blanca.

Cuando Joanna llegó a la mansión Tremayne en mucho menos tiempo del que normalmente se tardaría en recorrer la distancia, el flato la hacía caminar a trompicones y le costaba respirar. No parecía haber nadie por allí tan temprano. Joanna tocó el timbre repetidas veces y golpeó la pesada puerta, casi sollozando por la urgencia de su preocupación. Tras lo que pareció un rato interminable, el ama de llaves abrió la puerta.

—¿A qué viene tanto alboroto, señora Collins? ¿Y qué está haciendo en la puerta principal?

Joanna no hizo caso del tono de desaprobación de la mujer. Haddy Brown y ella habían crecido juntas, pero nunca se habían tenido simpatía.

—Tengo que hablar con el señor Tremayne. Es muy urgente.

—¡Uf! El señor aún está en la cama. No puedo molestarle sin un buen motivo.

—Lo entenderá cuando hable con él.

—Vaya a la puerta de la cocina, señora Collins, y aguarde allí. Seguro que el señor puede verla en cuanto se haya levantado y desayunado.

—¡Vamos, no sea estúpida! Esto es muy urgente. —Joanna hizo ademán de entrar pero se encontró con que el ama de llaves le impidió el paso con su corpulencia y sus brazos rechonchos extendidos. Furiosa, a Joanna le faltó muy poco para golpear a esa mujer.

—¿Qué ocurre, Joanna? —La voz que provenía de las escaleras desvió la atención de las dos mujeres. Era Phillip Tremayne, cuya camisa de dormir y calzones eran muestra de la prisa que se había dado en vestirse. Bajó hacia ellas—. He oído el alboroto. ¿Qué ha pasado?

A pesar de la necesidad urgente que tenía de desahogar su preocupación, Joanna dirigió una mirada significativa a Haddy Brown. Una mirada que la mujer trató de pasar por alto de forma evidente hasta que Phillip la despachó con un brusco:

—Gracias, señora Brown.

El ama de llaves se retiró ofendida, Joanna esperó a que no pudiera oírles y entonces preguntó en voz baja y tono urgente:

—¿Dónde está Rodney?

Phillip se encogió de hombros, sorprendido.

—Montando, me imagino. Suele salir muy temprano.

—Caroline también ha salido, muy temprano.

Él le dirigió una mirada severa.

—¿Estás pensando que podrían haber quedado en encontrarse?

—Temo que sea más que eso.

Phillip no tardó en entenderlo.

—¿Crees que podrían haberse marchado juntos?

—Caro dijo que se fugarían si intentaba casarla con Tom Roberts.

Phillip soltó un resoplido despectivo.

—Rodney no cometería semejante estupidez. —No obstante, su ceño fruncido reveló que no confiaba demasiado en el sentido común de su hijo.

—Pero crees que podría ser. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Nada, hasta que no sepamos con seguridad dónde están. —La tomó del brazo y la condujo a un sofá que había contra la pared—. Descansa aquí mientras yo envío a alguien a los establos. El mozo de cuadra sabrá a qué hora se marchó Rodney.

Al volverla a llamar, Haddy Brown apenas pudo contener su curiosidad y posó la mirada en el rostro de Joanna como si pudiera encontrar la explicación en él. Pero hizo lo que le mandaron y al cabo de unos minutos regresó con la información de que, en efecto, Rodney había salido muy temprano pero había dicho que estaría de vuelta antes del desayuno.

—Ya lo ves, Joanna, no están juntos. Quizá Caroline salió a dar un paseo temprano. Es probable que cuando vuelvas a casa ella ya haya regresado.

Joanna se levantó de su asiento.

—Rezo para que tengas razón, Phillip, pero me temo que no va a volver a casa.

—¿Tienes algún motivo para pensarlo o es tan solo la preocupación natural de una madre?

—No. No es eso. —Joanna se retorció las manos, más asustada de lo que le hubiera gustado admitir—. Lo sabe, Phillip. Caro sabe que eres su verdadero padre.

Phillip Tremayne se sobresaltó.

—¿Se lo has contado? ¿Por qué demonios lo hiciste? Antes de que te casaras con Henry Collins acordamos que jamás lo sabría nadie salvo nosotros dos y tu esposo. Rompiste tu promesa, Joanna.

Estaba disgustado. Mucho. Joanna se sintió ofendida por lo injusto de su criterio.

—Tú bien puedes enfadarte, Phillip Tremayne. Tú no escuchaste sus lágrimas y amenazas descabelladas. Estaba decidida a estar con Rodney dijera yo lo que dijera. Si se lo conté fue solo para intentar convencerla de que se casara con Tom Roberts.

—Por lo que veo no tuviste éxito.

—Le dije que vería las cosas más claras por la mañana.

—Pues ya es de mañana y dices que ha desaparecido. ¿Cómo reaccionó Caro a tu confesión?

—Quedó muy afectada, naturalmente.

—Naturalmente.

Joanna perdió la calma.

—No utilices ese tono sarcástico conmigo, Phillip Tremayne. Lo único que hago es intentar proteger a mi hija. A nuestra hija. ¡Ay, cómo lamento ahora haber accedido a las mentiras y el engaño! ¡Ojalá se lo hubiera contado mucho antes!

La ira y la preocupación hicieron que se dirigiera de nuevo a la puerta de entrada a toda prisa. Hizo caso omiso del «Espera, Joanna» de Phillip y salió sin volver la vista atrás.

No estaba del todo convencida de que no se hubieran fugado. Por supuesto, si Rodney mencionó la hora aproximada en que estaría de vuelta fue sencillamente para despejar cualquier sospecha. Pero si no se habían fugado, ¿dónde se habría metido esa muchacha? De haberse tratado de Meggan podría haberse creído la sugerencia de Phillip de un paseo matutino. Pero que ella supiera su otra hija nunca daba paseos tempranos.

Joanna no tomó el camino directo de vuelta a la aldea. En cambio, tomó el sendero del acantilado y se detuvo con frecuencia a mirar a las rocas de abajo. Había marea baja que dejaba al descubierto trozos de playa entre las rocas. En la orilla no había nada que sugiriera que Caro hubiera estado tan desesperada como para arrojarse desde lo alto del acantilado. Sin embargo, la sensación de terror no abandonaba a Joanna.

«Tom Roberts», pensó con esperanza desesperada. Quizá Caro había salido temprano para decirle que se casaría con él. Seguro que debía de ser allí adonde había ido. ¿Acaso Joanna no le había aconsejado que no perdiera tiempo en convertirse en una esposa respetable? Sin duda aquella noche estarían todos sentados discutiendo los planes para la boda.

Joanna había ido siguiendo el borde del precipicio hasta que ya no le resultó posible avanzar más y torció en dirección a la aldea. Al cabo de cinco minutos llegó al sendero que conducía a la mina. Cuando entró en él miró hacia abajo. Un grupo subía lentamente por el camino. Pensó que habían terminado el turno muy tarde. Entonces vio que su esposo y su hijo mayor estaban en ese grupo. También vio que los dos, Tom y otro hombre llevaban una camilla.

Un terror profético la mantuvo inmóvil durante largos segundos. Después echó a correr camino abajo con una urgencia desesperada para ir a su encuentro. Todos ellos, incluido Will, mantuvieron la cabeza gacha. Solo Henry Collins alzó la mirada del suelo. El grupo se detuvo y esperó. Joanna vio el horror en aquellos rostros abatidos, las lágrimas húmedas en las mejillas de Will. Henry tenía el semblante pálido y crispado. Marido y mujer cruzaron la mirada, Joanna se acercó a un lado de la

camilla, levantó la arpillera y vio el rostro de su hija muerta. De sus labios solo salió un leve sollozo ahogado.

—Vamos a llevarla a casa.

Con el rostro impassible y los sentimientos congelados, Joanna caminó al lado de Caroline durante todo el camino de vuelta a la aldea.

Meggan tenía ganas de huir, de esconderse. Quizá si pudiera correr lo bastante aprisa podría dejar atrás aquel dolor y culpabilidad terribles. Habían pasado doce horas desde que trajeron el cuerpo de Caro a casa y ella todavía no había derramado ni una sola lágrima. Encorvada en la cama, miraba fijamente la de al lado, vacía. Las camas estaban tan cerca que ella y Caro podían alargar la mano y tocarse estando acostadas.

Ahora el cadáver de su hermana yacía abajo en el ataúd y al día siguiente la enterrarían fuera de los muros de la iglesia. El reverendo Merton había venido aquella tarde. Meggan, sentada en silencio en un rincón, había escuchado cómo su madre discutía y le suplicaba al pastor que permitiera que su hija fuera enterrada en terreno sagrado.

—Quitarse la vida va en contra de la voluntad de Dios, señora Collins. —Había sentenciado él con la voz santurrón que utilizaba en sus sermones—. Su hija, que Dios la acoja en su seno, cometió un pecado terrible. No puedo permitir que le den sepultura en el campo santo.

La madre de Meggan había dicho una cosa extraña entonces:

—El señor Tremayne le proporciona los medios para ganarse la vida. Él querrá que Caroline sea enterrada en el camposanto.

—No —dijo su padre en tanto que el reverendo Merton enarcaba las cejas hasta el punto que dio la impresión de tener pelo en su calva cabeza.

—No importa quién interceda en su nombre, señora Collins, su hija no puede ser enterrada en terreno sagrado.

Fue su última palabra y el hombre se marchó sin brindar ni una sola muestra de consuelo a la familia. Su madre se desmoronó presa de unos sollozos desconsolados y Meggan miró a su padre con tristeza y vio que la emoción que se esforzaba por controlar era de cólera.

—Si ese es de verdad un hombre de Dios —declaró mirando con desprecio hacia la puerta por la que el pastor había salido—, ninguno de nosotros volverá jamás a la iglesia.

Joanna estaba tan alterada que empezó a decir cosas sin sentido y Henry la convenció para llevarla a la cama y envió a Will al doctor a por láudano o algo similar. Dejaron sola a Meggan. La señora Roberts había venido antes a llevarse a los dos más pequeños a su casa. Después de que trajeran a Caroline, Tom se había marchado en dirección a la posada.

La impresión y el desconcierto que la tragedia había causado en Meggan se habían transformado rápidamente en una terrible sensación de culpabilidad. No había podido evitar pasarse el día pensando en la liebre blanca. Tampoco podía evitar recordar las palabras que le había dicho a su hermana. «Tengo miedo. La liebre

blanca me condujo hacia ti».

Acurrucada en la cama, Meggan lidiaba con la terrible idea de que en parte era responsable de la muerte de su hermana. Ojalá no hubiera ido a pasear por los páramos aquel día. Así no habría visto la liebre blanca. No habría visto a Caroline con Rodney Tremayne. Y tal vez no hubiera sucedido una cosa tan horrible como aquella.

Lo que Meggan no podía comprender era por qué Caroline se había arrojado a un pozo de la mina. ¿Acaso no debería haberle contado a nadie lo de la liebre blanca? ¿O tendría que haberle contado a su madre todo lo que había visto? La ausencia de respuestas solo sirvió para que la carga de la culpabilidad de Meggan se hiciera más pesada.

La gente había acudido a la casita a ofrecer sus condolencias. Había sido una carga muy grande para sus padres. Bajo los efectos del láudano que Will había ido a buscar, su madre no parecía ser muy consciente de lo que ocurría a su alrededor. Presa de la culpabilidad y el desconcierto, Meggan había decidido que la mejor manera de expiar su culpa sería haciendo todo el trabajo que normalmente hubiera hecho su madre. Preparó un refrigerio para los visitantes y la comida y la cena para la familia, pero el hecho de que su padre le agradeciera su buen comportamiento solo sirvió para incrementar su culpabilidad.

Durante el transcurso del día, escuchando las conversaciones, se había enterado de cosas que no le habían explicado. Uno de los trabajadores de superficie del turno de noche había visto una mujer cerca del pozo viejo, el cual no se utilizaba puesto que entraba agua por el fondo. Apenas había podido asimilar lo que estaba viendo cuando la mujer desapareció. El hombre había ido corriendo a asomarse al pozo, pero con mil pies de profundidad la oscuridad era tan densa que la vista humana no podía penetrar en la negrura.

Les contó a los demás lo que creía haber visto. Como no había posibilidad de que nadie sobreviviera a una caída semejante, los mineros deliberaron sobre el método más práctico de verificar si el hombre había visto una mujer caer al pozo o no. En el transcurso de dicha discusión empezaron a llegar los trabajadores del siguiente turno.

Tom Roberts, que probablemente fuera el más fuerte de todos, se ofreció voluntario de inmediato para descender con la cuerda de un torno. Entró en el pozo para iniciar el descenso. Cuando, al cabo de una hora, volvieron a sacarlo poco a poco a la superficie, llevaba el cadáver de Caroline en brazos.

A la mañana siguiente una procesión de vecinos siguió pesadamente al carro fúnebre bajo un sol radiante. Fueron pocos los que tomaron conciencia de la belleza excepcional del día. Los que sí lo hicieron lo consideraron una burla a su dolor. Joanna, flanqueada por su esposo y su hijo mayor, sollozaba en silencio. Llegaron a la iglesia, cruzaron la entrada techada y pasaron frente a la puerta del cementerio de

paredes de piedra. Doblaron la esquina y siguieron por el sendero hasta que el enterrador detuvo su caballo al llegar al terreno vacío de detrás del camposanto.

Allí ya se había cavado una tumba. Al ver frustradas sus esperanzas de que su hija aún pudiera ser enterrada en suelo sagrado, Joanna se alteró. Meggan, que aún no había derramado una sola lágrima, iba firmemente cogida de la mano de Hal y Tommy.

El pastor pronunció solo unas pocas palabras y estas fueron una dura reprimenda a los que no habían tenido la fe suficiente para vivir según la voluntad de Dios. Su declaración de que el alma de Caroline vagaría eternamente y nunca cruzaría las puertas del cielo no consoló a aquellos que la habían querido. Los que habían acudido simplemente a presentar sus respetos se sintieron incómodos.

Meggan no prestó mucha atención a la santurronería del pastor. Miró los rostros de la gente que había en torno a la tumba. La mayoría lloraban abiertamente o tenían lágrimas en los ojos. Incluso a Will le corrían lágrimas silenciosas por las mejillas. Tom Roberts no lloraba, pero cuando Meggan lo miró sintió un leve escalofrío de temor. La venganza no era un sentimiento con el que estuviera familiarizada, pero la vio en el rostro de Tom. Iba a hacer que alguien pagara por la muerte de Caroline.

Aunque Meggan seguía sintiéndose culpable de contribuir con su inacción a la muerte de su hermana, no tenía ninguna duda en cuanto a quién tenía la culpa en realidad de que Caro hubiera decidido quitarse la vida. Meggan creía saber por qué. Repasó mentalmente las conversaciones con su hermana y estaba casi segura de que Caro iba a tener un bebé y que el hombre responsable la había defraudado. En medio de todo su dolor y culpa surgió una furia amarga contra Rodney Tremayne. Meggan miró de nuevo a Tom y se preguntó si debía darle el nombre de la persona con la que vengarse.

Cuando arrojaron el primer puñado de tierra sobre el ataúd en el que yacía su hermana, Meggan cayó en la cuenta de la irreversibilidad de la muerte con una fuerza espantosa. Incapaz de seguir mirando, de soportar el hecho de que era a su hermosa hermana a quien estaban enterrando, se abrió paso a empujones para salir del círculo de personas y enfiló el camino a toda prisa. Pensó en sentarse bajo la entrada techada a esperar. Pero al llegar allí vio que ya estaba ocupada. Por Rodney Tremayne y el señor Trevannick. Este tenía una expresión seria, el otro estaba roto de dolor.

Meggan se detuvo y solo miró al joven desconsolado. ¿Cómo se atrevía a llorar por Caroline cuando todo era culpa suya? Se abalanzó sobre él para golpearle el pecho con los puños.

—Tú mataste a mi hermana —gritó—. Te odio, te odio.

Sintió que la barrera que contenía su dolor empezaba entonces a desmoronarse. Se zafó del señor Trevannick que la había agarrado del brazo, dio media vuelta y echó a correr sin prestar atención a su voz que le decía que esperara. Empezaban a caerle las lágrimas y quería estar sola... completamente sola, en el lugar en el que se sentía a salvo del mundo.

Tropezó y cayó en el sendero del acantilado y, aunque no se hizo daño, el accidente provocó que las lágrimas brotaran con más rapidez. Cuando se sintió segura en su lugar de detrás de las rocas dio rienda suelta a su dolor. No supo cuánto tiempo estuvo llorando. Una vez brotaron las lágrimas dio la impresión de que no cesarían nunca.

Apenas fue consciente del brazo consolador que la rodeó por los hombros y que empezó a atraerla hacia un pecho firme en tanto que una mano delicada le acariciaba el pelo. Lo único que sabía era que aquel estrecho abrazo aliviaba la pena. Poco a poco se fue calmando. Meggan se sorbió la nariz, se la frotó fuertemente con el puño y masculló:

—Lo siento, señor. —Hizo ademán de apartarse.

Con Trevannick mantuvo el brazo firme en torno a sus hombros. Los dedos que le habían acariciado el pelo le enjugaron las lágrimas de las mejillas con suavidad.

—No, Meggan. Soy yo quien lo siente. Por la tragedia que tu familia y tú habéis sufrido.

—Por culpa de su familia. —Fue incapaz de contener el resentimiento.

Él guardó silencio un momento.

—Acusaste a Rodney. ¿Por qué?

Meggan no quería responder a esa pregunta, logró soltarse y se puso de pie rápidamente.

—Ahora tengo que irme.

—Meggan. —Con Trevannick se levantó con la misma rapidez y la cogió de la mano para impedir que se marchara—. ¿Tú sabías que tu hermana y Rodney se veían en secreto?

Ella asintió con la cabeza.

—Sé que él nunca se habría casado con ella, ni siquiera después de darle un hijo, y yo tampoco voy a ir a la mansión —añadió cuando se le pasó por la cabeza otra idea—. Odio a su familia y no volveré a hablar con usted.

El hombre meneó suavemente la cabeza y volvió a acariciarle la mejilla con los dedos.

—Son unas palabras muy duras, pequeña Meggan. Quizá cuando se calme tu dolor cambiarás de opinión y tendrás un buen concepto de mí.

—Nunca tendré un buen concepto de usted, señor Trevannick. —Podría haber dicho más, mucho más, de no ser porque Will llegó caminando con dificultad por las rocas.

—Estás aquí, Megs. Estaba preocupado por ti. ¿Estás bien?

Ella asintió con la cabeza, fue corriendo hacia él y lo estrechó en un fuerte abrazo.

—¡Oh, Will! Lamento todas las veces que me he portado mal contigo. Te quiero.

—Yo también te quiero, pequeña Megs. Y ahora vámonos a casa. Papá también está preocupado por ti.

—Cuídate, Meggan —dijo Con—. Siempre te recordaré.

Will se enfrentó al otro hombre.

—No sé por qué está aquí, señor Trevannick. Le agradezco que se haya ocupado de ella pero nosotros nos cuidamos solos. Los Collins no queremos nada de los Tremayne.

Sin decir ni una palabra más, rodeando aún a su hermana con los brazos, Will se la llevó de allí. Meggan no volvió la vista atrás.

Con Trevannick se quedó mirando por segunda vez a la chica que subía por el sendero del acantilado. En esta ocasión, entristecido por el convencimiento de que no volvería a verla.

Joanna estaba despierta. Henry dormía profundamente a su lado. No sabía hasta qué punto lloraba él la muerte de Caroline. Desde el momento en que ella nació, Henry había sido su padre en todos los aspectos menos en uno. Aunque era Meggan la que ocupaba un lugar especial en el corazón de su padre, Henry Collins había tratado a los cinco hijos por igual.

Sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y Joanna pudo distinguir las formas de la habitación. Le pareció que debían de ser altas horas de la madrugada. Sabía que habían pasado dos días desde que habían enterrado a su hija. Había estado sedada la mayor parte del tiempo. La noche anterior se había negado a tomar más láudano. No quería volverse dependiente de esa sustancia.

Ya tenía la cabeza clara y prometió en silencio no derramar más lágrimas. La carga terrible del dolor iba a quedar sellada en su corazón. Nunca la manifestaría. Ni la olvidaría. Era más que suficiente soportar la angustia del pesar por no haber revelado antes la verdad sobre la ascendencia de Caroline.

En la mente de Joanna empezó a arraigar la idea de que estaba siendo castigada por su pecado de amar a un hombre casado. Y de ser así, ¿qué otra tragedia podría acontecer aún a la familia? En aquellas largas horas previas al alba, empezó a formarse en torno a Joanna el muro invisible que acabaría por aislarla de su familia.

A media mañana Joanna salió de la casita. Había una última cosa que necesitaba hacer por su hija. Por tercera vez en menos de una semana se encaminó a la mansión Tremayne. Aunque simplemente se preguntaba cuán intenso sería el dolor de Henry, tenía una fuerte necesidad de saber que Phillip Tremayne lloraba a su hija natural. Había mandado un mensaje de condolencia a la casa. A diferencia del señor Trevannick, él no les había presentado sus respetos en persona.

Para alivio de Joanna, en esta ocasión no se encontró con Haddy Brown. Fue Grimms, el mayordomo, quien abrió la puerta. Le dio el pésame con un murmullo y le concedió el honor de acompañarla directamente al estudio de su señor en lugar de hacerla esperar en el vestíbulo. El hombre estaba demasiado bien cualificado como para mostrar una curiosidad manifiesta, aunque Joanna no dudaba que habría muchas especulaciones entre los sirvientes.

En Pengelly todo el mundo se había enterado de la tragedia. A Joanna no le importaban los rumores y suposiciones que pudieran circular sobre la razón por la que Caroline se quitó la vida. La gente hablaría y nadie podía hacer nada al respecto. Nada traería a Caroline de vuelta. Solo había una cosa que Joanna necesitaba saber.

—¿Por qué no viniste al funeral? —preguntó antes de que Phillip tuviera oportunidad de saludarla, antes de que hubiera terminado de levantarse de la silla.

Él acabó de levantarse, rodeó la mesa y se quedó frente a ella. Joanna se fijó en que su expresión tenía cierta gravedad.

—Me pareció mejor mantenerme alejado. La gente hablaría.

—Como si no fueran a hablar de todas formas. Deberías haber estado allí. Caroline era tu hija.

—Nació de mi semilla, eso es todo. —A Joanna le pareció que sus palabras tenían menos emoción que si estuviera hablando de un potro que hubiera criado.

—¿Es que no te importa? —exclamó—. Mi hija, carne de tu carne, está muerta.

El rostro de Phillip adoptó un semblante frío y hermético como una máscara.

—Lo siento muchísimo por ti, Joanna, pero no es ni mucho menos culpa mía.

—¿Cómo puedes decir que no fue culpa tuya? Fuiste tú el que optó por negar su existencia, por fingir que era hija de otro hombre. Fuiste tú el que no sabía en qué andaba tu hijo.

—Ni tú en qué andaba tu hija. No me culpes a mí, Joanna.

Por un momento Joanna se quedó callada, consciente de que lo que él decía era verdad. Una madre debería saber cuándo una hija suya tenía un amante.

—Ambos tenemos la culpa. Yo por mi pecado al amarte y tú por no reconocer a tu hija.

La máscara controlada de Phillip se retiró y reveló un poco el sufrimiento que él negaba.

—¿Cómo querías que la reconociera? Piensa en el dolor que le hubiera causado a Louise saber que yo había recurrido a otra mujer mientras ella luchaba por recuperarse del parto de Rodney.

—Si Caro hubiera sido un niño lo hubieras querido.

—Te olvidas de que yo ya tenía un hijo.

—¿Y si hubiera sido al revés? ¿Si Louise te hubiera dado una hija y yo un hijo?

—Pero no fue así.

—Entonces no. Puede que primero te haya dado una hija, pero también te he dado un hijo.

La duda y la estupefacción que vio en el semblante de Phillip hicieron que en el suyo asomara una sonrisa forzada.

—No te entiendo, Joanna. ¿Cómo podrías tener un hijo mío?

—¿Lo has olvidado? ¿Es que no significo nada para ti? Viniste a buscarme, ¿recuerdas?, después de la muerte de Louise. ¿No has mirado nunca a Hal de cerca? Se parece tanto a ti que si estuvierais juntos nadie tendría ninguna duda.

—¿Hal es hijo mío? —Meneó la cabeza, como para sacudirse la perplejidad—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Rechazaste a tu hija. ¿Por qué debería darte a nuestro hijo? No iba a dejar a un buen hombre por ti.

—No. Decidiste estar con un hombre al que no amas.

—Lo respeto y eso es más importante que el amor. Mi amor por ti me ha llevado por mal camino en dos ocasiones. La primera vez me hubiera convertido en tu amante de buen grado. Tú decidiste que debía casarme de manera respetable. Luego, después de que muriera Louise, decidiste que debía ser tu amante. Tú lo quieres todo a tu manera, Phillip. No piensas en los sentimientos de nadie más. Y es por eso que murió nuestra hija.

—Joanna. —Alzó las manos pero no hizo más que dejarlas caer de nuevo a los costados—. ¿Qué puedo decirte? Siempre te he querido.

Ella vio la verdad en sus ojos.

—Y yo a ti —respondió en voz baja, tras lo cual volvió a rodearse del caparazón, cada vez más duro, que la defendía—. Meggan no va a venir a la mansión, Phillip. Y cuando salga por esta puerta será la última vez que te vea o hable contigo.

Joanna dio media vuelta y se marchó. Había dicho todo lo que había venido a decir. Y había agotado sus fuerzas. Ya no podía soportar nada más. Tenía agarrado el pomo de la puerta cuando Phillip puso la mano sobre la suya y empujó para que no la abriera. La tomó por los hombros y la atrajo hacia sí. La rodeó con los brazos y la besó con esa pasión a la que ella nunca había sido capaz de resistirse.

Joanna se mantuvo rígida unos instantes pero decidió que podía saborear aquel último abrazo. No habría más. Al menos, la tragedia de Caroline y Rodney le había dado fortaleza para negar sus propios deseos.

Al final Phillip la soltó.

—¿Joanna? —La expresión de su nombre era tanto una pregunta como un ruego.

Joanna lo miró fija y largamente.

—Adiós, Phillip. —Y entonces sí que abrió la puerta para alejarse del hombre que le había dado mucho amor y también mucho dolor.

Ni Joanna, que iba con la cabeza alta, ni Phillip, que la observó mientras se alejaba, se fijaron en Rodney, que estaba hundido en una silla del pasillo.

Phillip Tremayne miró fijamente a su hijo. Ninguno de los dos dijo nada, con la expresión del rostro de ambos sobraban las palabras. El semblante de Rodney era acusador, transido de dolor. El de Phillip, aunque él no lo supiera, mostraba más emoción de la que su hijo había visto jamás. Estaba experimentando emociones que le eran nuevas, que lo abrumaban. Porque, tal vez por primera vez en su vida, sentía profundamente el dolor de otra persona. El enfrentamiento con Joanna, seguido por el descubrimiento de que su hijo lo había oído todo, le causaron un pesar que le dolía en

lo más profundo del pecho. Se alegró de que Jenny estuviera aún en Londres y se hubiera ahorrado enterarse de esas cosas. No sabía qué decirle a su hijo.

Fue Rodney el que habló primero, cuando el silencio entre los dos se había prolongado ya durante un largo minuto. Sus palabras sonaron afligidas, entrecortadas, pues la furia y el dolor ahogaban su voz.

—Podría haberme contado la verdad.

Phillip, que dolorosa y tardíamente estaba reconociendo lo mal que había manejado todo el asunto, movió la cabeza de manera casi imperceptible.

—Ahora lamento no haberlo hecho.

—Ahora que se ha descubierto su pecado.

Ante la censura de su hijo, la arrogancia de Phillip volvió a aflorar.

—No es pecado querer a alguien.

—Cuando se es libre para querer. —A Rodney se le quebró la voz con un sollozo y la pena crispó su semblante—. Yo quería a Caroline.

—Yo también —respondió Phillip, esta vez con más suavidad.

El silencio volvió a prolongarse entre ellos, las emociones de ambos eran tan intensas que les impedían hablar. Una vez más, fue Rodney quien habló primero.

—Antes le quería, le respetaba. Estaba orgulloso de usted y de ser quien soy. Ahora me avergüenzo de llevar el apellido Tremayne.

—¿Te avergüenzas? —exclamó Phillip—. ¿Te da vergüenza ser un Tremayne?

Rodney miró fijamente a su padre.

—No puedo evitar el hecho de que soy su hijo. Doy gracias a Dios por no ser como usted. Obtuvo lo que quería y luego organizó la vida de Joanna Collins como si nada, sin pensar en cómo podría sentirse ella. Ahora me doy cuenta de que nunca le ha importado nadie salvo usted mismo. ¿Mi madre murió por falta de amor?

—¡Cómo te atreves!

—Me atrevo, porque es usted el causante de la muerte de Caroline y también el que me ha arruinado la vida. Me marché de Cornualles, padre, y esta es la última vez que me dirigiré a usted de esta forma. Cuando salga de esta habitación será la última vez que me vea. Tampoco volveré a utilizar jamás el nombre de Tremayne.

Rodney dio media vuelta rápidamente, con los ojos que le escocían por las lágrimas. Nunca hubiera pensado que podría sentir un odio semejante hacia su padre. Su declaración, por melodramática que pudiera haber parecido, había sido hecha muy en serio. Para él, permanecer en Cornualles, acordarse constantemente de todo lo que había perdido, supondría morir por dentro. Había otros lugares en el mundo adonde podía ir. Lugares remotos en los que podría borrar todos los aspectos de su herencia. La India, América, África, quizá incluso Australia. Fuera adonde fuera, a partir de aquel momento utilizaría el apellido de su querida madre. Nadie lo conocería por otro nombre que no fuera Rodney Pengelly.

Phillip permaneció inmóvil y se quedó mirando a su hijo cuando se fue. No hizo ningún ademán de protestar, de detenerle. Él creía, y tal vez no sin motivo, que habían sido palabras acaloradas pronunciadas a raíz de la impresión. Consideró mejor dejar que su hijo pusiera en orden sus sentimientos en privado. No dio crédito ni por un momento a la declaración emocional de Rodney. Su hijo no era de los que actuaban precipitadamente por un impulso.

Al cabo de dos horas descubrió su error de juicio. En el dormitorio de su hijo faltaban únicamente las posesiones más personales de Rodney, y entonces Phillip se vino abajo. En cuestión de una semana había perdido a dos de sus hijos. Solo quedaba Jenny. Phillip juró que nunca la perdería. Ella haría lo correcto, se convertiría en la esposa de Con y se quedaría en la mansión Tremayne para siempre. Tal vez incluso pudiera convencer a Con de que adoptara el apellido Tremayne para que así perdurara a través de las generaciones.

Jenny era callada y dulce, bastante parecida a Caroline. Ella querría complacer a su padre. ¿Y Con? Con ya era un hombre y prácticamente dirigía la finca y la mina. Phillip no veía ningún problema en este sentido. Pero aunque sus planes hicieron que se sintiera un poco mejor, Phillip Tremayne abandonó el dormitorio de su hijo con gran pesadumbre.

Desde la mañana en que trajeron a casa el cadáver de Caroline, el sueño había eludido a Meggan constantemente. Cuando lograba dormir, lo hacía atormentada por sueños nítidos que le negaban el descanso. Se despertaba sintiéndose tan desgraciada y confusa que había empezado a resistirse a dormir. Era mucho mejor permanecer despierta y tener el control de sus pensamientos.

Todo había cambiado en las últimas semanas. Su madre rara vez hablaba, salvo para decir las cosas más imprescindibles. Meggan tampoco había vuelto a verla llorar. No podía entenderlo, porque ella aún lloraba y sus hermanos menores también. Sabía que Will lloraba cuando nadie podía ver sus lágrimas.

Papá era el único que ofrecía consuelo. Mamá se limitaba a decirles que se tranquilizaran.

—Todo ha terminado —decía—. No sirve de nada pasarse la vida llorando.

Meggan se preguntaba qué tenía de malo llorar cuando eras tan infeliz. ¡No esperaría su madre que olvidaran a Caroline! Mientras reflexionaba sobre estas y otras cuestiones, Meggan cayó en la cuenta de que todavía no había oído a su padre irse a la cama. Salió ella de la suya, se arrebujó los hombros con un chal y se dirigió al piso de abajo.

Su padre estaba en el salón con la cabeza inclinada. La alzó cuando Meggan entró por la puerta.

—¿No podías dormir, cariño?

—No, papá. —Corrió a sentarse en el suelo y apoyó la cabeza en el muslo de su padre; lo necesitaba. Él le acarició el pelo y durante un rato permanecieron así, en silencio.

—Papá —dijo Meggan—, ayer oí hablar a Will y a Tom. Tom dijo que va a irse a Australia Meridional con Jack. Le dijo a Will que si se quedaba aquí mataría a un Tremayne. ¿Crees que lo haría?

—Es la pena lo que le hace decir cosas descabelladas. Nada más.

—Caro iba a tener un bebé, ¿verdad?

—¿Por qué lo preguntas?

—Los vi juntos, a Caro y a Rodney Tremayne, el día que vi la liebre blanca. Es por eso que Tom odia a los Tremayne, ¿no?

—Sí. Oyó hablar a las mujeres en la mina. Cuando me preguntó no pude mentirle. —Henry Collins suspiró profundamente—. Todo esto es una gran tragedia.

—¡Ay, papá, ojalá aquel día no hubiera ido a los páramos y no hubiera visto la liebre! Sabía que iba a suceder algo espantoso. —Rompió a llorar otra vez y escondió el rostro contra la rodilla de su padre. Él le acarició el pelo para calmarla y con la otra mano le alzó la barbilla para que lo mirara.

—Calla, pequeña. Tú no tienes la culpa. El bebé de Caro fue concebido mucho antes de aquel día.

—Pero ¿por qué se mató? ¿No podría haberse marchado para tener el bebé y ya está?

Henry suspiró.

—Tu madre insistía en que Caro se casara con Tom y mintiera sobre el bebé.

—¿Por eso lo hizo?

—Tal vez fue parte del motivo. Es todo muy complicado, cielo, y tú aún eres demasiado joven para preocuparte por este tipo de cosas.

—No soy demasiado joven, papá.

—Pienso que sí lo eres para saber la verdad. Créeme, Meggan, cuando te digo que no debes sentirte culpable. Olvídate de la liebre blanca. Eso no fue más que una coincidencia.

Padre e hija guardaron silencio durante un rato, hallando consuelo el uno en el otro.

—¿Te gustaría ir a Australia Meridional, Meggan?

El tono en que se planteó la pregunta fue tan normal que Meggan tardó unos momentos en reaccionar.

—¿Por qué me preguntas eso, papá?

—He pensado que lo mejor para tu madre sería que nos marcháramos de Pengelly. Sería mejor que abandonáramos Cornualles. He querido ir a Australia desde que la gente empezó a emigrar allí. En aquel momento pensé que sería egoísta imponer mis deseos a la familia. Ahora todo es distinto y me he decidido. Nos iremos

todos a Australia del sur.

Meggan le sonrió y volvió a apoyar la cabeza en su muslo. Su padre empezó a acariciarle el pelo otra vez. Y así permanecieron, cada uno sumido en sus propios pensamientos de la nueva vida que tenían por delante.

SEGUNDA PARTE

Burra, Australia Meridional

El cobre, a diferencia del oro, no era un mineral con el que un minero pudiera hacerse rico. Sin embargo, era el mineral que iba a salvar de la bancarrota a la joven colonia de Australia Meridional. Los primeros descubrimientos de plata y plomo en los Montes Lofty cerca de Adelaide dieron origen al desarrollo de unas cuantas pequeñas empresas mineras. Las leyes del nuevo gobierno no hacían concesiones de contratos de explotación minera individuales. Para poder abrir una mina, primero había que comprar el terreno al gobierno, cosa que normalmente hacía una empresa de accionistas constituida a toda prisa.

Todo el mundo creía que una industria basada en la ganadería lanar y el trigo llevaría la prosperidad a una colonia. Pero a diferencia de los residentes en Nueva Gales del Sur, los de Australia Meridional no tenían convictos a los que utilizar como mano de obra barata para ayudar a aquellos que querían ganarse la vida con la tierra. Y además, eran pocos los nuevos colonos que tenían alguna idea sobre cómo cultivarla, por lo que la población pasaba siempre hambre.

La llegada de emigrantes alemanes que habían escapado de la persecución religiosa en su país salvó a los colonos hambrientos. Estos nuevos colonos fundaron sus propias poblaciones en las fértiles colinas de Adelaide, donde vivieron tal como lo habían hecho en su tierra natal. Las mujeres alemanas, con el colorido traje nacional, no tardaron en empezar a llevar productos frescos y lácteos a Adelaide.

En 1839, tres años después de la llegada de los primeros colonos, se habían adquirido vastas extensiones de tierra con contratos de explotación ganadera en torno a Adelaide. A unas cien millas al norte se establecieron dos explotaciones ovinas a lo largo de un mismo riachuelo. Los pastores indios culis le dieron el nombre a la ese pequeño río: Burra Burra. Nadie previó lo verdaderamente acertado que llegaría a ser ese nombre indostanés que significaba «grande, grande».

En 1845 William Streair trabajaba como pastor en la granja Princess Royal. Ocho millas más al norte siguiendo el riachuelo Burra Burra, en la explotación de Gum Creek, el pastor Thomas Pickett tenía su cabaña junto a un manantial no muy lejos del arroyo principal. De no ser por la casualidad, o por del destino, ambos hubieran sido como muchos otros de los que trabajaban aquel extenso terreno: conocidos por algunos cuando vivían, hubieran caído en el olvido al morir.

En el camino de Princess Royal, el azul intenso de la azurita formaba un mosaico a lo largo del espinazo de la montaña que dominaba el riachuelo. El pastor Streair supo reconocer la importancia de la roca de color. Se dirigió a Adelaide con una bolsa de ricas muestras del mineral. Él sabía que lo importante no era el mineral que llevaba sino en el conocimiento de su ubicación. En la oficina Bunce y Thomson de Rundle Street le ofrecieron ocho libras por divulgar la ubicación de su hallazgo.

Como dicha suma era el equivalente a varios meses de su paga de pastor, Streair aceptó la oferta de inmediato.

Los comerciantes estaban emocionados. Aquellos magníficos ejemplares de azurita sin duda indicaban la presencia de un filón aún más rico de mineral de cobre. Sin dejarse intimidar por la incomodidad de viajar a caballo con el frío y la humedad del invierno, varios grupos salieron de Adelaida para explorar la zona cercana al arroyo Burra Burra.

En una de las excursiones, Bunce conoció al pastor de Gum Creek, Thomas Pickett. Por una recompensa de diez libras, Pickett accedió a mostrar a aquellos hombres una burbuja de mineral de cobre que había encontrado. Los miembros del grupo no podían creer lo que veían sus ojos. La «burbuja» del pastor era un único afloramiento de cobre que se alzaba cosa de un metro por encima de la superficie del suelo y que alcanzaba más de cuatro metros de longitud.

La cautela atenuó el entusiasmo. No había forma de saber si la burbuja indicaba la presencia de un filón más rico debajo o si simplemente era el residuo erosionado de una antigua veta. Las muestras que tomaron los hombres despejaron sus dudas. Una de las muestras produjo un 74% de óxido de cobre, otra dio un 60%. Una vez fundidas todas las muestras, el resultado fue de un 53% de cobre puro. Un muestreo posterior produjo un 71,25% de cobre puro.

En las arcas de la administración tan solo quedaba una libra, por lo que la excitación se adueñó de todos los sectores de la colonia. Los inversores vieron la oportunidad de hacerse ricos. A pesar de que el óxido rojizo prometía riqueza mineral, el gobernador George Grey declaró que seguían aplicándose las reglas habituales para las prospecciones especiales. La zona a examinar tenía la forma de un paralelogramo de cuatro por ocho millas. Para obtener los pocos acres bajo los cuales existía el filón de cobre, los inversores estaban obligados a comprar un total de 20 000 acres.

El precio estipulado por el gobierno para el suelo era de una libra por acre. En una colonia sin dinero, solo dos grupos de inversores se convirtieron en competidores. Uno de ellos estaba formado por los tenderos de Adelaida. El otro estaba constituido por los accionistas de la Asociación Minera de Australia Meridional, la SAMA, que se había formado en mayo de 1845 después de la prospección de la mina de cobre de Kapunda.

La prospección de Burra Burra acabó dividiéndose en dos. Por el método de elegir un pedazo de papel del interior de una bolsa de lona, los tenderos obtuvieron la zona del camino de Princess Royal. La SAMA conservó el emplazamiento de la monstruosa burbuja de cobre. Los ochenta y seis accionistas se las arreglaron para reunir un imponente total de 12 300 libras. Eso dejó a la empresa con un activo circulante de 2300 libras después de haber pagado por su parte de terreno.

Cuando el barco de emigrantes que transportaba a Meggan Collins y su familia llegó a Puerto Adelaida, la monstruosa mina de Burra Burra estaba pagando

cuantiosos dividendos a sus accionistas. No había en el mundo una mina tan rica en mineral de calidad como aquella. Con la escasez mundial de cobre, el mineral estaba alcanzando un precio elevado.

En abril de 1846, tan solo una semana después de su llegada a Adelaida, Henry Collins viajó al norte con sus hijos Will y Hal para empezar a trabajar en Burra. Joanna, Meggan y el pequeño Tommy se quedaron en Adelaida. En aquella fase del desarrollo de la mina de Burra, el alojamiento para los trabajadores consistía únicamente en tiendas y toscos refugios hechos de arbustos.

—Cien millas es un largo camino y a la llegada no habrá ninguna comodidad — explicó Henry a su esposa—. Si encontramos un lugar que nos guste, podréis reuniros con nosotros cuando hayan construido las casas. Oí que el supervisor, el señor Kingston, tiene trazados los planos para un pueblo con 65 parcelas para la compañía minera. Pronto podremos alquilar una casita.

—Estaría bien volver a tener un hogar como es debido.

Henry tuvo que coincidir con aquel sentimiento. A bordo del barco no había prácticamente intimidad para ninguno de los 360 emigrantes que transportaba. Al llegar a Adelaida los habían alojado en una cabaña con otras tres familias. Unas paredes de lona proporcionaban a cada familia una mínima intimidad para dormir. Todos compartían la cocina separada de la casa.

—No vais a estar mucho tiempo aquí —había prometido Henry a su esposa, y no tardó en encontrar una pequeña vivienda de alquiler con dos habitaciones. Aunque estaban un tanto apretados y la cocina también se encontraba aparte, era mucho más cómodo no tener que compartirlo con otras familias.

De todos ellos, Joanna era la única que lamentaba haber dejado Cornualles. Había detestado cada momento de la larga travesía por mar. Al llegar a Puerto Adelaida había quedado consternada al descubrir que tenían por delante un viaje de siete millas por un camino para carros lleno de baches para poder llegar a la ciudad. Siete millas de viento cálido del norte, de polvo rojo, de árboles y pájaros extraños y animales más raros aún. A mitad de camino entre el puerto y la ciudad se asustaron al ver a un pequeño grupo de hombres desnudos de piel oscura que parecían observar a los emigrantes con una absoluta falta de cordialidad. Todos ellos llevaban lanzas de aspecto peligroso.

—No nos harán daño —declaró un hombre—. Hasta el momento no ha habido problemas con ningún nativo.

Joanna, que apenas se tranquilizó, tomó de la mano a Meggan. La niña, fascinada por todo, no estaba dispuesta a reconocer que los hombres de piel oscura la asustaban un poco y se alegró de ir cogida de la mano de su madre.

La ciudad de Adelaida, que ya ostentaba algunos magníficos edificios de dos pisos y poseía tiendas en las que se vendía casi todo lo que una persona pudiera necesitar, le levantó un poco el ánimo a Joanna. Para Meggan y su hermano menor, Tommy, la ciudad se convirtió en un patio de juegos y aventuras. Se hicieron amigos

de otros niños y no tardaron en conocer todas las calles de la ciudad. Anne Winton, una niña de su misma edad, se convirtió en la amiga especial de Meggan.

Charles Winton, con su esposa Mary y una familia de tres hijos, había viajado a Australia Meridional en el mismo barco que la familia Collins. La niña, Anne, era la más joven de sus hijos. Adam era cuatro años mayor que ella y el otro hermano, Joshua, estaba justo entre los dos en cuanto a edad.

Joanna hizo un amigo. Un día, un pastor metodista fue a visitar a la familia. Robert Green era un compatriota de Cornualles, de baja estatura y amplia circunferencia. El fuerte sol le había enrojecido la piel y sus manos manifestaban que era un hombre que no esquivaba el trabajo manual. Era de temperamento jovial, con unos ojos de un azul increíblemente intenso que parecían encontrar placer en todo lo que contemplaban.

También poseía algo imposible de definir que llevaba a la gente a confiarle sus problemas. Joanna no se lo contó todo. No podía hablarle a nadie de Phillip Tremayne. Sí que le contó que Caroline se quitó la vida y que la enterraron en suelo no consagrado. Joanna le explicó incluso lo de la aventura de Caroline con Rodney Tremayne y lo del hijo que llevaba dentro.

Robert Green permaneció sentado escuchando. No censuró nada ni emitió juicios santurriones. No habló de pecados, de Dios ni del perdón. Lo único que dijo al marcharse fue: «Que Dios sea contigo». Prometió volver a visitarla.

Con las visitas frecuentes de Robert Green, Joanna fue recuperando poco a poco la paz. Empezó a asistir a los oficios en la iglesia, insistiendo en que sus renuentes hijos también rindieran homenaje a Dios. La religión se convirtió en la salvación de Joanna. Su alma se fue calmando y ella prometió trabajar para el bien de Dios y de sus semejantes con la esperanza de que el alma de Caroline pudiera hallar también el descanso eterno.

Tras varias semanas en Adelaida, Meggan se despidió de su amiga Anne. Charles Winton había alquilado unas tierras en el río Murray, a unas cuarenta millas al este de Adelaida. Había adquirido un pequeño rebaño de cien ovejas que se llevaría consigo, además de tres vacas lecheras. Un carro pesado, tirado por cuatro bueyes, transportaba todas las otras cosas que necesitarían para crear un hogar en las tierras vírgenes de Australia.

—Ojalá fuéramos con vosotros —se lamentó Meggan con Anne—. Crear un hogar de la nada parece mucho más emocionante que ir a una ciudad donde ya hay una casa construida para nosotros.

—Nosotros no tendremos casa, Meggan. Papá dice que dormiremos con mantas debajo del carro mientras viajemos. Cuando lleguemos al río dormiremos en una tienda. Viviremos de la manera más primitiva.

—Vas a vivir una gran aventura y a disfrutar de todo. Lo sé. Tú y yo nos parecemos mucho.

Anne abrazó a su amiga.

—Voy a echarle de menos, querida Meggan. En nuestro nuevo hogar no tendré amigos. Solo estaremos nosotros cinco. Adam y Joshua ayudarán a papá a despejar el terreno y talar los árboles para nuestra casa. Mamá y yo tendremos que cuidar de las ovejas y las vacas.

Los Winton se pusieron en marcha con su carro tirado por bueyes y sus caballos, ovejas y vacas un día gris en el que soplaba un viento gélido del sur. Charles Winton manejaba los cuatro bueyes que tiraban del carro. Mary y Anne iban sentadas encima de la carga. Adam y Joshua montaban dos de los caballos y guiaban el ganado. Un tercer caballo iba atado detrás del carro.

Su viaje transcurrió lento y sin incidentes hasta la mañana del tercer día. Anne fue la primera que vio a las dos aborígenes.

—¡Mamá! Mira allí.

Mary miró y vio una mujer y una niña tendidas a la sombra al pie de un eucalipto. Parecían estar las dos dormidas. Por lo visto, la niña oyó que el grupo se acercaba y se levantó apresuradamente y en actitud defensiva frente a la mujer, que no se movió. Permaneció así solo un momento y luego se tambaleó y cayó de rodillas con la cabeza inclinada.

—Debe de ocurrirles algo, mamá.

—Charles. Detén el carro. —Charles ya estaba ordenando a los bueyes que se detuvieran.

Anne se levantó con rapidez de su posición elevada, bajó de un salto y se agachó para pasar por debajo de las correas y dirigirse hacia las aborígenes.

—Anne —su padre la llamó para advertirle—, vuelve aquí. Podría ser una trampa. Podría haber negros armados esperando emboscados.

—No, papá, están enfermas de verdad.

Volvió corriendo al carro para coger un odre de agua que se apresuró a ofrecer a la chica. Esta, cuyos grandes ojos oscuros transmitían inseguridad más que miedo, no se movió, ni siquiera cuando Anne le tendió el odre por segunda vez.

—Vaya, no entiendes qué es, ¿verdad? —Anne inclinó el odre para beber un poco y luego se lo volvió a ofrecer a la chica.

La muchacha, que en ningún momento alteró su expresión, tomó el odre, bebió tal y como había visto hacer a Anne y a continuación se acuclilló junto a la mujer. Sostuvo el odre junto a su boca al tiempo que le hablaba en el idioma extraño y gutural que Anne había oído utilizar a los aborígenes en Adelaida. Al ver que la mujer no reaccionaba, Anne se arrodilló al otro lado de ella. Sin preocuparse por la suciedad del pelo enmarañado y apelmazado de la mujer, le echó la cabeza hacia atrás con suavidad para que la chica pudiera verter el agua en su boca.

Para entonces Charles, Mary y los dos chicos ya se habían congregado en torno a ellas. La mujer tosió unas cuantas veces, abrió los ojos y al instante se encogió de miedo al tiempo que profería un aullido agudo de terror, el cual sobresaltó de tal manera a los blancos que prácticamente dieron un salto. Mary sintió que un escalofrío

le recorría la espalda.

La chica aborigen habló. La mujer escuchó sin apartar su mirada asustada de los blancos. La joven continuó hablando en su idioma, señaló a los blancos y luego a su boca.

—Tienen hambre —tradujo Anne.

—Ya lo veo, cariño. Levántate del suelo. Adam, trae una lata de galletas del carro.

Cuando su hijo regresó, Mary ofreció una galleta a la chica, que la aceptó sin vacilar. Mordió la galleta, pareció sorprendida por su sabor y engulló el resto rápidamente. Devoró una segunda galleta con la misma rapidez que la tercera. Mary le tendió otra y con un movimiento de la cabeza le indicó que aquella era para la mujer. Esta tomó la galleta de manos de la chica y se la comió despacio, como si le costara tragar.

—¡Madre mía, esta pobre mujer está muy enferma! —comentó Mary—. ¿Qué vamos a hacer, Charles? No podemos seguir adelante sin más y dejarlas aquí. Se están muriendo de hambre. Si no las ayudamos, seguramente esta mujer morirá.

—Es muy extraño que estuvieran solas de esta manera. —Charles Winton estaba desconcertado a la vez que preocupado. Desde que habían visto a la mujer y a la niña no había dejado de escudriñar en derredor—. No veo ni rastro de otros negros, aunque sin duda serían muy hábiles ocultándose si no quisieran que los viéramos.

—Quizá las abandonaron porque la mujer está muy débil.

—No sé si esa es la costumbre de los aborígenes. Coincido contigo en que la mujer morirá si no recibe ayuda.

—Pues nos las llevaremos con nosotros —declaró Mary.

—Son unas salvajes sucias y desnudas —fue la objeción despectiva de Joshua.

—Son seres humanos, Joshua —lo reprendió su padre—. ¿Dónde está tu caridad cristiana?

Al oír las palabras de Joshua, Mary fue consciente del patente interés de sus dos hijos por los cuerpos femeninos desnudos.

—Chicos, vosotros volved con las ovejas. Anne, tráeme una manta para echársela encima a la mujer y una de las camisas de Joshua para la chica.

Joshua se dio la vuelta rápidamente.

—¡Una de mis camisas no! Nunca podré volver a ponérmela.

—Una de las camisas de Joshua —le repitió Mary a Anne al tiempo que lanzaba una mirada a su hijo para decirle que su actitud no la complacía en lo más mínimo.

Anne corrió hasta el carro para coger la manta y la camisa. Mary vio cómo la chica se comía otras tres galletas, la mujer una y cómo ambas bebían copiosamente del odre. Mediante un lenguaje de signos convenció a la chica para que se pusiera la camisa, ayudaron a levantarse a la mujer para envolverla con la manta y las persuadieron para que subieran al carro.

Cuando los bueyes iniciaron la marcha y el carro avanzó, la chica lanzó un

chillido, se agarró con fuerza al brazo de Anne y al cabo de un momento se echó a reír tontamente. Al rato ya parecía estar disfrutando del viaje. Anne vio que toqueteaba la camisa con expresión de asombro. Anne tocó también la camisa, le sonrió a la chica y le dijo:

—Camisa.

Solo obtuvo una mirada confusa por respuesta.

Anne lo intentó de nuevo.

—Camisa.

La chica sonrió.

—Amisa. —Alzó los brazos para mirar las mangas, toqueteó los botones y sonrió de nuevo—. Amisa.

Anne también sonrió.

—Le gusta la camisa, mamá. No creo que Joshua pueda recuperarla aunque quiera. —Anne tocó su ropa—. Vestido.

La chica alargó la mano para tocar la falda de Anne.

—Testido.

Anne decidió probar con otra palabra.

—Botas. —Y así fueron pasando por la nariz, manos y brazos hasta que al fin llegaron a los nombres.

Anne se apuntó el pecho con el dedo.

—Anne.

La chica negra se señaló el pecho.

—Onn.

—No, no. Yo soy Anne. —Se señaló y luego volvió a señalar a la chica—. Tú eres...

La muchacha respondió con un nombre que a Anne le resultó totalmente ininteligible. Cuando lo repitió, Anne escuchó con atención y decidió que el principio del nombre sonaba algo parecido a Jun.

—Jane —anunció—. Te llamaré Jane. —Lo confirmó repitiendo el proceso de señalarse—. Anne. Jane.

La chica imitó sus acciones.

—Onn. Jayen.

Anne juntó las manos con deleite. La chica la imitó. Mary Winton les sonrió a ambas y vio que un levísimo atisbo de sonrisa rozaba los labios de la mujer enferma.

Al día siguiente por la tarde, cuando los Winton llegaron al río Murray, Anne pudo identificar algunos árboles y pájaros por sus nombres aborígenes. Con una combinación de lenguaje de signos y palabras sencillas, las dos chicas habían desarrollado un medio de comunicación.

Al cabo de unos días la mujer empezó a recuperar las fuerzas y las dos chicas se hicieron inseparables, en tanto que Jane aprendía con rapidez las costumbres de los blancos. Jane hacía de intérprete a su madre. La señora Winton también le había dado

un nuevo nombre a la madre de Jane. Hannah. Hannah se convirtió en la fiel criada de Mary.

Tras haber completado por fin la importante tarea de hacer unas vallas para recoger las ovejas por la noche, Charles y sus hijos se pusieron a talar árboles y a partir la madera para construir una cabaña pequeña de dos habitaciones. La habitación más grande sería el dormitorio de Charles y Mary, la más pequeña sería la de Anne. Después de añadir un cobertizo en la parte de atrás de la cabaña para uso de los chicos, a Hannah y Jane les dejaron la tienda. El arreglo no duró demasiado. Anne pidió que dejaran dormir a Jane en su habitación.

—Por favor, mamá. Jane será la única amiga que tendré en este lugar. No quiero que sea tan solo una chica aborígen con la que jugar. Quiero que sea como mi hermana.

Anne podía llegar a ser muy persuasiva cuando quería. Así que Jane se trasladó al dormitorio de Anne. Cuando construyeron una cocina adecuada con paredes de hierro, a Hannah le dieron una pequeña habitación adosada al extremo opuesto de la chimenea de ladrillos de adobe. Para ella era una lujosa morada. Así fue cómo los Winton empezaron a prosperar. Y así fue como una chica negra y una blanca se convirtieron en hermanas.

Pasado algún tiempo los Winton se enteraron de que Hannah había huido con otro hombre para escapar de un esposo cruel y se había llevado a su hija. Durante varios meses habían eludido a sus perseguidores, viajando siempre hacia el oeste. Habían cruzado el gran río a nado utilizando tiras de corteza a modo de flotadores. Al fin se creyeron a salvo. Habían vivido felices una temporada hasta el día en que el hombre se fue a pescar y no regresó. Madre e hija habían escudriñado la orilla del río de un extremo a otro durante tres días hasta que encontraron su cuerpo flotando en el agua.

Como no sabían cazar y tuvieron poco éxito con la pesca, las dos habían dependido de los frutos que podían encontrar. Con la desesperación del hambre se habían comido una fruta que no les era conocida. Al poco tiempo las dos cayeron muy enfermas y podrían haber muerto de no ser por la oportuna llegada de los blancos.

En el mes de noviembre Henry Collins regresó a Adelaida a buscar a su esposa y a sus otros dos hijos. La familia Collins, ya reunida, no tardó en instalarse en la nueva casita de Burra. Para entonces estaba tomando forma el joven pueblo de Kooringa. En dicha población vivían 238 hombres, tan solo 70 mujeres y unos 160 niños. El número de habitantes se había triplicado en cuestión de doce meses. Tom Roberts se contaba entre los que habían llegado aquel mismo año. Trajo consigo a su esposa, Milly Roberts, cuyo comportamiento era exactamente igual de atrevido de lo que lo había sido en Pengelly, se mostraba contenta y engreída por haber conseguido el marido que quería.

Henry fue nombrado jefe de subsuelo y se trasladó con su familia a una casita más grande que le proporcionaron en el emplazamiento de la mina. Aunque solo tenía trece años, Hal bajó a la mina con su padre y su hermano. El pequeño Tommy trabajaba como cribador clasificando el mineral, deseando ser lo bastante mayor para bajar a la mina.

Meggan podría haber ido a trabajar junto a su hermano pequeño, pero en ese sentido la actitud de su padre no había cambiado. De modo que se quedó en casa con su madre. No había nada más que pudiera hacer en el pueblo. Nadie reemplazó la amistad que había forjado con Anne.

Durante aquellos primeros años, Meggan acabó estando más unida que nunca a su madre. Ninguna de las dos encontraba muchas cosas que admirar en su nuevo hogar. Los veranos eran insoportablemente calurosos. Las celebraciones de Navidad no eran lo mismo con aquel calor sofocante. Las moscas, atraídas por el olor de la comida además de por la piel sudorosa, eran lo más difícil de soportar. La familia no tardó en descubrir que lo más sensato era cerrar todas las puertas y ventanas. Las moscas, el polvo y el calor ardiente quedaban fuera en tanto que el oscurecido interior, aunque un tanto sofocante, al menos daba cierta impresión de frescor.

El pueblo iba creciendo a la par que el descontento de Meggan.

—Quiero hacer algo, papá. —Razonó con su padre—. Detesto pasarme todo el día en casa.

—También detestarías separar mineral. Con cuatro de nosotros trayendo un sueldo no es necesario que trabajes. En casa le brindas ayuda y compañía a tu madre.

—Papá, no quiero limitarme a quedarme en casa con mamá —le suplicó Meggan—. Yo quería venir a Australia Meridional, pero no se parece en nada a lo que me imaginaba. No hay ningún sitio como nuestros páramos por el que pueda pasear. No hay escuela, ningún sitio para cantar, nada en lo que pudiera trabajar salvo la mina.

Henry tomó las manos de su hija y las sostuvo entre las suyas.

—¿De verdad eres infeliz, pequeña?

Meggan asintió con la cabeza.

—Sí, papá —respondió con una añoranza contenida—. Cuando estábamos en Cornualles tenía un gran sueño. Iba a ser una gran cantante. Ahora ese sueño parece muy lejano, papá. Quiero hacer algo con mi vida, no limitarme a estar en casa con mamá hasta que algún hombre me pida en matrimonio.

Henry sonrió.

—Aún faltan muchos años para eso, querida. No daré mi permiso para que te cases hasta que no hayas cumplido los dieciocho. Y solo si estoy seguro de que quien te tome por esposa es un buen hombre.

—Ya tengo catorce, papá. Cumpliré quince en agosto.

—Ya lo sé. Mi pequeña se está haciendo mayor. ¿Por qué no os llevo a tu madre y a ti a Adelaida a pasar unas vacaciones? Podríais ir de compras. A comprar cosas de las que son demasiado caras en Kooringa.

—¿Lo dices en serio?

—Claro. —Henry sonrió y estuvo a punto de perder el equilibrio cuando Meggan le echó los brazos al cuello.

—Gracias, gracias papá.

En los dos años que habían transcurrido desde que los Collins habían dejado Adelaida, la riqueza que se obtenía del cobre había cambiado el rostro de la ciudad. Había muchas más casas, los negocios se habían multiplicado y unas mansiones suntuosas daban fe de la fortuna de aquellos que tenían acciones en la mina de Burra.

Con tan solo cinco días para disfrutar de la ciudad, Meggan engatusó a sus padres para que la llevaran a todas partes. Exploraron las tiendas, visitaron la playa, admiraron las mansiones lujosas y pasearon por los parques junto al río Torrens. Fue con esta última actividad con la que Meggan disfrutó más y la que, a la larga, iba a decidir su futuro.

Una tarde, paseando por el parque, Meggan y su padre iban sumidos en una conversación cuando de repente Joanna exclamó:

—¡Ay! El niño.

Padre e hija se volvieron a mirar y vieron a un niño pequeño que corría cuesta abajo hacia el río, atraído sin duda por una familia de patos. Al mismo tiempo oyeron el grito lleno de miedo de una mujer:

—¡Barney!

El niño continuó corriendo. La mujer, con una niña de una edad similar en brazos, empezó a apresurarse detrás del niño. Estaba demasiado gorda para correr y siguió llamándolo cada vez más asustada.

Meggan lo vio todo en cuestión de segundos. El niño, alegremente ajeno al peligro, estaba casi al borde del agua. Meggan se remangó la falda y echó a correr. Los patos alzaron el vuelo con un aleteo. El niño alzó la vista para mirarlos sin dejar de correr. Estaba a dos pasos del río. Meggan se encontraba a varios pasos de distancia.

—¡Detente! —le gritó.

El niño miró a su alrededor, se tambaleó y cayó hacia atrás.

Meggan se abalanzó, lo atrapó por el tobillo izquierdo y rodó al agua con él. Salió enseguida a la superficie y sacó la cabeza del niño del agua.

—Cógelo, papá —le dijo a su padre, que había echado a correr detrás de Meggan.

Henry cogió en brazos al niño que gritaba, lo dejó en la orilla y luego sacó a su hija del río.

—Eres una niña valiente.

—Valiente no, papá, tengo la suerte de correr deprisa.

Se arrodilló junto al pequeño.

—Ya está, vamos, ahora ya estás bien.

—¡Barney!

—¡Mamá!

La mujer dejó a la niña en el suelo y cogió al niño en brazos. Él se le echó al cuello y se puso a sollozar con la cabeza apoyada en su hombro.

—Yo quería los patitos.

La pequeña, afectada por las lágrimas del niño, rompió también a llorar. Meggan la tomó en brazos para consolarla. Vio que eran gemelos. Sensible al susto que se había llevado su hermano, la niña se aferró a Meggan de la misma forma en que el niño se aferraba a su madre. La mujer, con lágrimas en los ojos, le dijo a Meggan:

—No sé cómo podré agradecértelo jamás, querida. Le has salvado la vida a Barney.

Meggan se limitó a menear la cabeza, un tanto avergonzada. Temblaba un poco.

Joanna tomó a la pequeña de brazos de Meggan y le dijo a su hija:

—Tienes frío, pequeña. Será mejor que vayamos a casa a ponerte ropa seca. —Miró a la mujer—. El niño también tendría que secarse.

—Sí, sí. —Dejó al niño en el suelo y cogió a cada uno de una mano—. Pero dime, ¿cómo te llamas, querida? —preguntó la mujer a Meggan—. El señor Heilbuth y yo queremos recompensarte.

Meggan le dijo que no con la cabeza.

—No quiero nada. —En aquellos momentos temblaba tanto que se alegró de que su madre la estuviera rodeando con el brazo. Como en realidad no tenía mucho frío, supuso que estaba experimentando una reacción emocional al incidente.

Henry se quedó atrás mientras su esposa e hija empezaban a alejarse.

—¿Estará bien, señora? ¿Necesita ayuda para volver a casa?

—Estamos bien, gracias. Nos alojamos en casa de unos amigos, allí mismo. —Señaló una bonita casa de dos pisos, con un jardín igualmente bonito—. Pero dígame su nombre, hágame el favor. Me gustaría recompensar a su hija, de verdad.

—Soy Henry Collins, señora. Mi hija se llama Meggan. No va a aceptar ninguna recompensa. Solo hemos venido aquí de visita. Mañana regresamos a Burra.

—Mamá, tengo frío.

—Sí, cariño, te llevaré a casa y te pondré ropa seca. ¿Viene usted de Burra, señor Collins?

—Sí, señora. Será mejor que lleve al niño a casa y yo a mi esposa e hija a la mía. —Se llevó la mano al sombrero para saludarla y se alejó sin ser consciente de que había varias preguntas más que la mujer quería hacerle.

Aunque Meggan insistía en que el hecho de haber rescatado al niño no la convertía en una heroína, sus hermanos la trataron como a tal cuando oyeron la historia.

Will la abrazó con fuerza.

—Para mí eres una heroína, Megs, digas lo que digas.

Hal comentó:

—Ahora ya no me importa que siempre me ganaras las carreras.

A lo cual Joanna replicó:

—Sin duda era el designio del Señor. Mientras que yo te estaba regañando por tus costumbres salvajes, Él te estaba preparando para salvarle la vida a ese pequeño.

—¿De verdad crees eso, mamá?

—El Señor cuida de todos nosotros.

—¿Y por qué dejó morir a Caro entonces? —Quiso saber Meggan, que nada más pronunciar estas palabras se apresuró a añadir un asustado—: Lo siento, mamá.

Joanna mantuvo una expresión fría.

—Si Caroline hubiera confiado en el Señor para que cuidara de ella, no habría optado por quitarse la vida.

Más tarde, Meggan y Will estaban sentados charlando.

—Mamá ha cambiado, Will. ¿Es que ya no le importa lo de Caro?

—Pues claro que le importa. Mamá nunca ha sido de esas personas que muestran sus sentimientos.

—Eso es verdad. Mamá nunca nos ha dado abrazos ni besos. Will, ¿tú crees que mamá va a ser siempre tan religiosa? No era así en Cornualles.

—¿Sabes lo que yo creo, Meggan?

—No.

—Creo que mamá está intentando apaciguar a Dios.

—¿Y por qué debería hacer eso? ¿Por Caro?

—Porque mamá cree que es culpa suya que Caro se suicidara.

—¿Qué estás diciendo, Will?

Meggan se sorprendió al ver que su hermano se ruborizaba.

—Más de lo que debería. Olvídalo, Megs —dijo con la brusquedad de quien está avergonzado.

—Ah, no, Will Collins. —Meggan lo agarró del brazo cuando le pareció que el chico estaba a punto de marcharse.

—No puedes decirme que mamá se cree culpable y luego no explicarme por qué.

—No me corresponde a mí contártelo, Megs.

—Pues se lo preguntaré a mamá.

Will mostró una expresión horrorizada.

—No puedes hacer eso. Ni tampoco ir a preguntarle a papá.

—¿Por qué no? ¿Will? —Se puso en jarras y lo fulminó con la mirada hasta que el muchacho se ruborizó otra vez y claudicó.

—De acuerdo, Megs. Te lo contaré, pero debes prometerme que no vas a dejar que mamá o papá sepan que te lo he explicado.

—¿Y Hal y Tommy?

—Tampoco es necesario que se enteren.

Cuando Will terminó de contar la historia, Meggan estaba deseando no haber sido

tan insistente. Por otro lado, ahora comprendía el motivo por el que Caroline había decidido no vivir.

—¿Cuánto hace que lo sabes, Will?

—Lo supe antes de que nos marcháramos de Cornualles.

Meggan se esforzaba por comprender el comportamiento de aquellos a los que creía conocer bien.

—Resulta imposible creer eso de mamá. ¿Cómo puedo fingir que no sé nada? Me lo verá en la cara, seguro.

—Fingirás —la amenazó Will—, tal como hago yo. Mamá ni siquiera sabe que papá me lo dijo. Ya eres mayorcita, y lo bastante sensata para comprender a las personas, Megs. Papá me dijo que no juzgara a ninguno de ellos. Tiene razón.

—Supongo. —Su tono denotaba duda.

—Prométeme que no dirás ni una palabra.

—Te lo prometo.

Sin embargo, Meggan se preguntaba cómo iba a arreglárselas para actuar como siempre delante de su madre. Su padre, que la conocía muy bien, seguramente se daría cuenta de que pasaba algo. Al día siguiente, sin ir más lejos, habló con ella.

—Algo te ronda por la cabeza, hija.

Meggan se mordisqueó el labio inferior.

—Anoche Will y yo estuvimos hablando.

—¡Ah! —La exhalación de Henry hizo que Meggan se apresurara a hablar, medio temerosa de hacer enfadar a su padre.

—Me lo contó, papá, lo de que Caroline era hija del señor Tremayne.

—Will no tenía ningún derecho a contártelo.

—No te enfades con Will, por favor. No fue culpa suya. Yo hice que me lo contara.

—¿Y cómo fue eso?

—Estábamos hablando de mamá y su religión. ¿Estás enojado, papá?

—No, hija. Los secretos tienen la costumbre de salir a la luz.

—Quiero olvidar todo lo que Will me contó.

—Eso sería lo mejor para todos, querida.

Padre e hija se abrazaron. Meggan sintió el amor de su padre; supo que siempre que estuviera preocupada por aquello de lo que acababa de enterarse podría hablar con él.

La vida volvió a la rutina previa. El placer del viaje a Adelaida se fue desvaneciendo hasta que se convirtió en una especie de sueño. Una vez más, el aburrimiento aquejaba a Meggan. Y entonces llegó el día en que respondió a una llamada a la puerta de su casita y vio a un desconocido en el umbral. Un desconocido que iba ataviado con el atuendo de un próspero ganadero.

El hombre le sonrió.

—¿Estoy en lo cierto al suponer que eres la señorita Meggan Collins?

—Sí. Soy Meggan Collins.

—¿Quién hay en la puerta, Meggan? —le preguntó Joanna desde la habitación de atrás.

—Un caballero, mamá.

Joanna acudió a toda prisa desde el otro extremo de la casita. El hombre la saludó con el sombrero.

—Señora Collins. Soy George Heilbuth. —Sonrió al ver la expresión perpleja de Joanna—. Tengo un hijo que es un granuja y que se llama Barney. Creo que tengo que darle las gracias a su hija —le dedicó una sonrisa más amplia a Meggan— por haberle sacado del río Torrens.

Meggan notó que se sonrojaba y no pudo hacer otra cosa que responder con un confuso:

—Oh...

Joanna, aunque estaba sorprendida, pudo confirmarlo.

—Pero eso fue hace varias semanas, señor.

—Así es, en efecto, y hubiera venido antes de no haber estado ocupado con el parto de las ovejas. Me sentía obligado a dar las gracias a la joven Meggan en persona y mostrarle mi gratitud. —Sonrió de nuevo a Meggan, quien no dejaba de pasar la mirada de aquel hombre a su madre, preguntándose qué podría significar aquella visita.

—Meggan no quiere ninguna recompensa.

—No es exactamente por una recompensa por lo que he venido. ¿Me permite pasar para hablar con las dos, señora Collins?

—Por supuesto. —Joanna se ruborizó. ¿Cómo podía haber descuidado tanto la hospitalidad y tener a ese hombre allí de pie en el umbral? Lo acompañó al pequeño salón, entonces amueblado de un modo muy similar al salón de la casita que tenían en Pengelly, con los muebles y posesiones que habían traído consigo desde Cornualles. Cuando su visitante se hubo acomodado, Joanna le hizo las preguntas que se le acababan de ocurrir.

—¿Cómo supo que fue Meggan la que salvó a su hijo? ¿Y cómo nos ha encontrado?

—Su esposo le dio sus nombres a mi buena mujer. También mencionó que vivían en Burra.

—Hay mucha gente que se apellida Collins y viven en Burra.

—El puesto como jefe de cuadrilla de su esposo me facilitó un poco la búsqueda. Pero voy al motivo por el que he venido. —Se volvió a mirar a Meggan—. ¿Te gustan los niños, Meggan?

Aunque la pregunta la sorprendió, Meggan respondió con prontitud:

—A veces cuido de los pequeños de nuestra vecina.

—¿Te gusta cuidar de ellos?

Meggan le dijo que sí con la cabeza al tiempo que se preguntaba adónde conducían aquellas preguntas. Miró a su madre para ver si ella podría tener alguna idea.

—A Meggan se le dan bien los pequeños —afirmó Joanna.

El señor Heilbuth movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Me gustaría ofrecerle un empleo a Meggan cuidando de nuestros gemelos.

Meggan soltó un grito ahogado. Miró al hombre y volvió rápidamente la vista hacia su madre.

—¡Ay, mamá! Me gustaría mucho.

Joanna no accedió con tanta rapidez. Acalló a su hija con una mirada.

—Lo pensaremos, señor. Puede volver cuando mi esposo esté en casa. Habrá muchas preguntas que querrá hacerle.

—Dígame una hora, señora Collins, y aquí estaré.

—Sobre las cuatro de esta tarde estaría bien.

El señor Heilbuth se levantó de su asiento.

—A las cuatro, entonces. Gracias señora Collins, Meggan.

En cuanto salió de la casa, la excitación de Meggan rebotó.

—Por favor, di que sí, mamá. Me gustaría mucho ese trabajo. —Se puso a dar vueltas abrazándose a sí misma—. ¡Ay, qué contenta estoy!

—Vas a romper la porcelana si no miras lo que haces —la reprendió Joanna—. Y ahora sigue limpiando, Meggan. No hay nada más que decir hasta que tu padre vuelva a casa.

Meggan, que no paró quieta en todo el día de lo nerviosa que estaba, fue a recibir a su padre antes de que este llegara a casa. No hacía falta decir que la muchacha tenía algo maravilloso que contar. Todo su semblante resplandecía.

—¿Por qué estás tan contenta, mi niña?

—¿Te acuerdas de ese niño pequeño, papá? El que se cayó al río. Su padre me ha ofrecido un trabajo. Déjame aceptarlo, por favor. —Se puso a bailar dando brincos a su lado.

Henry dejó de caminar y tomó a su hija del brazo.

—No tan deprisa, querida. Cuéntamelo como es debido.

Meggan le explicó lo de la visita de la mañana, que el hombre iba a regresar dentro de un par de horas, y terminó aseverando de nuevo su deseo de aceptar el trabajo.

—¿De verdad quieres cuidar de unos niños pequeños?

—Sí, papá. Antes no lo había pensado, pero ahora que me han ofrecido este trabajo sé que es lo que me gustaría hacer.

—En tal caso puedes aceptar el trabajo. Si... —La tomó otra vez del brazo para detener otro saltito de emoción—, si a tu madre y a mí nos satisfacen las condiciones.

Cuando aquel hombre regresó, Henry no esperó y, tras intercambiar los cumplidos

de rigor, inició un intenso interrogatorio. La familia Collins se enteró de que George Heilbuth era ganadero y tenía una propiedad, Grasslands, situada a unas siete millas de Burra, en Baldwin Creek. Después de pasar casi toda su vida de casados sin hijos, él y su esposa, Virginia, habían recibido la bendición de los gemelos.

—Barney y Sarah tienen ahora casi dos años y son mucho más traviosos que cuando eran bebés. Desde que nacieron hemos tenido nada menos que a seis chicas de niñera. La que más tiempo duró estuvo ocho meses. Se marchó para casarse. Desde entonces no hemos encontrado a ninguna que resulte satisfactoria. Una de ellas era deshonesto, otra perezosa y las demás no llevaron bien el hecho de que vivamos en un lugar tan remoto. La última de ellas tan solo estuvo tres semanas. La contratamos durante nuestro último viaje a Adelaida. —Inclinó la cabeza en dirección a Meggan para afirmar que fue durante el mismo viaje—. La señora Heilbuth lleva sin ayuda desde entonces.

—¿Por qué le ha ofrecido el trabajo a Meggan?

—Su hija, señor Collins, ya ha demostrado ser muy rápida a la hora de actuar en caso de emergencia. Consideramos una ventaja el hecho de que vivan en Burra. Meggan podría visitar a su familia con regularidad. Y a su vez, la familia también podría venir de visita a Grasslands.

Tan solo quedaba la cuestión del salario y las condiciones. Meggan, aunque todavía no había cumplido quince años, recibiría el salario de una mujer adulta: ocho libras por año además de las comidas. Sus obligaciones consistirían en cuidar de los gemelos y ayudar en algunas tareas domésticas. Tendría un domingo libre de cada dos para poder ir a visitar a su familia.

—El trabajo en los establos ocupa una buena parte del tiempo de mi mujer. Criamos vacas y cabras con el propósito de hacer queso. La señora Heilbuth descende de una familia de grandes fabricantes de queso.

—Queso Grasslands —declaró Joanna—. Lo he comprado con frecuencia en la tienda de Kooringa.

—Bueno, Meggan. —Henry se volvió a mirar a su hija—. ¿Qué te parece?

—Me gustaría aceptar el trabajo. —Ella, a su vez, miró a su nuevo patrono—. ¿Cuándo empezaría, señor Heilbuth?

—Esta noche vuelvo a casa. ¿Meggan podría estar lista el sábado? —le preguntó a Joanna—. Traeré conmigo a la señora Heilbuth y a los gemelos para que puedan conocerse.

Así se dispusieron las cosas. El sábado siguiente empezó una nueva etapa en la vida de Meggan.

—¡Meggan! Meggan, querida. —La señora Heilbuth, con su rostro redondo y feúcho colorado y los ojos centelleantes de excitación contenida, irrumpió en el pequeño cuarto trasero de la casa en la que Meggan daba sus lecciones a los gemelos.

—¿Qué ocurre, señora Heilbuth? —preguntó Meggan. Los niños miraron también a su madre, que les dirigió una media sonrisa distraída.

—El señor Heilbuth acaba de regresar de Adelaida. Ha traído consigo a dos visitantes.

—¡Qué agradable para usted! —Como Grasslands se hallaba a unas cien millas y dos días de viaje de Adelaida, las visitas a la granja ovina de los Heilbuth siempre eran bien recibidas—. Querrá que cante para ustedes esta noche.

Meggan lo dijo con una sonrisa. En los cuatro años que llevaba con los Heilbuth, el hecho de agasajar a las visitas proporcionaba a Meggan un placer que igualaba el de aquellos que la escuchaban.

—Sí, sí. Pero ¡ay, querida, es tan emocionante! —La señora Heilbuth juntó las manos en el pecho, como hace un niño que guarda un secreto maravilloso—. Nuestros visitantes vienen de la misma parte de Cornualles que tú y creo que debes de conocerles.

Meggan dejó escapar un siseo de la impresión. ¿Visitantes de Cornualles? ¿A quién conocía de Pengelly que pudiera ser invitado de los Heilbuth? No podía tratarse de mineros. Quizá fuera el doctor Gribble y su esposa, o incluso el pastor de Pengelly, el que se había negado a enterrar a Caroline en suelo sagrado. Quienes quiera que fueran, Meggan no los quería allí, tan cerca de su familia en Burra.

—¿Quiénes son estos invitados?

—Si te digo sus nombres te estropearé la sorpresa. Ahora ven, querida, ven a conocerlos.

—Yo... —Meggan se miró. Los niños habían estado pintando con acuarelas y unos cuantos trazos habían pasado del pincel de Barney a la manga de su vestido. Como ya tenía experiencia con la habilidad de Barney para mancharle de pintura todo lo que llevaba, Meggan se había puesto uno de sus vestidos más viejos, uno de tela de chalís azul con flores que tenía los bajos un poco manchados y el cuello remendado—. Debería cambiarme. No voy bien vestida para saludar a las visitas.

—No seas tonta. Por supuesto que vas bien. Sabes perfectamente que aquí no nos andamos con ceremonias. Tú siempre estás encantadora lleves lo que lleves. Barney. —Se volvió a sus interesados hijos al tiempo que Meggan abría la boca para volver a hablar—. Sarah y tú podéis ir a la cocina y pedirle a Cookie que os dé algo de comer. Y no hagáis travesuras.

Meggan volvió a cerrar la boca y los gemelos retiraron las sillas y salieron a toda

velocidad en dirección a la cocina. Al ver así negadas todas sus posibles protestas, Meggan se alisó la falda, se echó hacia atrás los mechones de pelo suelto con dedos nerviosos y siguió a la otra mujer. En lugar de ir por el interior de la casa, la señora Heilbuth se dirigió al porche, al cual daban la sala de clase, la habitación de Meggan, la de los gemelos y el dormitorio principal, en este orden. El porche continuaba hasta la fachada de la casa. En otra ala larga, con puertas que se abrían a la galería frontal, estaban el salón, la sala de estar que utilizaba la señora Heilbuth y dos de los cuatro dormitorios de invitados.

Los otros dos cuartos de huéspedes, el comedor y el despacho del señor Heilbuth daban a un pasillo que corría por la parte de atrás de las habitaciones delanteras. Un amplio corredor se extendía desde un extremo a otro de la casa, entre las dos alas. Llevaba al patio de la cocina al cual daba también la sala de clase. La habitación de la cocinera y la antecocina se encontraban en el lado del patio opuesto a la sala de clase. La amplia cocina, un cuarto de baño y el lavadero formaban el cuarto lado. Un espacio con estanterías se abría entre la cocina y el lavadero y conducía al patio exterior, a los jardines de la propiedad y a la fría quesonera de piedra en la que la señora Heilbuth elaboraba sus quesos.

Aunque al principio se había sentido intrigada por la novedad de una habitación especial que contenía una bañera, donde uno podía obtener agua caliente de la caldera de la cocina adyacente, Meggan hacía tiempo que se había acostumbrado a las comodidades de la gran casa de piedra. Tampoco se sentía cohibida sentada a la mesa con invitados. La señora Heilbuth se había hecho cargo de Meggan mientras esta se hacía mayor. La exuberante hija del minero era ahora una joven bien hablada, capaz de comportarse en cualquier compañía.

La señora Heilbuth se detuvo en la puerta del salón, le dirigió una sonrisa emocionada a Meggan, la tomó de la mano y la instó a entrar primero.

Meggan dio un paso hacia el interior de la habitación y se detuvo. Notó que se le ponía el rostro colorado de la impresión. De todos los nombres que podían habersele pasado por la cabeza entre la sala de clase y el salón, aquel no se le había ocurrido. De pronto volvió a tener otra vez doce años, abría los ojos y veía a Con Trevannick sentado en una roca escuchándola cantar. En aquellos momentos la estaba mirando con la misma expresión burlona. No había cambiado nada. Los años que habían llevado a Meggan de ser una niña a una joven parecían haber pasado de largo para él.

Meggan era consciente de que tenía la mirada clavada en él pero se vio incapaz de arrancarla de su rostro. No parecía existir nadie más que él en aquella habitación. Con Trevannick. ¿Había llegado a olvidarlo? ¿Acaso no había estado siempre allí, en algún lugar de lo más recóndito de su mente? ¿Acaso no había sabido que estaban destinados a volver a encontrarse algún día?

El hechizo se rompió cuando Con avanzó con las manos extendidas para tomar las de la joven.

—Meggan, mi pequeña sirena gitana. Veo que te acuerdas de mí.

Meggan notó que sus manos se alzaban en las de él. Pequeña sirena gitana. Tampoco se había olvidado de aquel nombre guasón y cariñoso que le había dado. Parpadeó y volvió a fijar la mirada en su rostro. La sensación de irrealidad no remitió, de modo que parpadeó de nuevo al tiempo que intentaba encontrar la voz que parecía haber perdido. La halló tras lo que pareció una eternidad.

—¿Qué tal está, señor Trevannick?

Él frunció los labios con esa sonrisa medio divertida que Meggan recordaba con tanta claridad.

—Estoy muy bien. Y tú también, sin duda. —La patente admiración en su mirada hizo que ella bajara la suya. Trató de retirar las manos con suavidad pero se encontró con que él no estaba dispuesto a soltárselas.

—Me quedé asombrado —continuó diciendo— cuando George mencionó tu nombre. Pero deja que te presente a Jenny.

Meggan miró por primera vez como era debido a la joven que estaba sentada en el sofá de terciopelo marrón y soltó un grito ahogado al recibir una impresión que casi fue demasiado difícil de soportar. Salvo por el hecho de que los ojos de aquella chica eran más grises que azules, podría haber sido Caroline la que estaba sentada en el salón de los Heilbuth. Era innegable que lo que le había sacado a Will era la verdad. Allí, mirándola con una sonrisa vacilante, estaba la viva confirmación de que el padre de Caroline había sido, en efecto, Phillip Tremayne.

Meggan había sentido un impulso casi irresistible de salir corriendo de la habitación, de huir de un pasado que, aunque nunca olvidado, sí había enterrado aún más profundamente que sus recuerdos de Con Trevannick. Ahora volvía a enfrentarse a dicho pasado en una granja de ovejas del sur de Australia. Muy lejos de Cornualles y de Pengelly, si bien no lo suficiente. Tampoco le dieron oportunidad de ordenar la confusión que reinaba en su mente.

Con Trevannick la hacía avanzar, los Heilbuth lucían unas sonrisas radiantes y sus buenos modales impidieron que montara una escena.

Jenny Tremayne se puso de pie para saludarla y Meggan se sorprendió al fijarse en que ella también parecía estar nerviosa. Cuando se hubieron hecho las presentaciones, ambas inclinaron la cabeza para saludarse, pronunciaron unos forzados «¿Qué tal estás?» y luego ya no encontraron nada más que decirse.

Jenny Tremayne volvió a sentarse. La señora Heilbuth acomodó sus formas generosas en sofá a juego de enfrente y dio unas palmaditas en el asiento junto a ella invitando a Meggan a que se sentara a su lado.

La buena y querida señora Heilbuth debía de imaginarse que Meggan había recibido la más grata de las sorpresas y que tendría muchas cosas de las que hablar con los visitantes. Meggan, en cambio, retrocedió.

—Debería volver con los niños. Si me disculpan.

La señora Heilbuth adoptó una expresión cariacontecida.

—No pasa nada si te quedas un rato, Meggan.

Meggan dijo que no con la cabeza. No podía quedarse, no mientras continuara sintiéndose tan afectada.

—Tendría la sensación de que estoy descuidando mis obligaciones. —Saludó con la cabeza al hombre y a la chica—. Espero que disfruten de su visita a Burra.

Y entonces escapó, a toda prisa, no para ir a buscar a los niños sino al santuario de su propia habitación. Se apoyó contra la puerta cerrada, cerró los ojos y dio rienda suelta a la confusión de sentimientos. ¿Por qué? ¿Por qué habían venido allí para despertar de golpe los recuerdos de un pasado doloroso? Y Jenny Tremayne, que tanto se parecía a Caro. ¿Y si su madre la veía?

Su madre ya nunca había vuelto a ser la misma desde que Caroline se quitó la vida. Mientras permanecieron en Cornualles apenas dirigió la palabra a nadie, ni siquiera a su propia familia. Durante el viaje a Australia había estado sola todo el tiempo posible en las cubiertas abarrotadas de inmigrantes. Después de instalarse en Burra, Joanna empezó a asistir a la capilla Wesleyana y, poco a poco, su devoción religiosa se había ido volviendo obsesiva.

—Es lo que tengo que hacer —le decía a su familia, ninguno de los cuales asistía a la iglesia salvo en raras ocasiones— para salvar la pobre alma de Caroline. —Dedicaba voluntariamente su tiempo a ayudar a personas afligidas—. Para redimirme a ojos del Señor.

¿Cómo podría reaccionar su madre si viera a Jenny Tremayne? Meggan no tenía ni idea, solo tenía una cierta sensación de que nada bueno saldría de semejante encuentro. Era inútil intentar adivinar por qué habían ido a Burra aquellos dos. El distrito no poseía ninguna belleza que atrajera a los visitantes. Las colinas redondeadas estaban desnudas de árboles, los pocos que había habido hacía mucho tiempo que se habían talado para alimentar los hornos hambrientos de la caseta de bombeo y de la fundición. Los veranos eran calurosos, los inviernos fríos. Los gases del horno de fundición impregnaban el aire y los edificios mineros lo dominaban todo. Meggan solo podía esperar que la visita fuera corta y que la pareja se marchara antes de que algún miembro de su familia supiera de su presencia.

¡Y Tom Roberts! ¡Dios santo! ¿Qué haría Tom si se encontraba con alguno de los dos? Desde el día de la muerte de Caroline, Tom había empezado a mostrar un intenso odio hacia los Tremayne. Los rumores maliciosos lo habían empeorado rápidamente. Además, Tom había cambiado. Con el paso de los años se había empezado a parecer cada vez más a su padre. A menudo borracho y con frecuencia violento, era un hombre al que más valía no hacer enfadar.

Meggan se acercó a la cama y se sentó en ella con la cabeza entre las manos. Según la información que tenía, lo único que sabía Tom era que Caroline estaba embarazada del hijo de Rodney. Había confirmado dicho rumor porque se lo sacó a Will prácticamente a golpes. Si Tom veía a Jenny Tremayne, ¿no podría ser que adivinara la parte de la historia que no le habían contado? ¿Qué caja de Pandora podría abrirse entonces?

Meggan soltó un suspiro atribulado, se levantó y cruzó la habitación hacia el lavamanos, donde echó agua del aguamanil con dibujos de rosas a la jofaina a juego. Se aplicó una toalla húmeda en la cara y eso la ayudó a calmarse un poco. Se soltó el pelo, se lo cepilló, se lo arregló de nuevo y al terminar ya había recuperado el equilibrio de sus emociones. Reconoció lo inútil que era angustiarse sobre lo que podría suceder cuando podría ser que no ocurriera nada dramático. Respiró hondo, se advirtió a sí misma que fuera sensata y se fue a buscar a los niños.

Meggan encontró a los hermanos en el patio de la cocina, jugando con los cachorros de collie bajo la mirada vigilante de la madre, *Bess*.

—Les estamos poniendo nombre —declaró Barney, cuyo pequeño rostro estaba radiante de deleite por los perritos blancos y negros.

—¡Qué buena idea! —Meggan se sentó en los adoquines al lado de los niños, tan encantada como ellos. A sus ocho semanas, los cachorros eran unas adorables bolas juguetonas de pelusa. Uno de ellos trepó inmediatamente al regazo de Meggan.

—Esa es *Alice* —le informó Barney.

—¿Ah, sí? —Meggan puso al cachorrito boca arriba para acariciarle la barriga y los gemelos chillaron de risa cuando su patita empezó a bailar en el aire sin control. Meggan, riéndose también, variaba la intensidad de sus cosquillas para cambiar la velocidad de la pata bailarina—. *Alice* es un nombre muy bonito, Barney, pero este cachorro es un chico.

—¿En serio? A este lo llamé Roger. —Dejó otro cachorro en el regazo de Meggan.

—Este puede ser Roger. También es un pequeñín.

Barney tomó el primer cachorro del regazo de Meggan y le dio la vuelta para examinar la parte inferior tal como había hecho ella.

—¿Cómo sabes cuáles son niños y cuáles niñas? ¿Tienen algo en la barriga?

—Oh... Bueno... —Meggan miró a la callada Sarah, que parecía esperar su explicación con el mismo interés que su hermano. ¡Cielos!, pensó Meggan, ¿cómo iba a explicar las diferencias entre los cachorros macho y hembra a unos niños de seis años? Viviendo como vivían en una granja de ovejas y rodeados de una gran variedad de animales, sin duda lo averiguarían por sí solos dentro de unos años. Mientras tanto ellos estaban esperando que respondiera.

Meggan prefirió andarse con rodeos.

—Los mayores saben estas cosas. Yo sé que tú eres un chico y Sarah una chica. De modo que sé que tanto Roger como Alice son machos.

—¿Cómo?

—Pues... Lo sé y ya está. Haces demasiadas preguntas, Barney.

—Pero tú dijiste que está bien hacer preguntas para aprender cosas.

Una risa profunda que Meggan recordaba muy bien la salvó de tener que buscar una respuesta, pero le dio motivos para avergonzarse aún más. Al levantar la mirada hacia Con Trevannick, que estaba apoyado en la pared trasera de la casa, se preguntó

cuánto tiempo habría estado observando.

—¿El niño siempre te lo hace pasar tan mal? —le preguntó al tiempo que se acercaba y se agachaba junto a ella para acariciarle las orejas al cachorro llamado *Alice*.

Sarah, la gemela tímida, bajó la cabeza. Meggan, que no tenía ningún escrúpulo en sentarse en los adoquines con los niños, sintió una vergonzosa falta de decoro en esa posición ahora que no estaban solos. Se puso de pie con toda la elegancia de la que fue capaz, con el cachorro aún en brazos.

Barney empezó a charlar sobre los cachorros como si lo hiciera con alguien al que conociera de toda la vida.

—Señor, ¿usted sabe cómo se ve si los cachorros son chicos o chicas?

—¡Barney! —La avergonzada reprensión de Meggan se vio exacerbada por la mirada divertida que Con Trevannick le dirigió de reojo—. Por favor, discúlpennos, señor Trevannick, los niños deberían volver a sus lecciones.

Él también se levantó y la miró a los ojos con expresión desafiante.

—¿Ya estás huyendo otra vez, Meggan?

La joven sintió que se ruborizaba aún más y era muy consciente de que su rostro estaría revelando la confusión que sentía. Bajó los párpados para ocultar sus ojos del escrutinio de los de él y se inclinó para ayudar a Sarah a levantarse y dejar el cachorro en el suelo.

—Vamos, Barney. Mañana podrás volver a jugar con los cachorros.

Barney se levantó a regañadientes y refunfuñó:

—Pero es que todavía no sé cómo saber si es un chico o una chica.

Una vez más, la risa grave de Con se adelantó a la respuesta de Meggan.

—Es persistente, ¿eh? —murmuró Con.

A pesar de sus otras emociones, Meggan se sorprendió sonriendo ante la actitud divertida de él.

—¿Qué os hace gracia? —Barney los miró a ambos con recelo.

—Nada en absoluto —le aseguró Con—. ¿Quieres que te ayude? —le preguntó a Meggan, riéndose aún con la mirada. Acto seguido se arrodilló de nuevo para coger un cachorro. Le dio la vuelta y le dijo al niño que mirara bien entre sus patas traseras—. Este es una chica, y este... —Cogió otro perrito— es un chico. ¿Ves que están hechos de manera distinta?

Barney procedió a examinar todos los cachorros. Sarah enseguida soltó la mano de Meggan para ir con su hermano. A juzgar por su expresión de no estar descubriendo nada nuevo, estaba claro que no tenía ni idea de qué parte del cuerpo de los perritos estudiaba su hermano con tanto tesón.

—Ya lo veo. —Barney movió la cabeza con satisfacción—. Los chicos tienen... —Se calló, miró a su hermana y a Meggan y se levantó para susurrárselo al oído al hombre.

—Exacto —asintió Con—. Por eso los chicos son chicos y las chicas son chicas.

—Se puso de pie y volvió a mirar a Meggan de un modo que hizo que la joven se quedara sin aliento. Ella dio media vuelta a toda prisa, se llevó a Sarah consigo y le ordenó a Barney que fuera también.

De vuelta a la sala de clase, cuando hubo puesto a los niños a la tarea de practicar su caligrafía, Meggan se permitió admitir su grosería. ¿Qué era lo que tenía ese Trevannick que hacía que sus buenos modales siempre parecían rehuirle en su presencia? ¿Por qué podía provocarla de ese modo? «La próxima vez que nos veamos debo pedirle disculpas», pensó, pero sabía que el hecho de hacerlo la haría sentir aún más incómoda. Su espíritu libre y rebelde había sido domado desde su niñez, pero nunca fue sometido. En gran medida, Meggan seguía siendo la misma. La sumisión seguía yendo tan en contra de su naturaleza como siempre. Sabía que era muy afortunada por haber conseguido aquel empleo con la familia Heilbuth. Desde su primer día de trabajo la habían tratado más como a un miembro de la familia que como a una empleada. Quería mucho a los gemelos y les tenía un profundo cariño a sus padres.

Esto le causaba más angustia que lo que el señor Trevannick pudiera pensar de su grosería. Si él mencionaba su falta de modales, la buena opinión que los Heilbuth tenían de ella quedaría mancillada. Y por si eso fuera poco, Meggan no sería capaz de soportar la decepción que tendrían en cuanto a su comportamiento. Meggan pensó que tal vez fuera cierto lo que siempre afirmaba su madre. Algún día su orgullo sería su perdición.

Pese a que una parte de ella seguía preocupada, el resto de la mañana transcurrió con normalidad y no tuvo más contacto con los visitantes de Pengelly.

Por regla general, la comida de mediodía era algo informal en la casa y todos los miembros de la familia comían en la cocina. Cuando había invitados en Grasslands se utilizaba el comedor para todas las comidas. Meggan y los gemelos seguían comiendo en la cocina. Aunque la señora Heilbuth sugirió que, en aquella ocasión, Meggan podía unirse a los invitados, ella declinó la invitación. Le dijo a su patrona que el hecho de que la pareja fuera de Pengelly no era motivo para cambiar el curso normal de las cosas.

Aparte de su deseo de evitar a estos visitantes en concreto, Meggan prefería mucho más la sencillez de la cocina a la formalidad del comedor, sobre todo durante el día. En las ocasiones en las que Meggan sí cenó formalmente con sus patronos e invitados, siempre se había divertido. Ahora tenía dos vestidos de noche preciosos que le quedaban muy bien. Bajo la supervisión de la señora Heilbuth, la etiqueta y las cortesías sociales no le suponían ningún esfuerzo.

En contraste con el comedor y su mobiliario elegante, la cocina solo podía calificarse como tosca. Tenía una chimenea para cocinar en cuyas repisas laterales había cacerolas y cazuelas de hierro con tapa. Dispuestos sobre la fuerte repisa de la chimenea había jarros y ollas de cobre bien pulido. Contra una de las paredes había un enorme aparador de roble en tanto que en el centro, flanqueada por dos bancos

largos, estaba la mesa que el señor Heilbuth había hecho con madera del monte cuando él y su mujer se estaban instalando en la propiedad.

Cookie era una mujer alegre y maternal que por su naturaleza debería haber tenido un pecho abundante y la misma gordura acogedora que la señora Heilbuth. En cambio, era alta y flaca, con más apariencia de maestra de escuela que de cocinera de una granja. A sus cuarenta años no había tenido descendencia, para consternación suya y de su esposo pastor, y adoraba a los gemelos. Ellos, a su vez, pensaban que Cookie era «la persona más buena del mundo entero», después de Meggan.

—Tenemos visitas —anunció Barney, que supuso que Cookie tenía que ser informada.

—Lo sé, joven señor Barney. De Cornualles, según he oído.

—Meggan los conoce.

—¿Los conoces? —Cookie se volvió a mirarla con expresión sorprendida.

—Cornualles no es un lugar muy grande —contestó Meggan. Nacida y criada en las despobladas llanuras ovejeras de Nueva Gales del Sur, Cookie nunca había sido capaz de imaginarse un país donde uno pudiera ir andando fácilmente de un pueblo a otro.

—¿Me pareció entender que eran aristócratas?

—Lo son.

—Bueno, no era mi intención ofenderte, Meggan, querida. Siempre he oído decir que la distinción entre los aristócratas y la gente común y corriente era mucho mayor en Inglaterra que en las colonias.

—Eso es verdad. —Meggan hizo una pausa y decidió que Cookie requería una respuesta más satisfactoria—. El padre de la señorita Tremayne es el propietario de la mina donde trabajaba mi familia.

—Debe de haberte sorprendido verlos aquí.

—Pues sí.

—Y la señora Heilbuth te llevó a verles en cuanto llegaron. ¿Conocían bien a tu familia en Cornualles?

—No más que a la mayoría del pueblo. —«Por favor, deja de hacer preguntas», le rogó Meggan mentalmente—. Barney, sujeta el tenedor como es debido.

—¿Así, Meggan? —preguntó Sarah.

—Sí. Sí, así, Barney.

—Lo siento, Meggan, se me olvidó.

Un bendito silencio reinó durante un breve minuto y Barney habló de nuevo.

—Cookie, ¿sabes cómo distinguir un perro chico de uno chica?

—¡Barney!

Cookie se rio.

—No pasa nada, Meggan. Siempre ha sido inquisitivo.

—¿Qué quiere decir «quisitivo»?

—Quiere decir que haces demasiadas preguntas —respondió Meggan—. Y ahora

come y calla.

Al niño se le descompuso el rostro. Bajó la mirada a su plato, con las manos apoyadas a ambos lados, sujetando el cuchillo y el tenedor.

Sarah miró a su hermano.

—Barney va a llorar.

Meggan ya se había dado cuenta por sí misma.

—¿Qué te pasa, Barney?

—Crees que soy malo —contestó el niño, y se sorbió la nariz.

—Yo no dije eso.

—Dijiste que hago demasiadas preguntas. Lo dijiste cuando estábamos jugando con los cachorros.

—Pero Barney, yo no quería decir que fueras malo.

—Entonces, ¿por qué está mal hacer preguntas?

—Puedes hacer todas las preguntas que quieras, Barney. Pero a veces los mayores no saben todas las respuestas.

—Apuesto a que el señor Trevannick sí.

—De modo que ya has conocido a las visitas. —Cookie decidió que era momento de intervenir. Meggan empezaba a parecer agobiada y ella sabía que el jovencito Barney era capaz de mantener una discusión de «¿Por qué?» y «¿Por qué no?» indefinidamente.

Barney se alegró de inmediato.

—El señor Trevannick me enseñó cómo saber si un cachorro es chico o chica.

—¡Vaya! Eso es magnífico —contestó Cookie con una sonrisa radiante.

—Pero yo no sé —se quejó Sarah.

—Las mujeres no necesitan saberlo —informó Barney a su hermana con toda la superioridad de ser el varón y diez minutos mayor.

—¿Por qué no?

Meggan suspiró. Cookie se rio.

—Creo que ya hemos tenido bastante sobre cachorros —dijo Meggan—. Ahora dejad de hablar los dos y comed.

Como el tono de voz de Meggan era de los que no se atrevían a desobedecer, los gemelos hicieron lo que les ordenó. Cuando terminaron de comer, preguntaron con educación si podían levantarse de la mesa. Meggan sabía que irían directos a ver a los cachorros. Cookie y ella disfrutarían tranquilamente de una taza de té antes de hacer los últimos preparativos para servir la comida a los Heilbuth y sus invitados.

—Hoy no eres tú misma, ¿eh? —observó Cookie mientras servía el té.

Meggan suspiró.

—No, no soy yo misma.

—Es por las visitas, por supuesto.

—Sí. Su llegada me ha impresionado.

—¿Dijiste que los conocías?

—A la señorita Tremayne no la había visto nunca. Al señor Trevannick lo conocía pero muy poco.

—¿Era una relación amistosa?

—Bastante amistosa por su parte. —Sonrió con tristeza al recordarlo—. Me temo que yo era una niña muy maleducada.

—¿Tú? No puede ser.

Siguió un silencio.

—No quieres hablar de ello, ¿verdad?

Meggan dijo que no con la cabeza.

—Preferiría no hacerlo.

Cookie la miró un momento con atención y vio más de lo que Meggan imaginaba. Asintió con un leve movimiento de la cabeza, como para sus adentros.

—Está bien, cielo. Pero ya sabes que si alguna vez tienes problemas para hablar con alguien, yo tengo oídos para escuchar y un hombro sobre el que llorar.

—Lo sé, Cookie.

Cuando hubo acomodado a los niños en sus dormitorios para la siesta, Meggan se retiró al suyo tal como tenía por costumbre hacer. Prepararía las clases del día siguiente y después continuaría con la laboriosa tarea de remendar la falda que se había rasgado hacía varios días. Bajo las críticas constantes de su madre, Meggan había conseguido dominar la costura con una pulcritud aceptable. Dado que Barney, que era un chiquillo en todos los sentidos, siempre se rasgaba la ropa o perdía los botones, los remiendos eran una tarea que Meggan, si bien nunca había vencido su aversión a la costura, aceptaba como un pequeño precio que tenía que pagar por su afortunada vida.

Había descubierto que la tarea se le hacía más soportable si cantaba en voz baja o simplemente dejaba vagar la imaginación a su antojo. Aquella tarde Meggan cantó en voz baja. No quería viajar allí donde su mente quería llevarla. Sin embargo, por mucho empeño que pusiera en concentrarse en su tarea, Con Trevannick y Jenny Tremayne no dejaban de interferir en sus pensamientos. Con ellos acudían recuerdos del pasado y pensamientos del presente además de preguntas sin respuesta sobre el futuro.

Por primera vez en años, Meggan se sorprendió pensando en la liebre blanca que había visto. ¡Con qué claridad recordaba a la criatura! Decididamente tenía un aura de otro mundo. Con las manos inmóviles en el regazo y los ojos cerrados, experimentó la misma aprensión, la predicción... no de una tragedia esta vez, sino de algo aún desconocido, algo que le provocó un tenso nudo en el estómago.

Reflexionó si existiría alguna relación entre la tragedia de hacía tanto tiempo y la presencia de Con Trevannick y Jenny Tremayne en Burra. Seguramente el mundo no era un lugar tan pequeño para que su llegada a la misma ciudad a la que Henry

Collins había llevado a su familia fuera una mera coincidencia.

Meggan retomó su costura y frunció el ceño mirando los puntos. Se preguntó si debería hablar con su padre sobre su vaga preocupación. El vínculo entre padre e hija, que siempre fue fuerte, se había incrementado con los años. Fue en sus brazos donde Meggan había sollozado sus sentimientos de culpa. Fue ante él que había revelado el sufrimiento desgarrador por creerse responsable de la muerte de Caro. Dijeran lo que dijeran sobre los motivos de la muerte de Caroline, había sido ella, Meggan, la que había visto la liebre blanca y luego a los jóvenes amantes.

Caroline se había suicidado, Rodney Tremayne había huido y su madre se había encerrado en un duro caparazón en el que no había espacio para nada más que el fanatismo religioso. Tales tragedias apenas quedaban compensadas por la buena vida que había encontrado el resto de la familia en Burra. Y luego estaba Tom Roberts. Meggan sabía que tenía motivos para recelar de él.

Aquella noche Meggan se vistió para la cena con cierto nerviosismo. La tentación de echarse atrás, de pretextar un dolor de cabeza o cualquier otra indisposición, era grande. Lo único que le impidió hacerlo fue la certeza de que Con Trevannick se daría cuenta de que lo estaba evitando y de que la señora Heilbuth la fastidiaría con preguntas que no tenían respuesta. En contra de su naturaleza, se sorprendió dudando sobre lo que debería ponerse. Una parte de ella pensó en vestirse con lo mejor que tenía para presentarse como igual a la pareja de Pengelly. Otra parte creía que tal vez sería mejor ponerse su ropa más sencilla para hacer resaltar la distancia a la que deseaba mantenerse de ellos. Al final decidió que la normalidad sería la mejor opción y se puso el vestido de seda a rayas grises y blancas que con frecuencia vestía para la cena.

Las dudas habían hecho que retrasara la decisión hasta el último momento posible, por lo que entró en el comedor cuando los demás ya estaban a punto de sentarse. Para su consternación, Meggan se encontró con que la sentaron frente al hombre que tanto la alteraba. Como no tenía confianza en sí misma ni estaba segura de él, procuró mantener la vista gacha y participar poco en la conversación. Sin embargo, notaba que él la miraba aun cuando prestaba la debida atención a sus anfitriones. La señora Heilbuth estaba hablando de Burra a los visitantes, de su mina y de las condiciones de vida en la ciudad.

—Burra le va a parecer interesante, Trevannick. Es un lugar bastante grande. Allí viven unas cinco mil personas. Hay cinco municipios separados en torno a la mina. Los galeses que trabajan en la fundición tienen su propia ciudad de Llwchwr, y también están Redruth, Hampton, Aberdeen y Kooringa. Kooringa es la ciudad de la Asociación Minera de Australia Meridional, a la que oírás referirse como «Sammy», y que ha construido cientos de casas de tres y cuatro habitaciones para los mineros.

—Así pues, la empresa cuida de sus trabajadores, ¿eh?

La señora Heilbuth respondió afirmativamente moviendo la cabeza.

—No todo el mundo está agradecido. Muchos se han negado a pagar el alquiler, que va de seis a diez chelines a la semana. Tienen la sensación de que la empresa está especulando.

—Es ridículo, por supuesto —declaró Heilbuth.

—¿Cuál es la alternativa a alquilar una casa de la empresa?

—La piedra es abundante —contestó el señor Heilbuth—. Ya ve cuánta piedra se ha empleado en la construcción de esta casa y de los demás edificios de la granja. También hay mucha tierra disponible fuera de la zona supervisada. Muchos han extraído y labrado la piedra para construir sus propias casas allí donde no estén sujetos a las normas de la empresa.

—En Cornualles había sido una práctica habitual que los hombres construyeran sus propias casas —observó Jenny, que escuchaba pero que no había tomado parte en la conversación hasta entonces. El señor Heilbuth enarcó las cejas.

—¿Los mineros podían comprar tierras?

—Comprarlas no —respondió Con Trevannick—. Construyen en terrenos que son inútiles para el cultivo y para ello les conceden un arriendo vitalicio que incluye a tres personas.

—¿Cómo funcionaba eso?

—Un minero podía obtener una extensión de terreno yermo a cambio de un arrendamiento simbólico. Entonces nombraba a tres personas para determinar la duración de su arriendo. Se interpretaba que, a la muerte de la más longeva de las tres personas nombradas, la tierra volvería a manos del propietario, quien podría quedársela para su propio uso o volver a alquilarla de nuevo. El sistema falla cuando el habitante de la casa sobrevive a las tres personas que ha nombrado.

—¿Eso significa que el pobre hombre que construyó la casa no tendría donde vivir? —La señora Heilbuth estaba impresionada.

Con se encogió de hombros.

—Así era el sistema en Cornualles, y aún lo sigue siendo. Los Tremayne siempre dejaron que se quedaran con su casa a cambio de una pequeña cantidad de dinero. Al fin y al cabo, el terreno estaba siendo cultivado y había cierto sentido práctico en dejar que un minero continuara viviendo a una distancia cómoda de la mina en la que estaba empleado.

—De modo que los que han construido sus propias casas en los municipios de Burra simplemente están haciendo lo que habrían hecho en Cornualles. Pero aquí tienen la ventaja de que pueden ser propietarios del terreno en el que construyen.

—Eso parece. —Con Trevannick volvió su atención a Meggan—. ¿Y tu familia, Meggan? ¿Dónde viven?

—En una casita de la empresa. Al ser jefe de cuadrilla, igual que en Pengelly, a mi padre le dieron una vivienda confortable incluida en el contrato.

—¿Tu padre no aspira a poseer tierras o a construir su propia casa?

—No es necesario —replicó al suponer, de manera irracional, que se había menospreciado a su padre.

—Estoy segura de que Con no tenía intención de ofenderte —intervino Jenny Tremayne. Meggan miró a la joven, sorprendida por su sensibilidad, y luego al hombre.

—No, no era mi intención, lo siento. —Pero sus labios se fruncieron de un modo que solo podía significar que la irritabilidad de Meggan le hacía gracia.

—Al menos —dijo ella, que centró de nuevo la atención en la comida que tenía en el plato— nosotros no vivimos en el arroyo.

—¿El arroyo? —repitió él, y Meggan percibió el desconcierto en su voz.

—Ha oído bien —confirmó el señor Heilbuth—. Hay mucha gente que no paga alquiler ni compra la tierra en la que construir sus propias casas. En cambio, han excavado las dos orillas de un afluente del riachuelo principal de Burra Burra a lo largo de más de una milla.

—¿Quiere decir como cavernas o madrigueras?

—Vistas desde fuera parecen cabañas normales, algunas con porche. Por detrás de la fachada, las orillas se han excavado dejando entre las viviendas solo la cantidad de tierra necesaria para que se sostengan. Se sorprendería si viera el interior. Algunos de esos hogares subterráneos tienen dos o tres habitaciones. Están encalados por dentro. La mayoría tienen una ventana a ambos lados de la puerta principal para dejar entrar la luz. Muchos están amueblados con un estilo magnífico, con muebles buenos y alfombras en el suelo. Las familias que viven allí consideran que están muy confortables. Los huecos de las chimeneas están coronados por cacharros como barriles o montículos de arcilla. Es todo un espectáculo cuando vas por el camino junto al arroyo y ves hileras e hileras de esos cacharros y hueles el olor de la comida. He oído decir que uno puede identificar el cacharro de su chimenea por el olor de la comida que se está cocinando debajo.

—¡Qué interesante! Supongo que en este arroyo no hay agua.

—Hay un pequeño riachuelo en el fondo. Las cabañas de los habitantes del arroyo están construidas en la parte más alta de la ribera.

—¿Y qué pasa cuando llueve?

—La lluvia causa pequeñas inundaciones con frecuencia. En febrero del año pasado hubo una crecida importante que se llevó por delante unas ochenta cabañas.

—Seguro que un suceso así disuadió a la gente de vivir en el arroyo.

—Ni mucho menos. Los últimos cálculos parecen indicar que había en torno a unas mil ochocientas personas, que componían unas seiscientas familias viviendo a lo largo del arroyo.

—Asombroso. Me gustaría ver ese arroyo de casas subterráneas.

—Les llevaremos a hacer un recorrido por el distrito de Burra. Lo encontrarán muy distinto de su pueblo de Cornualles, del que Meggan nos ha contado muchas cosas.

—¿Conoces a alguno de los habitantes del arroyo, Meggan?

Una vez más, Meggan se vio obligada a mirar al hombre que tenía sentado enfrente.

—A algunos. Tom Roberts y su esposa Milly, que emigraron poco después de que lo hiciera mi familia, viven en el arroyo.

—Tom Roberts, ¿eh? Sí, me acuerdo de él. El resto de su familia sigue viviendo en Pengelly. También recuerdo a Milly.

«Apuesto a que sí», pensó Meggan, que conocía la reputación de inmoral que tenía la muchacha. Y como la idea no le resultaba ni mucho menos agradable, además de ser un insulto a Con Trevannick, la apartó de sí con firmeza.

—¿Cómo está tu familia? —continuó diciendo Con—. ¿Están bien?

—Su salud es buena, gracias.

—¿Y tú? ¿Todavía cantas?

—Nuestra Meggan tiene una voz de lo más encantadora —declaró la señora Heilbuth.

—Ya lo sé —murmuró Con—. La oí cantar hace muchos años, en la playa de Pengelly. —Su media sonrisa hizo que Meggan se ruborizara, y la joven sintió que su rubor se intensificaba cuando él añadió—: Pensé que estaba escuchando a una sirena.

—Creo que ahí hay una historia —comentó la señora Heilbuth con un tono inquisitivo.

—Fue un encuentro memorable. Uno que nunca he olvidado. Y a juzgar por el tono encantador de su tez, me parece que Meggan también se acuerda.

—Con —terció Jenny Tremayne con un suave matiz reprobatorio—. Deja de tomarle el pelo a la señorita Collins. La estás avergonzando. —Le dirigió una dulce sonrisa de disculpa a Meggan—. Lo conozco de toda la vida y siempre ha sido muy guasón. No le haga ni caso.

—Es lo que pienso hacer —repuso Meggan.

—Veo que debo disculparme —declaró él, sin parecer arrepentido en lo más mínimo—. ¿Me demostrarás que me perdonas cantando para mí esta noche?

La señora Heilbuth se adelantó a la respuesta de Meggan.

—Meggan siempre canta para nuestros invitados. Le gusta mucho cantar, ¿verdad, querida? Y por supuesto, nuestros invitados siempre disfrutan de su talento. A veces creo que nuestras visitas habituales no vienen a visitarnos a nosotros sino a escuchar a Meggan. Sabemos de uno que definitivamente viene por esa razón. Nuestro buen amigo, el señor Westoby se ha convertido en uno de los más ardientes admiradores de Meggan.

—¿Ah, sí? —preguntó Con, que enarcó las cejas de un modo que molestó a Meggan mucho más que la cháchara de su patrona.

—Ya lo creo que sí. Estoy segura de que, cuando lo conozca, pues lo esperamos dentro de unas semanas, verá lo mucho que aprecia la voz de Meggan. El señor Westoby es un hombre rico y sumamente admirable. Es un comerciante con una

participación en la mina de Burra Burra. Posee una magnífica casa cerca del río Torrens en Adelaida.

Meggan se sintió violenta. El entusiasmo de la señora Heilbuth estaba a un paso de ser el de una verdadera alcahueta.

El entrecejo de Con se arqueó de nuevo con su estilo socarrón característico.

—¿Es tu canto lo único que admira, Meggan?

—¡Con!

Él hizo caso omiso de la exclamación indignada de Jenny. Meggan notó el calor en las mejillas. A Con Trevannick le divertía su desconcierto. Meggan estuvo muy tentada de propinarle un fuerte puntapié por debajo de la mesa, como solía hacerle a Will cuando la molestaba, y apretó el pie con fuerza contra el suelo antes de responder con toda la flema de la que fue capaz:

—El señor Westoby cree que debería cantar profesionalmente.

—¿Y a ti qué te parece convertirte en cantante profesional? —Su interés parecía genuino.

—Ya no aspiro a eso. Estoy bien como estoy. —Sonrió mirando a los Heilbuth—. Tengo unos patronos maravillosos, dos niños adorables que cuidar y estoy cerca de mi familia.

La señora Heilbuth se inclinó sobre la mesa y le dio unas palmaditas en la mano a Meggan.

—Sabes que si decidieras emprender una carrera como cantante nosotros no te lo impediríamos, querida.

—Ya lo sé, señora Heilbuth. Hubo una época en la que era lo que más quería en el mundo.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión? —preguntó Con.

—Me hice mayor —respondió ella—, me alejé de los sueños infantiles. He aprendido a ser realista en la vida. —Percibió un débil tono de arrepentimiento en su voz y se mordió el labio inferior.

Él no respondió a sus palabras, solo una leve alteración en su semblante le dijo a Meggan que Con no había olvidado las trágicas lecciones que la muchacha había aprendido siendo muy joven.

Al terminar de comer, el grupo se retiró al salón. La señora Heilbuth se sentó al piano. Meggan, que deseaba estar en cualquier otra parte, ocupó su lugar habitual junto al instrumento. Al principio estaba inusitadamente nerviosa, pero tras unos cuantos compases de su primera canción, el placer de cantar desbancó cualquier otro pensamiento. Cantó cinco piezas y luego indicó que su actuación había terminado. La voz de Con Trevannick atravesó los aplausos para solicitar la única canción que ella había omitido deliberadamente.

—¿Podrías cantar *Greensleeves*, por favor? Solo para mí.

—Una hermosa canción —coincidió la señora Heilbuth, que arrancó las primeras notas al piano antes de que Meggan tuviera ocasión de declinar la petición de Con.

A medida que las palabras iban saliendo de sus labios, Meggan sintió que la melodía la estaba conmoviendo mucho más de lo que lo había hecho nunca. Las personas para las que cantaba desaparecieron de su vista. En cambio, se vio a sí misma acurrucada de nuevo contra las rocas en la playa de Pengelly, seis años atrás. Cuando la última nota se apagó, se sorprendió al notar que tenía las mejillas mojadas de lágrimas y que Con Trevannick la estaba mirando de una manera que hizo que el corazón le diera un vuelco.

Murmuró un «Discúlpenme» y cruzó a toda prisa las puertas acristaladas hacia el porche, ansiosa por estar sola antes de que las lágrimas se convirtieran en sollozos de pena. En un primer momento pensó buscar refugio en su dormitorio pero sabía que si se tumbaba en la cama y daba rienda suelta a su llanto sería muy difícil parar. Debía recobrar la compostura necesaria para volver al salón.

Abandonó el porche y caminó por el césped frente a la casa hacia un banco que había bajo una pérgola cubierta por una enredadera. Se sentó allí a llorar y a afligirse como ya rara vez hacía. No es que hubiera olvidado la tragedia de Caro. Tal como decía todo el mundo, el tiempo lo curaba todo. La vida había sido buena en Australia Meridional. Estaba contenta y feliz. ¿Por qué tenían que haber venido a Burra esos dos a despertarle emociones enterradas hacía mucho tiempo?

Meggan suspiró, apoyó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y se dispuso a calmar sus pensamientos y emociones. Había logrado un grado satisfactorio de calma cuando unos pasos suaves la alertaron del hecho de que ya no estaba sola. Un miedo ridículo de que los pasos fueran de Con Trevannick hizo que se pusiera tensa, hasta que vio a la persona a la que pertenecían.

Jenny Tremayne caminaba hacia ella con una expresión preocupada que ensombrecía su dulce semblante.

—¿Te importa si me siento contigo, Meggan? Puedo llamarte Meggan, ¿no? Y tú deberías llamarme Jenny —continuó diciendo, y se sentó cuando Meggan movió la cabeza en señal de asentimiento—. Al fin y al cabo, tenías que haber sido mi compañera.

Al no recibir respuesta por parte de la otra chica, Jenny le hizo la pregunta que le preocupaba.

—¿Nuestra llegada te ha disgustado?

Parecía tan genuinamente preocupada que Meggan lo negó con la cabeza.

—No. Me estoy comportando como una boba, sencillamente. Rara vez canto esa canción. Hay razones por las que me recuerda a la forma en que murió mi hermana.

—Lo siento. ¿Quieres hablar de ello?

Meggan le dijo que no moviendo la cabeza.

Jenny suspiró.

—Todavía estás afectada. Deberías haberte negado a la petición de Con.

—Él no podía saber que me afectaría. De hecho, ni yo misma me esperaba reaccionar de una forma tan emocional. Debes de pensar que soy un poco rara.

—En absoluto. La señora Heilbuth estaba un poco preocupada y Con, me complace decirlo, bastante arrepentido. Hubiera salido a buscarte si yo no hubiese intervenido. Le tengo mucho cariño a Con pero no siempre es la más sensible de las personas. Sugerí que necesitabas estar sola un rato. Me di cuenta de que lo que fuera que te había afectado era muy personal.

Meggan miró a la otra joven a los ojos. Aquella era la conversación más larga que habían mantenido desde que la muchacha llegó a Grasslands. Meggan sintió esa primera simpatía que preludiaba una amistad. Bajo su exterior callado, Jenny Tremayne poseía tanto compasión como espíritu.

—Señorita Tremayne... Jenny —preguntó Meggan llevada por un impulso—, ¿qué os ha traído a Burra? Seguro que no estáis aquí de vacaciones, ¿verdad?

—Estoy intentando encontrar a mi hermano.

—¿A tu hermano?

—A Rodney. ¿Te acuerdas de él?

—Sí. —A Meggan se le hizo un nudo en la garganta y tragó saliva.

—Probablemente no sepas que se enfadó con mi padre hace seis años. Se marchó de casa y no hemos sabido nada de él desde entonces. Ahora nuestro padre está muy enfermo y desea hacer las paces con Rodney.

Meggan guardó silencio. Sabía que Rodney Tremayne se había marchado después de la muerte de Caroline. Ella lo había considerado egoísta y débil por haberse quedado llorando en la entrada techada del cementerio mientras enterraban a Caroline. Nunca imaginó que había cortado los lazos con su familia. ¿Acaso él también se había enterado de quién era el verdadero padre de Caroline? ¿Y lo sabía Jenny? Meggan se dio cuenta de que debía andarse con pies de plomo.

—¿Tu hermano se marchó y no regresó nunca? ¿Sabes por qué?

Jenny le dijo que no moviendo la cabeza.

—Nunca lo entendí. Yo estaba en Londres con mi tía y me dolió mucho que ni siquiera me esperara para despedirse de mí. Durante más o menos el primer año mi padre siempre mantuvo que Rodney volvería pronto a casa, pero nunca nos escribió ni siquiera una nota para decir que estaba bien. Con sabe por qué se pelearon Rodney y mi padre, pero no quiere decírmelo. Afirma que le corresponde a mi padre decidir si tengo que saberlo.

—¿Tu padre nunca te lo contó?

—No. Una vez se lo pregunté, poco después de darme cuenta de que Rodney no iba a volver nunca. Dijo que eso era entre Rodney y él. Volví a rogarle que me lo explicara antes de salir de Cornualles, pero no quiso decírmelo.

Meggan volvió la cabeza con el pretexto de enjugarse las lágrimas de los ojos. ¿Cuánto más podía empeorar la situación? Jenny Tremayne parecía una chica simpática y agradable, sin embargo Meggan debía ocultarle la verdad que ella quería

saber.

—¿Qué te hace pensar que tu hermano podría estar aquí? En Burra hay mucha gente que lo conocería. Nunca he oído que lo mencionaran.

—Nosotros tampoco. Vinimos invitados por los Heilbuth porque Con está interesado en ver un poco el país. Lo único que hemos podido averiguar sobre Rodney es que tomó un barco rumbo a Adelaida. Con puso un anuncio en el *Adelaide Advertiser* con la esperanza de que pudiéramos enterarnos de algo más o incluso de tener noticias de Rodney en persona.

—Pero no ha sido así. —Meggan volvía a mirar a su compañera.

—No.

—Lo siento. Lo único que puedo decir es que espero que al final tengáis éxito en vuestra búsqueda.

—Yo también lo espero. Les he dicho a Con y a mi padre que no me casaré hasta que Rodney pueda estar en mi boda.

—¿Ah, sí? ¿Estás prometida?

Jenny sonrió.

—Mi padre siempre ha querido que sea la mujer de Con. Sugirió que contrajéramos matrimonio antes de salir de Cornualles y que este viaje fuera nuestra luna de miel. Con estaba conforme, pero verás, Meggan... —Puso la mano en el brazo de la otra chica con aire conspirador—. Cuando quiero puedo llegar a ser muy tozuda. Quiero que mi hermano esté en mi boda.

Meggan sonrió. Jenny le resultaba cada vez más agradable. Quizá habrían sido verdaderas compañeras si el destino, o una liebre blanca, no hubieran intervenido.

—Gracias por hablar conmigo, Jenny. Ojalá te vaya bien.

—Gracias.

Las chicas se levantaron a la vez y cuando llegaron a la casa ya se estaban riendo de las anécdotas de Meggan sobre la vida colonial.

Con también sonrió al mirarlas.

—Esto es lo que me gusta ver.

Jenny se echó a reír, tomó a Meggan por el brazo con las dos manos y le respondió:

—Meggan me ha estado contando historias maravillosas. Estoy segura de que vamos a ser muy buenas amigas.

—Me alegro mucho —dijo Con, y volvió a mirar a Meggan de esa forma que tanto la alteraba.

A la mañana siguiente Meggan no vio a los invitados, estuvo ocupada con el aseo de los gemelos, el desayuno y los preparativos para las clases del día. Después del té de la mañana, cuando el señor Heilbuth se hubo llevado a su visitante masculino para enseñarle un poco su vasta propiedad, Jenny se reunió con Meggan y los niños en la

sala de clase. Para sorpresa de Meggan, la pequeña Sarah, que por norma general era muy tímida, reaccionó sin reserva con su visita. La actitud de Jenny era tan natural que los dos niños quedaron encantados. Al ver cómo se relacionaba con ellos, Meggan pensó en lo buena madre que sería Jenny y se sorprendió imaginando unos niños pequeños iguales a Con Trevannick. Se sacó esa idea de la cabeza sin ni siquiera saber con seguridad cómo había aparecido.

En cuestión de una semana lo supo. Con Trevannick la atraía muchísimo. Juró que no debía permitir que dicha atracción se transformara en nada más profundo. Aun cuando no hubiera habido ningún antiguo acuerdo sobre su matrimonio con Jenny Tremayne, aquel hombre estaba tan fuera del alcance de Meggan como podía llegar a estarlo nadie. Puede que no fuera un Tremayne pero por sus venas sí corría un poco de su sangre. Y los Tremayne nunca se casaban por debajo de su clase social.

Will Collins trepó con cansancio por la última de las escaleras del Pozo Paxton en la mina de Burra Burra. Se agarraba con las manos por encima de la cabeza, a tres peldaños por debajo de las pesadas botas de su hermano Hal. Habían descansado en el nivel de 50 brazas, donde se habían encontrado con Tom Roberts y con el joven Tommy que bajaban para empezar su turno. La pequeña mancha de cielo azul en lo alto los instó a ascender el último par de brazas hasta la hierba.

Al llegar a la superficie, Will se quitó el casco protector y se pasó la mano por el cabello sucio y apelmazado por el sudor. Parpadeó unas cuantas veces bajo el brillante sol de la tarde y apartó los ojos de su resplandor para volverlos hacia la entrada del pozo del que habían salido. Para entonces, Tom y el joven Tommy ya deberían de haber llegado al terraplén que los cuatro trabajaban como cuadrilla.

Llevaban poco más de tres semanas trabajando en aquel terraplén subterráneo. Tres semanas de excavación frustrante e improductiva. Cuatro días antes habían tenido muchas esperanzas, hasta que la veta de cobre aceptable que estaban siguiendo degeneró a un mineral de poquísima calidad. Si las cosas no mejoraban a lo largo de las tres semanas siguientes no habría mucho dinero para ninguno de ellos llegado el día de la liquidación. De los aproximadamente 250 hombres que trabajaban en la mina de Burra a cambio de una cantidad del mineral, los hermanos Collins, junto con Tom Roberts, normalmente sacaban un buen dinero. Algunos de los hombres lo llamaban suerte. Will atribuía su éxito al trabajo duro combinado con su instinto para encontrar una buena veta, que normalmente no le fallaba.

Una tos áspera de pecho hizo que Will Centrara la atención en Hal.

—Este maldito viento es frío —logró mascullar el joven antes de que lo atacara un acceso de tos seca.

—Sí. Puede que brille el sol, pero el viento viene directo del Polo Sur. Y tampoco me gusta cómo suena tú tos. Vamos. Vayamos al vestuario y luego será mejor que te marches a casa a quitarte el frío antes de que se te obstruyan del todo los pulmones.

—¿Tú no vienes a casa? —preguntó Hal en cuanto se hubieron puesto ropa seca y dejaron su ropa de trabajo manchada de sudor y enrojecida por el cobre colgando de unos clavos.

—Iré dentro de un rato. Primero quiero hablar con papá. Estoy pensando que deberíamos probar un acceso distinto a nuestro terraplén. Quizá pueda comentárselo al jefe Roach por nosotros.

—Dudo que el jefe Roach esté de acuerdo. Esperará que aprovechemos al máximo lo que tenemos.

—Allí tenemos un buen mineral, en alguna parte. No me he equivocado antes y no creo que me equivoque esta vez. Seguro que «Sammy» preferiría que sacáramos

buen material.

—En eso tienes razón. Buena suerte con papá y el jefe Roach.

—Sí. Te veo en casa.

Los hermanos se separaron a la puerta del vestuario. Hal se alejó arrastrando los pies, con los hombros encorvados contra el frío cortante del viento. Will cruzó por la zona de los trabajos de superficie para dirigirse al pozo dos de Ayer. Su padre tendría que estar subiendo una vez terminado su turno como jefe de subsuelo. Esperaba poder convencer a su padre para que hablara con Roach, casi rezaba por ello. La posibilidad de que el jefe superior de la mina accediera a poner a obreros a destajo para que excavaran otro pozo de acceso a su terraplén era muy poco probable. No obstante, lo pediría de todos modos. Si un hombre quería prosperar en la vida tenía que hacer todo lo que pudiera para ganar un buen dinero.

Por primera vez, Will miró con atención la actividad que tenía lugar en la superficie de la mina. Casi un centenar de acres dominados por la gigantesca chimenea blanca que se alzaba desde lo alto de la colina media. Junto a ella se hallaba el sólido polvorín hecho de piedra con su inconfundible tejado curvo. Cada pozo tenía su propio caballo para accionar la cabria y un muchacho guiaba al animal, que iba dando vueltas y más vueltas en eterno círculo para sacar el mineral y los residuos del interior de la mina. En la zona de superficie había hombres atareados por todas partes, acarreando la mena hasta los cobertizos de criba y depósitos de mineral y llevándose el material de desecho. Los carpinteros trabajaban en las estructuras de madera que requerían un mantenimiento constante. El estrépito metálico de la trituradora predominaba sobre todo el ruido y el bullicio.

Will se detuvo en una pequeña elevación del terreno para volver la mirada hacia la trituradora con su noria, el aserradero y el taller de los carpinteros detrás. Desde más allá le llegó el relincho de un caballo en los establos. Cerca de ellos había dos hombres cortando forraje. Will giró sobre sí mismo. Había tres caballos atados cerca de la herrería. Él conocía bien a uno de los herreros. Había seis trabajando en la mina. De los otros trabajadores empleados en varias actividades en la superficie conocía solo a unos pocos. Se dijo que no era sorprendente ni mucho menos. Conocía a la mitad de los que trabajaban bajo tierra. Más de un centenar de trabajadores a destajo y jornaleros se esforzaban bajo la superficie junto con los que trabajaban a cambio de una parte del mineral. En la superficie había más del triple de esa cantidad.

Will suponía que la mayoría de empleados de Sammy esperaban permanecer en el mismo empleo durante toda su vida laboral. Hubo un tiempo en el que Will había sido uno de ellos. Durante los primeros años que había pasado en Australia Meridional, cuando el entusiasmo por la riqueza de las menas, el fácil acceso por unos tiros cuya profundidad era una cuarta parte de muchos de los de Cornualles y las condiciones de vida sumamente mejoradas tenían el brillo rosáceo de la buena fortuna.

Will no sabía con seguridad exactamente en qué momento había decidido que no

estaba satisfecho con su vida. De lo que sí estaba seguro era del impulso de abandonar la mina de cobre que se iba intensificando en su interior. Las últimas dos semanas, con la perspectiva amenazadora de alcanzar un pobre acuerdo monetario, se había sentido aún más intranquilo. Se dijo que tenía que haber una manera más fácil de ganarse la vida que con lo que le daban por una parte del mineral que extraía trabajando durante horas con un calor subterráneo que nadie aparte de un minero de Cornualles toleraría, para salir luego a un viento frío que lo empeoraba todo helándole la ropa mojada de sudor.

Era mejor en verano, pues a menudo la temperatura era igual, y en ocasiones superior, a la que soportaban trabajando bajo tierra. En dicha estación no había posibilidad de que la neumonía o las infecciones pulmonares aquejaran a los mineros. El calor enervante les arrancaba las fuerzas del cuerpo, sobre todo durante la larga caminata de media tarde cuando cambiaba el turno.

Will suspiró, volvió a concentrarse en la actividad que se desarrollaba en derredor y, como había terminado el turno, reemprendió la marcha por la zona de trabajo. Aquella vida ya no era para él. Aún no había resuelto qué quería hacer, pero no quería trabajar en una mina de cobre; eso era lo único que sabía con seguridad. No había mencionado sus sentimientos a su padre ni a los demás. Ya habría tiempo suficiente para ello cuando tuviera un poco más de dinero ahorrado y se hubiera formado alguna idea de lo que podría hacer.

Ya casi había llegado al camino que atravesaba la mina de Burra desde Kooringa y hasta la mina adyacente de Bon Accord cuando vio a los cuatro jinetes. La primera mirada que les dirigió fue solo superficial. Reconoció de inmediato al jefe Roach y al superintendente general Burr. Las visitas a la mina no eran algo insólito; su fama como la «mina monstruosa» se había extendido por todas partes.

Cuando estuvo unos pasos más cerca del camino, Will miró otra vez al grupo. Reconoció a uno de los otros hombres como al patrono de Meggan, el señor Heilbuth. Eso le sorprendió hasta tal punto que observó con más detenimiento al cuarto hombre. Se detuvo en seco, atónito. Pensó que debía de estar equivocado, aun cuando sabía que no lo estaba. El señor Trevannick de Pengelly cabalgaba directamente hacia él.

Sin saber del todo por qué, Will dio media vuelta bruscamente y volvió por donde había venido. No tenía ganas de encontrarse cara a cara con aquel hombre. Desde luego no quería encontrárselo antes de saber por qué el señor Trevannick estaba en Burra y por qué iba en compañía del señor Heilbuth. ¿Significaba eso que Meggan sabía que ese hombre estaba en Burra? ¿Significaba que el señor Trevannick, o el hacendado Tremayne, estaban pensando en invertir en la mina?

Will se olvidó por completo de ir a buscar a su padre, rodeó el pozo de Roach y se dirigió a los cobertizos de criba. Varias de las mujeres que separaban las menas lo saludaron. Algunos saludos fueron más insinuantes que otros. Will respondió sin cordialidad. Sabía que podía tener a cualquiera de ellas cuando él quisiera. A veces

coqueteaba un poco, si estaba de buen humor. Nunca iba más allá de un guiño o una salida descarada. No olvidaba la tragedia que los bebés desafortunadamente concebidos habían supuesto en su familia.

Tampoco estaba dispuesto a quedar atrapado en un matrimonio sin amor como Tom. En aquel momento Milly le dijo:

—Ven esta noche junto al arroyo, Will. Te daré una cena como nunca has probado.

La mujer adoptó una pose provocativa, con la mano en la cadera y sacando pecho, lo cual fue acompañado de risas tontas, codazos y guiños pícaros por parte de sus compañeras. Will no respondió. Le dirigió una mirada con la intención de desalentar sus insinuaciones. Hacía tiempo que había renunciado a intentar decirle que no estaba interesado, que no lo estaría aunque Tom no fuera su amigo. Will continuó andando.

—Se cree demasiado bueno para las de nuestra clase. —La voz enojada y demasiado fuerte de Milly fue tras él—. Si quieres saber lo que te estás perdiendo, Will Collins, pregúntale a tu hermano Hal.

Will se detuvo y dio media vuelta rápidamente. Con una sonrisa que contenía toda la picardía de la que era capaz, la mujer se limitó a menear la cabeza y volvió a su trabajo.

Will aceleró el paso y alcanzó a su hermano en las afueras de la ciudad. Para entonces ya había acumulado un enojo considerable. Agarró a Hal por el brazo con brusquedad.

—¿Has estado tonteando con Milly Roberts?

La expresión de Hal respondió a la pregunta.

—¡Eres un auténtico idiota! —Will le soltó el brazo con un empujón que hizo que Hal diera un traspie—. ¿Y si se entera Tom?

—¿Tom? —Hal tuvo un conato de risa que degeneró en un acceso de tos. Con los brazos cruzados y sin mostrar ninguna empatía, Will aguardó a que su hermano se recuperara.

Hal se enjugó las lágrimas de los ojos con la manga.

—Está demasiado ocupado satisfaciéndose con todas las mujeres que puede como para darse cuenta de lo que pasa. Cree que como le pega, Milly es una esposa obediente.

—Aun así eres un idiota, Hal. Seguro que Tom se enterará algún día y empezará a propinar palizas a todos los que han estado en su cama. Y como estamos en la misma cuadrilla, tú serás el primero.

—Solo he estado allí un par de veces.

—Y si tienes un poco de sentido común no volverás a ir. Esa mujer es problemática y no quiero que te veas involucrado.

—¿Quién eres tú para decirme lo que puedo hacer? Ya tengo dieciocho años. Tomo mis propias decisiones.

—Sí, y yo soy cinco años mayor que tú y estoy cuidando de ti.

—Bueno, pues no necesito que lo hagas. Eres como Meggan, Will. Te crees mejor que Tommy y que yo, no dejas de decirnos lo que tenemos que hacer. Pues bien, hermano mayor, dime, ¿qué haces tú cuando necesitas satisfacerte?

La expresión de Will se endureció.

—Controlo mis impulsos en gran medida. Y cuando lo necesito, pago por una prostituta limpia y decente. De ese modo no me las tengo que ver con los maridos ni dejar por ahí ningún hijo bastardo.

—Bueno, pues quizá es que yo soy más hombre que tú y lo necesito con demasiada frecuencia como para poderme permitir una de tus putas decentes. Si una mujer se me ofrece yo la tomo y no es asunto tuyo para nada.

Otro acceso de tos echó a perder el desafío de sus palabras y Hal se alejó dando trapiés. Will decidió que era mejor dejar el tema por el momento, fue con su hermano y lo tomó del brazo otra vez.

—Vamos. Será mejor que vayamos a casa y nos calentemos un poco antes de que tú tos empeore.

Meggan comía con su familia cada dos domingos. Habían pasado diez días desde la llegada de los invitados de los Heilbuth y Meggan volvía a estar sentada a la mesa en la casita familiar. La conversación giró en torno a temas generales hasta que de pronto Will comentó:

—Juraría que el otro día vi a Con Trevannick. Aunque no me imagino por qué podría estar en Burra. —Miró directamente a Meggan.

Henry alzó la cabeza de golpe. Hal y Tommy parecieron mostrar interés.

A Meggan se le paró el corazón un segundo y luego continuó latiendo más rápido que antes. No tenía la menor idea de cómo se había enterado, pero se dio cuenta de que Will sabía con quién se alojaba Con Trevannick. Dirigió una mirada rápida a su madre y vio que Joanna, con el cuchillo y tenedor en ristre pero inmóviles, tenía la vista clavada en su plato.

—¿Dónde lo viste? —preguntó Henry Collins.

—En la mina. Al terminar el turno el otro día.

—¿Estás seguro?

—Sí, seguro que era él.

Una vez más, Meggan tuvo motivos para lamentar su semblante demasiado expresivo cuando Will dijo con aspereza:

—Tú sabes algo, Megs. —Al ver que la joven no respondía, añadió en tono acusador—: Fue a Con Trevannick a quien vi y tú sabías que estaba en Burra. También vi al señor Heilbuth.

Meggan se mordió el labio, miró a su madre, quien ya había dejado el cuchillo y el tenedor en la mesa aunque continuaba con la vista fija en su plato, y luego a su padre, cuya expresión era interrogante y severa a la vez.

Ella respondió en voz baja y mirando solo a su padre:

—El señor Trevannick y Jenny Tremayne son invitados de los Heilbuth.

—¿Y a ti no se te ocurrió contárnoslo, hija? —la reprendió su padre con voz queda.

Meggan se encogió de hombros al tiempo que dirigía una mirada de reojo al otro extremo de la mesa donde Joanna había recogido sus cubiertos y empezado a cortar la carne.

Henry, Will y los chicos siguieron la mirada de Meggan. Henry asintió con un leve movimiento de la cabeza y todos se pusieron otra vez a comer en silencio.

Will, que había sacado el tema causante de aquel silencio incómodo, empezó a hablar de la magnífica malaquita que había encontrado en su terraplén el día anterior.

—Compensará la pobre calidad del cobre. Deberíamos sacar un buen dinero después de todo.

—Tendrías que verlo, papá —añadió Hal—. Hemos dado con una gema de calidad. El jefe Roach bajará mañana para echarle un vistazo.

—¿Toda es de buena calidad, hijo?

—Si no lo es, dejo el pico. Es muy bonita, toda tachonada con cristales de azurita de un azul brillante.

La imaginación de Meggan pintaba unas imágenes muy gráficas en su mente.

—Ojalá pudiera bajar para ver esa maravilla, para ver estas pérgolas de malaquita a las que llamáis los jardines de los mineros.

—Aunque dejaran bajar a las mujeres, no te gustaría tener que retorcerte por esos túneles pequeños ni la luz tenue de las bancadas.

—Ya lo sé —respondió Meggan con un suspiro.

—No importa, Megs. Te prometo que cuando te cases te regalaré un collar de malaquita.

Al oír las palabras de Will, Joanna alzó la cabeza con brusquedad.

—¿Qué dices? ¿Estás pensando en casarte, Meggan?

—No, mamá.

—¿Entonces qué? ¿Estás coqueteando con algún hombre? ¿Con Tom Roberts, quizá?

—¡Eso nunca! No hay ningún hombre, mamá. No tengo ningún deseo de casarme.

—Pues deberías. He visto cómo te miran los hombres. Si esperas demasiado serás otra más con un bebé en el vientre y sin anillo en el dedo.

Meggan soltó un grito ahogado. Notó que unas lágrimas cálidas le inundaban los ojos. Su padre alargó el brazo y le dio un apretón en la mano.

—Déjala en paz, Joanna.

Joanna miró a su esposo con dureza.

—Esta familia se ha vuelto pecadora.

Reanudó su comida, aparentemente ajena a las miradas que cruzaron su esposo y

sus hijos. A todos les resultaba muy difícil soportar la obsesión religiosa de su madre.

Más tarde, cuando Joanna se había retirado al dormitorio para leer su Biblia tal como hacía todos los domingos por la tarde y Hal y Tommy se habían marchado para disfrutar de sus propios pasatiempos, Meggan, Will y su padre se sentaron a la sombra del porche.

—Cuéntanos lo de Con Trevannick, Meggan, hija.

Meggan se mordió el labio inferior.

—Vino con el señor Heilbuth desde Adelaida, el miércoles pasado hizo una semana. Jenny Tremayne está con él.

Henry frunció el ceño.

—La muchacha de los Tremayne y el señor Trevannick. ¿Por qué han venido? ¿Lo sabes?

—Están intentando encontrar al hermano de Jenny.

—¿A Rodney Tremayne? —El nombre brotó de labios de Will.

Meggan lo miró.

—Sí. En Pengelly todo el mundo sabía que se había marchado. Lo que no supimos es que nunca regresó. Según Jenny, tuvo una pelea terrible con su padre, anunció que se marchaba y que no volvería jamás. Hasta hoy ha mantenido su palabra.

—¿Por qué lo están buscando ahora? ¿Y por qué en Burra?

—Creo que el señor Tremayne está muy enfermo y desea hacer las paces con su hijo o al menos volver a verlo otra vez. Lo único que se sabe sobre su paradero es que compró un pasaje en un barco con destino al sur de Australia. El señor Trevannick cree que podría estar en algún lugar de la zona del cobre. Cuando el señor Heilbuth conoció al señor Trevannick y se enteró de lo que buscaba, los invitó a ambos a quedarse en su casa mientras indagaban en esta región.

—¿Y cómo te sientes estando constantemente en su compañía?

—Al principio me quedé impresionada. Me resultaba difícil porque Jenny tiene un aire a Caroline. Me trajo muchos recuerdos infelices. Pero Jenny no se parece en nada a Caroline. Es dulce y cariñosa, como lo era Caro, pero ella tiene una personalidad mucho más resuelta. Ella misma admite que puede llegar a ser muy tozuda.

Si alguna vez Jenny se encontraba en una situación como la de Caroline, ella tendría el coraje de seguir adelante. Pero Meggan no dijo eso. Hubiera abierto las viejas heridas de su padre. A medida que el dolor se fue atenuando con el paso de los años, incluso después de enterarse de la verdadera historia de Caroline y Rodney, a Meggan le costaba entender por qué su hermana había elegido una solución tan desesperada a su problema.

—Ya sabes que le estuve dando la lata a Will hasta que me lo contó. —Le dirigió

una mirada de disculpa a su hermano en respuesta a la indignación que vio en sus ojos—. No se lo he dicho a nadie, papá. Antes, muchas veces tenía la esperanza de que no fuera cierto. Luego conocí a Jenny Tremayne.

Se hizo el silencio entre ellos. Lo que Meggan no sabía era qué pensaban su padre y hermano. Ella pensaba en su propia lucha para aceptar lo que siempre había parecido inaceptable. Pero nunca pretendería cuestionar los actos de sus padres.

—¿Te gusta esa chica? —le preguntó Henry.

—¿Jenny Tremayne? Sí, mucho. Nos hemos hecho bastante amigas.

—¿Y Con Trevannick?

Meggan procuró mantener el semblante y la voz inexpresivos.

—Es educado y simpático. —Y entonces fue ella quien cambió de tema.

El joven mozo de cuadra acompañaba a Meggan en sus viajes a Kooringa. Meggan conducía el carro con el poni hasta Redruth, donde vivía la familia de Bertie, y después de visitar a la suya lo pasaba a recoger y regresaban a Grasslands. De camino entre las dos ciudades, Meggan se sorprendió al encontrarse con Tom Roberts. Iba andando en dirección a Kooringa, lo cual hizo que Meggan se preguntara qué había estado haciendo en Redruth. Los domingos, el único día de la semana que la gran mina estaba parada, los hombres casados normalmente se quedaban en casa con sus esposas y familias. Pero Meggan sabía que a Tom le importaba muy poco su mujer.

Se situó en medio del camino para bloquear el paso del carro. Meggan, molesta pero incapaz de hacer nada al respecto, frenó el poni hasta detenerse. Tom pasó junto al animal y se agarró a un lado del carro.

—Buenos días, Meggan.

—¿Qué quieres, Tom?

—El placer de mirarte. Tu presencia le alegra la vista y el corazón a uno. No hay mujer en Burra que pueda compararse con tu belleza.

—Si creyera que tus cumplidos son genuinos te daría las gracias. Sin embargo, creo que son palabras que le dirías a cualquier mujer.

—Las mujeres son tan estúpidamente engreídas que solo oyen lo que les place. Si un hombre quiere que lo complazcan, le dirá a una mujer lo que ella quiere oír.

—Pues no hay nada que desee oír de ti, Tom Roberts, y tampoco deseo complacerte de ninguna manera. Así que, si me lo permites, seguiré mi camino. —Alzó las manos para sacudir las riendas pero él la agarró del brazo con una fuerza que casi la arrancó de su asiento—. ¿Qué estás haciendo? —le gritó con furia, sobresaltada.

—No vas a seguir huyendo de mí, Meggan. ¿Te haces la esquivada para aumentar mi deseo?

—¿Deseo? Mira que eres vanidoso, Tom Roberts. Puede que sepas mucho de eso, pero a mí no me hables de una emoción tan vil. Te aseguro que no siento ningún

deseo por ti y que me estoy cansando de lo mucho que te esfuerzas en molestarme.

Meggan puso un desprecio considerable en sus palabras altaneras pero, para su disgusto, él se limitó a sonreír.

—Fogosa como siempre, Meggan. Cuando te centellean los ojos y mueves la cabeza con esa arrogancia lo único que consigues es enardecerme más. Sí, serías muy fogosa en la cama. Mantendrías a un hombre duro y contento toda la noche.

Meggan soltó un grito ahogado. Notó que enrojecía de indignación y tiró para zafarse de él.

—Suéltame el brazo. Seguiré mi camino. —Estaba enfadada, tanto que tenía la sensación de que podría haberle rebanado la mano de haber tenido el arma adecuada.

Tom le soltó el brazo pero no retiró su otra mano del carro.

—No bromeo, Meggan. Te deseo y te tendré, tanto si vienes de buena gana como si no. No vas a conservar tu virginidad mucho más tiempo en esta ciudad y me he propuesto ser yo quien te la arrebate.

La lascivia de su mirada se intensificó hasta llegar a ser amenazante. Meggan tuvo un miedo muy real de que pudiera llevar a cabo su amenaza en aquel preciso momento y lugar. Sacudió las riendas con tanta fuerza que el poni dio un saltito y avanzó con una sacudida. Hasta que no estuvo a cierta distancia, Meggan no volvió la vista atrás ni puso al poni a un paso más relajado. Cuando lo hizo y miró por encima del hombro vio que Tom Roberts estaba exactamente en el mismo sitio, demasiado lejos para poder ver su expresión. Tom levantó el brazo simulando un saludo y a continuación dio media vuelta y se alejó. Meggan tuvo escalofríos. Tenía miedo, mucho miedo. En la ciudad todo el mundo sabía que más valía no contrariar a Tom Roberts.

—¿Tuviste una agradable visita a tu familia, Meggan?

—Sí, gracias señora Heilbuth. Siempre disfruto al ver a mis hermanos, sobre todo a Will.

—Ah, el hermano favorito.

—Siempre hemos estado muy unidos, igual que mi padre y yo.

—¿Tu padre está bien? ¿Y tu madre?

—Los dos están bien.

—He estado pensando que el señor Heilbuth y yo deberíamos invitarlos a que nos hagan una visita mientras el señor Trevannick y la señorita Tremayne están aquí. Tu familia lleva tantos años en Australia que estoy segura de que les gustará recibir las últimas noticias de casa.

—No vendrían, señora Heilbuth.

—Vaya. —La señora Heilbuth pareció abatida—. Hasta ahora siempre han aceptado nuestras invitaciones. ¡No se creerán socialmente inferiores! No hay lugar para las intolerancias sociales cuando vivimos tan alejados de la civilización de

Adelaida.

—Mi padre nunca se ha considerado inferior a nadie. Pero le aseguro que no consideraría adecuado alternar con el señor Trevannick y la señorita Tremayne.

—¿Quién no consideraría adecuado alternar con nosotros? —inquirió Jenny, que en aquel preciso momento entró en la habitación acompañada de Con.

—La familia de Meggan. O eso dice ella.

—Tal vez tenga razón —coincidió Con—. Se sentirían incómodos con nosotros.

—¿Ah, sí?

—Sí, señora Heilbuth, así es —respondió a la gratitud de Meggan con la mirada.

Había intervenido justo cuando Meggan había empezado a preguntarse cómo podría explicarlo sin revelar nada del pasado.

—Meggan —continuó diciendo él—, creo que pronto toda la ciudad tendrá el placer de oírte cantar.

—He cantado en todos los conciertos benéficos desde que estoy en Burra.

—¿Ha habido muchos?

—Demasiados. Nuestros conciertos benéficos ayudan a las viudas y familias de mineros que han muerto.

—Así pues, los accidentes en las minas no son menos frecuentes aquí que en Cornualles, ¿no?

—Por desgracia, así es. La mayoría de las muertes son consecuencia de la caída de rocas o de explosiones antes de tiempo. El caso de la familia que se beneficiará de este concierto es trágico. Hará unas tres semanas al marido se le cayó una roca encima y lo mató. Mientras lo estaban enterrando, el hijo más pequeño, un niño de ocho años, se fue alejando y una serpiente le mordió. Pueden imaginarse la aflicción de la pobre mujer. Acababa de enterrar a su esposo y su hijo yacía muerto a no más de cincuenta metros de distancia.

—¡Es terrible! —exclamó Jenny. Parpadeó y miró a la señora Heilbuth—. ¿La muerte por mordedura de serpiente es algo que ocurre con frecuencia?

—Rara vez oímos que suceda. La mayoría de serpientes se limitan a deslizarse y quitarse de tu camino. La opinión del doctor fue que el niño había intentado coger la serpiente. Tenía la mordedura fatal en la muñeca.

Jenny se estremeció.

—Viviendo aquí seguro que era consciente del peligro, ¿no?

Meggan le respondió:

—La familia llevaba poco más de un mes en Burra. La viuda se ha quedado con tres niños pequeños que criar. Mi madre la visita cada día para ofrecerle toda la ayuda posible. La mujer no tiene parientes en Australia y quiere regresar a Cornualles. El concierto recaudará dinero para enviarla de vuelta a casa.

—Hemos oído muchas historias trágicas. —Los pensamientos de Jenny hicieron que su mirada mostrara preocupación—. ¿Crees que...? —empezó a decir mirando a Con.

—No, Jenny. No creo que a Rodney le haya sucedido nada terrible.

—Hace tres semanas que estamos en Australia y no hemos sabido nada. —Las lágrimas temblaron en sus ojos.

Con avanzó para consolarla con un abrazo.

—No llores, cariño. Estoy seguro de que le encontraremos.

—¿Lo encontraremos a tiempo?

—Lo encontraremos a tiempo.

—Meggan. —Los gemelos irrumpieron en la habitación—. Dijiste que podíamos subir a la colina para ver la puesta de sol.

—¡Niños!

—Lo siento, mamá.

—Lo siento mamá.

—¿Y?

—Por favor, discúlpennos señor Trevannick, y señorita Tremayne.

—Estáis disculpados, Barney. —Una sonrisa asomó en la comisura de los labios de Con. Cruzó la mirada con la de Meggan y la muchacha se preguntó si comprendía de verdad los pensamientos de aquel hombre. A Con Trevannick le gustaba la personalidad de Barney. ¿Había admirado también la de Meggan en el pasado?

—¿Dónde está esta colina a la que subís para ver la puesta de sol? —preguntó.

—Es la que se ve por detrás del esquiladero. La vista es realmente magnífica.

Con parecía saber a qué colina se refería.

—¿Y vais andando todo el camino?

Meggan negó con la cabeza.

—Está mucho más lejos de lo que parece. Vamos en carro hasta el pie de la colina. Hay un sendero bien marcado.

—Me gustaría ir con vosotros, si os parece bien.

—¡Sí, por favor, señor Trevannick! —gritó Barney, cuya adoración por su héroe aumentaba cada día.

—¿Puede venir también la señorita Tremayne? —preguntó la pequeña.

—No creo que me gustara subir a una colina, Sarah. Me quedaré aquí.

—Pues yo tampoco iré. Me quedaré aquí con usted. —Y para demostrar su preferencia se acomodó en el sofá al lado de ella. Consideraba que la señorita Tremayne era hermosa como una princesa. Ya le había dicho, con bastante timidez, que de mayor quería ser igual que ella.

—¿Alguien más quiere ver la puesta de sol? —preguntó Con.

Los Heilbuth movieron la cabeza en señal de negación. La señora Heilbuth declaró que no estaba hecha para subir montañas y el señor Heilbuth optó por relajarse leyendo el periódico.

—Si usted va, señor Trevannick, Meggan ya no necesitará mi escolta.

—Pues solo seremos nosotros tres —observó Con.

—Vamos. —Barney se dirigió a la puerta.

—¿Estás segura de que no quieres venir con nosotros, Jenny? —Meggan estaba experimentando sentimientos de emoción y temor al mismo tiempo. Emoción por la perspectiva de compartir la belleza emotiva de una puesta de sol con Con Trevannick. Temor de que sin darse cuenta pudiera revelar lo que sentía por ese hombre.

Cuando Con sugirió que él conduciría y subió a Barney al carro, el entusiasmo del niño hizo imposible que Meggan insistiera en conducir ella.

—Hace tiempo que no montas, Meggan —comentó el señor Heilbuth—. Necesitas practicar.

—¿Cuándo aprendiste a montar? Y a horcajadas, además —preguntó Con cuando se pusieron en camino.

—Poco después de venir a trabajar para los Heilbuth. El señor Heilbuth se empeñó en que aprendiera a montar además de a manejar el carro con el poni. Cree que la habilidad de montar es fundamental en este país. A veces, cuando llueve, el único medio de transporte posible es un caballo. Mi hermano, Will, también aprendió a montar.

—¿Y tu padre y tus demás hermanos?

—A ninguno de ellos les interesan los caballos, aunque el señor Heilbuth también les dio la oportunidad de aprender.

—¿Y el señor Heilbuth también te aconsejó que montaras a horcajadas?

—Afirmó que era más seguro y más práctico. En su opinión, las sillas para montar a mujeres solo son para las damas elegantes en la ciudad, no para las mujeres del campo.

—Y tiene razón, por supuesto. ¿Montas con frecuencia?

—No mucho. Prefiero llevar el carro.

Para sorpresa de Meggan, de pronto Con hizo una mueca divertida.

—¿Qué le hace tanta gracia?

—Nada, Meggan. Solo estaba pensando que cuando nos conocimos ninguno de los dos podía haber imaginado que un día estaríamos montando juntos por la campiña australiana.

Meggan asintió con una sonrisa.

—Quién lo habría pensado, ¿eh?

—De todos modos, me alegro de que estemos aquí. —Y la sonrisa que le dirigió hizo que Meggan volviera la cabeza, sin estar segura del significado de sus palabras ni de sí misma.

Barney le ahorró la necesidad de responder. El niño señaló un trío de canguros que observaban su paso vigilantes, con las orejas aguzadas, listos para huir dando saltos si intuían el menor peligro.

—Unas criaturas fascinantes —comentó Con—. A decir verdad, todo lo de este país me fascina. Me gustaría ver mucho más de Australia.

—Burra es muy distinto a Cornualles.

—Me hubiera decepcionado que no lo fuera. Si el tiempo lo permitiera me

gustaría visitar las colonias del este.

—A mí también me gustaría verlas, aunque dudo que lo haga alguna vez.

—¿Qué harás? ¿Casarte y quedarte toda la vida en Burra?

Meggan se encogió de hombros y miró hacia otro lado. Solo había un hombre con quien quisiera casarse. Podía haber alargado la mano y tocarlo y, sin embargo, estaba fuera de su alcance, y siempre lo estaría. Meggan reconoció que tampoco quería quedarse en Burra toda la vida. El mundo era un lugar mucho más vasto.

Cuando ataron los caballos a unos árboles al pie de la colina, Barney encabezó la marcha.

—¿Estamos siguiendo un sendero? —preguntó Con al ver la seguridad con la que Barney pisaba el terreno.

—Un camino de canguros. Ellos han encontrado la ruta más fácil en torno a las rocas —respondió Meggan.

—Este es un camino de ualabíes —intervino Barney que, aunque iba por delante, sin duda había estado escuchando su conversación—. Se sabe por los excrementos.

—¿De verdad sabes diferenciarlos, Barney?

—Sí, señor Trevannick. Un hombre que vino a trabajar para mi padre el año pasado me enseñó a hacerlo. También me mostró la forma de reconocer distintos rastros. Cuando lleguemos arriba veré si puedo encontrar alguno para enseñárselo.

La cima de la colina era más o menos llana, con poca vegetación, unas cuantas rocas grandes y una explanada de tierra. Barney se acuclilló para inspeccionar el suelo.

—Mire, señor Trevannick. Este es el rastro que deja un ualabí. Aquí están las huellas de las patas y esa marca es donde la cola toca al suelo.

Con se acuclilló junto al pequeño.

—Eres listo, ¿verdad?

—Sí —coincidió Barney con absoluta falta de modestia—. También sé distinguir el rastro de los lagartos y las serpientes, pero aquí no hay ninguno.

—El sol empieza a ponerse. —Meggan llamó la atención de ambos sobre el propósito de su excursión. El hombre y el chico se irguieron.

—¡Ojalá supiera pintar! —murmuró Con. El estriado de las nubes había captado los rayos del sol y había hecho resplandecer todo el cielo del oeste con una mezcla de tonos dorados, anaranjados y rojos bruñidos. El fuego y los colores brillantes se alteraban y cambiaban en un despliegue que cortaba la respiración.

Meggan suspiró.

—Es una de las mejores puestas de sol que he visto jamás.

—Mire, señor Trevannick.

Con se dio la vuelta cuando Barney le tiró de la mano con insistencia. La luna, una luna gigantesca del color de la mantequilla, asomaba por el horizonte del este en un cielo teñido de malva.

Meggan, que también se había dado la vuelta, sonrió al ver que Con tomaba aire

con asombro.

—Por eso hemos venido esta noche. Solo en los meses de invierno podemos ver salir la luna cuando se pone el sol.

Permanecieron allí en silencio, contemplando cómo el sol iba descendiendo y la luna alzándose cada vez más. Cuando ya solo se distinguía el borde del sol y el fuego del cielo en el oeste se oscurecía creando sombras rosa y púrpura, Meggan anunció que era hora de irse.

—Debemos ser prudentes y bajar de la colina mientras aún haya luz del día.

Con estuvo de acuerdo.

—Aún me cuesta acostumbrarme a la falta de una verdadera penumbra. Se hace de noche muy deprisa.

—Esta noche no habrá oscuridad. La luna iluminará la tierra casi tanto como el sol.

Barney dominó la conversación durante el camino a casa en el carro, haciendo preguntas interminables que Con respondía con toda la seriedad con la que trataría a un adulto. En ocasiones la pregunta, o bien la respuesta, incluyeron a Meggan. La muchacha montó en silencio casi todo el camino, disfrutando de la noche, de la luz de la luna y de la presencia del hombre que iba en el carro a su lado.

Al llegar a la granja, el mozo, Bertie, se hizo cargo de los caballos. Barney se fue corriendo hacia la casa tras anunciar que se estaba muriendo de ganas de cenar. Meggan y Con lo siguieron más despacio y en amigable silencio. En la entrada del patio de la cocina, él la tomó de la mano y la detuvo.

—Gracias por compartir esto conmigo esta noche, Meggan. Ahora tengo otro recuerdo que sumar a todos los demás que conservo.

—¿Recuerdos?

—De ti. —Inclinó la cabeza de repente y sus labios rozaron los de la joven tan rápida y levemente que Meggan no estaba segura de haberlos notado en realidad. Con sonreía. Mostraba esa sonrisa enigmática y un tanto divertida que parecía pertenecerle solo a él—. Gracias —repitió, y lo único que pudo hacer Meggan fue seguir caminando a su lado en lugar de salir corriendo como una boba ingenua.

Will iba montado en un caballo de alquiler, sumido en sus pensamientos. Había muchas cosas que le preocupaban, entre ellas su propio futuro. Llevaba varias semanas sintiéndose insatisfecho con su vida. Quería salir de la mina pero aún no se había formado una idea de qué otra cosa podría hacer. Por muy unido que estuviera a su padre, no encontraba las palabras con las que poder explicar su inquietud. Solo con Meggan se sentía capaz de expresar sus ideas y sentimientos. Salía a caballo con frecuencia para pasar una hora o dos con su hermana los domingos en los que ella no visitaba a la familia. La intimidad que habían compartido de niños se había fortalecido aún más al hacerse adultos.

A Will le había hecho muchísima ilusión que Meggan obtuviera aquel empleo con los Heilbuth. A lo largo de los años posteriores había llegado a tomar mucha simpatía a la pareja mayor, que ya lo trataba con el mismo afecto que brindaban a Meggan. El señor Heilbuth le había preguntado más de una vez si consideraría dejar la minería para aprender la práctica de la cría de ovejas.

—Trabaja para mí, muchacho —le había dicho el ganadero—, y te enseñaré todo lo que necesitas saber sobre la cría de ovejas. Me estoy haciendo viejo. Dentro de unos diez años más o menos necesitaré un buen capataz que cuide del lugar hasta que Barney sea lo bastante mayor como para hacerse cargo.

Halagado tanto por la generosa oferta como por la fe de aquel hombre en sus habilidades no probadas, a Will le había sabido mal declinar. Llevaba la minería en la sangre, no la ganadería. Transcurridos doce meses había acabado por darse cuenta de que era minero por vocación, no por ambición. Había acariciado la idea de aceptar la oferta del señor Heilbuth, pero la había descartado casi de inmediato. Hiciera lo que hiciera con su vida en el futuro, desde luego no iba a criar ovejas.

No tenía una ambición concreta salvo ser bueno en lo que fuese que hiciera. Su dilema radicaba precisamente en decidir qué podría hacer. Había considerado todas las ocupaciones que se le habían ocurrido, desde tener una tienda a cultivar verduras. Ninguna de ellas le había parecido bien. Hal y el joven Tommy a menudo recordaban las salidas con los barcos de pesca en Pengelly. Ambos habían hablado de ir a trabajar a las minas de cobre de Moonta, o de Wallaroo. Allí, en el golfo de Spencer, podrían adquirir un barco pequeño. Pero aunque hablaban de ello, Will dudaba que alguno de sus hermanos llegara a abandonar Burra.

Cuando pensaba en su familia, Will se daba cuenta de que Meggan era la única que había tenido una meta concreta en la vida. Desde que tenía seis años, cuando la habían llevado a un espectáculo musical como algo muy especial, Meggan había declarado que sería cantante cuando fuera mayor. «Seré muy famosa. Voy a viajar por todo el mundo para cantar para la gente». Se había pasado semanas enteras

canturreando la melodía de *Greensleeves* hasta que su madre había perdido la paciencia.

«Mejor sería que pensaras en ganarte el sustento cribando la mena como las otras muchachas». Su madre nunca había tenido mucha paciencia con las ilusiones de su hija menor. Hasta que otras personas empezaron a comentar la pureza de la voz de la joven, no admitió a regañadientes que tal vez Meggan tuviera un poco de talento.

Su padre, en cambio, había animado la ambición de Meggan, incluso le había enseñado la letra de *Greensleeves*, para fastidio de su madre. Will había oído por casualidad más de una discusión acalorada entre sus padres. Sobre todo cuando se siguió por primera vez que Meggan fuera a la mansión Tremayne.

Will y Meggan lo habían discutido hasta la saciedad y no pudieron llegar a entender la razón de la buena suerte de Meggan. El repentino ascenso de hija de minero a compañera de la hija de un hacendado era muy poco frecuente, desde luego. A la familia le dijeron que el señor Tremayne había oído cantar a Meggan en las fiestas del pueblo y decidió generosamente que a la joven había que darle la oportunidad de desarrollar su talento innato.

Ya hacía años que Will sabía la verdadera razón que había tras aquella buena obra. Puede que, en efecto, Phillip Tremayne hubiera oído cantar a Meggan, pero parecía poco probable que se hubiera interesado en su futuro si Henry Collins no lo hubiera convencido para hacerlo.

—Yo he criado a su hija como si fuera mía —le había dicho Henry a Tremayne—. Ahora quiero que usted le dé a la mía la oportunidad de aprender las cosas que no aprenderá en casa.

De esta forma se había organizado el futuro de Meggan.

Will se había enterado de quién era el verdadero padre de Caroline cuando Maddy Brown, la chismosa ama de llaves de la mansión Tremayne, lo había abordado. Al contarle a su padre lo que insinuaba aquella mujer, Henry había abandonado la casita enfurecido. Al regresar, convencido de haber inculcado en el ama de llaves el suficiente temor como para que frenara su lengua indiscreta, se llevó a Will aparte.

—Sé cómo debes de sentirte, hijo, pero te pediré que no nos juzgues ni a tu madre ni a mí. Yo ya estaba enamorado de ella y pensando en casarme de todos modos.

Will había intentado imaginarse en la misma situación y no había podido.

—¿No te molestó que te pidieran que aceptaras a la hija de otro hombre?

La respuesta de Henry había sido sobria:

—Sí, me molestó. Pero ella me importaba demasiado como para ver su vida destrozada. Y no tengo nada de lo que quejarme. Ha sido una buena esposa para mí y una buena madre para vosotros. No te erijas en juez de los demás, muchacho. Siempre resulta muy fácil decir lo que uno debería o no debería hacer o haber hecho. Pero hasta que no nos enfrentamos a la misma situación, ninguno de nosotros sabemos cómo vamos a actuar.

Parecía un buen consejo y Will había procurado seguirlo desde entonces. Con el

transcurso del tiempo la reacción de Will con respecto a sus padres cambió y pasó de ser hipercrítico a reconocer lo buen hombre que era su padre en realidad. Él había hecho lo que consideró correcto. Su madre había pagado cara su locura de juventud. Y el acto que había acabado con la vida de Caroline había sido decisión de ella misma y de nadie más. Era inútil decir que se hubiera encontrado el modo de solucionarlo. Era imposible imaginar que Caroline se hubiera casado con Tom y hubiera hecho pasar el bebé como suyo. Caroline había sido demasiado obstinada como para llevar a cabo un engaño semejante. Y Will tampoco tenía ninguna duda en cuanto a cómo hubiera reaccionado Tom.

En cierto sentido se alegraba de que su hermana no hubiera vivido para casarse con Tom. La amistad entre los dos había ido degenerando de manera considerable a lo largo de los últimos dos años. Will sabía que Tom ya no le gustaba demasiado. Podía pasar por alto el temperamento violento del otro y lo mucho que bebía, lo que le resultaba más difícil de ignorar eran las noticias de la brutalidad de Tom con su mujer, aun cuando ningún hombre tendría que aguantar a una esposa inmoral. Will sabía que Milly Roberts seguía tan dispuesta a acostarse con cualquiera como lo había estado en Pengelly.

Will pensó que había cierto grado de ironía en el hecho de que a Tom lo hubieran obligado a casarse para dar legitimidad a un bebé. La pareja aún no había llegado a Australia cuando Tom descubrió que no había ningún hijo en camino. Cualquiera se hubiera enfadado al verse engañado, por supuesto, pero eso no le daba derecho a ser cruel con una mujer. Aunque hubiera preferido que su hermana mayor siguiera viva, Will no podía sentirse más que agradecido por el hecho de que Caroline no hubiera accedido a poner en práctica el engaño que su madre había sugerido. Se hubiera convertido en diana del brutal puño de Tom. El minero hubiera destrozado a Caroline. Milly sencillamente se volvió más descarada a modo de defensa.

Will estaba pensando en Tom, Milly, Caroline y en las complejidades de la vida cuando llegó al perímetro del jardín de los Heilbuth y desmontó para atar el caballo al madero de la verja. Tan inmerso estaba en sus pensamientos que se sobresaltó cuando una suave voz femenina le dijo:

—Hola.

Se le puso la carne de gallina cuando alzó la cabeza. ¿Acaso sus pensamientos habían sido tan intensos que su mente había creado una aparición de su hermana muerta hacía tiempo?

—Vaya, lo siento. ¿Le he sobresaltado? —La aparición habló de nuevo.

Will sacudió levemente la cabeza, pues en cuestión de segundos se había dado cuenta de que la joven que hablaba era de carne y hueso.

—Se parece a alguien que conozco... que conocí. Me sorprendió. —Entonces vio que aquella chica era de constitución más delgada que Caroline. Tenía los ojos más grises que azules y todo en ella indicaba que había recibido una educación refinada.

—Tal vez me recuerde de Pengelly —dijo la joven con la sonrisa más dulce que

Will había visto nunca—. Debe de ser el hermano de Meggan. Se parecen mucho. — Le tendió una mano delicada, una mano suave que ningún trabajo había estropeado —. Soy Jenny Tremayne.

Will había caído en la cuenta de ello mientras la chica hablaba. Se sintió bobo e incómodo. Se encontró confrontando la impresión de que se pareciera tanto a Caroline, aunque Meggan ya lo había mencionado. Will no estaba preparado para aquel encuentro.

Aquellas extrañas emociones lo habían dejado sin habla y en su fuero interno se maldijo por no haber hecho caso de la voz interior que le había dicho que no visitara a Meggan. Había dejado de lado aquella indecisión previa por la verdadera necesidad que tenía de hablar con su hermana, combinada con la idea de que tal vez estuviera siendo un poco cobarde. Se había asegurado de que lo más probable era que ni siquiera llegara a ver a los visitantes de Pengelly. Cuando preveía su visita, Meggan solía salir con los gemelos para encontrarse con él en el camino. Si no lo hacía, Will iba por las dependencias de la servidumbre, donde normalmente la encontraba en la cocina o en el patio. Nunca había entrado en la parte principal de la casa. Normalmente Meggan y él iban paseando hasta el arroyo, lejos de la hacienda.

A Will no le gustaba su reacción a la dulce sonrisa de la joven y se esforzó por encontrar algo que decir. Hizo caso omiso de la mano que ella le tendía y en cambio se quitó el sombrero y lo sostuvo delante de él en un gesto de servilismo.

—¿Cómo está, señorita Tremayne? Sí, soy Will Collins. He venido a ver a Meggan.

No sabía qué otra cosa decir y tampoco entendía por qué había hablado deliberadamente como un minero inculto. Vio que la joven bajaba lentamente la mano y que un leve rubor afluía en sus mejillas. Pensó que quizá él también se había ruborizado al darse cuenta de su grosería. Si Jenny Tremayne estaba molesta, Will Collins estaba avergonzado. En aquellos momentos no parecían capaces de hacer nada más que no fuera mirarse fijamente.

La confusión de Will, su estúpida incapacidad de pensar qué decir o qué hacer, se vio aliviada por la llegada de su hermana acompañada por los gemelos, que iban brincando a su lado.

—¡Will! ¡Esto sí que es una sorpresa! ¿Has venido solo de visita o tienes un motivo especial?

—El mismo motivo de siempre, Megs. —Abrazó a su hermana y ella se irguió para darle un beso afectuoso en la mejilla.

Meggan se separó de su hermano y pasó la mirada de él a la joven.

—Así pues, ¿os habéis presentado?

—Si —respondieron al unísono y, ante el silencio de Will, Jenny continuó diciendo—: Me di cuenta de que era tu hermano en cuanto lo vi. Os parecéis mucho, Meggan. —Dirigió una sonrisa a Will que lo sumió una vez más en la confusión—. Por favor, tome el té de la mañana con nosotros, señor Collins.

Su hermana se adelantó a su intención de negarse.

—Sí, ven con nosotros, Will. La señora Heilbuth se alegrará de verte.

—Hay algo de lo que quiero hablar contigo. —Miró a Meggan con tozudez, intentando transmitirle un mensaje silencioso. No quería pasar el tiempo alternando con la señorita Jenny Tremayne. Ojalá que Meggan entendiera su mensaje mudo.

Por lo visto no lo hizo.

—Ya tendremos tiempo de hablar después. A los niños se les ha prometido un capricho especial. Vamos. —Su hermana lo agarró con firmeza de la mano y Will no tuvo más remedio que ir con ella. No podía zafarse de Meggan de un tirón como si fuera un niño malhumorado.

Aquel «después» no llegó lo bastante rápido para gusto de Will. Había tenido la esperanza de tomar el té en la cocina con Meggan y los niños. En cambio, para su gran incomodidad, se encontró en el salón con la señora Heilbuth y la señorita Tremayne. El capricho especial de los gemelos era tomar el té de la mañana en el salón.

Transcurrió entonces la hora más incómoda de toda la vida de Will, aliviada solo un poco por lo gracioso que resultaba el comportamiento cuidadosamente correcto de los gemelos. Aunque se había lavado y vestido con un par de pantalones decentes, una camisa limpia y la chaqueta cepillada, se sentía sucio y fuera de lugar. El té social de la mañana, con la porcelana fina y la tarta elaborada, no era una actividad normal en la vida de un minero.

Will respondió a las numerosas preguntas de la señora Heilbuth sobre las actividades de la gente de la ciudad, consciente todo el tiempo de Jenny Tremayne. Le costó un esfuerzo considerable hablar con ella con naturalidad. Le angustiaba que ella pensara que tenía unos modales toscos. Sobre todo porque evitaba mirarla más de lo que era educadamente necesario. Le resultaba difícil sobrellevar el parecido que la chica tenía con Caroline. Lo devolvía a la lucha por la que había pasado para aceptar los hechos del matrimonio de sus padres. Resultaba extraño que aquella misma mañana hubiera estado pensando precisamente en esas cosas cuando hacía ya mucho tiempo que se las había quitado de la cabeza.

La cómoda amistad de Meggan con la chica se alió con el encanto natural de Jenny Tremayne para aumentar la confusión de Will. Él se reprendió por no haberse preparado para encontrarse con ella, por haber supuesto que podría evitar a los visitantes de los Heilbuth. Solo podía dar las gracias por el hecho de que, de momento, se había ahorrado ver a Con Trevannick.

—¿Por qué no me habías dicho que era la doble de Caroline? —le preguntó a Meggan cuando estuvieron sentados en unas sillas de mimbre en el porche de su habitación, pues la joven había considerado que hacía demasiado fresco para caminar por el arroyo. Jenny, la señora Heilbuth y los gemelos habían ido a la vaquería y habían dejado que los hermanos disfrutaran de su mutua compañía.

—Ya te dije que se parecía a Caroline. Pero sé cómo te sientes, Will. Yo me quedé

muy impresionada la primera vez que la vi. No dejo de preocuparme por lo que podría ocurrir si la viera mamá.

—Tienes motivos para preocuparte, ¿no es verdad? —replicó Will.

Meggan lo miró sorprendida.

—Estás enfadado, Will. ¿Por qué? ¿Es porque Jenny y el señor Trevannick están aquí?

—Tendrían que haberse quedado en Pengelly. Vinimos aquí para dejar atrás todo aquello.

Aunque en un primer momento Meggan había albergado exactamente el mismo sentimiento, la vehemencia de su hermano la desconcertó.

—Y lo hemos hecho. No nos han seguido. Ya te he explicado por qué están aquí.

—Sí. —Will suspiró y se le pasó el enfado—. La vida nunca sigue siendo igual, ¿verdad?

Podría estar refiriéndose a los cambios que habían tenido lugar en las vidas de todos ellos durante los últimos seis años. Meggan intuyó que no era eso.

—¿A qué te refieres?

—No soy feliz aquí, Megs. He tomado la decisión de que no quiero ser minero toda mi vida.

—¿Y qué quieres ser? —A Meggan no le sorprendió la declaración de su hermano. Lo conocía muy bien y ya era consciente de que lo acosaba una lucha interna.

—No lo sé. Ese es el problema que tengo.

—¿Crees que podrías venir a trabajar para el señor Heilbuth?

—No. Eso sí lo sé. —Dirigió una sonrisa irónica a su hermana—. Quiero ser granjero aún menos que minero.

—Tanto la familia de papá como la de mamá han sido mineros.

—Ya lo sé.

Los dos hermanos permanecieron sentados en silencio cada uno con sus pensamientos hasta que Meggan preguntó:

—¿Crees que habrías querido dejar la minería si nos hubiéramos quedado en Pengelly?

Will se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Burra no es Cornualles, Megs, aunque los de allí trajéramos muchas de nuestras costumbres y gran parte de nuestro estilo de vida con nosotros.

—Es verdad.

El pequeño Cornualles de Australia. Así era como había empezado a referirse la gente al triángulo de las ciudades mineras del cobre. Sencillamente se había transportado el antiguo estilo de vida de un país a otro. El cobre era el eje en torno al cual giraban las vidas de todos los habitantes de Burra.

—Mi situación es distinta —continuó diciendo Meggan—, vivo con los Heilbuth y no tengo la mina constantemente a la vista.

—Precisamente por eso quiero marcharme, Megs. Quiero poder contemplar mi entorno sin ver tornos elevadores, entradas de pozos o casas de máquinas. Quiero un trabajo que no me deje cubierto de barro rojo. No quiero morir joven con los pulmones colapsados por el polvo.

—¿Le has contado a papá cómo te sientes? Estoy segura de que te comprendería. Incluso podría ser que pudiera ayudarte a decidir qué es lo que te gustaría hacer.

Will negó con la cabeza.

—Me guardaré lo que pienso hasta que me haya decidido. No quiero que Hal o Tommy piensen que voy a dejarlos en la estacada.

Meggan observó que su hermano no mencionó a Tom Roberts, el cuarto miembro de su cuadrilla.

A la mañana siguiente, mientras los gemelos se terminaban el desayuno y Meggan obligaba a Sarah a comerse todas las gachas, Con Trevannick entró en la cocina.

—Buenos días, Meggan. Buenos días, Sarah, Barney.

Muy desconcertada, Meggan se dio cuenta de que los niños estaban mirando fijamente al visitante, mudos de sorpresa.

—Niños —los reprendió al tiempo que se ponía en pie.

—Buenos días, señor Trevannick —corearon, y continuaron mirándolo.

—Seguid desayunando —dijo Meggan, tras lo cual le prestó atención al hombre.

—¿A qué debemos el honor de su visita, señor Trevannick?

—Con —la corrigió él con la sonrisa enigmática que poseía en exclusiva.

—Señor Trevannick —replicó ella al tiempo que inclinaba levemente la cabeza para señalar a los niños.

Con asintió.

—¿Podrías salir un momento fuera, por favor, para que pueda hablar contigo?

Meggan dirigió una mirada rápida a los gemelos, que dejaron de mirar a toda prisa y continuaron comiendo, y salió al porche agradecida de que en aquellos momentos Cookie no estuviera en la cocina. Su interés por el visitante y por el hecho de que este hubiera querido hablar con Meggan sin duda sería mucho mayor que el de los gemelos.

—¿Qué quiere, señor Trevannick?

—He venido para decirte que George ha sugerido un viaje hasta el distrito de Clare, donde su primo tiene una propiedad.

—¿Ah, sí? —Meggan estaba perpleja—. No hace falta que me busque para contármelo, señor Trevannick. Son los invitados del señor y la señora Heilbuth. Yo no soy más que una empleada.

Él le sonrió.

—Eres mucho más que eso, Meggan. Ellos te tienen muchísimo cariño.

Meggan inclinó la cabeza en respuesta a aquella verdad en tanto que se las

arreglaba, o al menos eso creía, para no permitir que su rostro revelara el efecto que la sonrisa de aquel hombre tenía sobre ella.

—Aún no me ha dicho lo que quería, señor Trevannick —le urgió Meggan.

—Jenny no quiere venir con nosotros. No sabemos cuánto tiempo vamos a estar ausentes de Grasslands. Tal vez una semana. Vine para pedirte que te asegures de que Jenny no se queda demasiado sola o deprimida en mi ausencia. Está empezando a creer que nunca encontraremos a Rodney.

—¿Cree que lo encontrarán? —¿Cuántas veces se había hecho esa misma pregunta?

Con se encogió de hombros.

—Espero que sí. Tenemos un poco más de tiempo. Ha llegado una carta de casa para decir que Phillip ha mejorado mucho y que puede que no le quede tan poco tiempo como pensábamos. Solo podemos tener esperanza.

—Sí —dijo Meggan, porque a ella le importaba poco si Phillip Tremayne vivía o moría. Si esperaba que pudieran encontrar a Rodney Tremayne era únicamente por Jenny.

Había estado vigilando a los niños a través de la puerta abierta. En aquel momento volvió la mirada de nuevo hacia Con y se encontró con que fue incapaz de apartarla. En las profundidades de sus oscuros ojos castaños había un mensaje. Un mensaje que Meggan no se atrevía a leer. Él alzó la mano para rozarle la mejilla.

—Cuídate, Meggan. Hablaremos a mi regreso.

Se marchó bruscamente. Meggan se apartó para que los niños no la vieran. Se llevó la mano al pecho en un intento por apaciguar el rápido latido de su corazón. Hacía una semana Con le había rozado los labios con los suyos. Hoy le había acariciado la mejilla con ternura. ¿Estaba siendo una idiota al creer que detrás de aquellos gestos y palabras había un significado especial?

Jenny empezó a mostrarse abatida la misma tarde de la partida de Con. A la mañana siguiente ni siquiera los gemelos pudieron arrancarle más que una sombra de sonrisa.

—Lamenta que el señor Trevannick se haya marchado —observó el pequeño Barney—. ¿Se siente sola?

—Quizá un poquito sí. Necesito que Sarah y tú me animéis. —Pero entonces, en cambio, casi se echó a llorar cuando Sarah trepó a su regazo y la rodeó con sus brazos regordetes para darle un abrazo cariñoso.

—Lo que necesita —afirmó la señora Heilbuth aquella noche— es una excursión para quitarse las preocupaciones de la cabeza. Todavía no ha visto nada de Burra. En Koorringa hay algunas tiendas muy buenas.

—¿Hay algún sitio donde pueda comprar cintas o puntillas? Tengo unos cuantos vestidos a los que les hacen falta nuevos adornos. —Sonrió al ver la expresión de asombro de Meggan—. Estás pensando que debería tener una sirvienta para hacer

estas cosas. Incluso cuando estoy en casa me gusta adornar mis vestidos.

La señora Heilbuth, que sabía lo mucho que Meggan detestaba la costura, le sonrió.

—Sobre gustos no hay nada escrito, Meggan, querida. —Y se dirigió de nuevo a Jenny—. Hay una mercería. En las tiendas de comestibles también suelen tener estos artículos.

—Tal vez debería seguir su consejo y hacer un viaje a la ciudad. Pero ¿cómo llegaría allí?

—Iríamos todas en la calesa. Tengo una querida amiga en Hampton y le llevaré a los gemelos para hacerle una visita mientras vosotras dos, jovencitas, disfrutáis yendo de compras.

Al cabo de dos días fueron todas a Kooringa en la calesa. La señora Heilbuth dejó a las chicas en la plaza del mercado, donde quedaron en reunirse al cabo de dos horas. Fueron a la mercería y Jenny estaba tomándose su tiempo para examinar detenidamente las cintas y puntillas que estaban a la venta cuando un sexto sentido hizo que Meggan mirara a la calle. Joanna Collins, con la cabeza gacha y el cesto en el brazo, caminaba por el otro lado de la calle.

A Meggan le dio un vuelco el corazón. Dio gracias de que Jenny estuviera totalmente absorta en decidir qué cintas debía comprar, brindó una excusa rápida y salió de la tienda a toda prisa. Su madre había llegado al final de la calle y en aquellos momentos estaba cruzando la plaza del mercado. Cuando Joanna dobló por Commercial Road, Meggan también fue andando despacio hacia la plaza con la esperanza de que su madre hubiera ido a la ciudad para visitar a alguien y no de compras. Meggan no había logrado sentirse tranquila en cuanto a un encuentro entre su madre y Jenny Tremayne.

Sumamente aliviada cuando vio que su madre se metía por la calle lateral hacia la capilla Wesleyana, Meggan dio la vuelta para volver con Jenny pero se encontró con que Tom Roberts le bloqueaba el paso.

—Pareces un poco preocupada, Meggan. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Puedes marcharte y dejarme en paz —le espetó ella, aunque tensa de temor—. ¿Crees que puedes amenazarme y que aun así quiera hablar contigo?

Tom le brindó la sonrisa que normalmente hacía que las mujeres lo miraran con interés pero que no afectó a Meggan.

—Fue mi mal humor el que habló después de un día duro de trabajo. Yo no te haría daño, Meggan, mi amor.

—No soy tu amor.

—Ahí es donde te equivocas. Eres la mujer para mí. —Alargó una mano hacia ella pero Meggan retrocedió de inmediato—. Meggan, amor mío. Quiero que seas mía.

—¿Acaso esperas que te crea? —se mofó ella.

—¿No se me nota en la cara que digo la verdad?

Sus facciones podían ser apuestas, pero la expresión de sus ojos no era más fiable que la de una serpiente. La furia desbancó el temor inicial de Meggan.

—¿La verdad? ¿Te olvidas de que tienes una esposa, Tom Roberts?

Él soltó una risa áspera y escalofriante.

—No la tendría si hubiera algún modo de deshacerme de ella. Atado a una puta mentirosa, así es como estoy.

—Y ajustas las cuentas coqueteando conmigo, ¿no?

—Es más que coquetear lo que quiero contigo, Meggan. Me refiero a que te tomaría como esposa. Tú harías de mí un buen hombre.

—Tú no sabrías lo que es un buen hombre, pero eres tan vanidoso que crees que sucumbiré a las mentiras. No eres más que un borracho pendenciero con quien no tengo ganas de pasar el tiempo. Me alegro de que Caroline se matara en lugar de permitir que mamá la obligara a casarse contigo.

La ira ensombreció el semblante de Tom.

—Si fueras un hombre, Meggan Collins, te pegaría por lo que has dicho.

—Y si yo fuera un hombre, Tom Roberts, esperaría librarme de tus atenciones.

Una desagradable blasfemia brotó de labios de Tom. Reaccionó con tanta furia que Meggan pensó que iba a pegarle de verdad. La joven se había puesto tensa, lista para salir huyendo, cuando la expresión del hombre cambió en un momento de ira a incredulidad. Meggan vio que estaba mirando por encima de su hombro. Volvió la cabeza y vio que Jenny caminaba hacia ellos. Jenny los saludó con un leve movimiento de la mano, tras lo cual Tom volvió su semblante sobresaltado hacia Meggan.

—Esa no puede ser Caroline, pero se parece mucho a ella. —Había recelo en su mirada.

—Hay mucha gente que se parecen a otros —repuso Meggan, que de pronto tuvo miedo de la reacción de Tom si se enteraba de la identidad de Jenny. Tom sabía que Caroline había estado embarazada de Rodney Tremayne cuando saltó por la boca del pozo abandonado de la mina. Menos mal que tanto Caroline como Rodney estaban fuera del alcance de Tom Roberts cuando este había obligado a Will a confesárselo. Meggan esperaba fervientemente que no supiera que toda la verdad era mucho más trágica.

—Tengo que irme. —Meggan dio media vuelta con rapidez y fue al encuentro de Jenny cuando faltaban unos pocos metros para que la chica los alcanzara—. ¿Has terminado tus compras? ¿Quieres que vayamos a tomar una taza de té? —Tomó a Jenny del brazo y la llevó lejos de Tom Roberts.

Pero la muchacha volvió la cabeza hacia él, que permanecía allí plantado mirándolas.

—¿Quién es ese hombre?

—Un minero. No es alguien que te gustaría conocer.

—¿Ah, no? Es muy apuesto.

—Su naturaleza no tiene nada que ver con su aspecto.

—¿Por eso evitaste presentármelo?

—Sí.

—No te cae bien.

—No mucho.

—Entonces dudo que a mí me gustara. ¡Oh, mira! Ahí está tu hermano, Will. — Will no las había visto. Estaba de espaldas a ellas, hablando con un pequeño grupo de hombres. Alguien debió de mencionar que se acercaban porque se volvió cuando estaban a tan solo unos pasos de él. En su rostro no se dibujó una sonrisa de bienvenida. El saludo que le dirigió a su hermana fue muy agradable, su «Buenos días, señorita Tremayne» sonó como una cortesía a la que se veía obligado en contra de su voluntad.

Meggan pasó la mirada rápidamente del uno al otro y se fijó en que la sonrisa de placer de Jenny se había desvanecido. Tampoco pasó por alto el hecho de que, durante los breves momentos que conversaron, la única vez que Will miró directamente a la chica fue cuando se despidieron.

Meggan estaba enojada con Will. La historia pasada de las familias de ambos no tenía nada que ver con Jenny, quien de todos modos no sabía nada. Lo menos que podía hacer su hermano era mostrarse cortés.

Tom Roberts presenció el encuentro desde donde estaba. Allí había un misterio que resolver. De eso estaba seguro. Se acercó andando tranquilamente y se unió al grupo.

—Ahí viene Tom —dijo uno de los hombres—. Le preguntaremos qué piensa él.

Meggan tomó del brazo a Jenny.

—Os dejaremos con vuestras discusiones de minería. Adiós, Will. —Y se alejó rápidamente con Jenny antes de que Tom se uniera al grupo.

Cuando los hombres se separaron al cabo de varios minutos, Tom se fue paseando con Will.

—¿Quién era esa chica que iba con Meggan?

—Jenny Tremayne —contestó Will, demasiado absorto en sus pensamientos sobre la joven para considerar si era sensato revelar su identidad a un hombre que había jurado vengarse de los Tremayne.

—¿Tremayne? ¿No querrás decir la hija del viejo hacendado?

Will se dio cuenta de su estupidez demasiado tarde. También era demasiado tarde para negar la verdad.

—Sí. Está aquí con Trevannick.

—¿Trevannick también está en Burra? ¿Qué estarán haciendo aquí? ¿Acaso han venido para invertir en el cobre?

Will se encogió de hombros. Tom mostraba demasiada curiosidad.

—Creo que están intentando encontrar a su hermano.

—Ahh. De modo que nunca regresó. ¿Es posible que esté cerca de aquí?

—No es asunto mío, ni tuyo tampoco, Tom. Lo pasado, pasado está.

—Esa chica tiene un aire a Caroline.

—Tiene un aire a su hermano —replicó Will—. ¿Acaso no te has dado cuenta?

Tom no respondió a esa pregunta. Sus ojos adoptaron un brillo desagradable.

—Me pregunto cuánto se parece a los Tremayne.

Will no pudo malinterpretar sus palabras. Respondió con aspereza, quizá se apresurara un poco.

—Mantente alejado de ella, Tom. Es demasiado inocente para ti.

—¿En serio? —Tom entrecerró los ojos con aire pensativo—. ¿Es que la quieres para ti?

—Apenas la conozco, pero te conozco a ti, Tom. Tampoco he olvidado las amenazas que hiciste de ajustar cuentas con los Tremayne. Te estoy advirtiendo, nada más.

Empezó a llover el lunes de madrugada y el fuerte repiqueteo del agua contra el tejado de hierro despertó a Meggan. Permaneció tumbada un rato escuchando, evaluando la intensidad de la lluvia. «Si llueve así durante todo el día —pensó— tendré que tener a los niños dentro de casa». Cosa que con mucha probabilidad podría acabar en que Barney acabara aburriéndose y Sarah se volviera irritable. A ninguno de los dos le gustaba estar encerrado sin poder salir.

Durante las pocas horas que quedaban de oscuridad, el sueño de Meggan fue intermitente y la fuerza de la lluvia la mantuvo despierta casi todo el tiempo. La lluvia no amainó. Meggan agradeció que Jenny se ofreciera a ayudarla a entretener a los gemelos con acertijos y juegos de adivinanzas.

—¿Siempre llueve con tanta fuerza y durante tanto tiempo sin parar? —preguntó Jenny a Meggan.

—Cuando llueve sí, bastante a menudo.

Jenny arrugó la frente con preocupación.

—¿Durante cuánto tiempo va a seguir lloviendo?

—No creo que vaya a parar hoy. Tal vez mañana. ¿Por qué?

—Tengo muchas ganas de que regrese Con. Tenía la esperanza de que llegara ayer.

—¿Lo echas de menos?

—Estoy impaciente —afirmó con sentimiento—. Tengo la sensación de que deberíamos estar haciendo más para encontrar a Rodney. Sí, ya sé que Con hace preguntas a todo aquel con quien se encuentra por primera vez, pero aun así no hemos recibido ninguna información más desde que dejamos Adelaida.

Meggan tomó a Jenny de las manos y les dio un apretón como muestra de consuelo.

—Australia es un país muy grande. Tuvisteis suerte de haber podido estrechar la búsqueda a Australia Meridional, y luego de estrecharla aún más a la región del cobre. No te pongas nerviosa, Jenny. Estoy segura de que vais a encontrar a tu hermano.

—Así lo espero, Meggan. —Le dio un abrazo impulsivo—. Te has convertido en una muy buena amiga.

El día fue transcurriendo lentamente, largo y aburrido. Meggan, Jenny, la señora Heilbuth y los gemelos estaban en el salón entonando canciones infantiles y melodías sencillas cuando oyeron el resoplido de unos caballos.

—¿Quién puede ser? —exclamó la señora Heilbuth. Se apartó del piano para echar un vistazo por la ventana—. ¡Dios mío! Son el señor Heilbuth y el señor Trevannick. Deben de estar empapados.

Los hombres, en efecto, estaban calados hasta los huesos. Les explicaron que a primera hora de la mañana, cuando habían abandonado el alojamiento donde habían pasado la noche, el cielo solo estaba nublado. Cuando había empezado a caer la lluvia con fuerza no habían encontrado ningún lugar en el que poder refugiarse. Su única opción había sido continuar el camino hasta Grasslands.

—Seguro que el arroyo de Burra se desborda —anunció el señor Heilbuth—. El agua corre por todos los barrancos y los arroyos por los que pasamos estaban creciendo.

—¿Qué les pasará a la gente que vive junto al arroyo? —preguntó Jenny—. ¿Las aguas inundarán ese brazo del arroyo junto al que pasamos el otro día con la señora Heilbuth en la calesa? Parecían estar a salvo del agua.

—Lo están, a menos que tengamos una gran cantidad de lluvia, que es lo que parece. No dudo que los más prudentes ya estarán sacando los muebles de sus casas. Guardarán todo lo que puedan debajo de unos tendales o de cualquier refugio que encuentren hasta que baje el nivel del agua. Luego la mayoría de ellos sencillamente volverán a llevar sus pertenencias a las cuevas en las que viven.

Continuó lloviendo a lo largo de todo el día siguiente. El miércoles la lluvia había amainado y solo cayeron algunos chubascos intermitentes. El jueves el sol brillaba sobre un paisaje embarrado y David Westoby llegó a Grasslands.

David Westoby era amigo del señor Heilbuth desde hacía muchos años. Los dos tenían unos cuarenta y cinco años y se habían conocido durante el viaje a Australia siendo jóvenes. Meggan solo conocía un poco de la historia de David Westoby. Sabía que dirigía un negocio de importación en Adelaida y que había realizado varios viajes de vuelta a Inglaterra. También sabía que los Heilbuth se estaban alojando en casa de David Westoby y de su hermana viuda la fatídica tarde en que Barney cayó al río Torrens.

El hombre que Meggan había llegado a conocer era un verdadero caballero, bien educado, culto y encantador. Era de mediana estatura y sin exceso de grasa en un cuerpo que daba una imagen de una salud robusta. Su cabello oscuro había empezado a volverse gris en las sienes, lo cual le proporcionaba un aspecto distinguido. En términos generales, era un hombre al que cualquier mujer podría admirar. Meggan sabía que la cortejaría si ella lo animaba lo más mínimo.

En cuanto llegó a Grasslands le pidieron noticias de Burra.

—Ayer hubo una inundación considerable en la ciudad. El agua aún corría por la calle principal cuando la diligencia llegó anoche. Esta mañana el agua ya había retrocedido bastante, incluso en el arroyo. Algunos de los habitantes ya estaban trasladando otra vez los muebles a sus cabañas. Cualquiera hubiera pensado que buscarían una vivienda más segura.

—La última inundación que causó daños fue hace más de dieciséis meses y la

anterior se remonta a 1848 —dijo el señor Heilbuth—. Seguro que los residentes del arroyo son optimistas en cuanto a que permanecerán a salvo otros dos años.

—Se podría debatir si los habitantes del arroyo son optimistas o temerarios.

—Los de Cornualles somos una raza fuerte —observó Con—. El minero de Cornualles no tiene ni un pelo de tonto. Llevan siglos acostumbrados al trabajo duro, a las incomodidades y a la pobreza. Es natural que uno quiera ahorrar hasta el último penique que pueda mientras aún esté en condiciones de trabajar.

—¿Está de acuerdo, Trevannick, con que la Asociación Minera de Australia Meridional permita que los hombres vivan en las condiciones insalubres que existen en el arroyo? Es un hecho que la tasa de mortalidad por enfermedades es muy elevada, ¿verdad?, sobre todo entre los niños. Creo que hay unas cuantas casitas disponibles para esos hombres.

—No estoy en situación de opinar sobre este asunto, Westoby. No sé prácticamente nada de la SAMA ni de los peligros para la salud que hay en Creek Street. Sin embargo, comprendo por qué esas personas optarían por una vivienda gratis antes que tener que pagar un alquiler. Los que han sido pobres toda la vida atesorarán hasta el último penique que puedan con la esperanza de tener una vida mejor algún día. Al fin y al cabo, esa es la razón por la que los mineros de Cornualles emigraron a Australia.

David Westoby inclinó la cabeza.

—Veo que es un paladín de los mineros. Sin ánimo de ofender, Trevannick.

Con aceptó sus palabras moviendo la cabeza.

—No me ha ofendido, Westoby.

Y Meggan pasó la mirada del uno al otro y se preguntó si, en cierto modo, no estarían evaluándose mutuamente.

David Westoby estaba de pie junto al piano pasando las hojas del libro de partituras que había traído consigo.

—Aquí hay una canción preciosa, señorita Collins, una de mis favoritas, a la que tengo la sensación que va a hacer absoluta justicia. Se llama *The True Lover's Farewell*. Es una canción antigua de la época medieval. Tal vez la conozca.

—Creo que no. —Meggan miró por encima del hombro de la señora Heilbuth para leer la letra. Aún no había aprendido a leer nada más que las melodías más simples en notación musical—. No me veo capaz de interpretar una canción que no conozco.

—No esperaríamos la perfección la primera vez, querida, aunque dudo que pueda entonar una nota falsa aunque lo intentara.

—Me halaga usted, señor Westoby.

Él respondió volviendo un poco la cabeza para sonreírle.

—La verdad no es ningún halago, señorita Collins.

Mientras él colocaba la partitura en su sitio para la señora Heilbuth, Meggan miró de soslayo a Con preguntándose qué pensaría de la galantería de aquel otro hombre mayor que él. Con cruzó una mirada con Meggan, aunque la joven no supo interpretar su expresión. La señora Heilbuth había empezado a marcar la digitación de algunas notas con la mano derecha. Meggan se acercó más al piano y empezó a hacer encajar la letra con la estructura de la música.

—La letra es muy bonita. —Alzó la mirada hacia David Westoby.

—Una verdadera canción de amor. ¿Va a intentarlo?

—Primero debe permitirme que me haga con la melodía —interrumpió la señora Heilbuth, cuya mano izquierda se sumó a la derecha sobre las teclas del piano. Tras unos pocos compases tentativos se lanzó a la interpretación de la pieza entera. Meggan canturreó en voz baja con la música mientras seguía la letra con la mirada.

—Bueno, señorita Collins, ¿va a cantar para nosotros? —preguntó David Westoby en el silencio que siguió a la pieza.

—Intentaré hacer justicia a la canción. No me juzguen con demasiada severidad si me equivoco.

—Nadie podría juzgarla con severidad, señorita Collins.

—¿Preparada? —La señora Heilbuth miró a Meggan por encima del hombro.

—Cuando lo esté usted, señora Heilbuth.

Los compases iniciales llenaron el silencio de expectación y Meggan empezó a cantar.

*Te digo adiós porque debo partir.
Y dejarte durante un tiempo.
Pero vaya donde vaya, regresaré.
Aunque me aleje diez mil millas, mi amor.
Aunque me aleje diez mil millas.*

*Diez mil millas es mucha distancia.
Para dejarme aquí sola.
Aquí estaré llorando afligida.
Y tú no vas a oír mis lamentos, mi amor.
Y tú no vas a oír mis lamentos.*

*Hasta el cuervo más negro, amor mío.
Mudará su color y será blanco.
Y si alguna vez te engaño.
El día se convertirá en noche, amor mío.
El día se convertirá en noche.*

*¿No ves esa paloma blanca como la nieve.
Posada en el árbol allá a lo lejos.*

*Lamentándose por su verdadero amor?
Igual que yo me lamento por ti, amor mío.
Igual que yo me lamento por ti.*

*El río nunca se secará.
El sol no derretirá las piedras.
Y yo nunca engañaré a la mujer que amo.
Hasta que todo eso ocurra, amor mío.
Hasta que todo eso ocurra.*

Un silencio siguió a la última nota y su pequeña audiencia empezó a aplaudirla con entusiasmo.

—¡Bravo! —exclamó David Westoby.

—Muy hermoso —dijo Jenny—. Tienes muchísimo talento, Meggan.

—Ya lo creo —coincidió el señor Heilbuth—. ¿Usted qué opina, Trevannick?

—Creo —contestó lentamente— que a partir de ahora esa melodía va a ser mi canción favorita. Prepárate para que te pida a menudo que la cantes, Meggan. —Y tenía una expresión en los ojos de la que Meggan no podía arrancar la mirada.

—Algún día, George —declaró Westoby—, convenceré a la señorita Collins de que te abandone. Causaría sensación en las ciudades.

—¿Te gustaría cantar en público, Meggan? —preguntó la señora Heilbuth.

—No lo sé. —Meggan continuaba reteniendo mentalmente la melodía y la letra que a ella también le habían resultado emotivas—. Hace tiempo me imaginaba cantando en los grandes teatros de ópera del mundo. Pero fue cuando era niña, en Cornualles. Al venir a Australia todo cambió. —Sonrió a su patrona—. Estoy satisfecha con mi vida.

—Nos alegra que lo estés, querida. Sin embargo, posees una voz realmente encantadora. Pese al cariño que te tenemos, no nos interpondríamos en tu camino si quisieras perseguir tu sueño. El señor Westoby se aseguraría de que se ocuparan bien de ti.

—No hay ni que pensar en una posible falta de decoro, señorita Collins. Mi hermana viuda vive conmigo y sería su señora de compañía. Solo cantaría en los locales más respetables. Mi hermana y yo nos aseguraríamos de que su reputación continuara siendo intachable.

—Comprendo todo lo que dice y le agradezco su amabilidad, señor Westoby. Pero no sé si convertirme en una gran cantante sigue siendo lo que quiero de la vida. —Meggan desvió la mirada hacia la señora Heilbuth, pues no sabía si estaba dando la impresión de ser una desagradecida. No sabía qué más decir.

—Llevas demasiado tiempo aislada aquí en Burra, querida. Creo que deberías dejar que el señor Westoby te presentara en sociedad. ¿No le parece, señor Trevannick?

Meggan volvió la mirada hacia Con, al igual que todos los demás. Él se reclinó en su asiento de un modo casi indolente, con sus largas piernas estiradas delante. La pose de un observador.

—Mi opinión no cuenta. Meggan tomará su propia decisión sin reparar en lo que piensen los demás. —Le brindó otro de sus enigmáticos esbozos de sonrisa.

Meggan notó que empezaba a ruborizarse.

—Me hace parecer muy terca y egoísta, señor Trevannick.

—Decidida e independiente —la corrigió Con—. Recuerda que te conozco desde que eras niña.

El concierto benéfico iba a celebrarse en el gran edificio de la Escuela Parroquial de Kooringa, el cual podía albergar a más de doscientos cincuenta espectadores. Los que no lograron encontrar asiento podían escuchar el concierto a cambio de una pequeña donación desde el otro lado de las ventanas y la puerta.

Will era el único miembro de la familia de Meggan que tenía un asiento dentro. Henry, muy a su pesar, se había visto obligado a quedarse en la mina. Hal y Tommy dijeron que estarían fuera hasta oír cantar a su hermana, tras lo cual se dirigirían a uno de los hoteles en busca de una forma más bulliciosa de entretenimiento para la noche de un sábado. Como la Escuela Parroquial había sido construida por la Sociedad Constructora de la Iglesia de Inglaterra, Joanna consideró que el hecho de entrar en ella supondría una traición a su firme metodismo Wesleyano. Declaró que ella ya cumplía con su deber cristiano visitando a la pobre viuda todos los días.

La familia Heilbuth, Con Trevannick, Jenny Tremayne y David Westoby ocupaban unos asientos en la tercera fila. Will estaba al fondo de la sala. Meggan, sentada en primera fila junto a otros artistas de esa noche, se volvió para sonreír a su hermano. Pero él no la estaba mirando. Él miraba a la pareja de Cornualles con una expresión tan intensa que Meggan se sorprendió poniendo mala cara. ¿Qué estaría pensando su hermano? También se angustió al ver el interés mal disimulado de Tom Roberts por la preocupación de Will, además de la forma en que iba pasando la mirada de Jenny Tremayne a Will y viceversa.

Abrieron el concierto un coro de fundidores galeses del municipio de Llwchwr. Los siguieron un trío de alemanes que los entretuvieron con las canciones de su tierra natal. La esposa del médico de Kooringa tocó una melodía de Chopin al piano y un escocés ofreció una interpretación conmovedora con su gaita. Todas las nacionalidades de los cinco distritos de Burra estaban representadas musicalmente.

A mitad de la velada le tocó el turno a Meggan. Con ayuda de la señora Heilbuth, la joven había elegido un repertorio de cinco canciones que empezaba con la siempre popular *Long, Long Ago*. Los nervios previos a la actuación, que le habían dado la desagradable sensación de tener el estómago vacío, desaparecieron en cuanto empezó a cantar.

Cuando cantó su primera balada, *The Golden Vanity*, sabía que era capaz de evocar la valentía del grumete, la traición del capitán y la tragedia de la muerte del muchacho. «Sé actuar —pensó con asombro mientras escuchaba los aplausos—. Puedo hacer que los personajes de las canciones se vuelvan reales». Se convirtió en la descarada *Mattie Groves*, en una desafiante *lady Arlen* y en el traicionado lord Arlen.

Su tercera balada era la despedida del marinero a su *Black-Eyed Susan*. Todas las canciones recibieron una reacción entusiasta apropiada a la letra. Meggan concluyó su actuación con la alegre canción del convicto, *Botany Bay*. La mayor parte del público se sumó al estribillo.

Los aplausos y los gritos de «otra, otra» resonaron por todo el edificio. Meggan se volvió a mirar a la señora Heilbuth, que la acompañaba, para sugerirle la canción galesa *One Bright Summer Morning* cuando oyó alta y clara la voz de Con Trevannick.

—Una petición, señorita Collins, por favor. *The True Lover's Farewell*.

La señora Heilbuth sonrió al oír la petición, asintió con la cabeza y la introducción brotó de sus dedos. Con sonreía a Meggan. Así pues, la joven volvió a cantar la canción, cuya letra se le había quedado grabada desde que la había interpretado por primera vez hacía dos noches. Con le sostuvo la mirada hasta que ella la apartó, temerosa de que sus sentimientos se reflejaran en su rostro y todo el mundo los viera. Cuando entonó los últimos versos miró de nuevo a Con, él la miró a ella y, al igual que había ocurrido en el salón de los Heilbuth, sus ojos transmitían un mensaje del que Meggan no podía apartar la mirada.

Mucha gente se marchó una vez finalizado el concierto pero más de la mitad del público se quedó para alternar y charlar. Unos hombres que recordaban a Con Trevannick de cuando vivían en Wheal Pengelly fueron a hablar con él. Will se abrió paso por entre la pequeña multitud que rodeaba a su hermana.

—Estuviste maravillosa, Megs. La favorita de la noche con creces.

—Me emociona que a la gente le gustara mi actuación. —Sonrió a los que la felicitaban y luego se volvió cogida del brazo de su hermano—. Estoy abrumada, Will. Siempre supe que sabía cantar, pero nunca me había esperado semejantes halagos. Tengo la sensación de que mis pies ni siquiera tocan el suelo.

—Te lo mereces. Me cuesta creer que tenga una hermana con tanto talento. Aún deberías perseguir tu sueño, Megs.

Meggan le dio un apretón en el brazo y suspiró con alegría.

—Ahora mismo yo también creo que debería hacerlo. ¡Me siento tan maravillosamente bien! ¡Ay, Will! ¿De verdad crees que tendría que convertirme en cantante profesional?

—Si eso es lo que de verdad deseas en la vida, entonces es lo que deberías hacer. Yo aún no he sido capaz de decidir mi propio futuro.

Un pequeño grupo de personas pasó junto a ellos y todos se detuvieron para brindar unas palabras de elogio por la actuación de Meggan.

—Ya lo ves, Megs —comentó Will cuando el grupo siguió su camino—, todos creen que estuviste maravillosa. Pero dime una cosa, ¿por qué el señor Trevannick pidió esa canción en concreto?

A Meggan le dio un vuelco el corazón. Evitó mirar a su hermano a los ojos.

—No creo que exista ninguna otra razón salvo que me la oyó cantar la otra noche. Will la miró con aire pensativo.

—Megs, no me gustaría pensar... —Pero fuera lo que fuera lo que había querido decirle, Meggan no llegó a oírlo. Jenny se acercó a ellos. Meggan se fijó en la expresión hermética de su hermano y en la sonrisa vacilante de Jenny.

—Hola, Will. —Su voz era tan temblorosa como su sonrisa—. ¿Verdad que Meggan estuvo maravillosa?

—Así es. —La saludó con un levísimo movimiento de la cabeza.

—¿Sabías que tenías una hermana con tanto talento?

—Sí, señorita Tremayne —le dio la espalda—. Te veré más tarde, Megs.

Se alejó sin decir más. Meggan se lo quedó mirando boquiabierto y así estaba cuando se le acercó Tom Roberts.

—Ha sido un placer escucharte, Meggan. —Dirigió una mirada inquisitiva a la otra chica—. ¿Cómo está, señorita? Soy Tom Roberts.

Meggan vio con desaliento la reacción de Jenny a la sonrisa de aquel hombre. Se debatió entre llevarse a Jenny lejos de Tom o ir detrás de su hermano. La señora Heilbuth resolvió su dilema cuando se acercó a ellos.

—Jenny, creo que la señora Heilbuth nos está buscando. Dile que volveré pronto.

Meggan salió a toda prisa. Will no había ido muy lejos.

—Quiero hablar contigo un momento, Will Collins.

—¿Qué pasa? —repuso él con brusquedad. De una sacudida se zafó de la mano con la que la joven le había agarrado el brazo. Meggan estaba ya tan enojada con él que estuvo a punto de darle un bofetón por su brusquedad.

—¿Acaso te has dejado los buenos modales en el fondo del pozo de la mina?

—Déjame en paz, Megs.

—¿Por qué te marchaste de esa manera?

—No estoy de humor para charlar de frivolidades.

—¡Frivolidades! A Jenny le ha disgustado tu grosería.

—Fui educado.

—¿Eduardo? Fue como si le lanzaras un insulto.

—Eso es ridículo.

—No, no lo es. A Jenny le gustaría ser amiga tuya. ¡No me dirás que le guardas rencor por el pasado!

—Eso es más ridículo todavía.

—Entonces, ¿por qué no puedes ser amable?

—No veo la necesidad. La chica no parece estar demasiado disgustada. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la entrada abierta, donde se veía a Jenny riendo con Tom

Roberts—. Harías mejor en preocuparte por si ese es demasiado amable con tu preciosa Jenny.

Se fue con paso airado y se adentró en la noche. Con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha, Will caminó durante largo rato y en el trayecto tuvo a Jenny Tremayne continuamente en la cabeza y en el corazón.

A la mañana siguiente, domingo, Meggan se levantó temprano tal y como tenía por costumbre. Era un día en el que el resto de la familia se levantaba más tarde que durante la semana y a ella le gustaba pasear a solas en la quietud de primera hora de la mañana. Aquel día se sorprendió al encontrarse con que Con la estaba esperando en el porche.

—Parece ser que nunca estamos solos para poder hablar —le dijo a modo de saludo—. Pensé que esta sería la oportunidad perfecta.

—Hablamos continuamente.

Con ladeó la cabeza.

—Sí. Sin embargo, hay ciertas cosas que solo pueden decirse en privado.

Meggan se preguntó qué cosas serían esas, y se le aceleró el corazón. Como no estaba segura de querer saberlo no respondió, bajó los escasos peldaños y se alejó con paso rápido por el camino de acceso.

Con la alcanzó con facilidad y se puso a hablar con despreocupación de sus impresiones de Australia Meridional sin que por lo visto se inmutara por las lacónicas respuestas de Meggan. La confusión de la joven fue remitiendo poco a poco y Meggan acabó por relajarse y conversar tranquilamente, llegando incluso a reírse de algunos comentarios de Con.

—Esto está mejor.

Con dejó de andar y la tomó del brazo para detener también sus pasos. Su expresión se tornó tan seria que Meggan se sintió un tanto intranquila. ¿Qué era lo que quería decirle?

—Me marcho hoy, Meggan.

—¡Oh! —La joven se sorprendió. La noche anterior durante la cena no se había hecho ninguna mención a su intención de partir. De hecho, Meggan había pensado que su visita iba a alargarse varias semanas más—. Echaré de menos a Jenny.

—Jenny va a quedarse aquí. Anoche, ya tarde, recibí noticias prometedoras sobre Rodney. Para seguir dichas pistas debo viajar al norte, a las montañas de Flinders.

—Entiendo. —¿Lo entendía?

—Podría ser que no regresara a Burra, Meggan. Quizá tenga que ir directamente a Adelaida, depende de si encuentro a Rodney o no.

—¿Y Jenny? —preguntó ella, aunque en su cabeza tenía una pregunta totalmente distinta.

—Si eso ocurre, el señor Heilbuth la llevará a Adelaida para que se reúna con

nosotros.

—Así pues, esto es un adiós.

Con inclinó la cabeza. La tomó de las dos manos y las alzó entre los dos.

—Debo saber lo que sientes por mí, Meggan.

Ella trató de descifrar lo que veía en sus ojos. ¿Cómo iba a decirle que lo amaba? Porque lo amaba, sí.

—Por favor, mi pequeña sirena gitana. Es importante para mí.

El viejo término cariñoso. Meggan contuvo el estremecimiento de añoranza que le produjo oírlo. Se dijo que aquello nunca podría ocurrir.

—He llegado a disfrutar de tu compañía. Yo diría que somos amigos.

—¿Nada más que eso?

—No puede haber nada más.

Él levantó las manos aún más y le besó los nudillos.

—No siempre podemos controlar nuestros sentimientos. Siento un gran afecto por ti, Meggan. Deseo saber si es correspondido.

—¿Para qué, Con? —Meggan volvió la cabeza al oír la angustia en su voz y ser consciente de que él también la veía en sus ojos—. Te marchas. Te casarás con Jenny. ¿Qué pueden importar mis sentimientos?

—Así pues, tienes sentimientos por mí —dijo en un tono de seria satisfacción más que de triunfo.

—Yo... —Meggan lo miró a los ojos. Por la forma en que brillaban supo que él había leído en su mirada lo que albergaba su corazón.

Le soltó las manos y se las puso en los hombros. La atrajo hacia sí, bajó la cabeza y le rozó los labios con los suyos.

Meggan tembló, con labios suaves y dóciles. Casi se inclinó contra su beso, lo notó cada vez más intenso y se apartó.

—No. No puedo dejar que me beses. ¿Cómo podría mirar a Jenny a la cara si la traicionamos?

—No la hemos traicionado, cariño, solo hemos admitido nuestros sentimientos mutuos. Nunca le haría daño a Jenny, ni a ti tampoco. Me conformo con saber que la atracción no es solo mía.

Apartó las manos de sus hombros y no intentó besarla otra vez.

—Será mejor que vuelvas. No te avergonzaré yendo contigo. Regresaré más tarde.

Meggan dio media vuelta y regresó a la casa andando bastante más despacio que cuando había salido de ella. Sus pensamientos y emociones eran confusos. Antes ya le había costado sobrellevar su creciente amor por Con. El hecho de saber que sus sentimientos eran correspondidos hasta cierto punto iba a hacer que le resultara aún más difícil aceptar que dicho amor era inútil.

A media mañana se encontraba en el porche con los niños cuando él se marchó. Meggan lo observó mientras se despedía de Jenny con un abrazo que se parecía más

al de un hermano que al de un enamorado. Ella obtuvo un saludo con la cabeza y un simple «Adiós, Meggan». Esas fueron las palabras que oyeron los demás. El mensaje que había en sus ojos fue solamente para ella.

Meggan ocupaba los pensamientos de otro hombre aquella misma mañana. Tom Roberts se quedó merodeando por el camino que conducía a Grasslands. Desde la noche anterior, su deseo de poseer a Meggan Collins se había convertido en un dolor constante en la entrepierna. Mientras escuchaba su canto había estado planeando cómo podía proceder para ganársela. Había pensado que tal vez pudiera pedirle una canción especial.

No le había gustado que Trevannick hubiera hecho precisamente eso, y tampoco le gustó la forma en que Meggan había mirado a ese hombre. A raíz de observarlos a ambos, Tom empezó a sospechar quién era el beneficiario del afecto de Meggan. El odio que sentía hacia los Tremayne, y que había empezado a aparecer muchos años atrás, se había hecho más fuerte que nunca. Daba lo mismo Trevannick que Tremayne. Todos estaban cortados por el mismo patrón.

Tom había pasado el resto de la noche en uno de los hoteles y al despertarse se encontró en la cama con una de las camareras. No recordaba la noche con claridad. Sí que vio que la mujer, que aún dormía, tenía un moratón grande en la cara. No sabía si había sido él quien la había golpeado y tampoco le importaba. Se había aseado, había abandonado el hotel y había empezado a andar por el camino. Como estaba acostumbrado a beber mucho, no tardó en despejarse la cabeza.

Mientras caminaba, Tom pensó en Meggan de todas las maneras posibles. Pensó en tenerla en su cama. Pensó en ella preparándole las comidas, haciéndole todo lo que debía hacer una esposa. Pensó en caminar por la calle con ella del brazo, la envidia de todos los hombres.

Aquellas imágenes agradables, creadas por alguna chispa remanente de un deseo de superarse, se situaban en una casita agradable, no en su cabaña de la orilla del arroyo. Si Meggan pudiera aprender a quererlo, con ella a su lado, Tom se convertiría en un hombre mejor. Mientras pensaba en una vida con Meggan no se preocupó por el hecho de que ya tenía una esposa legal. Milly no tenía la más mínima importancia. Era un problema menor que podría arreglarse con facilidad.

Cuando emprendió el camino, Tom había pensado que podría caminar hasta Grasslands. Iría a visitar a Meggan como un verdadero pretendiente. Seguro que podría aprovecharse de la simpatía que le mostraron los patronos de la joven la noche anterior. En compañía de la pareja Meggan se sentiría obligada a ser educada. Utilizaría todo su encanto para convencerla, y también a los Heilbuth, de que se equivocaba al pensar mal de él.

La agradable perspectiva de ganarse la aprobación de los Heilbuth, que con suerte podrían utilizar para influir en Meggan, flaqueó cuando Tom recordó a quién más

podría encontrarse en Grasslands. Nunca le había caído bien a Trevannick, ya ni siquiera en Wheal Pengelly. Tom soltó una maldición en voz alta. Quizá se estuviera equivocando al ir a visitar a Meggan de forma inesperada. Resucitó la sospecha que había tenido la noche anterior con respecto a Meggan y Trevannick. La imagen agradable de ser calurosamente recibido por los Heilbuth y la encantadora Meggan se transformó en una en la que Trevannick lo echaba de la propiedad a petición de Meggan.

Tom, que ya no estaba seguro de sí mismo, se sentó en una roca junto al camino. Sacó una petaca de *whisky* del bolsillo del abrigo. Caminar daba sed. Pensó en Meggan y Trevannick. Pensó en ellos como amantes pero descartó la idea. Tenía la certeza de que Meggan, que siempre guardaba las distancias con los hombres, no se había entregado a Trevannick. Quizá solo fuera cuestión de tiempo que lo hiciera. Meggan y Trevannick. Caroline y Tremayne.

¡Malditos fueran todos ellos! Maldita fuera Meggan. Malditos los Tremayne. Maldito Trevannick. Y maldito Will, incluso. Él era otro que apuntaba demasiado alto con Jenny Tremayne.

Tom sintió que resurgía una antigua furia. La avivó imaginándose a Meggan en la cama con Trevannick. Para cuando hubo vaciado media petaca, sus planes para cortejar gentilmente a Meggan se desvanecieron bajo su deseo obsesivo. Era un idiota al suponer que ella lo trataría de otro modo que no fuera con su desprecio habitual. La esperanza de que, por alguna razón, ella pudiera pasar por el camino en el que estaba sentado fomentó sus pensamientos enojados y lujuriosos. Meggan Collins no volvería a burlarse de él. Tampoco tendría fuerzas para impedirle que obtuviera placer con ella.

Y luego estaba Jenny Tremayne. Se parecía tanto a Caroline que se preguntó si detrás de la historia de Caroline y Rodney no habría algo más de lo que todo el mundo sabía. Puede que Will lo supiera. Tom le había sacado una verdad a golpes a Will. No le costaría mucho sacarle otra. Pero, fuera cual fuera la verdad, Tom decidió que también tendría a Jenny Tremayne. Siempre y cuando pudiera alejarla de la influencia de Meggan, la muchacha no se le resistiría demasiado tiempo. Tom sabía cómo debilitar a una mujer despertando su anhelo.

A medida que iba transcurriendo el día Tom se fue embargando de un estado de ánimo cada vez más sombrío inducido por los pensamientos de venganza y resentimiento y avivado por el *whisky*. Hacia media tarde regresó andando a la ciudad. Se detuvo en el puente peatonal para mirar las cabañas a lo largo del arroyo. Los niños jugaban en la tierra. Casi todas las puertas de las casas subterráneas estaban abiertas. Las mujeres cotilleaban frente a algunas de ellas. Otras estaban sentadas cosiendo, o preparaban las verduras para el guiso de la noche. Ya flotaba en el aire el olor de la comida de las chimeneas hechas con barriles que asomaban en lo alto de la ribera y se mezclaba con el intenso hedor de los cerdos y los desechos que formaban parte de Creek Street.

La puerta de su vivienda estaba cerrada. No salía humo de su chimenea. Tom frunció el ceño. No tendría una comida esperándole, ni siquiera una bebida caliente. A esa zorra le importaban muy poco sus necesidades. Había probado el dorso de su mano con frecuencia suficiente como para quitarle su actitud descuidada, pero daba la impresión que la mujer se volvía aún más desafiante.

Hacía ya mucho tiempo que Tom había empezado a notar que los hombres interrumpían su conversación cuando él se acercaba, que parecía que las reanudaban hablando de otro tema.

«La que fue puta lo será siempre», había oído decir una vez, y había visto la mirada de advertencia que otro lanzó cuando él se acercaba. El que hablaba era de Pengelly y Tom sabía perfectamente a quién se refería.

Milly siempre había estado muy dispuesta a abrirse de piernas. Ya hacía años que a Tom le irritaba el hecho de que lo hubiera engañado para casarse. Ella no había estado embarazada entonces ni desde entonces. No había duda de que era estéril, lo cual estaba bien. Si alguna vez intentaba hacer pasar el hijo de otro hombre como suyo, la mataría con sus propias manos. Ya lo había ridiculizado bastante. Solo por aquel engaño Tom ya sentía que estaba justificado pegarle.

Nunca se molestó en considerar que él mismo podría haber dejado uno o dos bastardos en Cornualles o incluso allí en Burra. Las mujeres se sentían atraídas por él, y si ellas estaban dispuestas, él también. Incluso había coaccionado a unas cuantas que se habían mostrado reacias. Tom no veía nada malo en dar a las mujeres lo que querían. En el fondo la mayoría de ellas eran unas putas, incluso las que se ocultaban detrás de la respetabilidad.

Luego estaban las que, como Meggan Collins, se creían demasiado buenas para pasar el rato con él. Ella era como un pincho clavado en su entrepierna. No tendría paz hasta que no la poseyera, aunque para ello tuviera que violarla. De hecho, la violación podría ser justo lo que necesitaba para quitarle su altanería. El hecho de pensar otra vez en hacer que Meggan Collins se sometiera, o en tenerla debajo forcejeando inútilmente mientras él se la follaba con brutalidad, se la puso tan dura que iba a necesitar alivio, aunque tuviera que ser con la guarra de su esposa.

Mientras pensaba en cómo y cuándo podría pillar a Meggan en un lugar adecuado, la puerta de su cabaña se abrió. Un hombre salió por ella. Tom vio las rápidas miradas de soslayo de las cotillas y cómo luego volvían la cabeza. Luego apareció Milly en el umbral y miró a las mujeres con un desafío que demostraba lo poco que le importaban sus opiniones.

La furia embargó a Tom. No sabía que ella usaba su cama para darse placer con otros hombres. Su esposa debía de tomarlo por idiota. Preso de la ira, Tom le propinó un puntapié a un chucho que se escabullía. Lo más probable era que los vecinos lo consideraran un idiota sin agallas. Maldita fuera la infiel. Podía yacer con otros y engañarle, pero Tom no iba a tolerar que la gente se riera de él a sus espaldas. Cuando la tuviera en casa le iba a dar una paliza que la iba a dejar morada. Y tendría que

abrirse tanto de piernas y durante tanto rato que el dolor le impediría andar acostándose con nadie por ahí durante una buena temporada.

Ni Meggan ni Jenny habían considerado salir de casa aquel día. La euforia del éxito de la noche anterior había decaído y había dejado a Meggan cansada y aletargada. Por la tarde, mientras los gemelos dormían, se había quedado tendida en la cama y se contentó con escuchar hablar a Jenny.

—Creo que las normas sociales nos gobiernan demasiado la vida —observó la joven.

—¿En qué sentido? —preguntó Meggan.

—Fíjate en nosotras. Somos muy buenas amigas. Nuestra amistad es aceptable porque vives con los Heilbuth y estos te tratan como a una hija. Sin embargo, si vivieras con tu familia y trabajaras en la mina, no hay duda de que nuestra amistad sería considerada extraña.

—Si viviera con mi familia y trabajara en la mina es poco probable que surgiera la ocasión de entablar amistad.

—Eso es cierto. Pero me parece injusto. Los Heilbuth aceptan a las personas por quiénes son, no por lo que son ni por lo que poseen. Me he dado cuenta de que así es como debería ser la vida. El hecho de que una persona nazca rica no la convierte necesariamente en mejor que otra que deba trabajar duro para ganarse la vida.

—Estoy de acuerdo contigo, Jenny. No obstante, la clase social en Australia, como estoy segura de que habrás observado, no está definida con tanta rigidez como en Cornualles. Pero ¿qué te ha hecho pensar en esto?

Jenny se encogió de hombros.

—Solo son pensamientos. Si mi padre me oyera creería que he perdido el juicio. Quizá resulte extraño decirlo, pero en cierto sentido me alegro de que no nos hayamos conocido hasta ahora y que podemos ser amigas de verdad sin restricciones sociales.

Meggan le sonrió.

—Yo también me alegro.

Siguieron unos momentos de silencio y luego Jenny preguntó:

—¿Crees que es preferible casarse por amor?

Meggan no respondió de inmediato. El matrimonio por amor no era su destino.

—La mujer que puede casarse por amor es muy afortunada. Quizá es más prudente elegir por esposo a un hombre que sea considerado y buen proveedor.

—¿Te casarías con el señor Westoby?

La pregunta sorprendió a Meggan.

—No me lo ha pedido.

—Lo haría si lo animaras a ello.

—No tengo ninguna prisa por casarme.

—Yo tampoco —repuso Jenny con voz tan firme que Meggan se sobresaltó.

—¿No quieres a Con?

—Naturalmente que sí. —Jenny hizo una pausa y bajó la voz como si estuviera hablando consigo misma, o eso pensó Meggan—. Pero si no fuera a casarme con él y resultara que amara a un minero, no dejaría que la clase social se interpusiera entre nosotros.

Meggan se apoyó en los codos para incorporarse y mirar a Jenny con sorpresa.

—¿Me estás diciendo que te has enamorado de un minero?

Jenny se encogió de hombros y el rápido rubor que tiñó sus mejillas dio la respuesta a Meggan.

—¿Es verdad, Jenny?

—Estoy segura de que no es más que un encaprichamiento tonto, porque en realidad nunca he estado enamorada. Lo que siento por Con es más comfortable que apasionado.

Meggan no cayó en la cuenta de la importancia de aquel comentario hasta mucho después. Su mente estaba mucho más ocupada con el encaprichamiento de Jenny.

—Y este hombre, este minero, ¿corresponde a tus sentimientos?

Jenny soltó una risita amarga.

—Ni siquiera parece saber que existo. Si creyera que podría llegar a quererme me quedaría en Australia.

—¿Quién es este hombre? —¿Podría tratarse de Will? Rezaba para que no fuera Tom Roberts.

Jenny miró hacia otro lado.

—No voy a decirlo. Pensarías que soy tonta de remate. —Una respuesta que no hizo nada para aliviar la inquietud que sentía Meggan.

—¿Y qué me dices de Con? Me contaste que tu padre desea el matrimonio.

—Mi padre no siempre puede tener las cosas a su manera. Creo que Con siente lo mismo que yo. Si me enamorara profundamente de otro hombre él no se interpondría en mi camino. Por otro lado, mi padre me haría la vida muy difícil. Probablemente tendría que marcharme de Cornualles tal como hizo Rodney.

—¿De verdad podrías herir así a tu padre?

Jenny suspiró; un suspiro de resignación teñido de tristeza.

—No, Meggan. Seré la esposa de Con tal como desea mi padre. Con es un buen hombre y creo que nuestro matrimonio irá bien. Espero que tú también encuentres un buen marido algún día.

«Yo no quiero un buen marido —pensó Meggan—, yo quiero al hombre que tiene que ser tu esposo». Se echó de nuevo con las manos detrás de la cabeza y mirando al techo.

—No creo que me case en mucho tiempo.

—¿Y por qué no? Seguro que quieres tener hijos. Eres muy buena con los gemelos.

—¿Tú quieres tener hijos? —le preguntó Meggan a su vez, y lamentó de inmediato haber preguntado. No quería pensar en Jenny dándole hijos a Con.

A lo largo de la semana siguiente Meggan pensó a menudo en las palabras de Jenny. Al principio le preocupó que Tom fuera el minero del que Jenny se había encaprichado. Se había mostrado de lo más simpático tras el concierto y nadie podía negar el atractivo de sus rasgos ni el encanto de su sonrisa. Solo aquellos que lo conocían bien veían más allá de aquella fachada.

Los Heilbuth habían sido muy amables con él, sobre todo al saber que conocía a Meggan desde que era niña. Los patronos de la joven incluso habían sugerido que Tom sería bienvenido en Grasslands siempre que quisiera. Dijeron que tal vez le gustaría ir con Will algún domingo. La única esperanza de salvación que tenía Meggan era la certeza de que a Will no le gustaría tener la compañía de Tom en las visitas que hacía a su hermana.

Meggan reflexionó que si Tom no era el minero del que hablaba Jenny, entonces tenía que ser Will. Cuanto más pensaba en dicha posibilidad, más probable le parecía. A partir de esta deducción, Meggan empezó a considerar la actitud de su hermano hacia Jenny bajo otro punto de vista. ¿Acaso la grosería de su hermano enmascaraba una atracción que él se esforzaba por negar? El domingo siguiente, cuando volvió a comer con su familia, Meggan se aseguró de poder hablar con Will en privado.

Cuando surgió la oportunidad, la joven no la dejó escapar.

—Creo que no es antipatía lo que sientes por Jenny. Más bien creo que te gusta demasiado.

El gesto turbado de su hermano le dio la respuesta. Estaba en lo cierto. Su hermano se sentía atraído por Jenny Tremayne.

—Creo que Jenny tiene una opinión favorable de ti.

Su hermano se ruborizó aún más.

—¿Y qué si la tiene?

—Ella te gusta, ¿no es verdad?

Will se limitó a apretar los labios.

—Si te gusta, ¿por qué eres siempre tan grosero, tan dispuesto a abandonar su compañía?

—Se parece demasiado a Caroline para que quiera su compañía.

—Esa es una razón de lo más tonta, Will Collins. ¿Por qué tendría que ser un problema el aspecto de Jenny?

Will meneó la cabeza. Meggan no creyó que fuera a responder. Cuando lo hizo, la joven sintió el peso de la angustia en su voz.

—¿Es que no lo ves? Amarla sería como amar a mi propia hermana. Sería como la historia pasada.

—¡Oh, Will, Will! Te estás atormentando sin motivo. Puede que Jenny se parezca

a Caroline, pero su carácter no tiene nada que ver con el de nuestra hermana. Jenny tiene mucho más espíritu.

Una sonrisa irónica se dibujó en los labios de Will. Ya lo sabía todo sobre el espíritu de la señorita Jenny. Se habían encontrado antes de que empezara el concierto la noche del pasado sábado y ella había dejado muy claro lo que pensaba de sus malos modales. Will sabía, aunque Meggan no, que cuando Jenny se había acercado a ellos tras el concierto estaba buscando su perdón. ¿Y qué había hecho él entonces si no darle la espalda?

Meggan consideró la importancia de aquel atisbo de sonrisa y de la expresión más ceñuda que la desplazó y continuó hablando:

—Y lo que dices de la historia pasada está absolutamente fuera de lugar.

—Esa chica es una Tremayne. Nuestra familia no tiene ningún motivo para pensar bien de ellos.

—No puedes hacer responsable a Jenny de lo que hicieron su padre y nuestra madre. Son cosas de las que ella no sabe nada y que probablemente no sepa nunca. En cuanto a Caroline y Rodney, no creo que ella sea consciente de la relación entre la muerte de nuestra hermana y la huida de casa de su hermano.

Will se encogió de hombros.

—Sigue siendo una Tremayne. Incluso sin todo lo que ha ocurrido antes, ella no miraría a un simple minero buscando amor.

—Podría ser que te sorprendieras, Will Collins.

Su respuesta, en la expresión facial más que en las palabras, confirmó lo que Meggan había supuesto.

—Quieres decir que...

—Quiero decir que eres un idiota al negar tus sentimientos.

Su hermano se ruborizó otra vez.

—¿Acaso tú no niegas los tuyos?

Meggan notó que a ella también se le encendían las mejillas.

—¡Ajá! De modo que tengo razón —exclamó Will—. Estás pensando que si cortejo a la señorita Jenny Tremayne tú serás libre de ir detrás de Trevannick.

—Lo que dices es horrible.

—Pero es cierto.

Ahora que había vuelto las tornas contra Meggan, Will controló sus sentimientos.

—No es cierto —replicó Meggan con voz temblorosa—. Con Trevannick no tiene nada que ver con esto. Jenny me confió que se siente atraída por un minero y que estaría dispuesta a quedarse en Australia si él correspondiera a su amor.

Will apretó los labios como si se negara a creer lo que su hermana decía.

—No mencionó mi nombre. De haberlo hecho me lo hubieras dicho.

—Tengo ojos en la cara. He visto cómo te mira, y cómo la miras tú, cuando os pensáis que el otro no se da cuenta. —¿No hacía ella lo mismo con Con?

—Siempre tuviste una imaginación romántica, Megs. —Will intentó mostrarse

desdeñoso pero sospechaba que su intento había fracasado estrepitosamente.

—No me estoy imaginando que no tendrías nada que perder si le ofrecieras tu amistad a Jenny.

Will meneó la cabeza en señal de negación.

—Eso no va a ocurrir. Aunque hubiera sentimientos entre nosotros, ¿cómo crees que se sentiría mamá si me juntara con una Tremayne?

Meggan experimentó una fuerte impresión. Ella no había pensado en su madre, solo en descubrir si su mejor amiga y su hermano se querían. Will tenía razón. Su madre se disgustaría muchísimo. Y seguramente eso también se aplicaría a sus sentimientos por Con Trevannick. ¡Qué idiota había sido! Will era mucho más sensato que ella.

Meggan abrazó a su hermano.

—Tienes razón, Will. He sido una estúpida romántica otra vez. No diré nada más. Él le devolvió el abrazo, hermano y hermana unidos en el calor de su intimidad.

—Harías bien marchándote a casa enseguida, Megs.

—¿Por qué?

Will miró por encima del hombro de su hermana.

—Mira a lo lejos. Parece que se está formando una tormenta.

Meggan se dio la vuelta. Unas nubes brumosas se cernían sobre el horizonte en el sudeste.

—Creo que tienes razón. Podría ser que esta noche tuviéramos tormenta. Me despediré de mamá y papá y me pondré en camino.

Cuando Bertie y Meggan dejaron atrás la periferia de Kooringa y estuvieron de camino a Grasslands, la joven se sintió aliviada de que, por delante de ellos y hacia el norte, el cielo siguiera azul y soleado. Por encima de su hombro derecho veía las nubes tormentosas al sur que se aproximaban en dirección a Burra.

La amenaza de una tormenta tardía no preocupaba demasiado a los habitantes de Kooringa. Solía verse a menudo que se formaba una tormenta y que el cielo se oscurecía pasando de gris a ser casi negro, pero las nubes acababan por disiparse sin que hubieran caído más que unas pocas gotas de lluvia. Con toda probabilidad pasaría lo mismo con aquella. A media tarde se oyeron truenos a lo lejos.

—Da la impresión de que esa tormenta sí va a alcanzarnos —observó Henry Collins. Se levantó un viento que empujaba la tormenta hacia Burra.

—Parece que se mueve con rapidez, papá. Además, podría ser que trajera granizo. Las nubes se habían oscurecido, eran casi negras con un feo matiz grisáceo.

Aquella tarde de domingo de Pentecostés fueron muchos los que observaron cómo la tormenta se desplazaba rápidamente hacia Burra y sus distritos. Algunos tenían la esperanza de que pasara de largo. Otros, al oír los truenos ocasionales, empezaron a prepararse para lo que podría ser una tormenta bastante violenta. Metieron las gallinas en los gallineros, ataron a las cabras al abrigo de los porches de las cabañas y protegieron todo lo que el viento podía romper.

Más de dos horas después de ver cómo se formaban las nubes en el sudeste, la ciudad se vio envuelta en una oscuridad verdosa y sobrecogedora. En la casita de los Collins, Joanna se disponía a encender las lámparas. El viento empezó a rugir.

—¡Ya está aquí! —gritó Will, y apenas había pronunciado estas palabras cuando el tremendo estallido de un trueno hizo que los dos hombres se metieran corriendo en casa. Los retumbos subsiguientes estremecieron toda la casa e hicieron tintinear la porcelana buena de los estantes del aparador.

—¡Dios mio! —exclamó Henry—. Eso ha sido justo encima de nosotros.

Joanna se llevó las manos al corazón y se apretó el pecho con los ojos desmesuradamente abiertos por el miedo.

—Lo he notado dentro de mí.

Otro sonido les llegó de inmediato, como el de una cascada gigante cayendo del cielo. Will corrió a la ventana.

—Esto es un diluvio. Caen cortinas de agua.

—¿Qué es ese ruido?

—Granizo, mamá. Ven a verlo. Caen unas piedras como naranjas.

Fueron todos a la ventana para observar con asombro hasta que una piedra de granizo cayó contra el cristal. Henry instó a su familia a alejarse de la ventana.

—No nos conviene estar cerca por si el granizo rompe el cristal.

La granizada duró tan solo unos minutos. La lluvia lanzó una arremetida menos furiosa.

—Creo que está amainando —observó Will. Se acercó otra vez a la ventana—. La tormenta se está alejando de la mina.

—¿Hacia dónde va, hijo?

Will torció la cabeza para mirar al cielo.

—Está demasiado oscuro para saberlo, papá. Creo que sobre la ciudad.

—Si en la ciudad llueve igual que aquí habrá riadas.

—Yo diría que con la que está cayendo podría haber inundaciones en la mina.

Cuando no habían pasado ni diez minutos desde que Will pronunciara estas palabras, llamaron a la puerta. Henry abrió a uno de los mozos de cuadra de la mina.

—El jefe Roach me envió a buscarle, jefe Collins. A usted y a sus muchachos. El agua está inundando los afloramientos. Tengo que ir a por más hombres a la ciudad.

Todas las concavidades y hondonadas de la mina estaban llenas de agua. Unos riachuelos diminutos corrían por todas las depresiones del terreno. Una gran ola de agua barría el suelo de los cobertizos de criba y amenazaba con llevarse la valiosa mena. Los hombres trabajaban duro cavando canales para desviar el agua, transportando rocas y madera para levantar barreras que la contuvieran.

Trabajaban en todas las excavaciones para evitar que el agua entrara en los pozos. El agua en sí no constituía el problema, puesto que Burra era una mina húmeda y el motor de la enorme bomba funcionaba constantemente para mantener secas las bancadas. El peligro radicaba en la fuerza del agua y en los restos que arrastraba. Las

escaleras podían volverse inseguras y las paredes de los pozos podrían volverse inestables y desmoronarse.

Tom Roberts fue uno de los que acudieron a la mina para ayudar.

—¿Qué noticias traes de la ciudad, Tom? —le preguntó Will.

—Commercial Road es como un río. El agua ha inundado algunas cabañas y negocios en el extremo más bajo.

—¿Y tu casa? ¿No deberías estar allí?

—Si hay una riada solo será en el terreno más bajo, cerca del arroyo principal. Las cabañas situadas en el extremo más alejado del afluente estarán a salvo.

—Pronto dejará de llover —anunció otro hombre—. Fijaos en lo rápido que pasó por la mina.

La tormenta no pasó rápidamente sobre la ciudad. Aunque la violencia de los rayos y truenos había aminorado, seguía lloviendo con intensidad. Los que habían acudido desde la ciudad para prestar su ayuda en la mina volvieron a sus casas a toda prisa. A las nueve y media regresaron varios de ellos.

—Necesitamos ayuda, jefe. La ciudad está inundada. Nos hacen falta caballos y carros para sacar los muebles de las casas. Los tenderos quieren trasladar su mercancía.

Roach actuó de inmediato. En muy poco tiempo se dirigió a la ciudad con seis carros de la mina vacíos. Will y Tom fueron con ellos. Henry, Hal y Tommy se quedaron trabajando en la mina.

Al llegar a la ciudad se encontraron con un panorama de caos y devastación. Las cabañas del arroyo que se habían inundado apenas dos semanas antes ya volvían a estar igual. Aunque daba la impresión de que la tormenta se alejaba hacia el noroeste, nadie esperaba que las aguas bajaran en cuanto hubiera pasado. Seguía lloviendo. La lluvia era más leve que en el apogeo de la tormenta pero bastaba para suscitar el miedo a una inundación mayor.

Por todo el arroyo, sus habitantes estaban tomando la precaución de sacar sus pertenencias de las cabañas. Todo lo que podía trasladarse se llevaba a lo alto de la ribera. El suelo empapado por la lluvia estaba resbaladizo e implicaba riesgos adicionales. Mientras que los hombres se esforzaban con las camas, mesas y muebles más pesados, las mujeres llevaban ropa de cama y de vestir y los niños agarraban ollas, platos y gallinas que cacareaban. Cerdos que chillaban, perros empapados y abatidos y las cabras de la familia fueron conducidos orilla arriba. Los gatos maullaban lastimeramente debajo de cualquier protección que hubieran encontrado.

Los habitantes del arroyo apilaron sus pertenencias y enseres cerca de sus chimeneas. Las mujeres y los niños montaron guardia bajo la lluvia. Cualquier daño que pudiera causar el agua era preferible a perderlo todo en una riada. Tampoco estaban dispuestos a perder nada a manos de algún ladronzuelo u otra gente deshonesto.

Will estuvo ayudando allí donde pudo durante más de una hora. Durante ese

tiempo el nivel del agua no subió. Los habitantes del tramo más alto del arroyo consideraron que era más seguro quedarse en sus cabañas. Hacia las once muchos se habían ido ya a la cama. Milly Roberts fue una de ellos.

Milly no podía dormir. El miedo la mantenía despierta. Daba la impresión de que habían pasado horas desde que Tom había llegado a casa, antes de que se fuera otra vez a ayudar a los demás. A pesar de que le había asegurado que su cabaña no corría peligro, ella no estaba tranquila. La lluvia seguía cayendo. Si volvía a intensificarse otra vez, si volvía a caer a mares tal como había hecho en los momentos culminantes de la tormenta, seguro que todo el arroyo quedaría inundado.

Milly decidió que lo que necesitaba para calmar su miedo era un buen trago del *whisky* que Tom había llevado a casa el sábado por la noche. Su pequeña cabaña solo tenía una habitación principal y un dormitorio diminuto. En la habitación principal Milly encendió la lámpara y llevó la botella de *whisky* a la mesa. Milly casi nunca bebía más de un trago de licor a la vez. Lo suficiente para entrar en calor y aumentar su respuesta sexual.

Cuando sintió que la inundaba la conocida calidez pensó en Tom y en lo mucho que había llegado a odiarlo e incluso a temerlo. Tom había sido su medio de marcharse de Pengelly. Para conseguir dicho fin no había tenido ningún escrúpulo en exigirle que se casara con ella cuando no había ninguna necesidad de hacerlo. El día de su boda Milly había sido la envidia de todas las otras hijas de mineros del pueblo. No la envidiarían si pudieran verla ahora. La compasión por sí misma empezó a mezclarse con el miedo. Milly se sirvió un segundo *whisky* y esta vez llenó más el vaso.

Tom tenía razón al llamarla puta, pues eso era lo que hacía. Desde que había desarrollado un cuerpo de mujer, Milly había disfrutado del placer de estar con un hombre. En Pengelly sus encuentros amorosos habían sido únicamente por su propio placer. Cuando llegaron a Burra, Milly había sido fiel a Tom durante un tiempo. Su esposo era un hombre que sabía muy bien cómo satisfacer a una mujer.

El cambio en él empezó de forma gradual. Era un borracho violento. Durante los primeros años Milly se las había arreglado para quitarse de en medio las noches en que Tom estaba peor a causa de la bebida. Cuando las borracheras se hicieron más habituales no encontró forma de escapar a su brutalidad. Milly siempre tenía en mente el recuerdo de la madre de Tom. Puede que Tom se estuviera convirtiendo en un hombre como su padre, pero Milly no iba a dejar que su brutalidad la convirtiera a ella en una criatura tan patética como su madre. Cuanto peor era el comportamiento de Tom, más decidida estaba Milly a abandonarlo. Pero para eso necesitaba dinero.

Milly había calculado rápidamente lo que valía. No había perdido lo que fuera que atraía el deseo de los hombres. Estos estaban muy dispuestos a desprenderse de dinero a cambio de una mujer que supiera satisfacerles bien. Tom no sabía nada de las monedas de plata que ella había guardado. Las tenía escondidas en una lata, en una repisa que había excavado con cuidado dentro de la chimenea. Cuando no podía

escapar a los puños de su esposo o a su posesión brutal, pensar en la plata la ayudaba a soportar el dolor, así como saber que muy pronto aumentaría su fortuna.

Milly apuró el vaso de *whisky*, fue tan imprudente de volver a servirse de la botella y pensó en su dinero. Ya había ahorrado lo suficiente como para poder marcharse de Burra. No creía que Tom se molestara en seguirla cuando se fuera. Se alegraría tanto de perderla de vista como ella de deshacerse de él. Pero por si acaso iba tras ella, Milly quería tener dinero suficiente para salir de Australia Meridional. Quizá fuera a Melbourne o a Sidney. Se compraría algunos vestidos bonitos para así poder encontrar hombres mucho más ricos que los mineros de Burra. Quizá tuviera la suerte de encontrar un hombre acaudalado dispuesto a ofrecerle matrimonio, o incluso protección.

Mientras Milly se bebía el *whisky* y contemplaba un futuro más brillante a través del embotamiento del alcohol, Will caminaba por el arroyo. No estaba tranquilo con respecto a la estabilidad del puente que permitía cruzar entre la mina y las plantas de fundición. Con la escasez de madera de la región, el puente para los pesados carros de metal se había construido con rocas y tierra. No era muy alto. Lo único que se había tenido que hacer para construirlo fue levantar un terraplén ancho desde la orilla del arroyo para sostenerlo.

Había otros hombres que también contemplaban el dique de tierra, cada uno de ellos con un grado distinto de preocupación en el rostro. Al otro lado, el agua se había acumulado hasta casi el nivel de la superficie del puente.

—¿Qué te parece? —preguntó Will a uno de ellos—. ¿Aguantará?

—Ahí tienes tu respuesta, muchacho. —El hombre señaló hacia un punto.

Un hilo de agua había aparecido entre las rocas en mitad del puente, en el lado hacia el que iba la corriente. Los hombres contuvieron el aliento con la esperanza de que aquella fuga no pasara de ser un mero chorrito.

Will pasó la mirada de aquel hilo de agua al peso de toda la que se acumulaba más allá.

—Será mejor que advirtamos a los habitantes del arroyo de que tal vez el puente no aguante.

Sus palabras llegaron demasiado tarde. En el preciso momento que empezó a dar media vuelta oyó un rugido seguido de un grito lleno de miedo:

—¡No está! ¡El puente ha desaparecido!

—¡Dios santo! —Will se quedó mirando un momento, horrorizado. En cuestión de segundos el puente había desaparecido por completo. Una enorme pared de agua corría arroyo abajo.

Corrió a lo largo de la orilla con los demás y todos gritaban:

—¡Salid! ¡Salid! ¡El puente ha desaparecido!

Todos los habitantes del arroyo oyeron el desastre que se avecinaba. Incluso

aquellos que dormían se despertaron con el temible rugido de la riada. Salieron a trompicones con la ropa de dormir y a través del agua cuyo nivel crecía con una rapidez aterradora. Los que habían creído estar seguros realizaron un esfuerzo desesperado por salvar sus pertenencias y se llevaban los muebles flotando en casi un metro y medio de agua. No pudieron salvar sus animales domésticos. El agua arrastró cerdos, patos y aves de corral junto con todo lo que encontró a su paso.

Los chillidos de las mujeres y los niños y los gritos desesperados de los hombres se sumaron a aquella terrible cacofonía. Los que ya estaban en lo alto de la orilla alargaban la mano para tirar de los demás y ponerlos a salvo. Tom corrió por la orilla hacia su cabaña. Dentro el agua ya habría alcanzado medio metro de altura.

Los gritos de advertencia tardaron unos momentos en penetrar en los sentidos de Milly, saturados por el *whisky*. Cuando el peligro hizo mella en su mente, lo primero que pensó fue en salvar su dinero. Se levantó a toda prisa de un salto y se tambaleó hasta darse con la mesa porque la cabeza le daba vueltas debido al alcohol. Cuando recuperó el equilibrio vio que le costaba enfocar la vista. El mareo se convirtió en náuseas y se quedó allí vomitando en el agua que se alzaba en torno a sus piernas.

Rompió en sollozos de miedo e impotencia. Tras vomitar el *whisky* ya no tenía tantas náuseas pero sí un dolor de cabeza terrible. «Mi dinero —pensó—. Tengo que coger mi dinero». Cuando logró arrastrar el taburete hasta la chimenea ya tenía el agua por las rodillas y el taburete flotaba. No dejó de llorar en ningún momento y el miedo había incrementado su jaqueca. Con la ropa mojada pegada a las piernas, Milly no consiguió subir al taburete hasta su tercer intento. Entonces lloró aún más fuerte por el miedo de que se alzara por debajo de ella y la hiciera caer al agua.

Apenas había agarrado la lata cuando el taburete volcó. Milly cayó de lado contra la pared con su preciado tesoro aferrado contra el pecho. El agua le llegaba ya a la cintura. Pasaba por encima de la mesa. La lámpara emitió un suave chisporroteo, se apagó y la dejó a oscuras.

Milly gritó.

Gritó otra vez al notar que algo se movía a su lado y lloró de alivio cuando oyó la voz de Tom.

—Tom. Tom. —Su alivio fue tan inmenso que se hubiera arrojado en sus brazos si eso hubiera resultado práctico. Su esposo la agarró del brazo y la instó a darse prisa. No tardaron en salir de la cabaña y vadearon con mucho esfuerzo el agua que no dejaba de subir para dirigirse a los escalones que se habían excavado en la orilla.

Fuera de la cabaña había un poco de luz y la oscuridad no era completa. Tom vio la lata que Milly aferraba con su mano libre. Sin preguntarle, se dio cuenta de lo que contenía. Una furia asesina lo embargó de inmediato. Una verdadera puta que cobraba por sus servicios. El impulso de sumergirla en el agua y no dejarla salir hasta que ya no respirara fue muy grande. Lo había ridiculizado mucho más de lo que Tom podía tolerar. Lo único que le hizo ser cauto fue la proximidad de otras personas que se movían a duras penas por el agua.

Al llegar a los escalones, Milly se tambaleó lastrada por la tela empapada de su camisón que se le pegaba a las piernas. Tom no tuvo ninguna dificultad en subir. Salió del agua y le tendió la mano para tirar de ella y ponerla a salvo.

—Dame esa lata —le dijo.

—No.

—Dámela, puta estúpida. No puedo tirar de ti cogiéndote solo de una mano.

«No se la daré —pensó Milly—. No dejaré que Tom me quite la plata». Movié los pies en un esfuerzo por encontrar un poco de solidez bajo el agua. Le resbalaron en el barro y notó el tirón de la corriente contra sus piernas.

—¡Tom! —gritó presa del pánico.

—La lata, Milly. Dámela para que así pueda tirar de tus dos manos.

El miedo a ahogarse prevaleció. Milly le entregó la lata. Tom no la dejó a un lado. Tampoco agarró la otra mano de Milly. Notó la fuerza del agua contra el cuerpo de su esposa. Muy lentamente fue dejando que la mano de Milly se fuera escurriendo de la suya. Ella gritó su nombre antes de que un remolino de agua la arrastrara. Continuó gritando mientras se la llevaba la corriente. Will vio que a Tom se le escapaba la mano de Milly cuando aún se encontraba demasiado lejos para poder ayudarle. Echó a correr por la orilla gritando su nombre. Le gritó que intentara llegar a un lado, agarrarse a cualquier cosa que pudiera ayudarla a mantenerse a flote.

Pero Milly no sabía nadar. Tampoco parecía capaz de agarrarse a ningún objeto que pudiera haberla salvado. El torrente la arrolló y algo golpeó su cuerpo, salió a la superficie agitando las manos frenéticamente pero volvió a hundirse. Cuando el agua se cerró por encima de su cabeza por segunda vez, Milly supo que ya nunca iría a Sidney ni llevaría los vestidos elegantes con los que había soñado.

La confusión de posesiones que había a lo largo de la orilla obstaculizaba a Will, por lo que la riada se llevó rápidamente a Milly y la perdió de vista. Cuando ya no la vio se detuvo, con las manos en las rodillas, jadeando a causa del esfuerzo y la angustia. Puede que Milly Roberts no le cayera muy bien pero no le habría deseado semejante final a nadie.

Encontró a Tom, que aún estaba en los escalones donde el agua había arrastrado a Milly.

—Lo siento muchísimo, Tom. No pude salvarla.

Tom se limitó a asentir con la cabeza. Will creyó que estaba aturdido por la impresión y el dolor.

—Vamos, Tom. Ven a casa conmigo. Ahora ya no puedes hacer nada.

—No —coincidió Tom—. Lo he perdido todo. —Todo menos la plata que guardaba Milly. Había sido un idiota al no darse cuenta de lo que había estado haciendo su mujer. A veces, cuando se peleaban, había declarado que lo abandonaría. Tom se había burlado de ella y sin embargo Milly había estado guardando las monedas de plata todo aquel tiempo. Pues bien, ahora el dinero era suyo y se había librado de aquella puta mentirosa para siempre.

La familia Collins lo acogió de buen grado, impresionados por su tragedia.

Henry lo agarró del hombro.

—Todos estamos muy afligidos por ti, Tom. Quédate aquí el tiempo que necesites.

Tom meneó la cabeza como si estuviera desconcertado.

—Casi la salvé.

—Lo intentaste, Tom. Yo te vi. —Will intentó consolarlo—. Lo que lamento es no haber estado más cerca para poder ayudar.

«Me alegro de que no lo estuvieras», pensó Tom. Se sentó a la mesa de la cocina con la cabeza entre los brazos y rompió a llorar.

—No siempre la traté bien y ahora me la han arrebatado. Estoy siendo castigado por mis pecados.

—Rezaré por los dos —terció Joanna—, por el alma de Milly y para que el Señor te dé consuelo y alivie el peso de la culpabilidad con la que cargas.

Así pues tomó asiento frente a Tom, le tomó las manos y rezó. El resto de la familia guardó un silencio respetuoso.

Tom repitió su amén y le agradeció sus oraciones. «Los he engañado a todos —pensó—. Nadie sabrá nunca que me deshice de Milly. Puedo hacer el papel de marido afligido para ganarme la compasión de Joanna. Siempre ha tenido predilección por mí». Teniendo a Joanna y a los Heilbuth de su lado se ganaría a Meggan Collins. «Puedo aprovecharme también de su compasión. La convenceré de que el golpe de perder a Milly me ha convertido en un hombre sobrio».

Tom dejó caer la cabeza otra vez sobre los brazos para proteger sus pensamientos y agradeció la providencia de la riada. Ahora que tenía dinero podría ofrecerle un hogar como era debido a Meggan. En la lata de Milly había casi cien libras. La zorra de su mujer debía de haberse pasado el día tendida para poder acumular tanto dinero. No le había costado imaginarse para qué había estado guardando el dinero Milly. Bueno, pues ahora ya le había dejado, aunque no fuera del modo que ella tenía planeado.

La mañana del lunes amaneció ante el lamentable espectáculo de los empapados habitantes del arroyo sentados en lo alto de la ribera con sus posesiones igualmente empapadas. Continuaba cayendo una lluvia ligera y por algunas tiendas seguía corriendo hasta un palmo de agua. La arremetida del agua que siguió al derrumbe del primer puente se llevó por delante todos los demás puentes que cruzaban el arroyo, por lo que no había forma de ofrecer ayuda a la gente de la otra orilla.

A medida que fue transcurriendo el día, el nivel del agua descendió y la gente empezó a cruzar como pudo hasta la ciudad. Tanto la capilla Wesleyana como la sala de la escuela se habían abierto para dar refugio a los que se habían quedado sin hogar. Joanna Collins fue una de las muchas personas que fueron a ayudar. Cuando la gente

le daba las gracias por su bondad, ella respondía:

—Da gracias al Señor.

Mientras la ciudad sufría la desorganización, el trabajo en la mina continuó como siempre. Pese a la gran cantidad de agua que había caído del cielo, la mina había quedado prácticamente intacta. Hasta los mineros que se habían visto obligados a abandonar sus casas acudieron al trabajo. Muchos de ellos habían perdido el dinero que tenían guardado en sus cabañas. Tom fue a hacer su turno con el joven Tommy Collins.

—¿De qué serviría quedarse sin hacer nada? —le preguntó a Will—. Más vale ir a trabajar que estar por ahí pensando cruzados de brazos.

—Tienes razón —coincidió Will—. Iré a la ciudad a prestar ayuda. Me enteraré de las novedades. —No tuvo valor para mencionar a Milly. Tom lo comprendió. Se limitó a asentir con la cabeza.

Aquel día no hubo noticias que comunicar. La corriente debía de haber arrastrado el cuerpo de Milly hasta más abajo. El martes otra riada repentina provocó aún más caos. Los habitantes del arroyo que habían regresado a sus cabañas se vieron obligados a salir de nuevo. La corriente atrapó los residuos que había depositado la crecida anterior al descender y se los llevó arroyo abajo. El agua arremolinada barrió el cuerpo de Milly junto a todo lo demás y lo arrastró hasta donde permanecería sin ser descubierto hasta que de él no quedara más que unos huesos descoloridos envueltos en unos jirones de tela apenas reconocibles.

La situación desesperada en la que muchos se encontraban era el único tema de conversación entre los hombres en la mina.

—Sammy cuidará de nosotros. El jefe Roach ha estado ayudando allí donde ha podido.

—La compañía construirá más casas, o al menos eso he oído.

—Tendrán que hacerlo. ¿No habéis visto el aviso en la puerta de la herrería?

—¿Qué decía?

—Ya no está permitido vivir en el arroyo. Será una infracción. Quienquiera que siga allí después del primer día de diciembre no tendrá empleo en la mina.

—Sammy no puede hacer eso. —Había mucha indignación.

—Sammy es propietaria de la tierra. Todo Kooringa pertenece a la compañía minera.

—El jefe Roach ha escrito al director de la compañía, el señor Ayers, para pedir dinero que nos ayude a reemplazar lo que perdimos.

En la ciudad, los compañeros seguían hablando dondequiera que se reunieran. No pasó mucho tiempo hasta saberse que la compañía no tenía intención de prestar ayuda financiera a los hombres que habían contribuido a su enriquecimiento. Los hombres, enojados y con razón, empezaron a poner en duda su supervivencia.

La respuesta les llegó con el repiqueteo de unos cascos y el ruido de las ruedas del coche del correo. El vehículo se detuvo con un traqueteo frente al hotel de Burra y

el conductor exclamó:

—¡Oro! ¡Oro! Han encontrado oro.

—¿Dónde?

—¿Es eso cierto?

—Cuéntenos más.

—¿De verdad han encontrado oro?

El conductor levantó la mano para silenciar el clamor.

—Es cierto, ya lo creo que sí. Se ha encontrado oro cerca de Bathurst, al noroeste de Melbourne. La gente dice que eso no es más que el principio, que se encontrará oro por toda esa región.

Creció la excitación. Allí estaba la respuesta al dilema de los que se habían quedado sin hogar. Olvidarse de Burra y del trabajo de extraer cobre que te rompía la espalda y te destrozaba los pulmones. Irían adonde había una fortuna esperando a ser recogida del suelo. Cuando el coche correo partió de vuelta a Adelaida, llevó a tres hombres que verificarían la promesa de riquezas y mandarían un mensaje a Burra. Así empezó el éxodo de mineros de Burra. También anunció el inicio del declive de la Mina Monstruosa.

Pasaron varios días sin que Meggan supiera nada de estos acontecimientos.

Barney había estado irritable durante todo el sábado. Por la noche se quejaba de que no se encontraba bien. El domingo por la mañana estaba cubierto de pequeñas manchas rosadas. Recibió a Meggan con lágrimas en los ojos.

—Me pica.

—Sí, cariño. Ya lo veo.

—Tengo manchas por todas partes.

—Lo que tienes es lo que llaman la viruela loca, Barney.

—¿Y me volveré loco?

—No, cielo. Y ahora intenta no rascarte. Voy a buscar algo que ponerte en las manchas.

—¡Mamá! —gritó cuando su madre entró en el dormitorio—. ¡Tengo la viruela loca!

—¡Dios mío, es verdad!

—¿Qué es lo que tiene Barney? —preguntó una voz soñolienta desde la otra cama.

—Oh, Sarah, ¿tú tienes manchas en el cuerpo?

Sarah se examinó los brazos.

—No. ¿Por qué, mamá? ¿Barney tiene manchas?

Barney extendió el brazo para que su gemela lo inspeccionara.

—Mira, Sarah. Y pican.

—También tienes manchas en la cara.

—Las tiene por todas partes —dijo Meggan. Volvió a tapar a Barney con la manta—. En la barriga, en las piernas y por todas partes.

Sarah se levantó el camisón inmediatamente, para horror de su madre.

—¡Sarah! No tienes que levantarte así el camisón.

—Pero es que yo también tengo manchas en la barriga, mamá. Mira.

La señora Heilbuth devolvió la debida decencia a Sarah y dijo con un suspiro:

—Supongo que al ser gemelos era de esperar que tuvieran la varicela al mismo tiempo.

—Al menos estando los dos en la cama resultará más fácil cuidar de ellos, señora Heilbuth. No me tomaré el día libre para visitar a mi familia. No puede cuidar de dos niños enfermos usted sola.

—Gracias, Meggan, querida. Confieso que no tengo ni idea de qué es lo mejor para ellos. ¿Tú sabes cómo tratar la varicela?

Meggan suspiró y dijo que no con la cabeza.

—Cuando mis hermanos y yo la tuvimos, mi madre acudió a una mujer que hacía pociones con hierbas. Le dio a mamá una pasta que quitaba el picor. No tengo ni idea

de lo que era, aunque hubiese algún lugar donde conseguir hierbas en Burra.

La señora Heilbuth pareció tener una inspiración.

—Podría ser que Cookie supiera de algo. Ve a la cocina y pregúntale. Bertie podría ir a la ciudad con el poni a buscar al médico.

Meggan se dirigió a la cocina a toda prisa.

—¿Vienes sola? —le preguntó Cookie.

—Los gemelos tienen la varicela.

—¡Oh, vaya! El pequeño Barney estará muy inquieto.

Meggan le dio la razón con una mueca.

—¿Conoces algún modo de poder aliviar el picor?

—Si viviéramos en otra parte, donde hubiera eucaliptos, podría hacer una infusión con las hojas. Lo único que puedo sugerir son baños frecuentes con una esponja. Quizá ponerles guantes para evitar que se rasquen.

—Lo haré. Gracias, Cookie.

Barney, en efecto, requirió tanta atención que Meggan necesitó de todo su ingenio para tenerle entretenido. Sarah se disgustó al enterarse de que Jenny no iba a visitarlos.

—La señorita Jenny nunca ha tenido la varicela. Si viniera a visitarte podría ser que también se llenara de manchas y se pusiera enferma. Tú no quieres que eso ocurra, ¿verdad?

Sarah estuvo de acuerdo en que no quería que la señorita Jenny se pusiera enferma y rompió a llorar de todos modos.

Al final de la mañana Meggan había llegado a esperar con fervor que la infección no durara mucho. Cuando, después de tomar una comida muy ligera, los niños se acomodaron para dormir, agradeció la oportunidad de relajarse. Fue a su habitación a buscar su releído ejemplar de *Orgullo y Prejuicio* de la señorita Austen y se acomodó en la tumbona del porche frente al cuarto de los niños. Allí estaba lo bastante cerca para oírlos si alguno de los dos se despertaba.

Cuando llevaba menos de media hora leyendo oyó la voz de su hermano que la llamaba por su nombre.

—Will. ¿Qué te trae por aquí? ¿Va todo bien en casa?

—La familia está bien.

Se sentó junto a Meggan cuando ella bajó los pies.

—¿Oíste algo sobre las inundaciones de la semana pasada?

—Solo que las casas del arroyo quedaron destruidas y que un hombre perdió la vida.

—Sí, William Box. Era viudo y ha dejado cinco niños pequeños, uno de los cuales todavía es un bebé. Había puesto a salvo a sus hijos llevándolos a lo alto de la ribera. Había vuelto a su cabaña para salvar el mobiliario y el techo se le cayó encima.

—¡Oh, qué triste! ¿Qué ha sido de los niños?

—No he oído nada.

—¡Qué suerte que no hubiera más muertes!

—Hubo otra muerte. No se informó de ella.

El tono sombrío de Will le provocó un escalofrío de preocupación a Meggan.

—¿Quién?

—La mujer de Tom, Milly. Se ahogó.

—Vaya. —Meggan se tomó unos momentos para asimilar las noticias que le traía su hermano. Él estaba mirando al horizonte con el ceño tan fruncido que sus cejas espesas casi se tocaban.

—¿Has dicho que no se informó de su muerte?

—Tom ha hecho creer a mamá y papá que informó del ahogamiento de Milly. Sé que no lo ha hecho. —Daba la impresión de que sus palabras le pesaban.

—¿Qué pasa, Will? ¿Qué es lo que dudas en contarme?

Will volvió a centrar la mirada en su hermana.

—No lo sé, Megs. Vi que Tom le soltaba la mano a Milly.

—Viste... ¡Oh! ¿No estarás pensando...?

Meggan vio que la expresión de su hermano se había vuelto aún más sombría.

—Sí, Megs, eso es. Me temo que Tom dejó que Milly se ahogara. —Oyó que su hermana tomaba aire—. Podría ser que esté siendo injusto con Tom.

Meggan meneó la cabeza.

—Podría muy bien ser que tuvieras razón en tus sospechas. Creo que Tom podría ser capaz de un acto tan malvado.

—Cuanto más pienso en esa noche más creo que estoy en lo cierto al sospechar. Pero ¿qué puedo hacer, Megs? Tom negará cualquier acusación. Nadie más vio lo ocurrido. Lo que sí sé es que no quiero volver a trabajar con ese hombre.

—¿Puedes romper la cuadrilla?

—Puedo marcharme de Burra.

—¿Cómo dices?

—El cobre está llegando a su fin. Los pozos son demasiado profundos y el agua entra en ellos continuamente.

—¿Y la nueva estación de bombeo que van a construir y la nueva máquina de balancín que van a traer de Cornualles?

—Podría ser que llegaran demasiado tarde para salvar la mina.

—¿Tan mal está?

—No falta mucho. —Hizo una pausa—. Meggan, estoy pensando en ir a Victoria, como la llaman ahora.

—¿Por qué a Victoria?

—Han encontrado un yacimiento de oro. Son muchos los que van a dejar Burra.

—Tienes pensado ser uno de ellos. —Lo dio por hecho.

—Sí.

—¿Lo dices en serio?

—Ya lo creo.

—Bueno, no esperarás hacer una fortuna de la noche a la mañana, ¿no, Will Collins?

—No soy tan tonto, Meggan. Solo un idiota confía en la suerte. Estaré dispuesto a trabajar duro y encantado de ganar lo suficiente para vivir y tal vez ahorrar un poco para el futuro. Sin duda algún día tendré una esposa.

—¿Y qué dicen papá y mamá?

—Todavía no se lo he contado.

Permanecieron sentados en silencio un rato, cada uno de ellos con pensamientos similares.

—¿Cómo va a seguir adelante la mina sin hombres?

—La mina está acabada, Megs. El precio alto del cobre la mantendrá en marcha durante un tiempo. Si los precios caen, eso supondrá el fin de la mina. No es solamente Burra la afectada. Los hombres han dejado Kapunda. Incluso Moonta, Kadina y Wallaroo, o eso es lo que se dice. Se acerca el fin de la minería del cobre en Australia Meridional.

—Además, el brillo del cobre nunca fue tan atractivo como el fulgor del oro.

—Ya lo creo. Un minero del cobre solo puede trabajar por un sueldo. Uno que posea su propia concesión minera tiene el futuro en sus manos.

—¿Crees que aquí podría encontrarse oro?

—¿Estás pensando que de ser así me quedaría? —Negó con la cabeza—. Esta no es región de oro, Meggan. Victoria es el lugar adecuado. Dicen que Ballarat no es más que el principio. Hay oro por toda la colonia esperando a que lo encuentren.

—Quieres ir de verdad. —Otra vez, las palabras de Meggan expusieron un hecho.

—Confieso que he hecho más que pensar en ello, Megs. Voy a ir.

—¿Qué dirá papá?

—Papá conoce mejor que nadie el estado de la mina. Tengo veintitrés años. No necesito el permiso de nadie.

—Pero te gustaría tener su bendición. Y la mía. Por eso viniste a verme, ¿no?

—Te echaré de menos, Megs. Solo me apena por ti.

—Debes hacer lo que tengas que hacer. —Lo abrazó con fuerza—. Yo también te echaré de menos, Will.

Se estrecharon en un abrazo que reconocía el vacío que cada uno dejaría en la vida del otro.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó Meggan mientras se enjugaba las lágrimas de los ojos.

—Dentro de unas cuantas semanas, no antes. No voy a salir a toda prisa sin prepararme. Planearé las cosas como es debido. Luego están Hal y Tommy. Supongo que también querrán venir.

—Os marcharéis todos. —Meggan suspiró, aunque la perspectiva de separarse de sus hermanos menores no la afectaba tanto.

—Me alegraré de marcharme de Burra. Aunque no debería decirlo, me alegraré librarme de la religión y las buenas obras de mamá.

—Mamá ha encontrado la paz interior, Will.

—Pero es muy difícil vivir con ella.

Se quedaron sentados charlando sobre la minería del oro y los planes de Will hasta que Sarah llamó a Meggan desde el dormitorio.

—Pues me marchó ya, Megs. —Will se puso de pie y estiró la espalda—. Será un placer no tener que arrastrarse por estrechas bancadas todos los días para ganar un mendrugo de pan. —Le dio un beso en la mejilla a Meggan—. Cuidate mucho, Megs. Ya hablaremos más el próximo día que vengas a casa.

Will tomó un atajo por el jardín hasta el lugar donde había atado su caballo a la escasa sombra de un pequeño árbol. No pudo evitar dirigir la mirada hacia la fachada de la casa. Durante todo el tiempo que había estado sentado con su hermana había tenido un nudo en el estómago que le había impedido relajarse del todo. Había sido consciente todo el tiempo de que Jenny Tremayne estaba en algún lugar de la casa. En su cabeza, Will era firme en su resolución de no tener nada que ver con esa chica. Su corazón tenía la esperanza de vislumbrarla.

—Mucho mejor para mí no haberla visto —masculló, pero se detuvo en seco cuando la joven apareció delante de él.

—Te he estado esperando, Will. —Señaló la roca en la que había estado sentada.

Will no dijo nada.

Jenny se mordió el labio inferior. Aquello iba a resultar mucho más difícil de lo que había pensado.

—Quiero disculparme.

Él se mantuvo inflexible, protegiéndose de los sentimientos que solo ella había llegado a despertar.

—¿Desde cuándo la gente como los Tremayne se disculpan con la gente como nosotros? A la gente bien no le preocupan los mineros comunes y corrientes.

—Eso no es verdad. —Inhaló profundamente—. A mí me importa, Will.

—Pues ve a la ciudad a ayudar a los que han perdido sus casas con la riada. —Siguió andando para desatar las riendas del caballo.

—Will —lo llamó Jenny cuando él se alejaba—. ¿No ves que...?

—¿Ver? —Dio media vuelta rápidamente para encararse a ella con enojo—. Paso demasiado tiempo bajo tierra para ver más allá de mis narices.

Las lágrimas acudieron a los ojos de Jenny.

—Lamento haberte dicho eso.

—Pues láméntalo, porque yo lamentaré que nos hayamos conocido. —Estaba montando mientras hablaba y puso el caballo a medio galope sin volverse a mirarla.

El hecho de saber que había sido un grosero alimentó su furia. Cuando Jenny Tremayne se había acercado a él antes del concierto benéfico, Will se había sentido incómodo y turbado, lo cual manifestaba un resentimiento hacia la joven. Con su

suave voz musical, ella le había dicho que le gustaría que fueran amigos. Su frío «No veo por qué» había suscitado la réplica enojada de la chica con el comentario sobre su vista.

En un primer momento Will se había sentido ofendido, pero el sentimiento pasó y fue reemplazado por el alivio de haberla hecho enfadar. Podía protegerse de sus sentimientos manteniendo esa furia. Sabía por boca de Meggan que la señorita Jenny Tremayne iba a casarse con Con Trevannick. Solo podía querer una cosa de Will Collins. Un escaqueo romántico que él no estaba dispuesto a proporcionarle. No iba a permitirse creer que los sentimientos de la chica pudieran contener algún reflejo de los suyos, a pesar de lo que Meggan insinuara.

En cuestión de una semana los gemelos ya volvían a corretear por ahí y Meggan todavía estaba intentando aceptar el hecho de la inminente partida de Will. Se sumaban a sus preocupaciones el hecho de saber lo mucho que echaba de menos a Con, la necesidad de mantener sus sentimientos en secreto y el reconocimiento de que David Westoby le estaba haciendo la corte. Le preocupaba que pudiera proponerle matrimonio antes de que se marchara de Grasslands. Meggan le tenía mucha simpatía y no quería herir sus sentimientos ni su orgullo.

Con sí que regresó y Meggan sufrió tal oleada de emoción que, de no haber estado en la sala de clase con los gemelos, podría haberse arrojado a sus brazos. Resultó que la mirada que intercambiaron tuvo tanta carga emocional que provocó una expresión de manifiesta curiosidad en el rostro de Barney.

Con apartó la mirada de Meggan y sonrió a los gemelos.

—He sabido que los dos habéis tenido la varicela. Me alegro de que ya estéis mejor.

—Nosotros también nos alegramos, ¿verdad, Sarah? —Sarah asintió con la cabeza—. Nos picaba mucho, y yo tenía muchas más manchas que Sarah.

—¿Ah, sí?

—¿Cuándo regresaste? —preguntó Meggan, que controló con firmeza el brinco espontáneo de alegría.

—Hace una hora. He estado hablando con Jenny.

Por su semblante, Meggan supo de qué habían hablado.

—¿El viaje no tuvo éxito?

—Encontré al hombre que buscaba. Era un tal Rodney Trelawn. Su nombre y el prefijo Tre de su apellido eran lo único que tenía en común con nuestro Rodney.

—¿Y qué vais a hacer ahora?

—Puede que tengamos que volver a casa sin conseguir nada. Nuestro pasaje se reservó antes de salir de Inglaterra. Puesto que no hemos tenido ningún éxito durante el tiempo que hemos estado en Australia Meridional, no albergo muchas esperanzas para las pocas últimas semanas.

—Lo siento.

Con asintió con la cabeza.

—Yo también. Me hubiera gustado encontrar a Rodney por Jenny, y por Phillip. Llevaremos nuestra búsqueda a las otras ciudades del cobre del Golfo de Spencer antes de embarcar de vuelta a casa.

Con y Jenny se quedaron en casa de los Heilbuth tres días más. Tres días de creciente dolor para Meggan. Durante el día podía sobrevivir. Jenny estaba deprimida por no haber tenido éxito en localizar a su hermano y pasaba casi todo el tiempo con Meggan y los niños, haciendo que todo encuentro entre Meggan y Con careciera de emociones no expresadas.

Las noches eran más tensas, sobre todo cuando la conversación giraba en torno al regreso de Con y Jenny a Inglaterra. La última noche fue la más difícil de todas.

—Tiene que cantar otra vez para nosotros, Meggan —dijo David Westoby, quien tenía pensado marcharse con los demás—. Un concierto de despedida.

Meggan se arrancó una sonrisa.

—Por supuesto, señor Westoby. ¿Tiene alguna petición especial?

—Elija las canciones que quiera, querida. Todas nos gustarán.

—Yo sí tengo una petición.

—¿Cuál es, Trevannick?

—Me gustaría que Meggan cantara *The True Lover's Farewell*.

—Ah, sí. A mí también me gustaría oír esa. ¿Nos complacerá, Meggan?

Meggan apartó la vista de la firme mirada de Con para sonreírle a David Westoby.

—Haré mi última actuación.

No miraría a Con mientras cantara. Si lo hacía revelaría su corazón a todo el mundo. En cambio, sonrió a David Westoby cuando terminó la canción.

—Me alegro mucho de que me trajera esa música. Esta canción me gusta mucho.

—A mí también —dijo Con.

Meggan lo miró entonces y no se percató de que tanto Jenny como la señora Heilbuth los estaban mirando a ambos. Ni de que Jenny se reclinaba en su asiento y fruncía los labios con aire pensativo. La señora Heilbuth cerró la tapa del piano y miró otra vez a Meggan. «De modo que así es como están las cosas», caviló.

Meggan se detuvo al llegar a la verja del patio. La noche era agradable, la brisa era fresca pero no fría. Se agarró al último travesaño de la valla e inclinó la cabeza para contemplar el cielo nocturno. No podía dejar de maravillarse ante la brillantez con la que refulgían las estrellas en la negrura del firmamento.

La soledad de la noche le era aún más valiosa que los paseos tempranos que lograba hacer algunas mañanas. Aquella noche necesitaba el paseo para devolver un poco de paz a su alma. No le daba miedo la oscuridad ni las criaturas invisibles que pudieran echar a correr alejándose de sus pisadas. Cerró los ojos unos momentos para

empaparse del ambiente nocturno. Los sonidos de la noche le llegaban con claridad: el balido distante de una oveja, la llamada de un pájaro nocturno, el crujir de los guijarros desplazados por una bota. Fue entonces cuando oyó los pasos.

Le dio un vuelco el corazón y se le aceleró. No de miedo sino de expectación. Antes de volverse a mirar ya sabía que era Con quien se acercaba. Lo había visto sentado en el porche oscurecido. ¿Acaso no había esperado que la siguiera? Se tomó su tiempo antes de dar media vuelta.

Quedaron frente a frente y la luz de las estrellas era lo bastante brillante como para que ambos vieran el anhelo en los ojos del otro. Con extendió los brazos y ella acudió a ellos de buen grado. Al primer roce de sus labios estalló la pasión. Estaban hambrientos, desesperados el uno por el otro. Todos los sentimientos que ninguno de los dos había expresado estaban en aquel beso.

—Meggan, Meggan. —Su voz sonó ronca contra el oído de la joven—. Has estado conmigo cada minuto de cada día que he estado lejos de ti. Y ahora debo dejarte.

La atrajo de nuevo hacia sí y Meggan, aturdida por el primer beso, abrumada por el amor que sentía hacia ese hombre, igualó su pasión. El deseo ardía por su cuerpo y supo que no quería otra cosa más que ser amada por Con Trevannick. De habérselo pedido, Meggan se habría entregado voluntariamente en aquel preciso instante. Cuando al fin Con separó sus labios, Meggan se dio cuenta de que estaba temblando. Se apoyó contra el cuerpo de él, con la mejilla contra su pecho y los brazos en torno a su cintura. Él apoyó la cara contra su pelo, estrechándola entre sus brazos.

—Meggan, cariño. Creo que me enamoré de ti la primera vez que te vi.

Ella se echó hacia atrás para mirarlo.

—Solo tenía doce años.

—Una niña de doce años hermosa y apasionada que se ha convertido en una mujer aún más hermosa y apasionada. —Le dio un suave beso en los labios—. Creo que en aquel momento decidí que te haría mía cuando crecieras. ¡Cuán distintas podrían haber sido las cosas si no te hubieras marchado de Pengelly!

—Hubiera sido la sirvienta de Jenny, no una amiga, ni una igual.

—Para mí serías la misma Meggan.

—¿Y de qué serviría? ¿Acaso me hubieras hecho tu amante? ¿O quizá me hubieras dejado embarazada como hizo el señor Tremayne con mi madre? —La intensidad de su anhelo entretejió sus palabras con un hilo de amargura.

—Meggan, cariño. Yo no soy mi tío. Yo nunca te habría hecho daño.

—Pero tampoco te hubieras casado conmigo. —Se apartó de sus brazos y volvió a mirar desde detrás de la valla.

—Meggan —dijo él con voz suave y tono arrepentido—. Ahora no puedo casarme contigo. Phillip se está muriendo. Hice una promesa.

—Te casarás con Jenny.

Meggan sintió más que oyó el suspiro que Con dejó escapar.

—Tampoco puedo hacerle daño a Jenny.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó con una voz que fue poco más que un susurro. Lo amaba con todo su ser. Ahora sabía que él también la quería del mismo modo. Sin embargo, el suyo era un amor que estaba destinado a fracasar. Él estaba atado por obligaciones sociales y morales. Sus vidas estaban planificadas para que las vivieran en lados opuestos del mundo.

Meggan pensó en el amor imposible de su madre por Phillip Tremayne. Pensó en el amor malogrado de Caroline y Rodney. Y ahora parecía que su amor también iba a verse frustrado. Era tanta la desesperanza de su corazón que no le hubiera sorprendido ver una liebre blanca pasar corriendo. Dejó que Con le diera la vuelta y la estrechara de nuevo entre sus brazos.

—Te quiero, Meggan, mi pequeña sirena gitana. Dime que correspondes a mi amor.

—Sabes que sí, pero ¿de qué sirve?

—Ojalá las cosas fueran distintas. Ojalá nos hubiéramos conocido en otro tiempo y lugar en los que fuera libre de convertirte en mi esposa. Meggan, cariño, si hay una forma en la que podamos estar juntos te prometo que la encontraré.

Ella meneó la cabeza con tristeza.

—No estaba destinado a ocurrir. —Las lágrimas empezaron a inundarle los ojos. La primera vez que se habían encontrado había sido el día en que Meggan había visto la liebre blanca.

Permanecieron largo rato mirándose sin más. No había más que decir. Al final Con se inclinó y le rozó ligeramente los labios con los suyos.

—Vamos. Te acompañaré de vuelta a la casa.

Will y Tom Roberts llevaban más de tres horas bajo tierra. El terraplén en el que estaban trabajando entonces daba una mena de muy buena calidad, lo cual aseguraba la perspectiva de unas cuantiosas ganancias llegado el día de pago. Will utilizó su pico para romper una sección de roca. El verde intenso de la malaquita apareció bajo la superficie.

—Mira esto, Tom. Volvemos a tener malaquita.

Tom subió a rastras por la abrupta bancada para reunirse con Will. Juntos fueron picando la cara de la roca hasta que la veta de malaquita se reveló por completo. Tom soltó un leve silbido.

—Es la mejor que he visto nunca. Esta vez podremos disponer de dinero, Will.

Will estuvo de acuerdo. Los últimos ingresos que habían obtenido habían sido más bajos que nunca, solo habían sacado dieciséis libras, ocho chelines y cuatro peniques cada uno. Repartido entre las ocho semanas de trabajo, salía a un poco menos de lo que se les pagaba a los que trabajaban a destajo. Por norma general, los que trabajaban por una parte de la mena podían contar con ganar una cantidad

considerablemente más alta. De no ser por la malaquita de su último terraplén ni siquiera hubieran llegado a esa suma.

Will sonrió. La mena del terraplén en el que estaban excavando ya había demostrado ser de buena calidad. La malaquita era una bonificación añadida. Quedaban seis semanas enteras hasta el próximo día de pago. Cogió un pedazo de gema verde del tamaño de un huevo que se había desprendido de la roca. A la luz de la vela, sujeta a la pared de la bancada mediante su soporte metálico, examinó el hermoso veteadado de la malaquita. En su mente esta se convirtió en un bello conjunto de joyería: collar, brazaletes, pendientes y anillo. Se metió la piedra en el bolsillo. Sammy no iba a echar de menos un pequeño trozo de malaquita de su mina. En aquel momento decidió que abandonaría la mina el próximo día de pago. No dijo nada a Tom sobre lo que pensaba ni sobre su decisión.

Ambos retomaron el trabajo en la bancada. Al cabo de una hora decidieron descansar para comer. Habían dejado los baldes con el almuerzo en una pequeña pared de roca de la cueva principal, desde la cual había otras dos bancadas que salían en distintas direcciones. Los hombres de una de ellas estaban dejando las herramientas. En la tercera había dos de los trabajadores a destajo, uno de los cuales era un muchacho de quince años recién contratado, que estaban preparando el hoyo para una voladura. Tom, que seguía viviendo con la familia Collins, sacó la empanada que Joanna había cocinado.

—Es un placer comer lo que cocina tu madre. La mía nunca conseguía que la comida fuera tan sabrosa y lo que hacía Milly era casi insoportable.

La mención de Milly dio a Will la oportunidad de decir lo que pensaba.

—No parece haberla llorado mucho tiempo.

Tom se limitó a encogerse de hombros, dio un bocado a su empanada y dijo con la boca llena:

—Nunca me importó esa mujer. Ahora me he librado de ella. Solo era buena para una cosa y yo no era el único que la tenía.

—Pero que muriera de esa forma... —Will aún no había olvidado el horror de ver cómo se ahogaba Milly.

—Intenté salvarla.

—¿Lo hiciste, Tom?

La pregunta pareció flotar en el aire polvoriento tejiendo un hilo de tensión entre los dos. Unos hombres que salían de una de las otras bancadas miró hacia ellos. Al cabo de un momento, el ruido sordo del atacador que se estaba utilizando en la tercera bancada cesó. Dio la impresión de que el silencio mismo estaba esperando la respuesta de Tom.

Ahora que había expresado sus sospechas, Will sostuvo la mirada de Tom con el cuerpo tenso, a la espera de la explosión de ira. Aunque Tom tenía el rostro cubierto de mugre de la excavación y solo iluminado por la tenue luz amarillenta de la vela, Will observó el matiz sombrío de la furia. Tom empezó a levantarse. Will hizo lo

mismo, preparado para alguna reacción física. No tenía miedo de pelearse con Tom. Tampoco le importaba que ello supusiera el fin de su amistad. Ya hacía tiempo que había empezado a tomarle antipatía.

Tom arremetió contra él. Will lo esquivó, se recuperó y se lanzó contra Tom. Hubo un estrépito que casi los ensordeció y la onda expansiva los arrojó al suelo. Cayeron rocas en torno a ellos. La tercera bancada desapareció en medio de una nube de polvo.

—¡Pedid ayuda! ¡Pedid ayuda! —gritó Will.

El más joven de los otros dos mineros fue corriendo a la escalera para llamar a los trabajadores del siguiente nivel y para enviar a alguien más a la superficie. Will, Tom y los hombres que quedaban agarraron los picos para empezar a despejar las rocas que habían caído. No tardaron en sumárseles más mineros. Por las horas que trabajaron en ello, todos sabían que no había muchas esperanzas de que ninguno de aquellos dos hombres hubiera sobrevivido a la explosión prematura.

Cuando por fin lograron sacar sus cuerpos de allí los llevaron al pie del pozo para que los izaran con la grúa hasta la superficie. Will se quedó un rato sentado con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos. No era la primera vez que había trabajado para liberar a otros de un desprendimiento. Ese tipo de accidentes eran un riesgo reconocido de la minería. Salvo que aquel era un accidente que no tendría por qué haber ocurrido. Por lo visto, uno u otro de aquellos hombres había sido tan estúpido que había utilizado el extremo de la barrena de hierro para atacar los explosivos.

Se puso de pie con aire cansado y miró en derredor. Vio a unos hombres que subían por la escalera y observó las velas parpadeantes que llevaban en los sombreros. Vio a Tom allí cerca.

—Crees que dejé que Milly se ahogara. —En la voz de Tom no quedaba ni rastro de ira.

Will se lo quedó mirando un momento.

—Sé que lo hiciste.

—No tienes pruebas.

—No. Sería tu palabra contra la mía. Trabajamos juntos en este terraplén, Tom, pero creo que sería mejor que buscaras otro lugar para vivir.

Tom se limitó a soltar un gruñido.

—Pronto me marcharé de Burra. —Se burló de la sorpresa de Will—. He estado pensando en ir a por el oro. —Le dirigió un gesto con la cabeza—. Tengo entendido que tú también vas a ir.

—Si voy no será contigo.

—Tal vez. No voy a esperar aquí otras seis semanas. Podría estar en los yacimientos de oro para entonces, haciendo una fortuna.

—Podrías estar en los yacimientos de oro muriéndote de hambre si no vas preparado.

—Todo el que va allí encuentra oro. Cuando sea lo bastante rico, volveré y me casaré con Meggan.

—¿Cómo dices? —El horror de Will era genuino—. ¿Meggan se casará contigo?

—Crees que no me aceptará. El color del oro hará que cambie de opinión enseguida.

Will se limitó a menear la cabeza. No se imaginaba en absoluto a Megs casada con Tom.

—Lo creeré cuando suceda. Me voy arriba.

Se dirigió a la escalera y dejó a Tom que lo siguiera. Durante el ascenso por los ciento ochenta metros de escaleras estuvo dando vueltas en la cabeza a las palabras de Tom. Cuanto antes se marchara Tom más se alegraría él, Will. Aún podría trabajar en el pozo con Hay y Tommy si estos solapaban sus turnos. Sin Tom, su parte de las ganancias sería aún mayor.

Fiel a su palabra, Tom se marchó de Burra al cabo de dos días como miembro de un grupo de unos veinte hombres, ocho mujeres y quince niños. Todos ellos se dirigían a Victoria. Algunos tenían pensado viajar a Adelaida y desde allí ir en barco hasta Melbourne. Otros, incluido Tom, consideraban mejor llegar a las excavaciones por tierra.

Cuando visitó otra vez a su familia, Meggan se alegró al enterarse de que Tom se había marchado de Burra. Estaba disgustada por lo que Will le había contado sobre lo sucedido bajo tierra antes de la partida de Tom. La revelación de Will con respecto a lo que Tom había dicho sobre casarse con ella fue recibida con indignación y agravio.

—Nunca me casaría con Tom Roberts. Es muy presuntuoso por su parte pensar que podría hacerlo cuando ya le he dicho que no quiero tener nada que ver con él.

—¿Ya te había hablado de matrimonio? —A Will no se le ocurría cuándo Tom podía haber tenido ocasión de hablar con Meggan antes de marcharse de Burra.

—Sí, me habló de matrimonio. Cuando su mujer aún vivía.

—De manera que dejó que se ahogara. —Will frunció los labios ante aquel hecho amargo.

—Sigues pensando que la muerte de Milly no fue un accidente.

—Sé que no lo fue. Tom estuvo tan cerca de confesar que ya no tengo absolutamente ninguna duda.

Meggan contuvo un estremecimiento.

—Es malvado. Lo mejor es tenerlo fuera de nuestras vidas.

—Sí. Espero que nuestros caminos no vuelvan a cruzarse en Victoria.

—¿Has hablado ya con papá de tus intenciones?

—Pensaba hacerlo mientras estás aquí.

Will sacó el tema durante la comida a mediodía.

—Serán muchos más los que se marcharán a Victoria antes de que acabe el año.

Los hombres no hablan de otra cosa que no sea el oro. Sobre todo desde que llegó la noticia de que Peder y Jory Kent hicieron una fortuna en su primera semana.

—Tuvieron suerte —observó Henry—. ¿Has oído de algún otro que haya hecho una fortuna?

—No de nadie de Burra —admitió Will—, pero corre la voz de que se hacen fortunas todos los días.

—Puede ser, pero por cada uno al que le va bien habrá cien, quizá mil más, que se esfuerzan para nada. Yo no me iría a los yacimientos de oro con la esperanza de tener buena suerte, sin la certeza de poder ganar al menos lo suficiente para alimentar a mi familia.

—Yo no tengo una familia de la que preocuparme —declaró Will mirando directamente a su padre.

La mirada de Henry era severa.

—¿Dices lo que creo que dices, hijo?

Will le sostuvo la mirada a su padre sin vacilar.

—Sí, papá. Tengo veintitrés años. Estoy seguro de que en la vida hay algo más aparte de trabajar en el cobre.

—¿Y crees que lo encontrarás buscando oro?

—Al menos no estaré bajo tierra esperando morir aplastado en un derrumbamiento.

Henry no tuvo respuesta a ese argumento. Se dirigió a sus otros dos hijos:

—¿Vosotros también habéis pensado en marcharos a los yacimientos de oro?

—Todos los mineros de Burra han pensado en marcharse —contestó Hal—. Si tú te marchas, Will, nos marchamos los tres.

Tommy estuvo de acuerdo.

Henry miró a Joanna, que no había hecho ningún comentario.

—Parece ser que nuestros hijos han tomado una decisión. Nos dejarán aquí solos.

—Así es la vida, esposo. No podemos obligarles a que se queden.

—¿Tenemos tu bendición, mamá? —preguntó Will.

—Rogaré al Señor que cuide de vosotros.

—¿Papá?

—Id con mi bendición. Aunque no me sorprendería veros a todos de vuelta antes de seis meses.

Will movió la cabeza en señal de negación. No tenía intención de volver a Burra jamás.

—Confiar en la suerte y acabar muerto de hambre no es mi estilo. He estado haciendo planes, papá. Cuando me marche tengo intención de ir bien equipado con herramientas y provisiones. Hal y Tommy también tendrán que ir bien preparados y aprender a montar o no los llevaré conmigo.

Henry asintió.

—Bien. Eres un joven sensato. Y ahora terminemos de comer. Hablaremos sobre

tus planes más tarde.

Las semanas que precedieron a la marcha de sus hermanos fueron días de inquietud para Meggan. La vida en Grasslands volvió a su rutina normal aun cuando la anterior presencia de las visitas había dejado huella en algunos de sus habitantes. Sarah declaró que echaba de menos a la señorita Jenny. Barney expresaba con demasiada frecuencia la esperanza de que el señor Trevannick volviera a visitarlos. Meggan conoció el vacío de la desolación. Llegó el jueves y estaba tan baja de ánimo que tanto Cookie como la señora Heilbuth le hicieron comentarios.

—Parece que hayáis perdido tres peniques y hayáis encontrado medio. —Cookie dejó unos cuencos de gachas humeantes en la mesa—. Comed, jovencitos. Y tú, Meggan, tienes aspecto de necesitar algo que te devuelva un poco el ánimo.

Meggan consiguió esbozar un amago de sonrisa y pensó en lo sencilla que sería la vida si la comida fuera el remedio para las enfermedades tanto del cuerpo como de la mente. Las gachas no disiparían la tristeza ni el vacío angustioso que la privaba de su buen apetito habitual.

La señora Heilbuth había entrado en la cocina a tiempo de escuchar el ruego de Cookie.

—¿Te encuentras mal, Meggan? —Le examinó el semblante con detenimiento—. Pareces un poco pálida.

—No me encuentro mal, señora Heilbuth, lo que pasa es que estoy triste. Hoy es día de pago en la mina. Mis hermanos se van a Victoria.

—Ah. Ya estás pensando en lo mucho que los echarás de menos.

—Estoy segura de que mis padres sentirán mucho más su partida. A quien más echaré de menos es a Will.

Consciente del afecto entre los dos hermanos, la señora Heilbuth buscó unas palabras para tranquilizarla.

—Tu hermano Will es un joven con una cabeza muy sensata sobre los hombros. No debes temer nada por él. Le irá bien en la vida.

—¿Siguiendo los pasos de todos los demás esperanzados que han salido en tropel atraídos por el oro? —inquirió Meggan con cierto grado de aspereza—. Eso no garantiza un futuro próspero ni mucho menos.

—Te preocupas innecesariamente, querida. Barney, Sarah, dejad de aguzar las orejas y comed las gachas. —La señora Heilbuth se sentó en el banco frente a Meggan y echó tres cucharadas de azúcar en la taza de té que Cookie había dejado en la mesa. La agitó enérgicamente y tomó un sorbo de aquel brebaje espeso con un suspiro de satisfacción—. Tu hermano es demasiado sensato como para derrocharlo todo en una esperanza vana o en el juego imprudente. Si no encuentra oro intentará cualquier otra cosa antes que caer en la miseria.

Meggan reconoció la verdad de aquella observación.

—Tiene razón, por supuesto. Will ha planeado esta empresa con mucho detenimiento. Durante semanas han estado reuniendo todo lo que podrían llegar a necesitar en la expedición por tierra hasta Victoria.

La señora Heilbuth movió la cabeza con satisfacción.

—Tal como he dicho, es un joven sensato.

La tarde siguiente, los tres hermanos Collins se acercaron a cabal o hasta Grasslands para despedirse de su hermana. Estaban todos sentados en la cocina, donde Cookie no paraba de ofrecerles tazas de té. Los gemelos habían recibido órdenes de su madre de entretenerse de manera que dejaran tranquila a Meggan para que pudiera hablar con sus hermanos.

Cookie puso un plato de galletas en la mesa.

—También he hecho una hornada de galletas para que os las llevéis en la bolsa de la comida.

—Es todo un detalle por tu parte, Cookie. —Will le brindó la sonrisa que la había encandilado desde que lo conoció—. No es muy probable que tengamos muchos lujos cocinando nosotros mismos. Lo que más comeremos será carne salada y patatas.

—Supongo que llevaréis harina para hacer pan dámper.

Los hermanos se miraron el uno al otro y dijeron que no moviendo la cabeza en desconcertado unísono.

—¿Qué es el pan dámper? —preguntó Hal—. ¿Cómo se hace?

Cookie soltó una carcajada incrédula.

—¿No lo sabéis? Bueno, pues ahora mismo os vais a enterar. Lo único que necesitáis es harina, agua y una pizca de sal. Si tenéis levadura podéis añadir un poco a la masa para hacerla más esponjosa. Para cocinar el pan dámper solo os hace falta un buen lecho de brasas calientes. Mezclad los ingredientes para hacer la masa, dadle forma de hogaza redonda y ponédla en las brasas. Amontonad más brasas encima para que se cueza de manera uniforme.

—Parece bastante fácil —comentó Hal.

—Pues tú puedes ser el cocinero —declararon sus hermanos al unísono.

—No me importa. Vosotros dos podéis encender el fuego y fregar los platos.

—¿No debería ser el cocinero el que fregara los platos? —Meggan le dirigió una sonrisa pícara a Will. Él también le sonrió.

—Tienes razón, Megs. El cocinero debería encargarse de todo lo que tenga que ver con la comida.

—Caray, Meggan. ¿Tú de qué lado estás?

A esto siguió un rato de animadas bromas entre los hermanos a las que tanto Meggan como Cookie contribuyeron alegremente con sugerencias conflictivas. Cuando el cuidado de los caballos se convirtió en parte de las réplicas, Meggan se

dirigió a sus dos hermanos menores.

—¿Qué os parece montar a caballo?

Ambos hicieron una mueca. Tommy respondió entre dientes:

—Está bien, supongo.

Hal fue más directo:

—Preferiría estar en la cubierta de un barco que cabeceara antes que sentado a horcajadas sobre un caballo que da sacudidas. No entiendo por qué a Will le parece tan fantástico montar.

Will, que había descubierto una afinidad instantánea con su montura y una facilidad hasta entonces insospechada la primera vez que montó sobre un caballo, tranquilizó a sus hermanos menos diestros.

—Lo único que os hace falta es un poco más de práctica. Para cuando lleguemos a los yacimientos de oro ya seréis expertos.

Hal y Tommy respondieron con unos sonidos que sugerían que no estaban del todo convencidos.

—Deberíais estar agradecidos —los reprendió Meggan—. Hay mucha gente que ha hecho el camino andando. ¿Qué os parecería veros obligados a empujar unas carretillas cargadas con todas vuestras pertenencias amontonadas? Tenéis dos caballos para montar además de otro para tirar del carro.

—Y nos queda muy poco dinero —añadió Will—. Los preparativos se nos han llevado casi todos los ahorros. Esperemos encontrar oro enseguida.

—¿Y si no lo encontráis?

—Entonces al menos uno de nosotros tendrá que buscar alguna clase de empleo remunerado para salir adelante.

Cookie movió la cabeza en señal de aprobación.

—Con todo lo que has pensado y planeado, mereces que esta empresa te salga bien.

—Gracias, Cookie. Esperemos que tengas razón.

Cookie puso más galletas en la mesa.

—Cuando halléis vuestra fortuna, si la encontráis, ¿qué haréis con las ganancias?

Will tomó otra galleta y se encogió de hombros.

—Yo supongo que lo decidiré cuando llegue el momento. Hal y Tommy tienen planes.

—Tenemos pensado comprar un barco. —Hal aclaró las palabras de Will.

—¿Te refieres a un barco de pesca? —preguntó Meggan.

—Un gran barco de pesca. Regresaremos a Australia Meridional y nos estableceremos en el Golfo de Spencer para pescar.

—La verdad es que no me sorprende. Vosotros dos siempre queríais salir en el barco de Jed, sobre todo tú, Hal.

—Debe de haber algún pescador en la familia. No puede ser que siempre hayamos sido mineros.

—Y tal como corría siempre Megs por el páramo, también debe de haber algún gitano en nuestros antepasados.

Al oír la palabra «gitano», Meggan sintió otra punzada de dolor, como si la pincharan con la punta de un cuchillo. Se calmó riéndose de Will.

—Quizá también hubo algún bandolero español, con el pelo negro y los ojos oscuros que tú y yo compartimos.

Se rieron los cuatro. Estuvieron bromeando y hablando de planes, esperanzas y sueños hasta que llegó la hora de que los hermanos se despidieran.

Meggan se los quedó mirando mientras ellos se alejaban a caballo y respondió al último saludo con la mano que le dirigió Will antes de perderse de vista por el recodo del camino. Iba a echarlo mucho de menos.

—¿Eres feliz, papá?

Henry arrancó la mirada de alguna visión distante y la volvió hacia su hija. Habían pasado tres semanas desde que Will, Hal y Tommy partieran hacia los yacimientos de oro de Victoria.

—¿Por qué lo preguntas?

—Pareces... distraído.

El hombre dio un intenso suspiro.

—No tienes que preocuparte, hija. Quizá sea por todo lo que se dice de los que van a irse a Victoria. Son muchos los que se han marchado ya. Estoy pensando que a final de año no quedará mucha gente en Burra. —Torció el gesto, ceñudo—. No veo cómo podrá seguir funcionando la mina.

—¿No estarás pensando en ir a buscar oro con Will?

La pregunta pareció sobresaltar un poco a Henry. Negó con la cabeza.

—No. Mi vida ha sido el cobre. Me estoy haciendo viejo, Meggan, y últimamente he estado pensando que ya es hora de hacer algo más antes de que envejezca demasiado.

Meggan asintió moviendo la cabeza lentamente.

—Creo que lo entiendo.

—¿Ah, sí? Dudo que tu madre lo entendiera.

La mención a su madre, que había salido de casa tras la comida del domingo para visitar a una señora mayor postrada en cama, hizo que los pensamientos de Meggan tomaran un rumbo más preocupante.

—Mamá nunca se ha adaptado a Australia, ¿verdad?

Henry meneó la cabeza. Joanna rara vez hablaba, nunca sonreía. Mantenía la casa limpia y la familia pulcra y bien alimentada. Y en torno a ella había levantado un muro invisible de religión que nadie podía traspasar. Tampoco daba muestras de emoción ni parecía afectada por las emociones de otros. Su familia era muy consciente de la penitencia íntima que se había impuesto.

La gente la tachaba de adusta y reservada pese a sus muchas buenas obras. Vestía con una sencillez propia de un cuáquero. Meggan pensaba con frecuencia que su madre procuraba deliberadamente ocultar cualquier rastro de su anterior atractivo.

—¿Crees que algún día mamá volverá a ser la misma de siempre?

—Veo pocas esperanzas. Lleva así demasiado tiempo. Pensé que el hecho de venir a Australia la ayudaría. Quizá hubiera resultado de haber ido a algún otro lugar, o si hubiera adquirido tierras. Tal vez fue un error venir a Burra, por ser tan parecida Cornualles en su esencia. La mina le trae recuerdos y los compatriotas mantienen viva su culpabilidad.

—Te refieres a Tom Roberts.

Henry dijo que sí con la cabeza.

—Tom también cambió después de la muerte de Caroline.

—Tom reveló su verdadera naturaleza, nada más —replicó Meggan—. Me alegro de que Caro no se viera obligada a casarse con él. Hubiera tenido una vida horrible.

A Henry le sorprendió un poco la vehemencia de su hija.

—Antes le tenías simpatía. Me parece recordar que una vez dijiste que te casarías con él de buen grado si Caroline no lo hacía.

El recuerdo hizo que Meggan torciera el gesto con expresión de disgusto.

—La opinión que tenía de Tom cambió con la misma rapidez que su comportamiento. Era agradable cuando era más joven, y yo solo era una niña entonces.

—Y ahora eres una mujercita encantadora. ¿Y tú eres feliz, Meggan?

La joven no se esperaba que le devolviera la pregunta y tal vez respondió con demasiada prontitud:

—Sí, papá.

—¿Sin pesares?

Meggan meneó la cabeza con la mirada de su padre posada en su rostro. Le dirigió una sonrisa destinada a borrar cualquier duda que pudiera albergar.

—Tengo una buena vida con los Heilbuth, además del placer de cantar para sus invitados.

—Así pues, has abandonado tu sueño.

—Lo he dejado aparcado, nada más. Solo tengo diecinueve años, papá. Quizá cuando sea mayor. Si tiene que ser, será.

—La mayoría de mujeres ya están casadas a los diecinueve. —Henry, que al parecer no esperaba respuesta, estiró las piernas y se miró las botas. Meggan se preguntó qué pensamientos serían los que arrugaban el semblante de su padre. Al final, él le preguntó—: ¿Crees que las cosas ocurren porque están destinadas a ocurrir?

—Hasta cierto punto sí lo creo —respondió Meggan con lentitud al tiempo que revisaba sus ideas—. En ocasiones debemos aceptar las cosas que no podemos cambiar. Cuando sí tenemos alternativa, lo único que podemos esperar es tomar la

decisión adecuada. Creo que es prudente pensar con detenimiento antes de optar por un camino u otro.

—Tienes una cabeza muy sensata sobre estos hombros jóvenes.

—Es la influencia del señor Heilbuth. Tiene algo de filósofo y muchas noches sostenemos discusiones interesantes.

—Me llenas de orgullo, hija. Cuando llegue el momento de casarte, debes elegir un hombre que aprecie tu inteligencia y talento además de tu belleza.

—Papá, por favor. No digas eso. —Meggan apartó la mirada, consciente de que se estaba ruborizando.

—¿Que no diga el qué? ¿Que eres la chica más bonita de Burra con diferencia? Es cierto. Me sorprendería que no tuvieras ya una bandada de pretendientes.

Meggan no quería que su padre siguiera con el tema.

—No aliento a ninguno. La mayoría se cansan pronto de mi indiferencia.

—¿La mayoría?

Meggan maldijo aquel desliz, así como el calor que notaba en las mejillas.

—Todos, papá —declaró con una firmeza que daba el tema por zanjado. Estando Tom lejos de Burra no había ninguna necesidad de preocupar a su padre con las amenazas de ese hombre. Meggan se inclinó para darle un beso en la mejilla—. Tengo que irme. Dile a mamá que la quiero cuando regrese.

Henry la acompañó hasta la verja donde estaba atado su poni. La observó mientras ella desataba las riendas y subía al carro. Aún no se había acostumbrado a ver a su hija manejar el caballo y el carro con tanta facilidad. Él fue cauteloso y se mantuvo a distancia. No le gustaba la boca llena de dientes fuertes que en aquel momento se hizo visible cuando el animal relinchó para responder a la llamada de otro que estaba en un potrero.

Se quedó mirando el carro hasta que este llegó al final de la calle. Sí, a su Meggan le iban bien las cosas. La joven se volvió al llegar a la esquina para saludarlo con la mano y Henry le respondió del mismo modo con la ferviente esperanza de que la vida la tratara mejor de lo que había tratado a su hermana.

Quizá ocurrió como resultado de la conversación que tuvo con su padre. Quizá la necesidad llevara tiempo latente en su interior. Fuera cual fuera el desencadenante, Meggan se encontró con que cada vez pensaba más en convertirse en cantante profesional. Ella luchaba contra aquella necesidad cada vez más intensa con su amor por los gemelos y el profundo afecto y respeto que sentía por sus patronos. Se convenció de que abandonarlos sería un acto de egoísmo. Meggan no contaba con la perspicacia de los que la habían empleado.

Una noche, cuando los gemelos ya estaban en la cama y el señor Heilbuth se había recluido en su despacho, la señora Heilbuth le pidió a Meggan que se sentara con ella para hablar.

—Te preocupa algo, querida. ¿Es que echas de menos a tus hermanos?

Meggan, disgustada por el hecho de que su intranquilidad hubiera sido aparente, asintió de inmediato.

—Sí, los echo de menos. Sobre todo los domingos cuando visito a mis padres y solo estamos los tres sentados a la mesa cuando antes éramos seis.

—Tus padres también deben de echarlos de menos.

—Sé que mi padre se siente solo. Mi madre nunca deja que nadie sepa cómo se siente.

—Hay alguien a quien añoras mucho más que a tus hermanos, ¿no es verdad?

La expresión de la señora Heilbuth era dulce y comprensiva. Meggan se tragó el nudo que se le había formado en la garganta. Había creído que su secreto estaba bien guardado.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Ambos creíais estar ocultando vuestros sentimientos pero cualquiera podía verlos cuando os mirabais. Creo que no me equivoco al sugerir que Con Trevannick es la causa principal de tu tristeza.

Las lágrimas que Meggan había mantenido a raya durante mucho tiempo corrieron a raudales por sus mejillas. La señora Heilbuth la atrajo hacia sí para darle un abrazo maternal. Meggan, con la cara contra aquel hombro consolador y la caricia de una mano suave en el pelo, lloró aún más porque su propia madre nunca la había abrazado de ese modo. El llanto desesperado se calmó al fin, quedando solo unos sollozos hipados.

—¿Ya te sientes mejor, querida? Un buen llanto siempre ayuda.

Meggan se incorporó y buscó en el bolsillo de la falda para sacar un pañuelo con el que enjugarse las lágrimas y sonarse la nariz.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer al respecto? —preguntó la señora Heilbuth—. Él también te quiere.

La respuesta de Meggan fue una declaración impasible:

—No voy a hacer nada. Está prometido con Jenny. Se casará con ella cuando lleguen a Cornualles. Puede que ya estén casados. —Combatió el dolor que atenazaba su corazón—. Tengo que olvidarme de él, señora Heilbuth, y seguir adelante con mi vida.

—Es una pena. —La mujer suspiró—. Parecíais estar hechos el uno para el otro. A veces la vida es demasiado dura.

—Por favor, señora Heilbuth, debo olvidarlo. No poder casarse con el hombre al que amas no es la peor suerte que puede acaecer a una mujer. Estoy sana y tengo talento.

—Y con nosotros siempre tendrás un hogar. Te consideramos como nuestra propia hija.

—Lo sé, y yo los quiero mucho a todos. Es por eso que he dudado muchísimo sobre lo que estoy a punto de pedirle. —Inspiró profundamente—. Señora Heilbuth,

si el señor Westoby aún está dispuesto a patrocinarme, me gustaría emprender una carrera como cantante.

Para alivio de Meggan, la señora Heilbuth no expresó más que deleite.

—Es la mejor decisión que podrías haber tomado, querida.

—¿No le importa? Me siento mal dejándoles. Puede que los gemelos no lo entiendan.

—Lo entenderán cuando se lo expliques, aunque te echarán muchísimo de menos. Todos te echaremos de menos. —La señora Heilbuth tomó las manos de Meggan—. Siempre te he dicho que nunca nos interpondríamos en tu camino. Encontraremos a alguien que ocupe tu lugar... no, me he equivocado. Nadie ocupará nunca tu lugar. Contrataremos a otra niñera para los gemelos. Hay muchas que pueden hacer ese trabajo. En cambio, tu voz es algo muy especial.

Meggan le dio un abrazo impulsivo a su patrona.

—Gracias por comprenderlo. ¿Escribirá al señor Westoby por mí? Me parece que sería más adecuado que se lo pidiera usted.

—Creo que tienes razón. Le escribiré una carta esta misma noche y la mandaré a la ciudad a tiempo para el próximo correo.

Una vez tomada la decisión, Meggan empezó a sentirse más tranquila consigo misma. La certeza de que estaba haciendo lo correcto aumentaba diariamente. Lo que más lamentaría sería dejar a los gemelos, a los que había llegado a querer muchísimo. No mencionó su inminente marcha a Barney ni a Sarah. Habría tiempo de sobra para decírselo cuando se hubieran concretado las cosas con David Westoby.

La respuesta de este a la carta de la señora Heilbuth llegó inesperadamente a vuelta de correo. La redacción era breve, casi lacónica:

«Querida Virginia:

No puedo organizar nada. Mi hermana está enferma.

Mis disculpas para con Meggan.

Atentamente.

David Westoby».

—¿Qué quiere decir? —preguntó Meggan al tiempo que le devolvía la corta misiva a su patrona—. ¿Cree que el señor Westoby ha cambiado de opinión sobre mí?

—No, no. —La señora Heilbuth negó con la cabeza—. David Westoby no es de esos. Sus varias ofertas de patronazgo siempre han sido genuinas. Cuando su hermana se recupere de lo que sea que la aqueja, sin duda recibiremos una comunicación más satisfactoria.

No llegó una segunda carta hasta al cabo de dos semanas. Su contenido era igualmente breve:

«Querida Virginia:

Mi querida hermana dejó esta vida hace tres días.
Su fallecimiento cambia mis circunstancias con lo que respecta a Meggan.
La semana próxima me desplazaré hasta Grasslands para discutir el asunto.
Atentamente.
David Westoby».

—¿Qué cree que quiere decir? —preguntó Meggan una vez más tras leer el corto mensaje.

La señora Heilbuth frunció el ceño con desconcierto.

—El señor Westoby siempre tuvo la intención de que su hermana fuera tu señora de compañía, para dar respetabilidad al hecho de que vivieras en su casa. Quizá necesite tiempo para encontrar a otra persona que haga ese papel.

—O tal vez —dijo Meggan siguiendo un pensamiento pesimista— ha cambiado por completo de opinión y me quedaré aquí en Grasslands. Los gemelos se pondrían contentos.

Pero la señora Heilbuth no iba a aceptar esa idea.

—No te aflijas, Meggan, querida. Ten paciencia, una semana más y estoy segura de que todo se resolverá.

Resultó difícil tener paciencia. Aunque elegir un nuevo camino en la vida le había costado darle muchas vueltas a la cabeza durante semanas de indecisión, a Meggan le atormentaba que ya no pudiera ser posible. Era muy consciente de las dificultades a las que se enfrentaría si se embarcaba en una carrera semejante sin acompañante. Inmediatamente se cuestionaría su moral y muchos la pondrían a prueba. Su deseo de cantar no era tan grande como para estar dispuesta a renunciar a la respetabilidad.

David Westoby llegó un día a media tarde, cuando Meggan y los gemelos habían bajado al arroyo a buscar piedras de colores o cualquier otra cosa de interés que pudieran hallar. Estaban creando un despliegue de naturaleza sobre una mesa pequeña en su extremo del porche. Aparte de ofrecerle las condolencias por la pérdida de su hermana, Meggan no habló con él hasta después de que mandaran a los gemelos a la cama y los adultos se sentaran a cenar.

Durante la comida la conversación giró en torno al éxodo a los yacimientos de oro de Victoria, del efecto que ello tendría en la industria minera del cobre y en las políticas del gobierno sobre la cuestión. David Westoby no habló del tema que más preocupaba a Meggan hasta que terminaron de comer.

—¿Querrás cantar para mí, Meggan, por favor? Después discutiremos qué se puede hacer.

Las preocupaciones de Meggan se desvanecieron un poco con la promesa que había detrás de sus palabras. «El señor Westoby va a ayudarme», se regocijó, de modo que, al concluir su corto recital, las palabras de la señora Heilbuth solo la sorprendieron moderadamente.

—Meggan, querida, el señor Westoby ha discutido con nosotros sus ideas sobre la

mejor manera de ayudarte. El señor Heilbuth y yo estamos completamente de acuerdo. Sin embargo, eres tú la que ha de decidirlo.

Meggan miró al hombre en el que había depositado todas sus esperanzas.

—¿Qué sugiere usted, señor Westoby?

Los Heilbuth no le dieron ocasión de responder y se disculparon rápidamente. El señor Heilbuth para retirarse a su despacho tal como acostumbraba a hacer todas las noches. La señora Heilbuth tomó a Meggan de la mano y le dio una especie de palmadita tranquilizadora.

—Os dejaremos solos para que David pueda decirte lo que tiene en mente.

¿David? Meggan se sobresaltó. Nunca había oído a la señora Heilbuth referirse a su amigo por su nombre de pila.

—Meggan. —David Westoby se había acercado a ella—. Tú también deberías aprender a utilizar mi nombre.

—No me resulta fácil hacerlo, señor Westoby.

—¿Por qué no?

—Me educaron para mostrar respeto a mis superiores y a mis mayores.

—Puede que sea mayor que tú, Meggan, pero nunca me consideraría tu superior. Eres una joven encomiable.

Meggan aceptó el cumplido sin reticencias.

—Gracias.

—¿Quieres sentarte, querida?

Meggan tomó asiento en el sofá. David Westoby se quedó de pie.

Se llevó las manos a la espalda y se balanceó levemente sobre los talones antes de hablar.

—Mi oferta de patronazgo siempre ha sido genuina, Meggan. Comprendo perfectamente los dilemas morales a los que haría frente una joven que quisiera emprender sola ese camino. Perdóname si hablo sin rodeos pero estoy completamente seguro de que no tienes ningún deseo de cambiar la respetabilidad por la fama. No. —Alzó una mano cuando Meggan abrió la boca para decir algo—. Permíteme que termine lo que quiero decir, querida.

Meggan ladeó la cabeza y aguardó a que continuara.

—De estar viva mi querida hermana, ella hubiera sido tu señora de compañía. Podrías haber vivido en mi casa y aceptado mi patronazgo sin el menor indicio de falta de decoro. La situación ha cambiado con su fallecimiento. Estaría mal visto que una joven viviera en casa de un soltero.

—Lo comprendo. —Meggan sintió que empezaba a embargarla la decepción.

—Hay una solución —continuó diciendo David Westoby—. Una que espero que encuentres aceptable.

Hizo una pausa como para poner en orden las ideas. Meggan lo observó con expresión interrogante y cierta noción de lo que el hombre estaba a punto de sugerir.

—Meggan, querida, ¿me harás el honor de convertirte en mi esposa?

Meggan se mordió el labio inferior. Volvió la mirada al hermoso jarrón italiano de amatista y cristal decorado con cintas que estaba sobre el piano. David Westoby había regalado ese valioso objeto a la señora Heilbuth hacía dos Navidades.

—¿Te sorprende que te lo haya pedido? —Parecía buscar un motivo para su silencio.

—No. —Meggan volvió de nuevo su atención hacia él—. Siempre he sabido que me tenía estima.

—¿Y tú correspondes a esa estima? —La miraba fijamente.

Meggan también lo miró. No iba a mentirle.

—Le tengo mucho aprecio, señor Westoby. Sin embargo, debo ser honesta y decirle que no hay nada de amor o afecto en mi corazón.

Para sorpresa de Meggan, él sonrió al oír sus palabras.

—Admiro tu sinceridad, Meggan. No busco amor. El afecto, creo, surgirá con el tiempo. Ten la seguridad, querida, de que nunca te pediré más de lo que estés dispuesta a dar.

Fue a sentarse a su lado y le tomó las manos.

—Como mi esposa tendrás riqueza material, una posición en sociedad y una respetabilidad intachable cuando salgas al escenario.

—Para mí la respetabilidad es más importante que la posición social o las posesiones materiales. No me casaría con usted por su riqueza, señor Westoby.

Un atisbo de sonrisa volvió a dibujarse en su boca.

—No te hubiera ofrecido todo eso de haber pensado que podrías aceptar movida por la avaricia. Te admiro, Meggan. Confieso que ya te tengo mucho afecto. Aplaudo tu honestidad e integridad. Creo que podríamos tener un matrimonio muy cómodo.

Meggan inclinó la cabeza un momento y cuando la levantó de nuevo lo miró directamente a los ojos.

—Me halaga profundamente, señor Westoby. ¿Me consideraría una desagradecida si le pidiera un poco de tiempo antes de darle mi respuesta?

—Quiero que estés segura de tu decisión. Esperaré pacientemente.

—Gracias, señor Westoby.

—David —le sonrió.

Meggan respondió también con una sonrisa.

—David.

Aquella noche Meggan no pudo dormir, su mente estaba tan activa que no dejaba descansar a su cuerpo. A una hora avanzada se levantó, se puso una bata gruesa sobre el camisón y salió al frescor de la madrugada. Oía el correteo de las criaturas nocturnas, el chirrido de los insectos y el golpeteo sordo de un ualabí que cruzaba el potrero dando saltos. No había nada que temer de aquellos sonidos mientras paseaba por el camino de entrada admirando la claridad diamantina de las estrellas.

Se detuvo en la puerta de la valla. Allí cerró los ojos y revivió aquel último encuentro apasionado con Con. A pesar de la promesa que él le hizo, Meggan no veía forma de que pudieran llegar a estar juntos. Jenny le importaba demasiado como para desearle dolor o sufrimiento y su anhelo por Con le hizo darse cuenta de que era mejor que se hallaran en lados opuestos del mundo, donde no podían sentirse tentados.

Meggan fue firme y desvió sus pensamientos del hombre al que amaba para pensar en el hombre que le había ofrecido matrimonio. David Westoby nunca se había casado y Meggan se preguntaba cuál podría ser el motivo. No dudaba que sería un esposo bueno y amable. Podría ser que, en efecto, con el tiempo llegara a sentir afecto por él. Le había ofrecido un futuro de seguridad. Y lo que era más importante, apoyaba su deseo de emprender una carrera como cantante. Él haría todo lo que estuviera en su mano para hacer realidad el sueño que Meggan albergaba desde hacía mucho tiempo.

«El hombre al que amo de verdad está tan lejos de mi alcance como esas estrellas —reconoció Meggan, que miró otra vez al cielo—. Sería una estupidez por mi parte malgastar la vida suspirando por lo imposible». Sería raro encontrar un hombre dispuesto a poner a su esposa en un escenario. Si se casaba con cualquier otro que no fuera David Westoby tal vez no volviera a cantar en público. Al fin y al cabo, la decisión era fácil de tomar. Meggan regresó a la casa, se acurrucó en la cama y durmió profundamente hasta que los gemelos irrumpieron en su habitación por la mañana.

Henry Collins ejerció su derecho como padre y acosó con preguntas al hombre que quería casarse con su hija. Aunque no lo demostró, estaba orgulloso de que un hombre de la riqueza y posición social del comerciante quisiera a Meggan por esposa. Miró a Joanna, que había permanecido sentada escuchando en silencio. Ella inclinó levemente la cabeza aunque no sonrió.

—Estaremos encantados de darle la bienvenida a nuestra familia, señor. Primero debo hablar con Meggan.

—Lo comprendo. Quiere estar seguro de que ha aceptado por propia voluntad.

Henry le dirigió una mirada severa y repuso:

—Nuestra Meggan nunca haría nada que no fuera por propia voluntad. Quiero saber si de verdad está contenta con este matrimonio.

Henry dejó que Joanna agasajara al futuro novio y fue a buscar a su hija a la cocina donde estaba esperando.

—¿Qué te parece, papá? —le preguntó al tiempo que se levantaba rápidamente del banco en el que había permanecido sentada con el mentón apoyado en la mano.

—Tu señor Westoby es un hombre magnífico. Parece tenerte verdadero cariño. —Al ver que ella no respondía, le preguntó—: ¿Y tú?

—Yo lo admiro y lo respeto, papá. Él nunca haría nada que me disgustara.

—Es considerablemente mayor que tú. —Meneó la cabeza al considerar lo que acababa de ocurrírsele—. Tendré un yerno de mi misma edad.

Meggan se arrojó a los brazos de su padre para darle un abrazo.

—¿Eso te hace sentir viejo, papá? —le preguntó en tono de mofa.

Henry la apartó de sí con una sonrisa en la cara aunque él hablaba en serio.

—¿Estás contenta con la idea de este matrimonio, hija?

—Estoy contenta, papá. Me considero afortunada de que pida mi mano un hombre tan bueno como él.

—Entonces todo va bien. —Abrazó a su hija—. Vamos, cariño. Volveremos con tu madre y tu futuro esposo. Tenemos que preparar una boda.

TERCERA PARTE

Adelaida, 1851-1852

Los hermanos Collins no tardaron en descubrir que eran la envidia de muchos de los que viajaban por el camino a Adelaida. Tan grande era el éxodo de mineros de Burra que solo unos pocos afortunados pudieron obtener asientos en alguna de las diligencias. La mayoría iban a pie y llevaban consigo poco más aparte de la ropa y una pequeña cantidad de comida.

Durante los primeros dos días, los que iban andando apretaron el paso impulsados por una falsa confianza en las riquezas que aguardaban en Victoria. Cuando aquellas multitudes optimistas llegaron a Gawler, con más de veinte millas de camino aún por delante, dicho entusiasmo se había reemplazado por una determinación cansada y obstinada. Hal y Tommy, aunque agotados y doloridos por la silla de montar, empezaron a apreciar la insistencia de su hermano en cuanto a los caballos y el carro mucho antes de que se detuvieran la primera noche. Sin duda era mejor montar que caminar, sobre todo porque avanzaban con una rapidez considerablemente mayor que los que iban a pie.

—Espero que descansaremos unos cuantos días en Adelaida. —Hal estaba tumbado en el suelo apoyado en una silla de montar, cerca de la pequeña hoguera que habían hecho para cocinar. Tommy removía un guiso de patatas, col y ternera salada. Fruncía el ceño en su primer intento como cocinero.

—Estará bien comer algo decente para variar. Supongo que depende de Will.

—¿Qué es lo que depende de mí? —Will había regresado tras responder a la llamada de la naturaleza y se acuclilló al lado de Hal.

—Unos cuantos días de descanso en Adelaida. Disfrutar de la ciudad antes de emprender el camino hacia Victoria.

Will cedió a la sugerencia de Hal.

—Tal vez un día o dos. Me gustaría hablar con personas que conozcan el terreno, averiguar cuál es la mejor ruta que podemos tomar.

—Por mar —declaró Hal—. Es más rápido y sencillo.

—Los pasajes para los tres nos costarían un dinero que no tenemos.

—Hubiéramos tenido dinero de sobra si hubiésemos esperado a llegar a Melbourne antes de ponernos en marcha con el carro y los caballos. —De los tres hermanos, Hal seguía siendo el que menos cómodo iba a caballo.

—Y te hubiera gustado mucho ir andando todo el camino hasta Adelaida —replicó Will.

Hal se encogió de hombros.

—Apuesto a que podrías haber conseguido unos asientos en la diligencia. Tú que eres tan bueno organizándolo todo.

Su hosquedad sorprendió a Will.

—¿Qué tienes?

Tommy se rio entre dientes.

—Es más bien lo que no tiene. Si no encuentra pronto una mujer se pondrá insoportable.

Will soltó un resoplido de disgusto.

—Si lo que tienes entre las piernas es tan importante quizá sería mejor dejarte en Adelaida.

—Quizá pueda encontrar una mujer que venga conmigo. Podría cocinar y lavar para nosotros.

—Buena idea —coincidió Tommy con una mueca al ver la mezcla poco atractiva que estaba sirviendo en unos platos de hojalata.

—No va a venir ninguna mujer con nosotros. —Will tomó el plato que le tendía Tommy—. La comida es comida. No importa cómo sepa. Será mejor que te acostumbres a la idea de pasar sin mujeres, Hal. De lo contrario te compraré tu parte y puedes dejarnos ahora mismo si quieres. —Lo dijo con tanta contundencia que sus dos hermanos supieron que hablaba completamente en serio.

Se hizo el silencio. Tommy desvió la mirada hacia Hal y la volvió de nuevo a Will, que continuaba con la suya fija en el rostro de Hal. Él fue el primero en volver la cabeza y el rubor que tiñó sus mejillas fue el único reconocimiento de la reprimenda de su hermano.

—Me quedaré con vosotros.

Adelaida estaba atestada de gente y todo el alojamiento disponible estaba ocupado por personas que esperaban un pasaje a bordo de un barco rumbo a Melbourne. Casi todo el mundo pasaba junto a los tres hombres con su carro y caballo sin mirarlos dos veces. Sin embargo, había quien observaba el carro con interés suficiente para que Will se cuidara mucho de dejarlo sin vigilancia.

—Será más seguro si uno de nosotros se queda en el carro todo el tiempo. Necesitamos encontrar un lugar en el que acampar durante una o dos noches.

Continuaron calle abajo, Will y Hal a caballo y Tommy conduciendo el carro. Su avance era lento por necesidad y les daba tiempo para echar un vistazo en derredor. Las construcciones eran tan diversas como las personas. Unos edificios imponentes se alzaban junto a estructuras que eran poco más que chozas. Hombres y mujeres bien vestidos caminaban entre obreros ataviados con sencillez y buscadores de oro sucios por el viaje. Aborígenes vestidos con harapos pasaban el rato en grupos y sus rostros no dejaban traslucir de ningún modo lo que pensaban de los blancos.

De uno de los hoteles salieron dos hombres con pantalones de muletón y sombreros de palma. Hal fue el único que se fijó en ellos con un interés meramente fortuito hasta que uno de los dos lo miró y él le vio la cara.

—¡Vaya, que me aspen! —exclamó—. Son Joshua y Adam Winton.

Will los miró.

—Ya lo creo que son ellos. —Alzó la mano para saludarlos porque era evidente que los Winton también los habían reconocido.

—Will Collins, Hal, Tommy, menuda sorpresa.

—Lo mismo digo. ¿Cómo estáis, Adam, Joshua?

—No podríamos estar mejor. No puedo creer que os esté viendo. —Adam miró el carro—. ¿Por casualidad os dirigís a Victoria y a los yacimientos de oro?

—Así es. ¿Y vosotros?

—No. Nuestro padre nos despellejaría vivos si lo sugiriéramos siquiera. ¡Eh, cuidado!

El conductor de un coche que iba abriéndose paso por la calle atestada de gente les gritó un improperio por obstaculizar el paso. El caballo que tiraba del carro se movió para apartarse del coche. Will tiró de las riendas para que se detuviera.

—Oídmeme —dijo Adam—, no podemos quedarnos a hablar en medio de la calle. ¿Adónde os dirigís? ¿Podemos encontrarnos en alguna parte?

—De momento buscamos un lugar donde alojarnos y donde el carro esté a salvo.

—Pues tenéis suerte de habernos encontrado. En nuestro hotel acaba de quedar una habitación vacante. Podéis dejar el carro en la calle de al lado junto con el nuestro.

—¿Estará seguro allí? Hay quien ha mostrado demasiado interés en lo que llevamos.

—Vuestro carro estará perfectamente seguro. También hay establos para los caballos.

Y así lo acordaron. Joshua Winton regresó al hotel para reservar la habitación en tanto que Adam subió al carro junto a Will para guiarlo hasta los establos. Aunque satisfecho con la seguridad del lugar, Will hizo una mueca para sus adentros al ver lo que le cobraron por guardar el carro y meter los caballos en el establo. La habitación del hotel era otro gasto, de modo que no iban a quedarse demasiado tiempo en Adelaida.

Más tarde se sentaron los cinco en la habitación del hotel; Joshua y Adam en una de las camas estrechas, Will y Hal en la otra y Tommy en el colchón que habían colocado en el suelo para que durmiera allí. Ya habían intercambiado novedades sobre cómo les había ido en los años transcurridos a cada una de las familias que habían llegado juntas como inmigrantes.

—De modo que ahora pensáis convertirlos en mineros de oro en lugar de cobre —observó Adam—. ¿Esperáis haceros ricos?

Will contestó con seriedad:

—A juzgar por las historias que oímos en Burra, creemos que ganaremos más dinero que en la mina de cobre. Tenemos la expectativa de un trabajo duro. Albergamos la esperanza de hacernos ricos.

—¿Por qué vais por tierra en lugar de ir en barco? —preguntó Joshua.

—Fue idea de Will —contestó Hal—. Le pareció mejor equiparnos bien antes de salir de Burra.

—Y me lo sigue pareciendo. Con tanta gente como pasa por Melbourne los suministros deben de escasear y los precios serán altos. En Adelaida espero encontrar a alguien que me aconseje sobre la mejor ruta para viajar.

—Te lo podemos decir nosotros. El camino es bueno hasta Riverview. Es adónde vamos nosotros. Allí no podréis cruzar el Murray porque el río es demasiado ancho incluso para que naden los caballos. A mitad de camino de Riverview torcéis hacia el sur para bajar hasta Wellington, cerca de donde el río Murray desemboca en el lago Alejandrina. Cruzáis en Wellington, en el *ferry* de Morphett. No tengo ni idea de cómo es el viaje por el lado de Victoria.

—¿Cuándo saldréis de vuelta a casa?

—Pasado mañana. Llevamos una semana en la ciudad. Mañana cargaremos todos los pertrechos y al día siguiente saldremos temprano.

—¿Os importa si viajamos con vosotros?

La sonrisa amistosa de Adam hizo que arrugara los ojos.

—Iba a sugerirlo yo mismo.

—Pero así solo nos queda un día en la ciudad —se quejó Hal.

—Te quedan dos noches —señaló Joshua—. ¿Quieres divertirte un poco? —Le guiñó el ojo a Hal—. Ven conmigo y te mostraré diversión de sobra. —Le dirigió otro guiño a Hal y una torcida sonrisa lasciva.

Hal le devolvió la sonrisa. Por lo visto, Joshua y él tenían la misma noción de lo que significaba la diversión.

Los hombres cenaron juntos en el comedor del hotel, tras lo cual Joshua y Hal salieron a disfrutar de una noche en la ciudad. Adam, Will y Tommy estuvieron paseando por Hindley Street y Randall Street durante una hora más o menos y luego regresaron al hotel. No volvieron a ver a Joshua ni a Hal.

Esos dos, contentos de escapar a la presencia restrictiva de sus hermanos mayores, no perdieron el tiempo y se dirigieron a un hotel cuyas camareras eran famosas por ser muy serviciales. Los jóvenes, bastante ebrios, fueron pasando de la disipación de un hotel a otro.

—¿Has estado alguna vez con una mujer negra? —preguntó Joshua a Hal.

—¿Es diferente a estar con una mujer blanca?

—Si encuentras a una jovencita es incluso mejor. Y más barata que una puta, además. El dinero no significa nada para los negros. Con que les des un poco de grog ya están dispuestas a cualquier cosa. —Soltó una risa lujuriosa al ver la expresión un tanto horrorizada, aunque curiosa, de Hal—. Venga, vamos a por un poco de terciopelo negro. Estoy seguro de que hay unos negros acampados junto al río.

Borrachos, se dirigieron haciendo eses a las afueras de la ciudad. Joshua iba

arrastrando a un Hal que trastabillaba y al doblar la esquina de un edificio vieron a un agente de policía que patrullaba por la calle.

—No querrás pasar la noche en el calabozo, ¿eh, viejo amigo?

Se adentró un poco más en las sombras con un tambaleo y se desabrochó los pantalones para orinar. Hal hizo lo mismo. Fue el primero en fijarse en la chica aborigen que los observaba. Dio un codazo a Joshua al tiempo que volvía a arreglarse los pantalones.

Joshua caminó hacia la chica mientras aún se estaba sujetando.

—¿Quieres? —le preguntó—. Me parece que sí —le dijo por encima del hombro a Hal. Se sacó un pañuelo del bolsillo y lo sostuvo de modo tentador frente a la chica, moviéndolo de un lado a otro al tiempo que se meneaba el pene para enseñarle lo que tenía que hacer si quería ganarse el pañuelo.

La expresión de la muchacha no cambió. Se limitó a quedarse allí en silencio.

El genio que Joshua rara vez se molestaba en controlar estalló.

—Da alguna señal de vida, estúpida zorra negra. No quiero follarme a una maldita estatua.

Le cruzó la cara con un revés y la arrojó al suelo. Se puso encima de ella de inmediato y le tapó la boca con la mano para impedir que gritara. El forcejeo de la chica le hacía difícil sujetarla. Agitaba los brazos y las piernas.

—Esta jodida zorra es como un pulpo —gruñó—. No puedo sujetarla y tirármela a la vez. —Se puso detrás de ella para inmovilizarle los brazos contra el suelo con las rodillas—. Tú primero, Hal, mientras yo juego con sus tetas. Creo que se tranquilizará enseguida.

Al ebrio de Hal no se le ocurrió que lo que estaban haciendo era una violación, sobre todo después de que la mujer dejara de resistirse. Aunque al cabo de unos días sí que se preguntó si Joshua sabía que estaban cometiendo una agresión. Pero la aceptación muda e insensible por parte de la chica de aquella invasión de su cuerpo que ambos llevaron a cabo alternativamente tampoco complació a Joshua. Se levantó tambaleándose y se llevó de allí a Hal, que hubiera vuelto a montar a la mujer.

—Déjala. Ya no sirve de nada y me ha entrado sed.

Regresaron los dos a la calle dando traspiés y sin pensar en la mujer que habían dejado tendida en la oscuridad. Cuando estaban a punto de doblar la esquina del edificio, Hal soltó un grito y tropezó cuando una piedra del tamaño de un puño le dio en el hombro con una fuerza que resultó dolorosa.

—¡Joder! —Joshua tiró de Hal para ayudarlo a levantarse y echó a correr—. Larguémonos de aquí.

Cuando entraron a trompicones en el primer hotel que encontraron y estuvieron a salvo, Hal fue capaz de preguntar, jadeante:

—¿Qué ha pasado?

—Había un negro que nos tiraba piedras. No sé de donde salió.

—¿Crees que sabía lo que estábamos haciendo?

—Es probable. —Joshua se encogió de hombros—. No vendrá a por nosotros.

Hal estaba asustado y no muy convencido.

—¿Y qué pasa cuando volvamos a salir? Puede que nos esté esperando armado con algo más que una piedra. —Se le puso la carne de gallina del miedo a que una lanza silenciosa alcanzara su cuerpo.

Joshua seguía mostrando una absoluta despreocupación.

—Ya habrán vuelto los dos a su campamento, pero podemos quedarnos por aquí una hora o dos para asegurarnos de que no corremos peligro. Parece que va a empezar una partida de cartas. ¿Has jugado a cartas alguna vez, Hal? ¿No? Bueno, pues ahora es un momento tan bueno como cualquier otro para aprender.

Hal no tardó en descubrir que no poseía aptitudes ni suerte con las cartas. En cuestión de una hora ya no le quedaba nada de dinero. Al principio rechazó el ofrecimiento de Joshua de prestarle algo. ¿Y si lo perdía también?

Joshua desechó sus protestas con un gesto de la mano.

—Nadie pierde todo el rato. Unas cuantas partidas más y le cogerás el tranquillo. Recuperarás tu dinero. Vamos, que tengo una buena racha.

Por desgracia la suerte de Hal no cambió y la buena racha de Joshua tampoco duró. Cuando, a altas horas de la madrugada, volvieron tambaleándose al hotel donde se alojaban, ambos tenían deudas. Al llegar se encontraron con que la puerta estaba cerrada con llave.

—¡Mierda! —Joshua le pegó una patada a la puerta—. Pensaba que uno podía dormir la mona en su cama. Voy a despertar a estos malditos bastardos.

Su arremetida a patadas contra la puerta fue acompañada por obscenidades a voz en cuello. Hal se limitó a sentarse junto a la puerta con la cabeza entre las manos. Se sentía incapaz de hacer nada salvo quedarse dormido allí mismo. Apenas incidió en su conciencia el hecho de que otras voces severas empezaban a responder a las palabrotas de Joshua. Protestó con poco entusiasmo cuando tiraron de él para que se pusiera de pie. La fuerza con la que lo sujetaba el policía y la obligada caminata hasta el calabozo le parecieron algo que ocurría fuera de sí mismo.

Will se preocupó cuando, al despertarse a la mañana siguiente, vio que Hal no había regresado durante la noche y estaba a punto de ir a buscar a Adam cuando este llamó a la puerta y entró en la habitación. Su mirada fue directa a la cama sin deshacer.

—Hal tampoco volvió.

—Deduzco que me estás diciendo que Joshua no está.

Adam sacudió la cabeza con expresión sombría.

—Aunque tengo una ligera idea de dónde puedo encontrarle.

La resignación y el desprecio en la voz de Adam Winton hicieron pensar a Will que aquella no era la primera vez que Joshua no regresaba tras una salida nocturna. Will sabía perfectamente la clase de diversión que Hal había estado buscando.

—¿Crees que Joshua podría haber pasado la noche en un burdel o algún sitio así?

—Tal vez, pero sospecho que es más probable que esté en el calabozo. Y Hal también.

—¿Cómo dices? —La calma con la que Adam había hecho aquella afirmación hizo que a Will le resultara aún más chocante.

Sus voces despertaron a Tommy, que se incorporó en el colchón y parpadeó con ojos soñolientos.

—¿Os he oído decir que Hal está en el calabozo?

—Si lo está va a tener que rendirme cuentas. —Will, furioso, se volvió a mirar a Adam—. ¿Joshua tiene por costumbre que lo encierren?

—La última vez que estuvimos en la ciudad lo arrestaron por embriaguez y alteración del orden público. Le advertí que esta vez no se metiera en líos.

—¿Y qué hacemos al respecto?

—No tengo intención de hacer nada hasta que haya desayunado. Luego me acercaré a la comisaría y veré qué se puede hacer. Espero que no tengamos que esperar a que comparezcan ante un magistrado. Con suerte podremos pagar la multa y sacarlos.

—¡Una multa! —exclamó Will—. Ya andamos cortos de dinero.

Adam alzó las manos en un gesto de «¿y qué puedo hacer yo?».

—Podría ser que Hal se librara con una advertencia, sobre todo si solo estáis de paso. Joshua tendrá suerte si no lo llevan ante el magistrado.

Las predicciones de Adam resultaron ser correctas. A Hal lo soltaron con la condición de que se abstuviera de beber alcohol durante el tiempo que le quedaba en Adelaida. A Joshua lo llevaron ante el magistrado y le dijeron que podía quedarse encerrado hasta la mañana siguiente.

—Hal te echará una mano para cargar tus pertrechos —le dijo Will a Adam—. Tommy puede ayudarme a conseguir lo que necesito.

Hal gruñó. Lo único que quería era sentarse y sujetarse la cabeza, que le martilleaba. Ni siquiera quería tumbarse porque eso hacía que empeorara el dolor. Lo último que le apetecía era cargar un carro con suministros. Sin embargo, no discutió con Will. Aunque no lo recordaba con claridad, sabía que la noche anterior había hecho cosas que esperaba que nadie averiguara nunca.

Llegó la noche y a Hal seguía dándole asco pensar en la comida, por lo que se alegró de poder dejarse caer en la cama. Juró que nunca más se excedería de esa forma con la bebida. El dolor resultante hacía que el placer inicial no valiera la pena. Lamentaba profundamente haberse implicado con Joshua Winton. Lo último que se dijo para tranquilizarse antes de quedarse dormido fue que al menos iban a marcharse por la mañana temprano. Con suerte, Will nunca sabría nada de los pagarés que había firmado. En cuanto hubieran dejado Adelaida nadie vendría a reclamar el pago. Parecía que acababa de vencerle el sueño cuando alguien lo despertó de una sacudida y tiró de él con bastante brusquedad para incorporarlo en la cama. La habitación le

daba vueltas. Gimió e intentó zafarse de la mano que lo agarraba por el brazo. Protestó entre dientes y trató de volver a tumbarse. En cambio, se encontró con que tenía encima dos manos que tiraron de él más aún hasta ponerlo de pie. Hal se tambaleó, parpadeó un par de veces y miró a su hermano mayor.

—¿Qué pasa?

—Esto.

Le plantó dos pedazos pequeños de papel delante de la cara. Al principio Hal frunció el ceño, incapaz de comprender qué eran esos papeles o por qué estaba enfadado Will. Echó la cabeza hacia atrás para alejar la vista y poder enfocarla en los papeles.

—¡Oh! —Fue lo único que pudo decir. Tampoco pudo mirar a su hermano a la cara. Se sentó pesadamente en el borde de la cama y dejó caer la cabeza entre las manos. «No pueden ser los pagarés que firmé. —Una negación horrorizada luchaba contra la verdad. No podía ser que esos tipos hubieran venido a reclamarlo tan pronto—. Les dije que pagaría dentro de una semana —gimió—. Esto no puede estar pasándome a mí». Era consciente de que Will estaba de pie frente a él, esperando una explicación. Sabía que no tenía forma de negar su culpabilidad y dejó las manos colgando por debajo de las rodillas, pero seguía sin poder mirar a Will. Un vistazo de reojo le mostró que Tommy estaba en la puerta con expresión preocupada a la vez que decepcionada. Hal sabía que tenía que decir algo.

—La culpa fue de Joshua. —Se estremeció interiormente al oír la irritabilidad de su tono.

—Esta no es la firma de Joshua, Hal.

—Joshua sugirió que nos uniéramos a la partida de cartas. —Se estaba poniendo a la defensiva.

—Fue una estupidez por tu parte. Tú no sabes jugar a cartas. —Will fue mordaz.

Hal reaccionó con un arranque de furia culpable. Se puso de pie de un salto y se encaró a su hermano.

—¿Crees que no lo sé, maldita sea?

—Querrás decir que lo averiguaste demasiado tarde.

—¡Oh, Dios! —Su furia remitió con la misma rapidez con la que había estallado. Se sentó otra vez en la cama. Will tenía derecho a estar enojado—. Estaba borracho, Will. Lo siento.

—¿Lo sientes? Y con eso es suficiente, ¿verdad? —Will dio media vuelta para apartarse porque no se fiaba de permanecer tan cerca de su hermano sin pegarle. Al ver la expresión herida y preocupada de Tommy su enojo se enardeció. Volvió a acercarse a Hal—. ¿Crees que puedes ir a ver a esos hombres y decirles «Lo siento, no era mi intención perder dinero» y esperar que lo olviden todo y nos dejen seguir nuestro camino?

—Creía que ya estaríamos de camino —masculló para defenderse.

—¡Qué! ¿Qué has dicho? —La exclamación fue fuerte. La pregunta fríamente

incrédula.

—Lo que has oído.

—¿Me estás diciendo que firmaste estos pagarés sin intención de pagarlos?

Hal asintió moviendo la cabeza con aturdimiento. Oyó que Will soltaba una imprecación, daba dos pasos bruscos hacia la ventana y regresaba otra vez. Hal había reconocido la intensidad de la furia de Will por cómo su hermano había recurrido a la forma de hablar de Cornualles. Estaba percibiendo la tensión del esfuerzo que hacía Will para no perder completamente los estribos. Acudieron a su mente unas imágenes borrosas de la otra maldad que había cometido la noche anterior. Si Will se enteraba de eso...

Con los antebrazos sobre los muslos, Hal inclinó la cabeza y lloró. Lloró de remordimiento, vergüenza y de miedo a ser descubierto. Lloró por la furia de Will y la desilusión que había visto en el rostro de Tommy. También lloró porque se sentía tan horriblemente mal que tenía ganas de que se lo tragara la tierra.

—¿Qué dirían papá y mamá si se enteraran de esto?

Hal meneó la cabeza y la mención de sus padres por parte de Will convirtió sus lágrimas de vergüenza en sollozos. Ya no podía hablar. Aunque no había nada que pudiera decir para mejorar la situación.

El remordimiento de su hermano no conmovió a Will. Ya no había dinero.

—Ya he pagado tus deudas, Hal. Pero ¿comprendes lo que eso significa?

En esta ocasión Hal asintió con la cabeza. Oh, sí, sabía perfectamente lo que significaba.

—Nos quedan menos de dos libras. ¿Cuánto tiempo crees que nos durarán?

Hal se sorbió la nariz y se frotó furiosamente los ojos con la manga.

—¿Aún no tenemos las provisiones?

—No las suficientes para que nos alcancen las cinco o seis semanas que creo que tardaremos en llegar a Ballarat.

—¿Qué vamos a hacer? —Fue la primera vez que habló Tommy.

—Lo único que podemos hacer es intentar encontrar algún trabajo por el camino. Aunque solo sea a cambio de comida.

La furia, aunque controlada, no había abandonado a Will. Hal supo que, por lo que a él concernía, Will seguiría estando furioso durante mucho tiempo. ¿Y cuánto habían dañado sus estúpidos actos la estrecha relación que había tenido con el joven Tommy? La decepción de su hermano era lo que más le dolía. Dejó escapar un suspiro intenso y sentido.

—Sé que no significa mucho que pida disculpas, Will, Tommy. Pero lamento de verdad haber sido tan estúpido. Os prometo que haré todo lo que pueda para compensarlo.

—Nos lo compensarás —le aseguró Will—. De eso no hay duda. Ahora será mejor que durmamos todos un poco. Nos marchamos temprano.

—¿Con Adam y Joshua?

—No. Ellos se quedarán al menos un día más. Adam no puede terminar de cargar hasta que suelten a Joshua. Además, quiero mantenerte alejado de Joshua Winton. No ha sido un amigo para ti.

—Ni yo quiero que lo sea. —Hal se sorprendió del alivio que sintió—. Me alegro de no tener que viajar con ellos.

Bajo la tenue luz grisácea de la noche que se desvanecía, todo color quedaba reducido a sombras. La gente que ya se había levantado no prestaba mucha atención a los otros que iban andando, la mayoría con la cabeza gacha, hacia dondequiera que pasaran su jornada de trabajo. Los hermanos Collins caminaban en silencio, sin saludar a nadie ni hablar entre ellos. Habían intercambiado muy pocas palabras desde que se habían despertado, habían recogido sus pertenencias y habían dejado el hotel.

En la cuadra de los caballos solo se dijeron las palabras necesarias para ensillar a las dos monturas y enganchar la otra al carro. Cuando estuvieron listos para emprender el viaje, un amanecer dorado y rosáceo bañaba de color la ciudad de Adelaida.

Tras el primer descanso del día, cuando llevaban poco más de tres horas de viaje, Will se encargó de conducir el carro. Dejó que sus hermanos cabalgaran un poco más adelante, allí donde sus voces no le llegaran. Will no quería oír las excusas o ruegos que Hal quería expresarle a Tommy.

Él estaba más preocupado por encontrar la manera de poder recuperar el dinero que Hal había despilfarrado. Will no iba a perdonar a su hermano aquella estupidez hasta que Hal devolviera todo el dinero que había perdido. Cuando llegaran a Ballarat, enviaría a Hal a buscar un empleo pagado. Su parte del oro que pudieran encontrar estaría en proporción a las horas que pudiera dedicar a la mina después del trabajo.

El camino a las montañas era una ruta muy utilizada y se hallaba en buen estado para los caballos y carros, igual que la de Burra a Adelaida. Varias pequeñas colonias alemanas esparcidas por las montañas intrigaron a los hermanos por ser distintas a todo lo que habían conocido hasta entonces. Las casas estaban muy cuidadas, con tejado a dos aguas, ventanas pequeñas y grandes pajares, y todas tenían un jardín florido. Las ancianas se sentaban al sol frente a la puerta, atareadas con su labor de punto. Los niños, con su traje tradicional, jugaban juntos y las niñas llevaban unos pañuelos coloridos en la cabeza. Los hombres, con la pipa en la boca, cultivaban los campos o cuidaban de sus cabras y vacas. Los tres jóvenes viajeros recibían el saludo de hombres, mujeres y niños, que agitaban la mano y les sonreían.

En cuanto los hermanos Collins dejaron atrás las faldas de las montañas y las amigables colonias, supieron que los caminos y senderos serían cada vez menos distinguibles. Aquella primera noche acamparon en las montañas Lofty Ranges. Will calculaba que tardarían otros dos días en ascender por la ladera y cruzar la cima.

Tanto ellos como los caballos necesitarían descansar con frecuencia si no querían agotarse.

Allí empezó el primero de sus problemas, cuando quedó claro que el carro era demasiado pesado para que un solo caballo lo arrastrara ladera arriba. La inexperiencia, combinada con la falta de arreos adecuados, resultó en una gran cantidad de intentos fallidos antes de que engancharan los tres caballos al carro. Por suerte el descenso fue más gradual, con una serie de pendientes, unas más uniformes y otras más escarpadas, que lo hacían accidentado.

Ninguna de las cuestas que encontraron durante los siguientes días de travesía por la campiña a veces ondulante, a veces montañosa, requirió más que la fuerza de un solo caballo para ascenderla. Los tres se tomaron tiempo para disfrutar del campo por el que viajaban. A menudo veían ualabíes que cruzaban el sendero dando saltos a cierta distancia por delante de ellos. En ocasiones las fuertes pisadas de uno de esos animales que se alejaba saltando por la maleza eran la única indicación de su presencia cercana.

—Cuesta distinguir a esos ualabíes en el páramo —comentó Hal—. Podría pasar que le dieran un susto a alguien con uno de sus saltos inesperados.

Sus palabras fueron proféticas. Un ualabí de color gris saltó de entre los arbustos casi bajo el hocico del caballo que tiraba del carro. Sobresaltada, la criatura ladeó rápidamente el cuerpo sin aminorar la velocidad de su salto. El caballo se espantó y Tommy necesitó de todas sus fuerzas para controlarlo. Lo había logrado y el corazón le palpitaba acelerado por el miedo a no poder hacerlo cuando otros tres ualabíes, en rápida sucesión, salieron detrás del primero. El caballo dio un salto y se lanzó al galope.

Tommy tiró de las riendas con todas sus fuerzas al tiempo que gritaba «¡So! ¡So!». Oyó que tanto Hal como Will daban voces y fue consciente de que Will galopaba a su lado.

—Tira del freno —chilló Will.

Will lo adelantó entonces y se inclinó para agarrar al caballo asustado por la brida. Tommy soltó una mano de las riendas para llevarla a la palanca del freno. No llegó a tocarla. Notó que volaba por los aires. «¡Oh, Dios mío, no! —pensó—. No. Así no».

Will a duras penas logró hacer girar a su caballo para apartarlo del camino del carro que se alzó por los aires antes de caer a un lado. El caballo que tiraba de él, totalmente aterrorizado, sacando espuma por la boca y con los ojos en blanco, continuó galopando precipitadamente hasta que el carro se deslizó de lado al borde del camino. El peso del carro desequilibró al animal. El caballo cayó en mala postura y fue arrastrado por el carro que continuó deslizándose cuesta abajo.

Horrorizado e impotente, Will se quedó mirando el carro estrellado durante quizá unos diez segundos y luego cabalgó rápidamente hasta donde Hal se hallaba inclinado sobre el cuerpo de Tommy.

—¿Está vivo? —preguntó antes incluso de deslizarse de la silla.

—Eso creo.

Will se inclinó sobre su hermano pequeño. Tommy respiraba, en efecto, aunque yacía inmóvil. Tenía sangre en la cara y en las manos. La pernera derecha de su pantalón estaba empapada de sangre. Tenía la pierna torcida en un ángulo grotesco entre la rodilla y el tobillo. Will le puso una mano en la pierna a Tommy con mucho cuidado. Notó la rotura del hueso. Desde donde estaba arrodillado al otro lado de su hermano, Hal miró a Will con rostro macilento.

—¿Qué vamos a hacer? Está muy malherido, ¿verdad?

La expresión de Will era sombría, las ideas se arremolinaban en su mente.

—Me da miedo moverlo.

—¿Quieres que vaya a buscar ayuda? ¿A ver si puedo encontrar a un médico?

—¿Y adónde podrías ir? ¿Todo el camino de vuelta a Adelaida?

—¿Y en las colonias alemanas?

—Están casi igual de lejos.

—Pues seguiré el camino. Más adelante habrá algún tipo de asentamiento. — Tenía que haberlo, no le gustaba el aspecto del rostro pálido de su hermano.

—Lo mejor sería que primero intentáramos poner cómodo a Tommy. —Will se quitó la chaqueta y la dobló para hacer una almohada que colocó con cuidado debajo de la cabeza de Tommy—. Échale tu chaqueta encima, Hal, para que mantenga el calor, y quédate con él. Yo iré a ver qué ha ocurrido con el carro y el caballo y entonces decidiré qué es lo mejor.

Will tomó el rifle de la funda de su silla de montar y se dirigió ladera abajo con dificultad, resbalando y deslizándose por el suelo. El caballo estaba muy malherido pero aún vivo, tumbado en el suelo con los tirantes enredados en sus patas rotas. Will tenía muy poca práctica en apuntar un arma pero sostuvo el extremo del cañón contra la cabeza del animal. El retroceso le sacudió el brazo y el hombro y el ruido le resonó en los oídos. El caballo tenía un agujero de un rojo oscuro en el cráneo. Yacía inmóvil, ya no sufría. Will flexionó el hombro para aliviar el efecto del retroceso. Se sintió muy mal por el acto que se había visto obligado a cometer.

—Era lo mejor que podía hacer por ti, pobre bestia.

El carro había quedado muy malparado y casi todo el contenido estaba desparramado por el camino que había seguido cuesta abajo, o en torno al árbol que había detenido su caída. Tras una valoración rápida, Will vio que gran parte de su harina, arroz y azúcar se habían derramado. Aparte de dichos artículos comestibles, parecía que se podría recuperar la mayor parte del contenido del carro. Tiró de unas mantas que se habían quedado debajo de unos picos y palas y se dirigió otra vez arriba. Cuando hubo arreujado a Tommy en las mantas le dijo a Hal lo que creía que debían hacer.

—Creo que deberíamos seguir adelante. Esperar encontrarnos con otra colonia.

—Saldré de inmediato. —Hal hizo ademán de ir a ponerse en pie.

—No. Iremos juntos. No quiero que nos separemos. Tendremos que dejar solo a Tommy unos minutos. Quiero que vengas conmigo para coger algunas tablas y cuerdas del carro.

—¿Para qué las quieres?

—Tendremos que hacer alguna especie de trineo para que uno de los cabal os tire de él. Necesitamos un modo de llevar a Tommy. Y creo que deberíamos intentar enderezarle la pierna. Ya lo sé —añadió al ver el grito ahogado de Hal—. Yo tampoco me siento muy bien al respecto. Pero me parece que haríamos mejor enderezándosela y entablillándosela que dejarla tal y como está. Con suerte, si sigue inconsciente, no sentirá dolor.

Los hermanos se apresuraron a llevar las cosas que necesitaban a lo alto de la ladera. Will partió una de las tablas traseras del carro con un hacha para hacer una tablilla para cada lado de la pierna herida de Tommy. Hizo trizas una camisa para atar las tablillas en su sitio. Luego se preparó para lo que debía hacer.

—Será mejor que lo sujetes bien, Hal, por si acaso recobra el conocimiento.

Hal se arrodilló detrás de la cabeza de su hermano pequeño y le puso las manos en los hombros. Estaba tan preocupado que tenía el estómago revuelto. Resultaba horrible contemplar el rostro magullado de Tommy que se estaba hinchando rápidamente.

Will utilizó un cuchillo para cortar la pernera empapada de sangre. Notó que el sudor del miedo le perlaba la frente y empezaba a caerle en los ojos. Se lo enjugó con la manga. Estaba asustado... terriblemente asustado. Alzó un momento la vista para mirar a Hal. El miedo manifiesto en la expresión de su hermano fue el estímulo que necesitaba para hacer lo que había que hacer.

Sujetó la pierna de Tommy por encima y por debajo de la fractura del hueso. El cuerpo de Tommy se sacudió. Con un vistazo rápido vio que Hal apretaba los labios, como si contuviera las náuseas. Will también tenía el estómago un poco alterado. Inspiró profundamente y volvió a secarse el sudor de la frente con la manga.

—Espero haberlo hecho correctamente, por el bien de Tommy.

Sujetó la pierna enderezada tan fuerte como pudo. Hal lo ayudó a atar las tablillas a ambos lados de la pierna. Se quedaron los dos junto a su hermano durante varios minutos hasta que Will se convenció de que Tommy no parecía haber empeorado con aquel tratamiento primitivo.

—Parece estar bien. Será mejor que tú y yo hagamos el trineo, Hal.

Cortaron unos árboles jóvenes para usarlos como travesaños sobre los que ataron con cuerdas unas tablas del carro. Los travesaños estaban sujetos a unos troncos más sólidos, ambos un poco más largos que las tablas. Los extremos de esas guías laterales sería la única parte del trineo que tocaría el suelo. Will esperaba que diseñándolo de ese modo Tommy sufriría menos los altibajos. Con las correas que le cortaron al cabal o muerto ingeniaron otro arnés para arrastrar el trineo. Cuando terminaron la improvisada camilla pusieron a Tommy en ella sobre un lecho de

mantas, lo taparon con otra y lo sujetaron bien a su medio de transporte.

Lo único que les quedaba por hacer era recoger un poco de comida de la que había sobrevivido y toda el agua que no se hubiese derramado. El resto de sus pertenencias debían quedarse en la ladera con la esperanza de que nadie se lo robara todo antes de que los hermanos pudieran regresar a buscarlo. Will y Hall hicieron a pie la parte del camino que todavía quedaba cuesta arriba, guiando a los caballos. Cuando alcanzara un terreno más llano que no supusiera tanto esfuerzo para los animales, entonces montarían.

A media tarde ambos estaban fatigados y preocupados. Tommy, aunque aún respiraba, no mostraba indicios de recuperar la consciencia. Hal miró desesperado la campiña circundante. Habían llegado a una zona donde los árboles crecían menos densos, donde uno podría esperar encontrar la choza de un colono.

—Seguro que pronto encontraremos una vivienda. Tenemos que encontrar a alguien. —A Hal se le fue apagando la voz y sollozó—. Tommy no puede morir.

Will no contestó. Estaba angustiado y se culpaba a sí mismo. Había sido idea suya equiparse en Australia Meridional y viajar por tierra hasta Ballarat. De haber hecho la travesía en barco, Tommy no se hallaría en condiciones tan graves. Will no podía expresar con palabras su culpabilidad. Solo podía rezar, repitiendo palabras y frases que su madre utilizaba. Él, que nunca le había dedicado mucho tiempo a Dios, deseaba entonces haber tenido mejor relación con Él.

Hal exclamó de repente:

—¡Mira, Will! Seguro que eso de ahí es humo. ¡Gente, por fin!

Will miró en la dirección que le señalaba Hal.

—Tienes razón. —«Tal vez sí que Dios escuchó mis plegarias». No obstante, aún no podía permitirse relajarse—. Ve delante, Hal. Prepararlos.

Hal puso el caballo a medio galope y siguió el camino hasta que se perdió de vista al rodear unos matorrales. Al cabo de unos momentos volvió a aparecer, cabalgando más aprisa que antes. Will frenó su montura.

—¿Qué ha pasado?

—El humo es de un campamento de negros, no de una casa.

Will quedó desconcertado por la agitación de su hermano.

—¿Acaso les tienes miedo? Ya has visto muchos en Burra e incluso en Adelaida. ¿Son un grupo beligerante? —Vio que Hal estaba temblando y había empaldecido.

Hal intentó combatir su creciente pánico. Un grupo beligerante, sí, eso le diría a Will, y lo instaría a dar media vuelta. Al ver el grupo había recordado con una claridad nauseabunda los otros juegos a los que se había dedicado con Joshua en Adelaida. Se sabía que los aborígenes eran vengativos. ¿Y si le reconocían? Un sonido llegó a sus oídos, un sonido que provocó un escalofrío de miedo que le recorrió la espalda. Hasta que Will no soltó una exclamación y se deslizó rápidamente al suelo no se dio cuenta de que era Tommy quien había hecho ruido.

—Rápido, Hal, hay una botella de *whisky* en mi silla de montar.

Hal desmontó rápidamente.

—¿Está consciente?

—Solo en parte. Pero creo que le daré un poco de *whisky*. Al menos le hará entrar en calor aunque no sirva de nada más.

Con mucho cuidado, a sorbitos muy pequeños, Will logró que Tommy bebiera un poco de *whisky*. El muchacho gimió unas cuantas veces y luego pareció volver a sumirse en la inconsciencia.

—Iremos al campamento de los negros.

—Ellos no podrán ayudarnos. —Hasta la última fibra de su ser advertía a Hal que se mantuviera alejado.

—Tal vez puedan decirnos dónde se encuentra la casa más próxima.

—No sabes hablar su idioma.

—Podemos comunicarnos por señas. Ya verán que Tommy necesita un médico.

Hal, que estaba a punto de poner más objeciones, percibió un movimiento por el rabillo del ojo. Se levantó de un salto y ya iba a precipitarse hacia el rifle cuando Will lo agarró con fuerza del brazo para detenerlo.

—No, Hal. Son pacíficos.

Al menos esperaba que esos dos hombres lo fueran, pese a las lanzas, garrotes y bumeranes que llevaban. Uno de ellos cargaba con un ualabí de buen tamaño y el otro con par de lagartos grandes. Iban descalzos, vestidos solo con unas capas de piel de zarigüeya que les colgaban de un hombro y les llegaban a las rodillas. Will se preguntó si habrían visto antes a personas blancas. Por lo que él veía, sus expresiones no mostraban agresividad ni curiosidad.

Los dos aborígenes se acercaron a la camilla. Miraron en silencio a Tommy. Uno de ellos le habló al otro en su idioma gutural. El segundo, un hombre más joven, asintió con la cabeza y miró a Will.

—Él muy enfermo.

Will quedó asombrado. Oyó que Hal soltaba un grito ahogado. ¿Cómo podían haber tenido tanta suerte?

—¿Hablas inglés? Él, mi hermano, tiene una pierna rota. Rota. —Hizo un gesto como partiera un palo en dos.

El hombre más joven asintió.

—Vosotros venid. —Ambos empezaron a caminar.

—¿Vas a ir con ellos? —susurró Hal.

—Por supuesto que vamos a ir con ellos. El más joven hablaba inglés, ¿no? Debe de saber dónde hay blancos.

—Pero solo llevan pieles de zarigüeya. Los negros que han estado con blancos suelen llevar algún tipo de ropa adecuada.

—Tal vez no llevan ropa en el páramo. No lo sé. Lo único que me importa es que podremos hacernos entender. Tenemos que hacer todo lo que esté en nuestra mano para conseguir ayuda para Tommy.

Hal se tragó su miedo a las represalias, su pánico culpable. Razonó consigo mismo que sin duda aquella gente sería de una tribu distinta. Aunque intentaran hacerle daño podría defenderse con su rifle. El pobre Tommy estaba indefenso. Su vida corría un peligro aún mayor.

Los hombres blancos siguieron en silencio a los dos aborígenes hasta el campamento. Se trataba de un pequeño grupo familiar: una anciana, dos mujeres más jóvenes, media docena de niños de varias edades y un joven de unos dieciséis años más o menos.

El más joven de los dos aborígenes habló rápidamente en su idioma. La anciana se puso de pie y se acercó a la camilla. Miró a Tommy, asintió con la cabeza con expresión sabia y le dijo algo al hombre. Este se volvió a mirar a Will.

—Os quedáis con nosotros, esta noche.

Will dijo que no con la cabeza.

—Mi hermano necesita un médico. ¿Puedes llevarnos donde haya blancos?

—Hombre blanco, él muy lejos. Anciana conoce medicina.

—¿Medicina del hombre blanco?

—Medicina pertenece a nuestro pueblo.

Hal le habló al oído a Will y le dijo en voz baja para que el aborígen no lo oyera:

—Pregúntale a qué distancia están los blancos. No me gusta la idea de que esa anciana le haga nada a Tommy.

—A mí tampoco, pero no creo que tengamos alternativa. —En voz más alta, Will preguntó al aborígen—: ¿A qué distancia está la casa del hombre blanco?

—Quizá tardes toda la noche.

—¿Y un médico... un hombre de medicina blanco?

El aborígen negó con la cabeza.

—Medicina del hombre negro buena.

La anciana habló rápidamente dirigiéndose primero a los hombres y luego a una de las mujeres jóvenes, la cual respondió con brevedad y abandonó el campamento.

—Mirritji va a buscar medicina. Acerca al hombre al fuego —le indicó a Will.

Will y Hal desataron el arnés que sostenía la camilla de Tommy. Con la ayuda de los dos aborígenes lo acercaron al fuego. El frío de la noche que se avecinaba ya se notaba en el aire. Will le dijo a Hal que se encargara de los caballos y desató las cuerdas que sujetaban a Tommy a la camilla mientras la anciana se acuclillaba a su lado para destapar la pierna rota.

Will notó el sabor de la bilis en la garganta. La herida ya parecía estar enconándose. La anciana hizo un gesto grave con la cabeza. Luego raspó un poco de carbón del borde de la hoguera, tomó las hojas que la joven le había traído y las echó en el cazo lleno de agua caliente que había al fuego. La preocupación de Will por su hermano quedó momentáneamente desplazada por la curiosidad sobre cómo calentarían el agua los aborígenes antes de la llegada del hombre blanco con sus recipientes metálicos.

El cazo humeante, que se había retirado del fuego para que se enfriara, desprendía un aroma mentolado de eucalipto. Will recordó haber oído que la esencia de las hojas de eucalipto supuestamente tenía propiedades limpiadoras. Se lo preguntó al hombre que hablaba un poco de inglés.

El aborígen movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Buena medicina. Él muy limpio.

Hal volvió tras ocuparse de los caballos y soltó un grito ahogado al ver la pierna expuesta de Tommy.

—¡Dios mío! Si no conseguimos ayuda pronto Tommy morirá, o como mínimo perderá la pierna.

—Ya nos están ayudando. Puede que no sea la clase de medicina a la que estamos acostumbrados pero aun así es medicina. —Will sumó una plegaria silenciosa a sus palabras para que fueran ciertas.

La anciana empezó a regar la herida abierta con la infusión de eucalipto hasta que la carne viva se vio limpia. A continuación hizo una pasta con las hojas mezcladas con el carbón y la aplicó en torno a la herida como una cataplasma. Will y Hal se miraron con la misma pregunta en la cabeza. ¿Esa pasta primitiva curaría o dañaría? No podían hacer otra cosa más que rezar para que fuera lo primero. La mujer tomó un pedazo de corteza, humedeció la cara interior y se la colocó en la frente a Tommy.

—La corteza ayudará a despertar otra vez —explicó el aborígen—. Vosotros quedar con nosotros hasta el sol salir.

Los aborígenes fueron generosos a la hora de compartir su comida. Aunque la carne de canguro medio cruda no resultaba muy apetitosa, ni Will ni Hal querían ofenderlos negándose a comer. Will entabló conversación con el hombre, que se hacía llamar Jerry.

—Hombre blanco dio ese nombre.

—¿Cómo aprendiste inglés, el idioma del hombre blanco?

—Trabajar con jefe Harvey, mucho tiempo. Cuidar de sus ovejas.

—¿Ahora ya no cuidas de sus ovejas? —Era una pregunta y una afirmación a la vez.

—Ahora retiro con mi gente. Volver pronto.

—Mañana, cuando salga el sol, debemos llevar a mi hermano al lugar más próximo donde haya hombres blancos. ¿Nos mostrarás el camino?

El hombre dijo que no con la cabeza.

—No ir. Nosotros quedamos hasta venir jefe Harvey.

—Estáis esperando a que tu jefe venga al campamento —exclamó Will—. ¿Cuándo vendrá?

—Viene muy pronto. Joven lleva mensaje a jefe Harvey.

Will echó un vistazo al grupo y vio que el joven ya no estaba con ellos. No recordaba haberlo visto marchar. Se sintió embargado de una gratitud inmensa. O Dios había respondido a sus anteriores oraciones o bien el destino había decidido

serles bondadoso. Se preguntó qué podría darle al aborígen para demostrarle su agradecimiento. Se preguntó si el hombre se sentiría ofendido si le ofrecía un regalo.

Mientras Will hablaba con aquel hombre, Hal, sentado cerca de Tommy, era incómodamente consciente de la gracia ágil de las dos mujeres jóvenes, de la forma en que la luz de la hoguera brillaba en sus cuerpos. La turbación que había sentido desde que había entrado en el campamento se veía agudizada por las ocasionales risitas y miradas tímidas que las muchachas dirigían a los hombres blancos. Su semidesnudez núbil ni siquiera excitó a Hal. Él se sentía casi físicamente enfermo de culpabilidad y remordimiento. Si aquella gente hubiera estado enterada del delito que había cometido en Adelaida era más que probable que los hubieran matado a los tres en lugar de prestarles ayuda. Apartó el rostro de las mujeres, avergonzado. Hal esperó solemnemente no volver a encontrarse con Joshua Winton jamás en la vida.

En las horas más frías de la noche, las horas que preceden al alba, Tommy se movió y abrió los ojos, aún medio sumido en el sueño que tenía sobre Cornualles. Pero aquello no era Cornualles. No se le ocurría dónde podía estar. Le dolía horriblemente la cabeza, así como la pierna derecha. Cuando trató de moverse el dolor le hizo soltar un grito. Oyó la voz de Hal que llamaba a Will y luego vio el rostro de su hermano mayor que se inclinaba hacia él.

—Tommy. Gracias a Dios que vuelves a estar despierto y consciente.

—¿Cómo te encuentras? —Hal también se inclinó sobre él.

—La pierna... ¿Qué pasó?

—¿No te acuerdas?

Tommy intentó menear la cabeza pero hizo una mueca de dolor.

—Lo último que recuerdo es que conducía el carro subiendo una ladera.

—El caballo se desbocó, un ualabí que le saltó delante lo asustó. Saliste despedido del carro. Te golpeaste, quedaste inconsciente y te rompiste la pierna.

—¿Cuándo pasó?

—Ayer por la tarde.

—¿Y dónde estamos ahora?

—En el campamento de unos aborígenes. La anciana te trató con sus hierbas medicinales.

—¿Qué hora es?

—Creo que se acerca el alba. Tú quédate quieto, intenta dormir, si acaso, hasta que sea de día.

Will se levantó y se alejó del campamento. Al pasar junto a Jerry vio el blanco de sus ojos que relucía en la oscuridad. Sin mediar palabra, intercambiaron un gesto de agradecimiento y satisfacción. Will siguió andando y se adentró en la arboleda donde encontró un lugar para aliviarse. Cuando volvió a estar cómodo físicamente se dio cuenta de que el enorme peso de la tensión se había aligerado de manera

considerable. No iba a cuestionar si Tommy habría recuperado el conocimiento sin la ayuda del remedio de la corteza. Lo único que importaba era la certeza que tenía de que Tommy sobreviviría.

Antes de que se hiciera del todo de día las mujeres ya habían vuelto a atizar el fuego y habían colocado el cazo con agua fresca a hervir. Cuando el agua burbujeó, una de las mujeres sacó una bolsa pequeña de la que tomó un puñado de hojas de té que echó en el agua hirviendo. Luego retiró el cazo del fuego y removió el té tres veces con un palo.

Will recordó que le habían contado que a los aborígenes les gustaba mucho el tabaco y el té. Ninguno de los hermanos Collins usaba tabaco. Sin embargo, había un paquete de té en sus alforjas. Podía regalarles el té y quizá otro cazo, pues por lo visto los aborígenes solo tenían aquel. Cuando vio que la mujer sacaba azúcar para echarlo al té se le ocurrió que también podría darles su paquete de azúcar.

El té era fuerte y de un dulzor casi empalagoso. Los aborígenes lo bebían de unas tazas de hojalata abolladas. Los hermanos Collins sacaron sus tazas de las alforjas. Utilizaron las sillas de montar para que Tommy pudiera recostarse en ellas. Aunque tuvo que sostener la taza con ambas manos, se bebió todo el té.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Hal.

—Un poco. Creo que si comiera algo se me asentaría un poco el estómago.

Hal fue a buscar la lata de galletas. Cogió algunas para Tommy y luego pasó la lata a los aborígenes. Las manos de los niños agarraron los dulces con avidez y unas amplias sonrisas blancas de placer surcaron sus rostros. Pero la anciana no dejó que comieran hasta hartarse. Cuando todos los niños y adultos hubieron cogido unas cuantas galletas, cerró la lata y se la devolvió a Hal. La mujer señaló a Tommy, para que Hal supiera que le estaba diciendo que guardara las galletas que quedaban para su hermano.

Transcurrieron lentamente las horas. Cuando el día empezó a ser más cálido, el grupo se trasladó a la sombra de los árboles junto a la poza que había allí cerca. La mujer preparó una infusión de una planta diferente para que Tommy se la bebiera y aliviar así el dolor. A través de Jerry dijo que Tommy debía dejarse el emplasto de la pierna otro día más. Los niños jugaban al borde del agua y los hombres blancos miraban interesados sus juegos. Jerry y el hombre mayor se habían llevado las lanzas par cazar, en tanto que las dos jóvenes se alejaron con sus bolsas en busca de cualquier cosa comestible que pudieran encontrar en el páramo.

Regresaron con las bolsas llenas de tubérculos y bayas silvestres. Al cabo de poco regresaron los hombres con una serpiente y otro lagarto. Arrojaron los dos reptiles a las brasas tal y como estaban. De nuevo la comida se compartió libremente con los hombres blancos. Por renuentes que fueran algunos de los hermanos a probar alguno de esos reptiles, el hambre prevaleció. Para su enorme sorpresa, descubrieron que la serpiente cocinada sabía casi igual que el pollo. Los frutos tenían un sabor similar a las frambuesas. Una vez más, se hirvió agua en el cazo para hacer té.

Jerry sonrió ampliamente cuando Hal aceptó un pedazo de lagarto.

—Comida de hombre negro, muy buena, ¿eh?

Hal, que ya se sentía más cómodo con aquella gente, le devolvió la sonrisa.

—Muy buena. ¿Qué te parece, Will? Ya no tendremos que preocuparnos más por si nos quedamos sin comida. Podemos atrapar una serpiente o un lagarto.

Para su inmensa sorpresa, Jerry se echó a reír a carcajadas. Las palabras que pronunció en su idioma provocaron muchas risas entre el grupo. Hal miró a Will.

—¿Qué dice? ¿Qué les hace tanta gracia?

Jerry logró controlar la risa.

—Hace gracia el hombre blanco intenta atrapar lagarto. Lagarto corre muy rápido.

Will también se rio un poco.

—Creo que Jerry tiene razón, Hal. Quizá sería mejor que aprendiéramos de las mujeres a encontrar comida en el páramo.

A lo que Jerry murmuró con evidente regocijo.

—Hombre blanco se cree es muy listo, pero hombre negro también listo.

—Tienes razón. —Will se puso más serio de inmediato—. Sin vuestra ayuda podría ser que Tommy no siguiera con vida. Y no hay duda de que hubiéramos pasado mucha hambre.

A mediodía todo el mundo descansaba. La anciana, el hombre mayor y algunos de los niños dormían. Tommy y Hal también dormían. Will no podía. Sentado con la espalda apoyada en un árbol escuchaba por si oía algún sonido que pudiera anunciar la llegada del jefe Harvey de Jerry.

No fue hasta media tarde, cuando los hombres habían vuelto a tomar sus armas de caza con la esperanza de conseguir otro ualabí, cuando sí que oyó el sonido inconfundible, si bien aún distante, de un carro que se aproximaba. Se levantó de un salto y corrió hacia el camino que habían estado siguiendo. En efecto, un carro más bien pequeño de lados rectos tirado por dos caballos se aproximaba por el este.

Corrió al campamento para ir a buscar el caballo.

—¿Qué pasa? —preguntó Hal, alarmado.

—Se acerca un carro. Cabalgaré a su encuentro. Díselo a Tommy.

Ensilló el caballo a toda prisa, montó y galopó al encuentro de los que se acercaban. El carro se había detenido cuando Will lo alcanzó. Dos hombres vestidos con los pantalones de mulatón y las camisetas de franela típicos de los colonos iban sentados en el pescante. El joven aborígen iba en el carro.

Will ni siquiera perdió tiempo con presentaciones formales.

—Me alegro mucho de verle, señor Harvey. —Se dirigió al hombre fornido que sujetaba las riendas y que tenía aspecto de ser quien daba las órdenes—. Soy Will Collins. ¿Qué le ha contado el chico? —Por primera vez Will se preguntó si el joven aborígen hablaba inglés. Seguro que sí, porque la ayuda había llegado.

—Tengo entendido que hubo un accidente y que tiene a un hombre inconsciente

con la pierna rota.

—Por suerte ya no está inconsciente. De todos modos, sigo preocupado por él. Ojalá pudiéramos llevarlo a un médico.

—No hay ningún médico a este lado de Adelaida. Aquí nos apañamos solos. Vamos, será mejor que venga conmigo y me cuente todo lo que ha pasado. Jack puede coger su caballo.

El hombre llamado Jack intercambió el lugar con Will. Cuando Harry puso el carro otra vez en marcha, Will se lo relató todo, desde que los ualabíes se cruzaron en su camino.

—Tuvimos suerte de encontrar a los aborígenes. No sé cuánto bien le está haciendo el emplasto de la anciana a la pierna de Tommy. Solo sé que lo que sea que le ha dado de beber le ha calmado el dolor.

—Probablemente se sorprenderá, pero he sido testigo de la efectividad de la medicina de la vieja Mary más veces de las que podría contar. —Tomó las riendas con la mano izquierda y con la derecha se arremangó la camisa. Una profunda cicatriz blanca le recorría el antebrazo en diagonal, desde el codo hasta la muñeca—. Me curó esto.

—¿Cómo ocurrió?

—Un accidente, cortando madera. Estaba perdiendo demasiada sangre hasta que Jerry fue a buscar a su madre y la trajo a la casa. Creo que le debo la vida.

—¿La mujer es la madre de Jerry? ¿Y el hombre mayor?

—Es un tío. El muchacho que va detrás es su hijo mayor. Una de las jóvenes es su esposa, la otra es una prima. Aún no tengo claro de quién es cada niño. Con los aborígenes toda la tribu asume la tarea de criar a los niños. No parece importar quiénes son los padres.

—Jerry me dijo que cuida de sus ovejas. ¿Y los demás?

—Dejo que vivan junto al arroyo. El joven Billy —dijo sacudiendo la cabeza para señalar la parte trasera del carro— me ayuda en el corral.

Para entonces ya habían llegado al campamento. Harvey se acercó de inmediato a Tommy.

—¿Cómo te encuentras, muchacho?

—Me siento mejor.

—Mmm. Por lo que me cuenta tu hermano tuviste mucha suerte de no resultar muerto. Bueno, será mejor que te subamos al carro y volvamos a la casa. Pondré un colchón para que no des demasiadas sacudidas. Ah, ahí viene Jerry. Y veo que además traen la comida.

Jerry llevaba un ualabí pequeño que dejó caer al suelo.

—Buen día, jefe.

—¿Ya has terminado el retiro, Jerry? ¿Vienes a casa?

—Venimos a casa, jefe. Tal vez montamos en carreta.

—Tal vez no. No hay espacio suficiente para todos. Aunque me llevaré a Mary.

Dile que va a venir conmigo.

Aunque los hombres tuvieron mucho cuidado, su traslado hasta el carro hizo que Tommy gritara varias veces de dolor. Cuando lo hubieron acomodado en el colchón tenía la frente cubierta de sudor. A Will le preocupaba que volviera a desmayarse, aunque tal vez no habría sido mala cosa que lo hiciera. El viaje que tenían por delante no iba a resultarle agradable a Tommy, ni siquiera con el grosor del colchón para suavizar las sacudidas.

Will y Hall engancharon los caballos detrás del carro, cargaron las sillas en él y subieron al lado de Tommy. La anciana Mary trepó al vehículo y se sentó detrás con las piernas cruzadas.

—¿Cuánto tardaremos? —preguntó Tommy con voz débil y entrecortada por el dolor.

—Creo que deberíamos llegar antes de medianoche. La suerte es que hay luna llena. Podemos ver fácilmente por donde vamos. —Sacudió las riendas—. ¡Arre, bestias perezosas! Tenemos que llevar a casa a este muchacho.

Harvey dirigió el carro rumbo al norte por un camino que a duras penas se distinguía. Cuando los caballos se acomodaron a un paso regular, Harvey miró por encima del hombro a Will.

—Y a todo esto, ¿qué estáis haciendo aquí, amigos? ¿Teníais intención de estableceros en algunas tierras?

—Vamos... íbamos de camino a Ballarat, hacia los yacimientos de oro.

Harvey soltó un resoplido.

—¡Ja! Tendría que habérmelo imaginado. Lo mismo que todos los de la colonia. Jack, aquí presente, es el único hombre blanco que me queda trabajando para mí. Menos mal que Jerry y un par de negros más están dispuestos a trabajar de pastores.

—¿Son buenos pastores?

—No puedo quejarme, salvo cuando deciden ir de retiro. Es un maldito inconveniente. Pero bueno, habládme de vosotros.

Sin entrar en detalles, Will le contó que la familia había ido a trabajar a la mina de Burra Burra. Le dijo que ninguno de los hermanos tenía quejas sobre las condiciones en la mina ni sobre las vidas que llevaban al margen de ella. Lo que ocurría era que les apetecía un cambio y las minas de oro resultaban atractivas. Sabían que tendrían que trabajar duro para ganarse la vida. Lo único que querían era sacar lo suficiente para vivir con comodidad, ninguno de ellos esperaba hacer una fortuna.

—Me alegra oír que hay un poco de sensatez en esa cabeza vuestra. Creo que ahora tendréis que cambiar los planes.

—Sí.

No podían tomar ninguna decisión hasta que a Tommy se le curara la pierna. Podría tardar varias semanas. Will pensó que si Harvey estaba dispuesto a darles alojamiento tal vez pudieran realizar algún trabajo en su propiedad. Desde el punto de vista económico andaban más apurados que cuando habían salido de Adelaida. Y

luego estaba la preocupación de que la pierna pudiera curarse mal y Tommy quedara lisiado de por vida.

—Señor Harvey...

—Bastará con Harvey a secas. —Soltó una risa áspera—. Me bautizaron como Harvey Ignatius Harvey. ¿Alguna vez has oído un nombre más condenadamente ridículo?

Puesto que no parecía necesario dar una respuesta, Will continuó con su pregunta:

—Harvey, me gustaría regresar en algún momento para recuperar lo que pueda de nuestras pertenencias. ¿Crees que será posible?

—Me parece que sí. Esta noche acomodaremos a tu hermano. Si estás de acuerdo en dejarle, Jack te llevará de vuelta mañana. Él conoce un atajo que te permitirá ir y volver en un día.

Jack, que no había dicho prácticamente nada desde que se habían conocido, volvió la vista y asintió con la cabeza.

—¿Podremos llevar algún medio de transporte para traerlo todo? Preferiría no hacer demasiados viajes.

—No podrás llevar ningún vehículo por el atajo. ¿Crees que bastará con un par de caballos de carga?

—Es posible. Supongo que los animales y los pájaros se habrán comido todos los víveres salvo la comida enlatada.

—Correcto. ¡Por Dios que se está volviendo fría la noche! Siempre parece hacer más frío cuando hay luna llena. ¿Qué tal vais ahí atrás, muchachos?

—Con un frío de muerte —reiteró Hal. Estaba sacando las mantas para tapar a Tommy y envolverse con ellas.

Will encontró la botella de *whisky* y la pasó. Un sorbo o dos para cada uno podría sacarles el frío de los huesos. Harvey lo aceptó con gratitud.

—Tendría que haber pensado en traer un poco. No hay nada como un poco de alcohol para hacerte entrar en calor.

La anciana Mary les daba la espalda. Will se preguntó si debería ofrecerle también a ella un trago. Harvey echó un vistazo atrás y pareció leerle el pensamiento a Will.

—Mejor que no, muchacho. En cuanto un negro bebe un poco de alcohol ya no sirve para nada. Las mujeres pueden ser igual de malas que los hombres. Vi demasiados daños provocados por el alcohol cuando estuve en Nueva Gales del Sur. El que tengo en casa lo guardo bajo llave.

—¿No confías en ellos?

—No es una cuestión de confianza, es una cuestión de tratarlos como es debido. El alcohol no les hace ningún bien. Mejor tenerlos bien provistos de té y azúcar. Y no quiero que un negro borracho que no sepa lo que hace me dé con un hacha en la cabeza en mitad de la noche.

—Me dio la impresión de que confiabas en Jerry. —Will estaba desconcertado

porque la brusquedad con la que hablaba Harvey parecía indicar lo contrario.

—Y así es. Es un buen hombre, igual que el joven Billy. No me malinterpretes, muchacho. Los aborígenes son buena gente, siempre y cuando los trates bien y no les arrebatas su amor propio.

—No puedo negar que se portaron muy bien con nosotros.

—Es su forma de ser. A menos que uno sea tan estúpido de apuntarles con un arma, son gente amistosa.

Will no dijo nada más. Arrebujado en la manta consideró los pocos conocimientos que tenía sobre los aborígenes. En Burra sencillamente habían estado allí, como parte del lugar. Nadie les prestaba mucha atención. La situación había parecido muy similar en Adelaida. Aunque lamentaba profundamente las circunstancias, se sentía privilegiado de entender un poco más sus costumbres entonces.

Los pensamientos de Hal seguían una línea parecida. Casi estaba seguro que la mujer a la que había ayudado a vejar, pues su conciencia no le permitía utilizar ninguna otra palabra, había olido a alcohol. No es que su estado invalidara el comportamiento de Hal, ni mucho menos. No tenía forma de poder compensar a esa mujer, suponiendo que volviera a verla otra vez y la reconociera. Después de las veinticuatro horas o más que habían pasado, y escuchando entonces a Harvey hablando con Will, tomó una decisión. La única manera de borrar el mal que había hecho era mediante sus actos. Solo con su actitud podría darles las gracias de verdad a los aborígenes que tanta ayuda les habían prestado. Se prometió a sí mismo que a partir de aquella noche nadie trataría mal a un aborígen en su presencia ni hablaría mal de ellos si él estaba escuchando.

—Aquí estamos por fin, querida.

«Aquí» era una impresionante mansión georgiana y el sol de media tarde bañaba la fachada de arenisca con un cálido brillo dorado. La casa era mucho más imponente que la imagen que Meggan guardaba en la memoria. El hecho de que aquel fuera entonces su hogar parecía demasiado improbable para aceptarlo.

Le resultaba igualmente extraño que el cochero abriera la puerta del carruaje y le pusiera respetuosamente la mano en el codo para ayudarla a bajar. Ella se lo agradeció con una sonrisa vacilante que esperaba que no dejara traslucir el absoluto desconocimiento de ser atendida por un sirviente. David se apeó detrás de ella y se quedó a su lado.

—¿Cuál es tu primera impresión de tu nuevo hogar, querida?

—Recordaba un poco la casa, David, de cuando Barney cayó al río. —Volvió un poco la cabeza—. Allí.

David Westoby sonrió a su esposa.

—Un accidente fortuito. Creo que para ambos.

Meggan sintió una súbita sorpresa.

—Sí, claro, supongo que lo fue.

Con frecuencia había reconocido el efecto beneficioso que la caída precipitada de Barney al río había tenido en su vida. Sin embargo, nunca había considerado que podría no hallarse entonces con un esposo distinguido frente a una imponente casa propia de no ser por la impetuosidad de un niño pequeño. Definitivamente, el destino tejía un tapiz con los hilos de las vidas de la gente.

La puerta principal se abrió y dejó ver a una mujer de proporciones casi tan impresionantes como la casa. Iba vestida toda de negro, Meggan supuso que con su mejor atuendo, ataviada para recibir al señor y a la nueva señora en su casa.

—Ah, señora Mills. —La mano de David en el codo de Meggan la guio por los tres escalones hasta el porche—. Permítame que le presente a la señora Westoby. Meggan, te lo he contado todo sobre la señora Mills, mi... nuestra maravillosa ama de llaves y cocinera.

—¿Cómo está usted, señora Mills? —Meggan le dirigió una sonrisa amistosa a la mujer.

Meggan tuvo la impresión de que el «Bienvenido a casa, señor. Bienvenida, señora» que pronunció el ama de llaves no contenía una bienvenida sincera hacia ella. De hecho, creyó ver un poco de desaprobación en el gesto del ama de llaves. Meggan se preguntó por qué, ¿sería por su juventud?

La mujer se hizo a un lado para dejarles entrar en el vestíbulo.

—Señora Mills —dijo David—, ambos necesitamos una refrescante taza de té.

¿Te apetecería, Meggan? ¿O prefieres ver tu habitación primero?

—Estoy deseosa de tomar una taza de té.

—Muy bien. Lo tomaremos en el salón pequeño, señora Mills.

—Sí, señor Westoby. —La mujer miró otra vez a Meggan antes de dar media vuelta y alejarse. David, que aún tenía la mano en el codo de Meggan, la llevó hacia una puerta que tenían a la izquierda. El salón era una habitación de tamaño medio por cuya atmósfera parecía utilizarse mucho, cosa que confirmaron las palabras de David.

—Esta es la habitación que más utilizamos. Hay una sala de estar más grande y un comedor que solo usamos cuando tenemos invitados que agasajar. Más tarde te enseñaré toda la casa.

Meggan quedó inmediatamente prendada de aquella habitación. Cruzó la puerta y se quedó allí de pie mirando a su alrededor. En la pared de enfrente había una chimenea enorme. En el hueco que había a un lado, unas ventanas altas ofrecían un panorama de la ciudad de Adelaida. Junto a la ventana había una maceta de latón con una aspidistra de hojas relucientes sobre una mesa pequeña construida de forma poco habitual. Una atractiva cómoda llenaba el otro nicho. Una alfombra persa cubría el centro del suelo y sobre ella descansaban un par de sillones tapizados con terciopelo verde, situados uno a cada lado de la chimenea y levemente orientados hacia ella. Meggan imaginó lo acogedor que sería sentarse allí una noche de invierno ante un fuego llameante.

A la derecha de la puerta había una pequeña mesa redonda con tres sillas. En el lado opuesto de la habitación había un escritorio. Junto a este, un reloj de pie.

—Te gusta. —David parecía complacido.

—¿Cómo podría no gustarme? —Meggan sonrió a su esposo, que la observaba risueño mientras ella apreciaba la habitación—. Entiendo por qué utilizas tanto esta habitación. Da una sensación muy acogedora.

—Espero que todas las partes de mi casa te resulten acogedoras.

—Estoy segura de que así será.

En aquel preciso momento la señora Mills entró en la habitación con una bandeja que contenía un bonito juego de té de porcelana. La depositó sobre la mesa.

—También he traído unos pasteles. Pensé que podrían tener ganas de comer algo y aún faltan tres horas para la cena.

—Muy considerado por su parte —dijo Meggan—. Tengo un poco de hambre.

—Como ya he dicho, faltan unas cuantas horas para la cena. ¿Quiere que sirva el té, señor?

«¡Por Dios! —pensó Meggan—. ¿De verdad parezco tan fuera de lugar como me siento? ¿Acaso el ama de llaves cree que no sé cómo servir el té?».

—Gracias, señora Mills, pero ya lo servirá mi esposa.

—Muy bien, señor. Estaré en la cocina si me necesitan.

Mientras tomaban el té, David y Meggan hablaron de esto y aquello, de nada concreto. Antes de casarse ya habían descubierto lo fácil que les resultaba conversar

el uno con el otro. Nunca se verían sentados a ambos lados de esa chimenea buscando un tema de conversación.

—Edith pasaba casi todo el día en esta habitación. —David aceptó la taza que Meggan le tendía—. Mi hermana hacía unas labores de lo más exquisitas. ¿Tú bordas, querida? —Mostró una expresión ligeramente sorprendida y pensativa—. Acabo de darme cuenta de que hay muchas cosas de ti que desconozco.

Meggan se rio.

—Detesto la costura. Espero que tu Edith, Dios la tenga en su gloria, no pensara que habías elegido muy mal a tu esposa. Solo tomo una aguja cuando hay una necesidad acuciante.

—Esa mesa de la esquina es la mesa de coser de Edith. —Ladeó la cabeza en dirección a la mesa en la que estaba la aspidistra—. Me gustaría dejarla allí. Aunque, por supuesto, si tú quieres haré que la pongan en otro sitio.

—David, no tengo ninguna intención de cambiar tu casa. Por favor, déjalo todo tal y como está.

Se levantó y se acercó a la mesa de coser. Deslizó la mano por su superficie y se inclinó un poco para estudiar la bolsa de tapiz que colgaba debajo.

—Permíteme. —A su lado, David levantó la maceta de la aspidistra y la depositó en el suelo—. Ahora puedes abrirla.

Meggan levantó la tapa y vio que todo debía de estar tal y como Edith lo había dejado. Parecía que los hilos, agujas, tijeras, las telas y el bordado dejado a medias en la bolsa habían sido guardados allí tan solo unas horas antes.

—Nunca había visto un mueble como este. Desde luego tienes que dejarlo aquí, David, en memoria de tu hermana. —Cerró la tapa con mucha suavidad—. Ahora me gustaría ver el resto de la casa.

—¿Estás segura de que no preferirías descansar un poco primero?

—Todavía no. Ya descansaré luego.

—De acuerdo, querida, primero te enseñaré las habitaciones de la planta baja.

La condujo a otra puerta en el otro lado del vestíbulo. Aquella daba a la sala de estar. Una puerta en una pared daba al comedor. Meggan vio que esas dos habitaciones estaban amuebladas con un estilo mucho más formal que el salón pequeño.

—Estoy pensando —dijo David— que deberíamos dar una cena pronto, para presentarte a algunos de los ciudadanos más respetables de Adelaida. Una cosa sencilla, nada más, puesto que la muerte de Edith es muy reciente. Sin duda habrá quien censure el hecho de que me haya casado en tan corto espacio de tiempo. Espero que no seas de las que se preocupan por los cotilleos. Me temo que aquí en la ciudad tenemos bastantes.

—Nunca me han preocupado los cotilleos. Sin embargo, prefiero la idea de una pequeña cena. No quiero entrar en sociedad muy deprisa. Me temo que tendré que aprender muchas cosas. No nací en un ambiente refinado.

—Y una gran cantidad de nuestros ciudadanos más acaudalados tampoco, querida —comentó con leve cinismo—. Tú tienes más elegancia y gracia social que algunos a los que podría nombrar. No puedo soportar a la gente que se las da de ser superiores a los demás.

Meggan sonrió, segura de que su comentario se refería a una persona en concreto.

—En eso, esposo mío, estamos completamente de acuerdo.

Completaron el recorrido de la planta baja, salvo por la cocina y las zonas de servicio. David dijo que la señora Mills preferiría enseñar esa parte de la casa a Meggan por la mañana.

—¿Tu cochero es el marido de la señora Mills?

—Sí, solo tengo a los Mills viviendo aquí. Una chica viene todos los días para ayudar a la señora Mills con la limpieza y la colada. Mills cuida de los terrenos, los caballos, el carruaje y levanta o traslada las cosas pesadas cuando hace falta.

—¿Se supone que tengo que dar órdenes? Todo esto es muy nuevo para mí, creo que me va a resultar un poco difícil manejar a los sirvientes.

Estaban a medio subir la escalera. David se detuvo y, con la mano izquierda en el hombro de Meggan, le alzó el mentón para mirarla a la cara.

—Querida, no hay nada, repito, nada, por lo que tengas que preocuparte. La señora Mills es un ama de llaves sumamente competente. Edith, al ser viuda, estaba acostumbrada a llevar su propia casa y de vez en cuando consultaba con la señora Mills. Lo único que tienes que hacer es ser tú misma. Si intentaras darte aires, cosa que sé que no harías jamás, podrías encontrarte con un ama de llaves hostil. Busca el consejo de la señora Mills y verás que todo va como la seda. Y ahora déjame que te muestre el piso de arriba.

En el piso superior había varios dormitorios.

—Rara vez se utilizan —le explicó David—, salvo cuando George y Virginia Heilbuth, u otros amigos, visitan la ciudad. Nuestras habitaciones están en la parte delantera de la casa. Pero primero, antes de que veas tu dormitorio, quiero enseñarte esto.

Habían recorrido el pasillo en toda su longitud y entonces David abrió una puerta que había al final.

—Un cuarto de baño —exclamó Meggan. Un cuarto de baño que no se parecía en nada al funcional que tenían en Grasslands. En lugar de tener un ventanuco alto en la desnuda pared de piedra, aquella habitación tenía una ventana grande con cortinas de encaje y otras más pesadas de terciopelo que podían correrse para tener intimidad. La bañera con patas de garra estaba colocada cerca de la ventana y junto a ella había una alfombra suave en el suelo. La estufa panzuda del rincón prometía calor en tiempo frío. Había un tocador pequeño con una silla y un perchero para colgar la ropa. En un estante de la otra pared había dispuestas unas toallas limpias.

—Si quieres darte un baño, querida, le diré a Mills que traiga el agua caliente.

—Un baño sería maravilloso.

—Pues me encargaré de que lo llenen. Y ahora vamos a tu dormitorio.

David la condujo otra vez por el pasillo hasta una habitación de una esquina.

—Esta era la habitación de Edith. He cambiado por completo la decoración para ti.

Meggan entró por la puerta abierta con un grito ahogado de puro placer.

—Es preciosa, David.

La habitación era luminosa y bien ventilada, el papel pintado de las paredes de color crema con un estampado de diminutas flores rosadas y hojas verdes. Las cortinas verde claro hacían juego con la colcha de la cama. El dosel tenía unas colgaduras de malla fina. El resto del mobiliario consistía en un tocador, una cómoda alta y un armario ropero hechos de una madera de color claro. Meggan pensó que podría ser de arce. Junto a la ventana había una silla con cojín de terciopelo rosado. Era evidente que el aguamanil y la jofaina se habían elegido para que hicieran juego con los colores de la habitación.

—Antes la habitación era azul, con unas colgaduras muy pesadas y oscuras y los muebles de nogal. Creo que era muy apropiado para Edith pero pensé que a ti te gustaría algo de color más claro.

—Estoy muy emocionada. Gracias, David. Has elegido muy bien. —Se detuvo y se mordió ligeramente el labio inferior—. Dijiste que esta es mi habitación... —Meggan dejó la pregunta flotando en el aire, sin saber cómo continuar.

David asintió con la cabeza.

—Yo seguiré teniendo mi propia habitación, Meggan. Llevo soltero demasiado tiempo como para cambiar mis hábitos ahora. Te aseguro que no hay nada de extraño en este tipo de acuerdo, no entre los ricos con casas grandes. Prometí que no te exigiría nada que no te fuera grato y es una promesa que tengo intención de cumplir. Estoy orgulloso y feliz de tenerte por esposa, querida. Vamos a tomarnos nuestra relación día a día, semana a semana.

Se inclinó para darle un beso suave en la frente. En aquel momento Meggan creyó que con el tiempo aprendería a amar a su esposo.

—Y ahora te dejaré para que descanses. ¿Quieres que llame a Alice para que te ayude a deshacer el equipaje?

—No es necesario. Estoy muy acostumbrada a hacer las cosas yo misma.

—Pues le diré a Mills que traiga el agua para tu baño. Alice te avisará cuando esté listo.

—Gracias.

Cuando se quedó sola, Meggan se acercó a la ventana que daba a la fachada de la casa. Tenía vistas al río Torrens y a los edificios del otro lado. Las áreas verdes a lo largo de ambas riberas eran unas zonas agradables con hierba natural y árboles autóctonos. Sabía que algún día aquellas zonas verdes se convertirían en prados y jardines parecidos a los parques ingleses. Quizá sería testigo de dicha transformación durante su vida.

Por la otra ventana veía árboles y el tejado casi escondido de la casa vecina. Se alejó de aquella escena y fue andando despacio por la habitación, tocando las cosas, admirando los adornos y pinturas que aumentaban su asombro. Se detuvo frente al espejo con bisagras para examinar su reflejo. Vio a la misma chica que siempre le devolvía la mirada. No había cambiado nada salvo la alianza de oro que le habían colocado en el dedo anular hacía dos días. Resultaba extraño cómo esa pequeña joya podía hacerla sentir tan distinta.

La boda se había celebrado en la Capilla Wesleyana de Burra para complacer a Joanna. Los únicos asistentes habían sido sus padres, el señor y la señora Heilbuth, que habían sido los testigos, y los gemelos. Meggan recordaba con claridad hasta el último momento de aquel día. Se había despertado temprano en su antigua cama de la casita de sus padres. Se había quedado allí tumbada un rato, pensando inevitablemente en Con. Su amor por él no se había desvanecido, ni lo haría nunca. Y su futuro esposo tampoco sabría jamás que ella ya había entregado su corazón a otro hombre. Se había hecho esa promesa antes de aceptar la proposición de David Westoby.

Meggan no era de carácter débil, ni estaba en su naturaleza desear en vano lo que no podía ser. Cuando llevara puesto el vestido que había colgado en el armario y entrara en la capilla del brazo de su padre, tendría una sonrisa en el rostro para el hombre con el que había aceptado casarse.

El orgullo que vio en la expresión de David cuando la miró hizo que se sintiera humilde y llena de gratitud. Los Heilbuth le habían regalado el vestido de novia de *barrège* blanco, con sus tres faldas con adornos de fino encaje. El velo de tul cuadrado se mantenía en su sitio mediante una diadema de rosas blancas de satén. Pronunció sus votos con voz clara y firmó el registro con mano firme. Era casi feliz.

Después de la ceremonia fueron todos andando hasta el hotel de Burra para celebrarlo con una comida que Henry había insistido en pagar sin hacer caso de la oferta de su futuro yerno de cargar con los gastos. Después llegó el momento de cambiarse y ponerse un vestido de viaje, preparada para subir al coche alquilado que los llevaría a Adelaida.

Sarah lloró cuando Meggan le dio un beso de despedida. Barney le tendió la mano con estoicismo pero cuando Meggan se inclinó para abrazarlo rompió a llorar con tanto sentimiento como su hermana. Meggan también notó que tenía lágrimas en los ojos.

—Volveremos a vernos. Vendréis a visitarnos a Adelaida o vendremos nosotros a Grasslands. No me voy muy lejos.

La señora Heilbuth la abrazó como a una hija.

—Sé feliz, querida, aunque vamos a echarte de menos.

Meggan supo, sin necesidad de que se expresara con palabras, que la señora

Heilbuth siempre estaría allí si alguna vez necesitaba alguien que la escuchara. Meggan se sorprendió del dolor que sintió al abrazar a su madre, aunque nunca habían estado muy unidas. Derramó lágrimas en el hombro de su padre.

—Voy a echarte de menos, papá.

—Bueno, venga, hija, como tú has dicho, Adelaida no está muy lejos. No te vas tan lejos como se han ido tus hermanos.

La ausencia de sus hermanos había formado la única nubecilla que nubló el día de Meggan.

—Ojalá hubieran podido estar aquí, sobre todo Will.

—Sí, le hubiera gustado ver cómo te casabas. Tienes a un buen hombre por esposo, cariño.

—Lo sé, papá. Lo sé.

David estaba diciendo entonces que debían ponerse en marcha. Meggan se asomó por la ventana y no dejó de decir adiós con la mano hasta que el coche dobló la esquina de Commercial Road para iniciar el viaje de cien millas rumbo a Adelaida.

Meggan alzó la mano para mirar su anillo de boda y experimentó una repentina e inexplicable sensación de pánico. «Soy hija de un minero —le dijo a su reflejo—. ¿Qué estoy haciendo aquí, en esta casa grandiosa, casada con un hombre al que apenas conozco? No tengo ni idea de cómo comportarme como señora de su casa. Lo único que sé es hablar de manera adecuada y servir una taza de té. ¿Y si lo avergüenzo o lo deshonro con mi ignorancia social?».

Una llamada a la puerta, seguida de la voz de una chica que informaba de que el baño estaba preparado, desbarató aquel momento de pánico. Meggan abrió la puerta y vio allí a una chica regordeta de unos trece años con un pañuelo atado en la cabeza y un delantal en la cintura. Era evidente que había estado enfrascada en alguna tarea de limpieza.

—Tú debes de ser Alice.

—Sí, señora. Me dijeron que le preguntara si necesitaba ayuda para algo.

De pronto la chica movió las manos para alisarse el delantal y su mirada pareció entretenerse en algún punto por encima del borde de la falda de Meggan. A ella, sorprendida, se le ocurrió que la chica estaba tan insegura de sus capacidades para ser útil como Meggan lo estaba de aceptar la ayuda de una sirvienta.

—Gracias, Alice. No es necesario que te quedes. Puedes volver a lo que estabas haciendo.

—Sí, señora.

La muchacha se alejó a toda prisa y Meggan, que ya había recuperado el equilibrio, volvió a situarse frente al espejo.

—Ya no eres Meggan Collins —le dijo a su reflejo—, eres la señora de David Westoby. Te casaste con él por seguridad, además de por la oportunidad de seguir tu carrera. Da gracias, jovencita, de que estuviera dispuesto a aceptarte sabiendo que no le amas.

Era afortunada por haberse casado con un caballero tan bueno y considerado. Ahora ella debía cumplir con su parte del trato. Meggan también se había hecho una promesa a sí misma. Cuando David le pidiera ejercer su derecho como esposo, ella no se lo negaría.

Meggan no volvió a ver a su marido hasta que bajó a última hora de la tarde. Había deshecho el equipaje y guardado la ropa, había dispuesto sus pertenencias personales en la habitación, había estado un buen rato en remojo en la bañera tras lo cual, para su sorpresa, se había quedado dormida. Sintióse considerablemente refrescada, se vistió, se cepilló el pelo y se lo peinó en un pulcro moño. Salió de la habitación con una sonrisa en los labios.

Su vida estaba entrando en una nueva fase. La primera había sido su niñez en Cornualles, después había crecido en Burra y luego vinieron los años felices que pasó en Grasslands. Ahora era una mujer casada a punto de ser presentada en la sociedad de Adelaida. Frente a ella, como un faro, brillaba el cumplimiento de su sueño. David había dicho que en cuestión de uno o dos años, cuando hubiera adquirido un poco más de experiencia actuando, quería llevarla a Italia, donde podría estudiar canto con los mejores profesores del mundo. Meggan era más feliz de lo que había sido en mucho tiempo.

A última hora de la tarde, marido y mujer pasearon tranquilamente junto a la orilla del río Torrens. Rara vez reinaba el silencio entre ellos. La conversación surgía con facilidad entre ambos. Cuando sí se sumían en el silencio, este era sociable. Durante la cena, David le contó que tenía que pasar la mañana atendiendo varios asuntos de negocios.

—Lamento tener que dejarte sola tan pronto, querida. Hasta que no hayas hecho amistades no quiero que te sientas sola.

—Nunca he sido de las que se aburren con su propia compañía, David. Pasaré el tiempo conociendo todos los detalles de tu casa...

—Nuestra casa.

Meggan sonrió.

—... Y estableciendo mi posición con la señora Mills.

—¿Es necesario?

Meggan sonrió de nuevo.

—Creo que necesitamos establecer un *status quo*. Al fin y al cabo, yo no soy más que una mujer joven sin experiencia en llevar una casa. La señora Mills es una experta ama de llaves.

—No tardarás en sentirte cómoda con todo. Bueno, mañana por la noche te llevaré a que conozcas a *Madame* Marietta. No utiliza otro nombre. Creo que antes cantaba en los grandes teatros de la ópera de Europa. No sé cómo acabó viviendo en Adelaida. Es una persona un tanto excéntrica. Tengo la certeza de que te gustará.

Por la mañana, cuando David se hubo marchado de casa a su lugar de negocios, Meggan fue a la cocina. Se había decidido por un acercamiento directo.

—Señora Mills, no sé si el señor Westoby le ha contado algo sobre mis circunstancias familiares.

—No, señora.

—En tal caso, como no quiero que haya ningún malentendido entre nosotras, se lo contaré yo misma. Soy hija de un minero, señora Mills. Hasta que cumplí los doce años viví en una cabaña de minero en Cornualles. Estos cuatro últimos años he estado al servicio del señor y la señora Heilbuth en Grasslands. Me trataron como a una hija. Con la orientación de la señora Heilbuth he adquirido habilidades que confío me permitirán estar al lado de mi esposo en sociedad. Sin embargo, no tengo la menor idea sobre cómo llevar una casa como esta.

Meggan se preguntó si sus palabras podían parecer arrogantes y utilizó un tono más humilde.

—El señor Westoby ha sido muy locuaz en su elogio de las habilidades que usted posee para llevar una casa, señora Mills. Agradecería sinceramente su ayuda y consejo. Podría hacer lo que mi esposo me ha sugerido y limitarme a dejarlo todo en sus capaces manos. Y voy a depender de sus capacidades. Sin embargo, deseo aprender cómo llevar la casa. Creo que es mi deber hacerlo.

Meggan esperó haber encontrado la mezcla adecuada de autoridad y encanto. La señora Mills parecía estar considerando lo que había dicho.

—Muy bien, señora. Me alegro de que no sea de las que se dan falsos aires. Tanto su aspecto como su forma de hablar son los de una dama. Más que algunas que podría nombrar. Si le parece le enseñaré la cocina y la parte de servicio de la casa. Cuando hayamos terminado le traeré una buena taza de té al salón y planificaremos cómo tienen que llevarse las cosas.

—Espero que se lleven de la misma forma en que se ha hecho siempre, señora Mills, pero le agradezco su comprensión.

—Me parece que lo haremos muy bien las dos juntas —declaró el ama de llaves con una seguridad que dejó a Meggan con la sensación de que sus papeles se habían invertido.

El lugar al que David llevó a Meggan aquella noche era una casita pequeña de piedra, casi oculta desde el camino por un follaje exuberante que pasaba por ser un jardín. Un sendero serpenteaba por entre un conglomerado de vegetación autóctona y arbustos importados. El crujir de las hojas bajo las matas indicaban que el jardín era muy frecuentado por la fauna silvestre. En un punto del camino, y afortunadamente bastante por encima de la cabeza, una araña enorme de lomo dorado corría hacia un

insecto que había quedado atrapado en su compleja tela.

—Te lo advertí —murmuró David al oír el leve grito ahogado de Meggan.

—Bueno, no es que me importen mucho las arañas, lo que pasa es que no había visto nunca una telaraña tan enorme. ¡Pero si debe de tener más de un metro de diámetro!

—Al menos así uno sabe dónde está la araña, no como otras que se esconden o corren por ahí de noche.

Después del jardín, ni *Madame* Marietta ni el desorden que reinaba dentro de la casita supusieron una gran sorpresa. El cuerpo voluptuoso de la mujer iba envuelto, pues no había otra palabra más adecuada con la que describirlo, en una extraña prenda de terciopelo rojo oscuro. Un chal de encaje negro con flecos le cubría los hombros. De sus orejas colgaban unos pendientes largos y rojos, posiblemente de granates, llevaba una rosa negra de gasa prendida en el escote y una roja sujeta en el cabello artificialmente negro, cerca de la oreja izquierda. Las manos que le tendió a Meggan estaban cargadas de incontables anillos.

—Así pues... —Juntó las manos y miró a Meggan de arriba abajo— tú eres la nueva pupila. ¿Sabes cantar?

—Yo... —La agresividad de la pregunta sobresaltó tanto a Meggan que no fue capaz de pensar con coherencia.

La mujer dio un resoplido de impaciencia.

—Vamos, vamos. Si no puedes hablar, ¿cómo vas a cantar?

—Mi esposa tiene una voz deliciosa, *Madame*.

—Pues que me deje oírlo. ¿A qué esperamos? Despójate del abrigo, no puedes cantar estando tan tapada. Necesitas ser libre, libre.

Extendió los brazos de pronto para enfatizar la reiteración. Aturdida, Meggan se desabrochó el abrigo y dejó que David se lo quitara de los hombros.

—Vas a ponerte allí —le ordenó *Madame* Marietta—. Yo me sentaré aquí sin mirarte. —Agitó la mano hacia las cortinas de la ventana.

—¿Qué quiere que cante, *Madame*?

—Canta lo que quieras. No te hace falta música. —Le dirigió una mirada fulminante a Meggan—. Si no sabes cantar sin música no eres buena. —Se acomodó en una silla de espaldas a la ventana. Movié la mano en el aire—. Empieza.

Meggan miró a David, impotente. Se sentía muy confusa, vituperada y estúpida, incapaz de cantar ni una sola nota.

—Estoy esperando.

David movió los labios sin emitir ningún sonido y le dijo:

—*Over the Hills and Far Away*.

Meggan tomó aire para tranquilizarse, miró a David, no a la nuca de la *Madame*, y empezó a cantar. Como siempre, su nerviosismo se desvaneció con las primeras palabras de la canción. Regresó en cuanto se apagó la última nota, cuando el silencio inundó la habitación. *Madame* Marietta no dijo nada.

«No le ha gustado mi voz —desesperó Meggan, que se mordía la parte interior del labio—. No debo decepcionarme». ¿Qué importaba que su voz no fuera lo bastante buena como para educarla cuando David le sonreía con aprobación? Le dirigió un ruego silencioso a su marido.

—*Madame*... —empezó a decir él, pero otro gesto perentorio de una mano adornada con anillos lo acalló.

—Bueno. —*Madame* Marietta apoyó las manos en los brazos de la silla para levantarse y mirar a Meggan—. Bueno —repitió—, sabes cantar, en efecto. Vendrás a dar clase todos los días. Tienes que aprender las arias de las grandes óperas. Cuando seas capaz de interpretarlas a la perfección te podrás llamar cantante.

Con una oleada de placer, Meggan soltó el aire que sin darse cuenta había estado conteniendo hasta entonces.

—Gracias, *Madame* Marietta. Me esforzaré mucho.

—Por supuesto que te esforzarás. No te enseñaré si no lo haces.

Las clases de canto empezaron al día siguiente. Mills acompañó a Meggan a la casita de *Madame*, donde llegó puntualmente a las diez. La maraña del jardín tenía menos encanto de día que de noche, pues entonces se veían las malas hierbas que crecían entre los varios árboles y arbustos. La araña dorada seguía en el centro de su considerable telaraña.

Aquella mañana *Madame* Marietta iba ataviada con una prenda holgada, también de color rojo. Meggan no tardó en descubrir que el rojo, de cualquier tonalidad, era el único color que *Madame* vestía. La rosa que había llevado en la cabeza había sido sustituida por un turbante dorado.

—Vamos —dijo al abrir la puerta—. Empecemos a trabajar.

Meggan la siguió hasta la desordenada sala principal.

—Deja tus cosas ahí. —Una mano, aún repleta de anillos, señaló una silla de respaldo recto que había junto a la puerta de entrada.

Mientras se quitaba el abrigo y los guantes, Meggan aprovechó para examinar la habitación más detenidamente de lo que lo había hecho la noche anterior. Resultaba evidente que *Madame* Marietta había viajado mucho. Los cuadros de las paredes representaban escenas que iban desde un atestado mercado del Oriente Próximo a unas altas montañas nevadas. En una pared había sujeta una mantilla de encaje española colgada junto a un abanico de bambú que debía de provenir de algún país ecuatorial. Los armarios y demás superficies estaban repletos de curiosidades. Un elefante bramando y la figura de porcelana de un chino estaban junto a una campana alpina decorada. Por encima del piano, que ni siquiera se había mencionado la noche anterior, colgaba una feroz máscara primitiva.

—Ahora escucharé tus escalas —declaró *Madame* al tiempo que levantaba la tapa del piano. Se sentó en el taburete y deslizó los dedos sobre las teclas—. Empieza.

Un escalofrío de miedo le aceleró el pulso a Meggan.

—Yo... esto... nunca he aprendido las escalas, *Madame*.

«Va a decirme que me vaya» —pensó Meggan al ver que la espalda de *Madame* se ponía rígida de... ¿indignación? Le dio una explicación desesperada y a tropezones:

—No he recibido ningún tipo de formación, *Madame*. Por eso deseo estudiar con usted. —«Que lo entienda, por favor»—. *Madame* Marietta, toda mi vida he deseado llegar a ser una gran cantante.

¿Qué iba a ocurrir? ¿Había resultado lo bastante sincera para aquella mujer tan intimidante? Con gran alivio vio que la espalda erguida perdía un poco de rigidez. La cabeza con turbante se volvió a mirarla una vez más de arriba abajo.

—No importa, empezaremos por el principio. Vas a cantar esta nota. —Un dedo presionó una tecla una, dos veces. Meggan cantó la nota.

—Otra vez, si eres tan amable.

Al cabo de media hora, *Madame* se volvió a mirar de nuevo a Meggan.

—Practicarás las escalas todos los días. Hasta los más grandes cantantes deben practicar siempre las escalas. ¿Sabes leer música?

—Solo un poco, *Madame*. La señora Heilbuth, mi patrona, me enseñaba.

El turbante dorado asintió.

—Un poco ya está bien para empezar. ¿Qué me dices del idioma?

—¿El idioma?

—El italiano y el alemán. ¿Hablas alguno de los dos?

—No, *Madame*.

—Tienes que aprender. El *signor* Pirotti viene más tarde para organizar tus clases. Ah, ahí está mi querido Frederick que viene a tocar para nosotras.

El hombre que entró en la casita iba vestido con un estilo conservador y parecía bastante fuera de lugar entre aquel desorden exótico del que se rodeaba *Madame* Marietta. Le besó los dedos anillados y a continuación se volvió hacia Meggan con una inclinación formal.

—Supongo que tú eres nuestro nuevo pájaro cantor.

Meggan respondió con una pequeña reverencia. Los modales de aquel hombre parecían merecerla.

—Meggan Col... Westoby, señor.

—Encantado. —Le tomó la mano e hizo que se irguiera—. Yo soy Frederick Albert George William Smithington-Jones. Te llamaré Meggan y tú debes llamarme Frederick. Tendré el placer de acompañarte en tus clases y seré tu pianista cuando hagas tu debut. *Madame* Marietta, tengo que oír cantar a esta encantadora joven.

Se sentó al piano y deslizó los dedos por el teclado.

—¿Qué canciones conoces, Meggan?

—Conozco numerosas baladas y canciones sencillas. Aún tengo que aprender alguna de las arias operísticas.

—¿Conoces esta? —Tocó unos compases de una balada muy conocida.

Mientras cantaba, Meggan se dio cuenta de que Frederick era un pianista con no poco talento. Tuvo la sensación de que sería un maestro tan exigente como estaba resultando ser *Madame* Marietta.

—Bien, bien. Este pájaro cantor suyo tiene una voz excelente, *Madame*. Le irá bien.

El turbante asintió.

—Le irá bien, pero primero tenemos que trabajar, trabajar, trabajar.

David Westoby quería saberlo todo sobre la clase de canto de su esposa. No había que omitir nada. Meggan se lo transmitió todo con entusiasmo e hizo reír a su esposo con su imitación del acento de *Madame* Marietta. Meggan se rio con él.

—¿De qué nacionalidad es *Madame*? Habla de un modo bastante raro.

—Creo, querida, que *Madame* es tan inglesa como tú y como yo. El acento forma parte de su excentricidad. Es probable que la bautizaran como Mary. Se ha convertido en un personaje muy conocido en Adelaida.

—¿Y Frederick? Frederick Albert George William Smithington-Jones.

David se rio otra vez.

—Un gran pianista. Ni mucho menos tan pretencioso como su nombre, además de su considerable talento, podrían llevar a suponer. ¿Te cayó bien?

—Sí, así es. Y luego está el *signor* Pirotti. Va a venir aquí, a casa, tres tardes a la semana, para darme clases de alemán e italiano.

—Te van a tener muy ocupada.

—Sí, es verdad. ¡Y pensar que me había estado preguntando cómo iba a llevar esto de ser una dama ociosa! —Alargó la mano y la posó en el brazo de su esposo—. Estoy muy agradecida por esta oportunidad que me has brindado, David.

Su esposo le cubrió la mano con la suya.

—El placer es del todo mío, querida. ¿Crees que podrías encontrar tiempo para tomar también unas clases de baile?

—¡Clases de baile! No voy a cantar en un teatro de variedades.

David se echó a reír.

—¡Qué indignación, Meggan, querida! Me refiero a bailes de sociedad. Nos invitarán a muchas recepciones en las que habrá baile. No querrás ser como un florero, por muy decorativa que fueras. También tenemos que arreglarlo para que dispongas de vestidos nuevos para dichas ocasiones y también para llevar a diario. Zapatos, guantes, sombreros, todas las cosas que necesita una mujer bien vestida.

—Eres muy generoso.

—Mmm. —Frunció los labios con aire pensativo, las manos entrelazadas y dándose golpecitos en los labios con los dedos índice unidos—. Edith te hubiera llevado a las tiendas y establecimientos de costura si aún estuviera con nosotros.

Debo pensar en alguien que esté dispuesta a asumir dicha tarea. Yo no sabría ni por dónde empezar.

—Quizá podría ir yo sola.

David levantó la mirada a los ojos de Meggan.

—No dudo que podrías, querida, pero quiero que tengas lo mejor. Te conozco lo suficiente para saber que a la hora de elegir un vestido pecarías de frugal.

—Me han acostumbrado a tener poco más de lo necesario. Nunca he ansiado tener más.

—Eso ya lo sé, ¿verdad? Antes de que lo digas, sé que no te casaste conmigo por dinero. Este, sin embargo, es un artículo que poseo en abundancia. Permíteme el placer de mimarte.

Meggan se levantó. Se acercó a él y le dio un beso en la frente.

—Has sido muy bueno conmigo, David. Te prometo que haré todo lo posible para complacerte, todo lo que debería hacer una esposa.

Él la miró, vio la expresión firme en los ojos de Meggan, que no evitaron los suyos para que entendiera lo que quería decir. David se puso en pie para abrazarla.

—¿Estás segura, querida?

—Sí, querido esposo, estoy segura.

David no era un marido exigente. Casi todas las noches la dejaba y se retiraba solo. En las raras ocasiones en que iba a su habitación, era dulce y considerado. A Meggan no le resultaba desagradable el acto. David le hablaba antes y después y fue durante aquellos momentos posteriores a su unión cuando Meggan llegó a conocer mejor al hombre con quien estaba casada. Con el conocimiento se desarrolló un profundo afecto. Meggan estaba muy satisfecha con su vida.

Todas las mañanas Mills la llevaba en el carruaje a la casita de *Madame* Marietta. La primera hora la pasaba trabajando con *Madame*, practicando las escalas, haciendo ejercicios de respiración, aprendiendo a ampliar el registro de su voz. Cuando llegaba Frederick ensayaban canciones que Meggan ya sabía. Los dos eran unos maestros muy críticos. Si cantaba una nota que no era del todo precisa, Frederick golpeaba las teclas con ambas manos, las miraba en ofendido silencio y empezaba otra vez la canción desde el principio. Al mismo tiempo, *Madame* alzaba las manos en un gesto de desesperación que a Meggan ya empezaba a resultarle familiar.

Algunas veces *Madame* exclamaba de repente:

—¿Por qué estás ahí de pie como una estatua? ¿Dónde está el sentimiento, la pasión?

Este tipo de exclamaciones hacían que Meggan titubeara con la canción. Cuando eso ocurría, Frederick dejaba de tocar de inmediato y se volvía rápidamente para lanzarle una mirada fulminante a *Madame*.

—Haga el favor de no interrumpir en mitad de una canción, *Madame*. Sus

instrucciones pueden esperar a que hayamos terminado.

—¿Esperar? —La voz de *Madame* se llenaba de resentimiento y sus brazos gesticulaban con dramatismo—. ¿Quién sois vos para decirme que espere? Yo soy la cantante. Vos no sois más que el que toca el piano.

Frederick se ponía de pie de un salto y se erguía con indignación.

—¿El que toca el piano? ¿El que toca el piano? —repetía subiendo la entonación—. ¿Cómo se atreve a menospreciar mi talento? Soy un gran pianista, un artista.

—Yo soy la artista suprema. Yo poseo la voz.

—La voz —replicaba él con mucho sarcasmo—. La voz no sirve de nada sin el piano, por suprema que sea.

—Y ahora se burla de mi forma de hablar.

Y seguían así hasta que de pronto uno de los dos se volvía hacia una desconcertada Meggan y le ordenaba que empezara otra vez la canción.

Después de las primeras disputas verbales, con las que Meggan temblaba temiendo que la acritud entre el pianista y la profesora de canto supusiera el fin de sus clases, se dio cuenta de que ni Frederick ni *Madame* decían en serio los insultos que se lanzaban el uno al otro. De hecho, empezó a darle la impresión de que había una especie de reto silencioso para ver cuál de ellos profería el mayor insulto. Cuando no daban rienda suelta a una de sus disputas, siempre estaban en perfecta armonía.

El *signor* Pirotti no poseía nada del temperamento artístico de ninguno de los otros dos. Tampoco era el latino moreno y extravagante que Meggan se había esperado en cierto modo. Era un hombre de complexión robusta, cabello castaño claro y unos ojos azules que miraba por detrás de unas gafas de montura pesada. Hablaba inglés a la perfección, además de alemán y su italiano nativo. Más adelante Meggan se enteró de que sus habilidades lingüísticas incluían también el francés, el ruso y el español. Le contó que estaba empezando a realizar un estudio de la lengua de los aborígenes, motivo por el cual había venido a Australia.

Con el *signor* Pirotti no había ninguna interrupción en el transcurso de las clases. Primero iba a aprender italiano, nociones básicas de conversación que empezaron en cuanto el hombre entró en el salón con un *Buon giorno, signorina*. El primer día le había dado un libro en el que había escritas una gran cantidad de palabras y expresiones cotidianas en inglés con el equivalente italiano. Se suponía que Meggan tenía que responder a todas sus preguntas en italiano y el *signor* corregía su pronunciación.

No era muy crítico y tampoco muy dado a los elogios. Su trabajo era enseñarle un idioma, el de Meggan era aprender dicho idioma. Nada podía distraerle de su propósito. Declaró que la persistencia y el esfuerzo regular eran la única forma de aprender. Cuando *Madame* Marietta decidiera qué arias tenía intención de hacer cantar a Meggan, el *signor* le enseñaría las letras.

Sorprendentemente, fue *Madame* la que resolvió el tema de las compras para el guardarropa de Meggan. Cuando afirmó que estaría encantada de acompañar a

Meggan cuando saliera de compras, tanto ella como David recibieron la oferta con íntima consternación. Por desgracia, a ninguno de ellos se le ocurría cómo podía rechazar Meggan el ofrecimiento de *Madame* sin ofenderla.

—Supongo —dijo Meggan— que siempre puedo decir lo que pienso si elige algo demasiado feo.

—Es de esperar que los dependientes sean más enérgicos en sus opiniones sobre lo que es más adecuado. —Sin embargo, no parecía demasiado esperanzado.

—¿Más enérgicos que *Madame*? Lo más probable es que los aterrorice por completo.

Por consiguiente, Meggan se sorprendió mucho al descubrir que, pese a su forma de vestir estrafalaria, *Madame* Marietta poseía un buen gusto increíble. Siempre sabía elegir el estilo y color que más favorecían a Meggan. Tampoco tenía miedo de gastarse el dinero de David Westoby, aunque no hasta el punto de la extravagancia. Aquella noche, Meggan desfiló frente a su encantado esposo con tres vestidos de diario y uno de noche que ya había traído a casa. Le estaban confeccionando varios más, adecuados para cada ocasión.

David dio su aprobación entusiasta a cada uno de ellos.

—Ahora sí que tenemos que dar una pequeña cena para presentarte en sociedad. En cuanto la gente te conozca, seguro que recibes muchas invitaciones.

—Con todas las clases que tengo no sé de dónde voy a sacar el tiempo para hacer vida social.

—Serás selectiva, querida. Elige solo las recepciones en las que te parezca que disfrutarías de verdad. Cuando te oigan cantar, nuestras damas de sociedad pedirán tu compañía.

—¿Tienen que oírme cantar?

—Siempre ha sido esa mi intención. Mientras te capacitas para la ópera debes continuar actuando.

—Puede que *Madame* no esté de acuerdo.

—Meggan, querida, *Madame* te está enseñando, soy yo quien va a dirigir tu carrera. Mañana te acompañaré a clase para elaborar un programa de actuaciones.

Eran ocho los invitados a la cena. Tres de las parejas tenían la misma edad que David. El señor y la señora Brown, ambos bajitos y bastante orondos, parecían más bien hermanos que marido y mujer. Los dos tenían el cabello gris, vestían de marrón y llevaban unas gafas de montura metálica idéntica. Ninguno de los dos tendía a contribuir mucho a la conversación aunque sus ojos, tras sus respectivas gafas, eran brillantes y vivos. A Meggan le cayeron bien inmediatamente. Le hacían pensar en un par de simpáticos ratoncitos sobrealimentados.

El señor Brown era el contable de David, el señor Harrison el director del banco y el señor Reilly el procurador.

—Creo que primero deberías conocer a las personas con las que hago negocios —había dicho David—. Todas sus esposas llevan una vida social muy ajetreada.

El director del banco y su esposa eran una pareja dispar. El señor Harrison era alto, delgado y de naturaleza reservada. La señora Harrison era igualmente alta, corpulenta y abrumadora. También era inquisitiva e intentó sacarle a Meggan todos los detalles sobre su procedencia. Meggan no le dio esa satisfacción. De las tres esposas, Meggan le tomó una antipatía instantánea a la señora Harrison. El gesto perpetuamente torcido de esa mujer, la forma en la que estudiaba a Meggan con detenimiento, su actitud de superioridad hacia las demás, la identificaban como una persona que siempre criticaría y encontraría defectos. Meggan sospechaba que sería una mujer dada a difundir chismorreos maliciosos.

Los Reilly eran perfectamente normales. Iban acompañados de su hija recién prometida y de su futuro yerno, Peter Stanton. Tanto la señora Reilly como su hija poseían una personalidad abierta y generosa. A Meggan le parecieron unas personas con las que resultaba muy fácil hablar y aceptó de buena gana las invitaciones que ambas le brindaron para que las visitara. Se mostraron intrigadas e interesadas al enterarse de que Meggan se estaba capacitando para convertirse en cantante de ópera. La señora Brown parecía no saber qué debería pensar de una mujer casada que quisiera dedicarse a una carrera escénica, en tanto que la señora Harrison adoptó un semblante de manifiesto desprecio.

Al ver su expresión, Meggan agradeció que David estuviera mirando hacia otro lado. Le habló en voz baja para que él no lo oyera.

—¿Le gusta la ópera, señora Harrison?

El desprecio se volvió más aparente.

—Una vez vi una, antes de marcharnos de Londres. No tengo ningún deseo de volver a ver otra. Sin embargo, supongo que hay gente que disfruta escuchando canciones que no entienden.

—¿Va a cantar ópera esta noche? —preguntó la señorita Reilly—. Me encantaría oír un poco.

—Acabo de empezar mi aprendizaje, señorita Reilly. Hasta dentro de un tiempo no estaré preparada para interpretar alguna aria operística. Hasta que *Madame Marietta* dé su aprobación, mis actuaciones sociales consistirán en las canciones que siempre he cantado.

Aquella noche Meggan cantó sin acompañamiento, orgullosa de que la pureza de su voz no necesitara ningún soporte musical. Cuando terminó su corto recital hubo un aplauso entusiasta.

—¡Magnífico! —exclamó el señor Harrison.

—¡Bravo! —dijo el señor Reilly.

—¡Ay, cómo me gustaría cantar la mitad de bien! —Fue el comentario de la señorita Reilly—. ¿No es maravillosa la señora Westoby, Peter?

—Ya lo creo que sí —coincidió el joven.

—Adelaida va a adorarla —añadió la señora Reilly.

Los Brown sonrieron y movieron la cabeza en señal de aprobación. La expresión de la señora Harrison era de puro asombro. No parecía capaz de encontrar nada que decir, aunque después habló con Meggan a solas.

—Me veo obligada a admitir, señora Westoby, que posee cierto talento. Su recital fue agradable.

—Por favor, señora Harrison, no me gustaría que se sintiera obligada a nada cuando es una invitada en casa de mi esposo. —¿Cómo se atrevía esa mujer a ser tan condescendiente? Meggan no intentó ocultar su irritación.

La señora Harrison tomó aire y los hombros se le pusieron rígidos con la ofensa.

—Le estaba haciendo un cumplido, señora Westoby, por el cual debería estar agradecida. No entiendo su actitud en lo más mínimo. —Se puso de pie y se fue al otro lado de la habitación con su esposo.

Meggan se quedó mirándole la espalda mientras la mujer se alejaba.

—No —murmuró en voz baja—, supongo que no. «Y no dudo tampoco que es usted a quien aludió mi esposo cuando me habló de la cena».

Cuando los invitados se marcharon, David preguntó de inmediato a Meggan si había disfrutado en su primera cena.

—He disfrutado mucho. Hace seis meses no podría haberme imaginado que estaría haciendo el papel de anfitriona en sociedad.

—Un papel que has desempeñado como si hubieras nacido para ello. ¿Qué opinas de nuestros invitados?

—Todos me cayeron muy bien, a excepción de la señora Harrison. Parece ser una mujer con un carácter un tanto desagradable.

—Veo que ya la has calado, querida. Debido a la posición de su esposo en la ciudad la invitan a todas partes, aunque no creo que a nadie le agrade particularmente.

Durante las semanas siguientes Meggan supo que lo que afirmaba su esposo era verdad. Quizá la vida de aquella mujer estuviera teñida de cierta insatisfacción o resentimiento. Meggan no oyó nunca una palabra amable para nadie de boca de la señora Harrison. Esa mujer parecía sentir envidia de casi todo el mundo. Salvo en las reuniones menos numerosas, Meggan agradecía poder evitarla. No había duda de que a la señora Harrison le molestaba el talento y la popularidad de la joven esposa de David Westoby.

Los Reilly fueron los primeros en invitar a Meggan para que actuara en una de sus veladas sociales. *Madame* insistió en que debía cobrar por actuar y también en que Frederick tenía que tomar parte como músico acompañante.

—Si actúas a cambio de nada, con algún aficionado al piano, la gente pensará que tú también eres una aficionada.

David estuvo de acuerdo.

—*Madame* tiene razón, querida. No solamente debes cobrar por actuar, sino que

has de ser selectiva sobre en qué ocasiones acceder a hacerlo. En muy poco tiempo se considerará una distinción para cualquier dama de la sociedad que pueda persuadir a la gran Meggan Westoby para que la honre con su actuación.

Meggan esbozó una sonrisa triste.

—Todavía no soy grande, a pesar de mi voz.

—Permíteme que sea yo quien lo juzgue, querida. Al gobernador y a *lady* Fox Young les gusta mucho celebrar veladas musicales. *Madame* se asegurará de que te inviten a actuar en la próxima ocasión. Créeme, querida, pronto tendrás a toda Adelaida a tus pies. A principios de este año próximo tengo pensado viajar a Melbourne con la intención de expandir mis intereses comerciales. Quiero aprovechar esa oportunidad para lanzarnos a los escenarios de Melbourne. Creo que la ciudad se ha vuelto un tanto lujosa desde el descubrimiento del oro. En otros doce meses te llevaré a Inglaterra y Europa.

—Querido David, ¡eres tan bueno conmigo! Los sueños que pensé que nunca pasarían de ser sueños se están volviendo realidad. ¿Cómo podré pagártelo nunca?

Él la tomó entre sus brazos.

—Como si quisiera pago alguno. Ya me diste suficiente cuando aceptaste casarte conmigo.

En el transcurso de los meses siguientes la carrera de Meggan se desarrolló según el plan de su esposo. Su debut en la residencia del gobernador fue recibido con una ovación en pie. La alegría de Meggan mientras respondía con una reverencia a los aplausos se vio ensombrecida por el recuerdo súbito de la primera vez que había experimentado una excitación semejante. Una noche inolvidable en Burra, Con Trevannick había sido un miembro del público y ella había cantado la canción que enseguida se convirtió en especial para ambos.

Llegó Navidad y Año Nuevo con sus numerosas fiestas y tal como vinieron pasaron. David había reservado el pasaje a Melbourne para el quince de enero.

—He organizado reuniones con varios navieros y compradores de lana que estarán en Melbourne las últimas semanas de enero. Victoria está en auge con el descubrimiento del oro. Muchos de los que han acudido en tropel a los yacimientos de oro sin duda comprarán tierras. Ya se han establecido numerosas y grandes granjas de ovejas. En el futuro se crearán aún más. La mina de Burra ya no reporta cuantiosos dividendos a sus accionistas. Estoy pensando en vender mis acciones de la mina e invertir en empresas navieras.

La ilusión eufórica que Meggan tenía por el viaje se apagó cuando, dos días antes de la fecha prevista para zarpar, se despertó con la garganta muy irritada. Canceló la clase con *Madame* y se quedó en la cama. La señora Mills se alborotó y le llevaba bebidas de limón con un poquito de miel. Su garganta no mejoró. Por la noche tenía un poco de fiebre. David insistió en que llamaran al médico de inmediato.

El doctor McDermott, un afable escocés de mediana edad, acudió enseguida. Fue al dormitorio de Meggan, dejó el maletín, se acercó a ella y le puso la mano en la frente.

—Bueno, ¿qué ha estado haciendo, señora Westoby? Espero que nada que pudiera dañar esa voz deliciosa que posee. Vamos a echarle un vistazo.

Su diagnóstico fue rápido.

—Amigdalitis. He visto casos peores. También he visto casos más leves. Bueno, señora Westoby, no va a cantar durante un tiempo y debe permanecer en la cama hasta que vuelva a estar bien del todo. Le haré traer unas tabletas para que se las tome y volveré a visitarla mañana.

Al recibir el diagnóstico del médico, David declaró que pospondría el viaje a Melbourne para quedarse con su esposa. Meggan se mantuvo firme en que él zarpara tal como tenía planeado.

—Por favor, David —le dijo con voz ronca—. Me duele demasiado la garganta para discutir.

—¿Estás del todo segura de que estarás bien sola?

Meggan asintió con la cabeza.

—De todos modos, no me gusta dejarte. Le pediré al doctor McDermott que busque una enfermera para que se quede contigo.

Hannah Rigby tendría unos treinta años. Era corriente en todos los aspectos. En una multitud nadie se hubiera parado a mirarla dos veces. Era calmada y pausada en sus formas y de carácter alegre. A Meggan le gustó de inmediato. Hannah se convirtió tanto en enfermera como en compañera durante los tediosos días que Meggan guardó cama.

Transcurrida la primera semana, el doctor McDermott permitió que Meggan se levantara con la estricta súplica de que no hiciera ningún esfuerzo aparte del de sentarse en una silla. *Madame* Marietta, Frederick y el *signor* Pirotti fueron a visitarla. *Madame* insistió que se le preparara una infusión de salvia en vinagre, mezclada con una cantidad igual de agua para hacer gárgaras.

La enfermera Hannah protestó.

—La señora Westoby ya toma agua de limón y cebada de forma regular para suavizar la garganta. También le doy tisanas de limón endulzadas con miel.

—Así pues, también puede prepararle el gargarismo. Se lo ordeno. Yo soy la experta.

Meggan contuvo una sonrisa mientras observaba la conversación entre enfermera y profesora de canto. *Madame* se saldría con la suya. Las gárgaras de salvia y vinagre, por repugnantes que parecieran y que probablemente supieran, formarían parte de su tratamiento.

Ya fuera por la eficacia de las gárgaras o por la de las tisanas, la cuestión es que a finales de la segunda semana Meggan ya se sentía casi del todo bien. Tanto el doctor McDermott como *Madame* se empeñaron en que dejara descansar la garganta al

menos una semana más antes de reemprender las lecciones de canto. Cuando Hannah Rigby se marchó, Meggan fue presa del aburrimiento. Paseaba por el jardín y escribió una larga carta a sus padres y otra a los Heilbuth en la que incluyó una carta especial para los gemelos. Terminó la carta a sus padres preguntándoles si habían tenido alguna noticia de sus hermanos.

David había escrito a bordo del buque de vapor y había enviado la carta nada más llegar a Melbourne. Meggan la había recibido cuando acababa de salir de la cama. Recibió una segunda carta al cabo de dos días, a la cual Meggan había enviado respuesta para tranquilizar a su esposo diciéndole que estaba mejorando. Desde entonces había recibido dos cartas más. Eran todas muy cortas, exhortaban a Meggan a cuidarse todo lo posible y la informaban de que sus negociaciones comerciales progresaban de manera satisfactoria.

Meggan tomó asiento en el salón para escribirle una carta tranquilizadora a su esposo.

«Mi querido esposo:

Te alegraré saber que ya estoy completamente recuperada. Mi maravillosa enfermera, Hannah Rigby, me dejó el domingo pasado. Obedezco las órdenes tanto del doctor McDermott como de *Madame* de no esforzarme demasiado y de descansar durante varias horas todos los días.

Mañana ya podré retomar mis clases de canto. Tengo muchísimas ganas de poder volver a cantar. Cuando regreses, dentro de dos semanas, ya volveré a ser la misma de siempre.

Con cariño de tu esposa.

Meggan».

Madame recibió la llegada de Meggan a la casita con exagerado placer y Frederick con un abrazo y un beso en ambas mejillas. A Meggan se le ordenó no sobrecargar la voz en aquella primera lección. Si notaba la más ligera sequedad o cosquilleo en la garganta debía informar a *Madame* de inmediato. Para su deleite, Meggan no experimentó incomodidad alguna, aunque *Madame* insistió en que hiciera frecuentes gárgaras con la mezcla de salvia y vinagre. Tampoco dejaron que Meggan llevara su voz al máximo registro. No había que correr absolutamente ningún riesgo con el valioso don de su voz.

Al regresar a casa Meggan sintió que la invadía el cansancio. Tomó un almuerzo frugal, contenta de tener la casa para ella sola por la tarde, puesto que era el día en que la señora Mills tenía media jornada libre. Por una vez se alegró de no poder hacer nada más que descansar. Quizá no estuviera tan completamente recuperada como había creído estar. A media tarde se despertó de un sueño profundo. Se quedó un rato en la cama hasta que el aburrimiento la impulsó a hacer algo, cualquier cosa, y se dirigió al piso de abajo.

Cuando estaba a medio bajar las escaleras oyó que sonaba el timbre de la puerta. Como no esperaba ni quería visitas, Meggan estuvo a punto de no contestar. Se quedó inmóvil en el mismo escalón, con la mano en la barandilla, hasta que el timbre sonó por segunda vez. Incapaz en conciencia de no hacerle caso, esperó que quien llamaba fuera alguien a quien le alegrara ver.

Pero cuando abrió la puerta no supo si la emoción que prevaleció en ella fue el placer o la desesperación, lo único que sintió fue una impresión enorme.

—Hola, Meggan.

—¡Con! —El nombre fue un susurro en sus labios.

—¿Puedo pasar?

—Yo... esto... —Se fijó en la expresión seria de sus ojos. Debía de saber que estaba casada. ¿Acaso le estaba diciendo con la mirada que eso importaba? Se mordió levemente el labio inferior—. Sí, por supuesto.

Meggan lo condujo al salón formal, no a la habitación donde David y ella pasaban la mayor parte del tiempo. El corazón le latía apresuradamente y eran muchas las emociones que luchaban dentro de ella. ¿Por qué estaba en Adelaida y no en Cornualles? ¿Cómo había sabido dónde vivía?

—¿Te apetece algún refresco? —le preguntó, decidida a ser una anfitriona educada. Una educada reserva sería su defensa contra el anhelo que le henchía el corazón. La expresión de Con era feroz, casi enojada.

—No necesito refrescos, Meggan. Necesito una explicación.

A Meggan le dio un vuelco el corazón.

—No te entiendo. ¿Por qué has venido?

Con la miró fijamente.

—Regresé para casarme contigo.

—¡No! —Meggan retrocedió y se dejó caer en el sofá con el rostro entre las manos. Al final, al ver que Con no decía nada, levantó la cabeza—. ¿Por qué ahora, Con, cuando ya es demasiado tarde? Ya estoy casada. Pero tú ya lo sabes, ¿no es verdad?

—Sí. Fui a Burra nada más regresar. —Su expresión no se suavizó.

—Lo siento.

Meggan no podía quedarse allí sentada mientras él la miraba con esa expresión hermética, sin dar muestras de cómo se sentía. Se puso de pie y le dio la espalda. ¡Qué inútil resultaba decir «lo siento» para explicar la desesperación que sentía!

—¿Por qué te casaste con él? —Formuló la pregunta con tanta calma que lo mismo podría haberle estado preguntando si le gustaban las rosas.

Meggan se encogió de hombros con impotencia y se volvió de nuevo hacia Con.

—En Burra ya no me quedaba nada.

—Tendrías que haberme esperado.

—¿Cómo iba a saber que volverías? —exclamó—. Pensaba que te ibas a casar con Jenny.

Él profirió una exclamación y, al responder, su voz ya no estaba ausente de emoción.

—No podía declararme. Creí que entendías mi situación.

Meggan volvió la cabeza sin responder. ¿Es que su vida siempre iba a estar llena de reproches?

—¿Por qué te casaste con David Westoby cuando sabías lo que yo sentía?

Las palabras de Con transmitían un dolor profundo, pero ¿acaso ella no sentía también dolor? Tuvo que verlo en sus ojos cuando se volvió a mirarlo de nuevo.

—¿Cómo querías que supiera, cuando declaraste tu amor por mí, cuando dijiste que encontrarías la manera de estar juntos, que tu intención era algo más que convertirme en tu amante? —La desesperación tiñó sus palabras de amargura—. Podría haber acabado perfectamente en la misma situación que Caroline. ¿O acaso la has olvidado, has olvidado por qué no tengo motivos para confiar en un Tremayne?

—Yo soy un Trevannick, no un Tremayne. Y tampoco he olvidado a Caroline. El día de su funeral me di cuenta de lo mucho que significabas para mí. —Había un tono caprichoso en sus palabras que coincidía con su expresión—. ¿Recuerdas que te rogué entonces que algún día tuvieras mejor concepto de mí? —Se acercó más a ella y le tomó las manos—. Meggan, Meggan, deja de intentar luchar contra esto. No importa lo que digas o cuánto discutas, no puedes negar que aún nos queremos.

—Nuestro amor no cambia nada. Estoy casada. No sabía que tenías intención de regresar.

—¿No lo sabías? —preguntó en voz baja. Y más bajito aún empezó a tararear la melodía de *The True Lover's Farewell*.

Meggan se dio la vuelta con rapidez para alejarse de él y ocultó la cara entre las manos con un sollozo. Recordó los días en que le había pedido que cantara esa canción para él, el hilo de conciencia que a partir de entonces se tendió entre ellos. Con la agarró de los hombros. Acercó la boca a su oído y pronunció su nombre con voz angustiada:

—Meggan.

—No dijiste nada. No tenía esperanza.

Las manos aferraron sus hombros con más fuerza.

—No podría, cariño. No hasta que hubiera visto otra vez a Phillip. No hasta que hubiera hablado con Jenny. Sentía que no podía decirle nada antes de que estuviéramos de vuelta en Cornualles. —Se le fue apagando la voz con una angustia que igualaba la de Meggan—. Te quiero, Meggan.

Ella sollozó de nuevo y se dio la vuelta hacia sus brazos, y ya ninguno de los dos pudo negar la fuerza de su pasión.

No fue hasta más tarde, mucho después de que Con se hubiera marchado, que la dulce alegría de su amor se vio suplantada por la culpabilidad. Meggan echó un vistazo a su dormitorio, la habitación que su esposo había preparado a conciencia para ella y se sintió abrumada de tormento por su traición. «¿Cómo he podido hacerle algo semejante a David? Pero ¡ay!, ¿cómo iba a echar a Con? ¡Lo quiero tanto!».

Las respuestas no acudieron con facilidad. A lo largo de una noche larga e inquieta, la lealtad hacia David luchó con el anhelo de estar con Con. Ella le había

rogado que no volviera a su casa. Él le había rogado que fuera a su hotel. Pero en cualquiera de esos dos sitios, ¿cómo podían estar seguros de eludir las miradas curiosas? ¿Cómo podía aprovechar ni siquiera unos breves momentos de felicidad si los cotilleos herían a David?

Meggan, con dolor de corazón y también de cabeza, se estaba preparando para acudir a su clase de canto cuando un chico le entregó la nota. Antes de romper el sello ya sabía quién se la enviaba.

«Mi querida Meggan:

Tengo que volver a verte. Si no quieres que venga a tu casa tenemos que encontrar otro sitio en el que poder vernos. Entiendo que es una falta de decoro que vengas al hotel. Tienes razón cuando dices que debemos evitar los cotilleos, aunque lamento la necesidad de tener que encontrarnos en secreto.

No puedo marcharme y dejarte sin más, no ahora que nos hemos amado de forma tan maravillosa.

Mi querida sirena gitana, si no recibo una respuesta pasaré por la casa esta noche. Estoy seguro de que debes de sufrir igual que yo.

Te quiero con todo mi corazón.

Con».

Por primera vez, las críticas y exigencias de *Madame* Marietta en pos de la perfección parecían insignificantes a la vez que hirientes. Meggan pensó que era como si no tuviera talento y estuviera haciéndole perder el tiempo a la mujer. Las disputas verbales entre *Madame* y Frederick la ponían de los nervios. Con el segundo altercado ya no pudo soportarlo más.

—¡Oh, basta! ¡Basta ya! —gritó.

Rápidamente le saltaron las lágrimas y los intensos sollozos acudieron momentos después. Como se llevó las manos a la cara y se dio la vuelta no vio que la sorpresa en el rostro de sus maestros se convirtió en sendas expresiones de consternación. Meggan dejó que *Madame* la sentara en una silla. Abrazándose la cabeza sobre el brazo de la silla, sollozó quizá con más amargura de la que había llorado por la muerte de Caro.

Las voces de *Madame* y Frederick, que conversaban entre ellos, quedaban amortiguadas al borde de su conciencia. No levantó la cabeza hasta que su desdicha se mitigó y los sollozos pasaron a ser hipidos.

—¿Y bien? —quiso saber *Madame*, aunque no con brusquedad—. ¿Qué te ocurre? ¿Estás indispueta tal vez?

Meggan se sorbió la nariz para contener un nuevo torrente de lágrimas.

—No, *Madame*, no estoy indispueta.

—Algo no va bien cuando lloras de esta manera. ¿Has recibido malas nuevas? ¿Hay algún problema en tu familia?

—No, yo... —No pudo continuar porque las lágrimas brotaron de nuevo.

—Ah. Entiendo. Frederick, déjanos. No habrá más clase por hoy. Fuera, fuera.
—*Madame* le hizo un gesto perentorio con la mano. Cuando Frederick se hubo marchado, la mujer acercó el taburete del piano a la silla de Meggan.

—Así pues, es un tema del corazón, ¿verdad?

—¡Oh, *Madame*! ¡Le quiero tanto! Debería haberle esperado —pronunció aquellas palabras sin pensarlo.

—¿Quién es este hombre al que quieres tanto y al que no esperaste?

Meggan lamentó no poder retirar su arrebato.

—Es problema mío, *Madame*. Ya he hablado demasiado. Tendría que haberle dicho que estaba enferma.

—Tienes el corazón roto. Conozco los síntomas. Y también conozco una cura.

—¿Qué cura hay para amar a otro hombre que no es tu marido?

—¿Tu amor es correspondido?

—Sí, sí. Regresó para casarse conmigo, lo que pasa es que yo no esperé.

—¿Y por qué no esperaste? Tienes que contarme toda la historia.

Siguiendo un orden inconexo, consciente de que *Madame* la sonsacaría hasta quedar satisfecha, Meggan se lo explicó todo, incluso le contó lo de la liebre blanca. Relató la tragedia de Caroline y Rodney, le habló de la primera vez que vio a Con Trevannick en la playa de Pengelly. Le habló de Jenny, de Burra, de Will y de su soledad cuando todos se marcharon, su decisión de casarse con David. En último lugar le habló del regreso inesperado de Con, del reconocimiento de unos sentimientos tan intensos que ninguno de los dos podía resistirlos.

—¿De manera que ahora sois amantes y no sabes qué hacer?

—¿Qué puedo hacer, *Madame*, salvo pedirle que se marche?

—Tu cabeza te dice que lo ahuyentes y tu corazón quiere estar con él.

—Debo hacer caso de mi cabeza.

—Entonces siempre vivirás lamentándolo. Haz lo que te dice el corazón. Aprovecha toda la felicidad que puedas.

Meggan se quedó un tanto estupefacta.

—¿Me está sugiriendo que siga traicionando a mi esposo? ¿No he sido ya demasiado injusta con él habiéndole sido infiel aunque solo fuera una vez?

Madame le restó importancia con un gesto de la mano. Por lo visto los sentimientos de un esposo no eran importantes.

—¿Preferirías traicionar tus sentimientos y los de tu amado? Tu esposo está ausente. No puede herirle lo que no sabe. —Dirigió una mirada fulminante a Meggan —. Y tú no debes contárselo nunca.

—Alguien lo averiguará. Llegaran rumores a sus oídos.

—No si yo te ayudo. Te dejaré mi casita todas las tardes. No, insisto. No me sirves de nada con esta melancolía. Yo he conocido el placer de un amante. Cuando experimentes un amor como ese, te convertirás en una cantante aún más grande.

Entenderás la pasión.

Meggan no supo qué responder. El dramatismo de la voz y los gestos de *Madame* siempre eran abrumadores.

—Tendréis intimidad. Aquí nadie ve quién entra y sale. Y ahora dame el nombre del hotel en el que se aloja. Le enviaré un mensaje para que venga. Y así, tal vez mañana vuelvas a cantar.

Cuando *Madame* se ausentó unos breves momentos para enviar un mensaje a Con, Meggan se quedó sentada en la silla. Trató de calmar su confusión de emociones e ideas sin mucho éxito. Una confusión que empezaba a manifestarse con síntomas físicos de enfermedad. Una parte de ella deseaba que *Madame* no hubiera tomado el asunto en sus manos de un modo tan imperioso. Contrariamente, se sentía aliviada de que le hubieran arrebatado la necesidad de decidir. La mayor parte de ella se moría por volver a ver al hombre al que amaba.

A su regreso, *Madame* preparó una infusión de hierbas que insistió en que Meggan se bebiera.

—Es una infusión de camomila y menta, para ayudarte a que te calmes.

Como tenía una gran necesidad de algo que le calmara los nervios, Meggan sorbió la infusión obedientemente.

Madame se sentó cómodamente cerca de Meggan y empezó a hablar de su juventud, de cuando cantaba en las óperas de los más grandes teatros de Londres. Un romance apasionado y la subsiguiente boda con un yanqui rico la llevaron a Norteamérica. Cuando pasó la euforia del idilio, ella empezó a echar de menos la vida del teatro y a sentirse asfixiada por las estrictas costumbres sociales de las clases altas norteamericanas. Al cabo de menos de un año de su boda se había fugado con un músico para recorrer las salas de conciertos de Europa, hasta que al final acabó sola en Milán, donde había tenido la suerte de encontrar un lugar en la gran compañía de la ópera de aquella ciudad.

Las preocupaciones de Meggan quedaron contenidas por la fascinación que suscitó la extravagante historia, aunque cuestionable, que *Madame* le relató.

—¿Cómo acabó viviendo en Australia, *Madame*?

—Ay, esa historia es para otro momento. Creo que tu amante ha llegado.

El súbito rubor de vergüenza que Meggan sintió al oír la palabra que *Madame* había elegido fue acompañado de un vuelco del corazón al oír que llamaban a la puerta principal. Pese a su estado de crispación, Meggan se vio impulsada a sonreír al ver la expresión incrédula de Con cuando se vio frente a *Madame* Marietta y su estrafalario atuendo además del exótico desorden de la habitación.

Madame no notó su expresión, o tal vez estuviera acostumbrada a observar una reacción similar en todo aquel que acudía a su casita por primera vez.

—Bueno. Ya está aquí. Ahora os dejaré solos. —Cogió una bolsa grande de

tapicería—. Si te vas antes de que regrese, deja la llave en la maceta del geranio.

Se marchó sin decir una sola palabra más. Meggan y Con tampoco dijeron nada hasta que se quedaron solos. Las palabras se retasaron aún más porque corrieron uno a los brazos del otro y porque sus bocas ansiosas se encontraron.

Con la abrazó como si no pudiera soportar volver a soltarla.

—Mi amor, estas últimas horas han sido como años de tiempo vacío. No sabes lo maravilloso que es abrazarte otra vez.

—¿No lo sé? —Meggan hizo que relajara su abrazo y que no fuera tan feroz—. Te quiero, Con. He pasado la noche destrozada, preguntándome qué debería hacer.

—Yo no he albergado ninguna duda. Te deseo... te necesito, aunque solo pueda ser durante unas breves semanas. —Cerró los ojos, suspiró profundamente y cuando volvió a abrirlos miró fijamente a Meggan—. No estoy siendo sincero. Unas pocas semanas nunca serán suficiente. Ojalá...

—No. —Meggan no pudo dejarle terminar—. No hay futuro para nosotros. Te quiero y tendré todo lo que pueda de ti, pero nunca abandonaré a mi esposo.

—Meggan, Meggan. —La besó de nuevo—. ¿Adónde podemos ir para estar juntos?

Meggan sonrió al anticipar la reacción de Con.

—*Madame* nos ha ofrecido utilizar su casita todas las tardes.

—¿Lo dices en serio? —Su expresión era casi de susto.

—*Madame* lo decía en serio.

—¡Por el amor de Dios! Me resultaría imposible hacerte el amor en este sitio. —Ladeó la cabeza hacia el dormitorio.

—A mí también. Sin embargo, no podemos continuar viéndonos en la casa ni en ningún hotel. Ya soy bastante conocida.

—Entonces tenemos que ir a algún lugar donde no te reconozcan.

A Meggan se le ocurrió una solución que al parecer surgió de la nada.

—¡Claro! —exclamó—. Iremos a Hahndorf. Puedo decirle a la señora Mills que *Madame* ha insistido en que el aire más fresco de las montañas será beneficioso para mi garganta.

A media tarde, Mills detuvo el carruaje frente a la pintoresca posada de Hahndorf. Cuando el hombre le hubo llevado las maletas al vestíbulo, Meggan reiteró que enviaría un mensaje cuando quisiera regresar a casa y lo mandó de vuelta. Mills apenas había dado media vuelta con el carruaje para emprender su viaje de regreso a Adelaida cuando Con se reunió con ella.

—He reservado nuestra habitación, una con unas hermosas vistas al campo. —Le tomó la mano y se la puso en el brazo—. ¿Quieres que subamos, querida, como la respetable pareja casada que se supone que somos?

Un dolor no expresado resultó audible en aquellas palabras desenfadadas. En la

habitación, después de separarse tras un abrazo apasionado, Meggan tomó el rostro de Con entre sus manos.

—Querido mío, este tiempo es para nosotros. No pensaremos en el futuro, ni en el pasado. Seremos felices juntos durante el tiempo que tengamos.

Durante dos semanas Meggan conoció la felicidad completa. Todas las noches, y a menudo con el calor perezoso de primera hora de la tarde, Con y ella se amaban con intensa pasión. Varias mañanas alquilaron caballos para cabalgar junto a las florecientes granjas alemanas y más allá, donde se estaban estableciendo los viñedos. Pasearon por la ciudad, disfrutando tanto del olor como del sabor de las salchichas ahumadas alemanas y los sustanciosos pasteles. En todas partes oían hablar alemán con más frecuencia que su propio idioma.

—Se podría creer que ni siquiera estamos en Australia —comentó Meggan—. Los colonos alemanes han traído consigo todas las costumbres de su tierra natal. Quizá se sientan más como en casa si todo lo que les rodea les es familiar.

—¿Acaso los de Cornualles no hicieron lo mismo en Burra?

Meggan lo miró sorprendida y luego asintió para mostrar su acuerdo sobre algo que ella siempre había dado por sentado.

—Sí, lo hicieron, igual que los galeses y los ingleses, ambos con sus propias ciudades. Me pregunto si será lo mismo en generaciones venideras o si todos estos pueblos distintos se casarán entre ellos hasta convertirse en una única raza... una raza australiana.

—Tus pensamientos son muy profundos, querida. —Con la obsequió con una sonrisa indulgente.

Meggan lo agarró del brazo con más firmeza y se rio alegremente.

—Sí, ¿verdad? Vamos a la pastelería, Con. Me apetece una de sus deliciosas tartas. Me... ¡Oh, Dios mío! —Se le fue apagando la voz hasta que quedó en un impresionado susurro.

—¿Qué pasa? Te has puesto muy pálida.

—He visto a Will.

—¿A tu hermano?

—Sí. Ay, tienes que dejarme, Con, porque creo que él también me ha visto.

En efecto, Will la había visto y subía casi corriendo por la calle. Sin mirar siquiera para ver si Con se había alejado, Meggan se apresuró para reunirse con su hermano.

—¡Meggan!

—¡Will!

Se abrazaron con alegría impetuosa y luego se separaron para mirarse el uno al otro con una mezcla de placer e incredulidad. Hablaron los dos al mismo tiempo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Se rieron.

—Tú primero —dijo Will.

—No, no. Debes decírmelo tú primero. Te creía en Victoria a estas alturas.

Will hizo una mueca.

—Nuestros planes cambiaron.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido? Tu cara me dice que algo pasó.

—Sí. No, no te preocupes, Megs. Vamos a buscar un sitio donde podamos sentarnos y hablar.

—Hay un salón de té muy agradable justo a la vuelta de la esquina.

Durante el corto paseo Meggan apenas pudo contener su preocupación. Intuía que las noticias de Will no serían buenas. En cuanto tomaron asiento frente a una pequeña mesa con un mantel ajedrezado de color rojo, Meggan le exigió que se lo contara. La explicación se retrasó hasta que la propietaria les hubo servido té y pasteles.

—Tuvimos un accidente con el carro.

—Uno de los chicos resultó herido —exclamó Meggan—. ¿Fue Hal o Tommy?

—Tommy.

—¡Oh, Dios mío! ¿Quedó muy malherido?

—Bastante.

—¿Cuánto es bastante?

—No volverá a andar como es debido.

—¡No! Pobre Tommy. ¿Cómo ocurrió? ¿Fuiste a buscar un médico para Tommy? ¿Dónde estabais? ¿Por qué no volvisteis a casa?

Will la tomó de la mano para calmar su agitación.

—No más preguntas, Megs. Te contaré la historia desde el principio.

Meggan escuchó y profirió alguna que otra exclamación de angustia mientras Will se lo relataba todo, desde el salto inesperado del primer ualabí que se cruzó en su camino.

—¿Cómo está Tommy ahora?

—Está bien de salud, aunque le ha quedado una cojera de por vida.

—De modo que Hal y tú habéis estado trabajando para ese hombre, Harvey, desde entonces.

—Tommy también ha estado trabajando. Ha descubierto que tiene habilidad para el trabajo con cuero. Puede reparar arneses y sillas sin forzar la pierna coja.

—¿Qué estás haciendo en Hahndorf? ¿Está muy lejos Harvey's Run?

—A unos dos días a caballo. Jack y yo entregamos unas ovejas en un lugar al norte de aquí. Jack está colado por la hija. Lo dejé para que la cortejara. Yo vine a Hahndorf a buscar unas cuantas cosas que necesitamos.

—¿Necesitamos?

—Tommy, Hal y yo. A finales de semana nos marchamos de Harvey's. Volveremos a emprender la marcha rumbo a Ballarat.

—A finales de semana. Vaya, eso es muy pronto. ¿No hay forma de que pudiera volver a veros a todos antes de que os marchéis?

—Los chicos estarán listos para partir en cuanto regrese a la granja de Harvey.

Les diré que nos encontramos.

—Me alegro mucho de haberte visto. Qué coincidencia que ambos estuviéramos en el mismo lugar.

—¿Y cómo es que tú estás en Hahndorf, Meggan?

—He venido para recuperarme de una enfermedad. —Meggan tuvo miedo de que el calor que notaba en las mejillas pudiera estar delatando su mentira. Para su alivio, Will solo pareció perplejo.

—¿Qué enfermedad es esa? ¿Por qué no estás con los Heilbuth?

—Oh, claro, no lo sabes. También me han pasado muchas cosas desde que te marchaste de Burra.

Meggan le habló de su matrimonio, de las clases de canto y, con orgullo, de su éxito en Adelaida.

—Me alegro de que tu sueño se esté volviendo realidad. Me gustaría conocer a tu marido.

—Tal vez lo conozcas algún día.

—¿No está aquí contigo?

Meggan dijo que no con la cabeza.

—Está en Melbourne. Hubiera ido con él de no ser por la infección de garganta.

—Así pues, ¿estás sola? —No le hizo la pregunta porque sí.

Meggan volvió la cabeza, incapaz de mentirle directamente a su hermano.

—Megs. —Will alargó la mano para volverle la cara a su hermana y que no pudiera ocultar su expresión—. Vi a Con Trevannick.

Meggan se mordió el labio inferior y parpadeó para contener las lágrimas. Will la conocía demasiado bien y no podía ocultarle la verdad.

—No me juzgues, Will. Nos queremos.

—¡Os queréis! ¿Qué nos ha reportado siempre el amor con alguien de esa familia? Nada más que infelicidad.

—Ya lo sé, pero Con nunca haría nada para hacerme daño.

El resoplido de incredulidad que soltó su hermano le retorció el corazón de dolor.

—Me sorprendes, Meggan. Te creía más lista.

Él también estaba disgustado con ella.

—Por favor, Will, no podría soportar que me odieras por lo que he hecho.

—Nunca podría odiarte, Megs. Pero sí que odiaría ver que te hacen daño.

Meggan respondió con una risita un tanto amarga.

—El daño ocurrió cuando Con llegó a Adelaida, después de que me hubiera entregado en matrimonio a otro hombre.

No había duda de que Will estaba preocupado.

—¿Y qué pasa con tu marido, Megs? Dijiste que es un buen hombre. ¿Ahora le dejarás? Solo porque Con Trevannick ha decidido que te quiere.

—Por favor, Will, entiéndelo. Esto no es más que un breve interludio en mi vida. Uno que tengo que tener. Volveré a Adelaida para ser la tierna esposa de David otra

vez. —¡Dios Santo, qué crueles sonaban sus palabras!

Al tiempo que hablaba supo que partiría hacia Adelaida tan pronto como Mills pudiera venir con el carruaje. El idilio con Con había terminado.

Meggan envió el mensaje a Adelaida nada más regresar al hotel, después de despedirse emotivamente de su hermano. No le dijo nada a Con sobre su decisión hasta después de haber enviado el mensaje. Sabía que él se sorprendería. Lo que no se había esperado era que se enfadara.

—¿Por qué, Meggan? No dijiste nada de que tuvieras pensado marcharte. ¡Vamos a quedarnos otra semana, ¿no?

—No puedo. Debo volver a Adelaida. No te enfades conmigo, Con, por favor.

—¿Tu hermano ha tenido algo que ver con esta decisión repentina?

—Por supuesto que no.

—Yo creo que sí, Meggan. Si no te hubieras encontrado con tu hermano, creo que te hubieras quedado conmigo de buena gana. Te ha hecho sentir culpable.

—¡Soy culpable! —exclamó ella llorando—. Ambos somos culpables de la peor clase de engaño.

Con repuso con calma:

—Ambos estuvimos de acuerdo. Sabíamos lo que estábamos haciendo.

—Lo sé, lo sé. ¡Es que te quiero tanto!

Con la estrechó entre sus brazos, apretó sus mejillas mojadas contra su pecho. Meggan oyó que un sonido parecido a un sollozo escapaba de la garganta de Con.

—Meggan. Meggan. Mi querida sirena gitana, ¿qué vamos a hacer? Ojalá...

Meggan se apartó de él y le puso un dedo en los labios.

—Calla, no lo digas. Ámame, Con, nada más. Ámame esta noche y mañana. No nos queda más tiempo. Regresaré a Adelaida para esperar a mi esposo. Cuando deje Hahndorf no debes volver a verme jamás.

Aquella noche se amaron con la desesperación de los amantes a punto de separarse. Al día siguiente fueron cabalgando más allá de las granjas y se amaron de nuevo sobre una cama de helechos junto al arroyo. A media tarde Meggan subió al carruaje de su esposo, consciente de que Con la observaba desde la ventana de la habitación que había sido su nido de amor. Ella solo volvió la mirada una vez. Oculta en la intimidad del carruaje, apoyó la cabeza contra la tapicería de cuero y dejó que las lágrimas cayeran durante todo el camino a Adelaida.

Meggan se quedó en casa durante tres días. No tenía ganas de volver a sus lecciones de canto, de estar bajo el astuto escrutinio de *Madame*. Para estar ocupada practicó italiano y se aprendió la letra de nuevas canciones. Casi todas las noches se sentaba junto a la ventana de su dormitorio y contemplaba el resplandor de la luna sobre la superficie del río Torrens. Al cuarto día recibió una visita.

Él ni siquiera la saludó cuando abrió la puerta.

—¿Aún no ha vuelto tu marido?

—Ya debes de saber que no, de lo contrario no estarías aquí.

Él le dirigió una sonrisa triste.

—¿Vas a dejarme aquí en el umbral, Meggan?

Si mediar palabra, ella se dio la vuelta y lo condujo al salón. Una vez allí ninguno de los dos parecía saber qué decirse. Se quedaron los dos de pie, rígidos, combatiendo el impulso de lanzarse a los brazos del otro.

—No deberías haber venido a la casa. Nos despedimos en Hahndorf.

—¿De verdad fue una despedida, cuando nos queremos tanto?

—Tuvo que ser una despedida. Ambos lo sabemos. Si de verdad me quisieras te marcharías otra vez.

—¿Es eso lo que quieres? ¿No volver a verme nunca más?

El rígido autocontrol de Meggan empezó a flaquear.

—No hagas esto. Soy una mujer casada, Con. Mi esposo es un buen hombre. Se merece una esposa fiel.

—Tú no lo amas.

—He llegado a tenerle mucho cariño.

—¿Podrías dejarle, Meggan?

—¡No! Y no deberías preguntármelo.

Él suspiró que lanzó casi le rompió el corazón a Meggan.

—Pues no lo haré.

—Tú y yo nunca estuvimos destinados a estar juntos.

Con se limitó a menear la cabeza.

—¡Ay, Meggan, cariño mío! Estábamos destinados a estar juntos desde el primer día que nos encontramos en la playa. No puedes negar lo que hemos tenido.

A Meggan le empezaron a escocer los ojos por las lágrimas.

—Yo no niego nada. Conservaré los recuerdos que tengo de ti durante el resto de mi vida. Pero no importa lo mucho que te quiera, nunca dejaré a mi marido.

—No, claro que no. Si no te importaran los sentimientos de tu esposo no serías la mujer que amo. Te quiero de verdad, Meggan. No pienses nunca que esto fue solo un coqueteo por mi parte.

—Sé que no lo fue. No más de lo que lo fue por mi parte. Dijiste que nuestro destino se formó aquel día en la playa. Tienes más razón de la que crees. Aquel día yo había visto una liebre blanca.

—¿Una liebre blanca? —Pareció desconcertado—. ¿Te refieres a esa vieja superstición?

Un triste esbozo de sonrisa asomó a las comisuras de los labios de Meggan.

—Era una niña fantasiosa. —La sonrisa dio paso a la seriedad—. Poco después sobrevino la tragedia en nuestra familia.

—Coincidencia, sin duda. ¿De verdad crees que nuestro amor estaba condenado?

—A veces sí... no lo sé. —Alzó el rostro y con mirada suplicante le dijo—: Vuelve a Cornualles, Con. Cásate con Jenny tal y como estaba previsto. Eso sería lo mejor para ambos.

Él asintió moviendo la cabeza lentamente.

—Mi dulce sirena gitana. Déjame que te abrace por última vez.

—Yo... ¡Oh, Con!

Meggan avanzó hacia él. Con la besó con ferocidad y sus lágrimas humedecieron el rostro de los dos. Cuando sus labios se separaron Con siguió abrazándola con tanta fuerza que Meggan sentía su desesperación. Al final la soltó y le enjugó las lágrimas con la mano.

—Adiós, Meggan. Que tengas una vida feliz y plena.

Con salió de la habitación, salió de la casa y Meggan no se movió de dónde estaba hasta que supo que Con habría llegado ya más allá del final de la calle.

Con se dirigió a toda prisa de vuelta a su hotel. Decidió que debía marcharse de Adelaida de inmediato, mientras aún tuviera fuerzas para alejarse de Meggan. Una vez en su habitación hizo las maletas rápidamente, pagó la cuenta y alquiló un coche con conductor para que lo llevara al puerto. Al llegar allí encontró tres barcos anclados, uno de ellos estaba terminando los preparativos para zarpar. Llamó al capitán desde el muelle.

—¿Puede llevar un pasajero más?

El capitán se inclinó sobre la barandilla y respondió:

—¿Puede permitirse un camarote? Tenemos uno libre.

—Pues lo cogeré.

Fue corriendo de vuelta al coche para pagarle al conductor y recoger el equipaje. No tenía ni idea de adónde se dirigía aquel barco. Lo único que importaba era que lo llevaría lejos de Australia Meridional.

El hombre que era James Pengelly solo tenía un parecido superficial con el joven que había sido Rodney Tremayne. Los años bajo el sol australiano habían enrojecido su tez antes blanca. A su pelo desgredado le hacía falta un barbero y un bigote y una barba corta le cubrían la parte inferior de la cara. Sus ojos seguían siendo de un azul claro y las arrugas que irradiaban de las comisuras eran el resultado de entrecerrarlos para protegerse del intenso sol. Aquellos ojos miraban entonces a las dos jóvenes que paseaban por el jardín de la casa cogidas del brazo.

Sus risas entraban por la ventana abierta, una más aguda que se fundía armónicamente con el tono más grave de la otra para crear un sonido agradable al oído. La dueña de la risa cantarina miró hacia la ventana. Sonrió y saludó con la mano. James respondió levantando la suya y devolviendo la sonrisa, aunque su atención se centraba en la otra chica.

—Es una delicia verlas, ¿verdad? —Charles Winton había entrado en la habitación y se había quedado de pie junto a su contable—. Si hubieras visto a Jane cuando la encontramos, enferma y muriéndose de hambre, aún te asombrarías más de ver cómo está ahora.

—Ya me lo has dicho otras veces. Salvo por el color de su piel, uno ni se imaginaría que es nativa. Sin embargo, Charles, me pregunto qué le depara el futuro a Jane.

—¿En qué sentido?

—Para empezar, habría muy poca gente dispuesta a criar a una niña negra como a su propia hija. No habrá muchos más que estén preparados para aceptar a una chica negra en la sociedad blanca, a pesar de la política de asimilación del gobierno. Has civilizado a Jane pero ¿le has hecho un favor?

—¿Crees que deberíamos haber dejado que murieran las dos cuando nos costaba tan poco salvarlas?

James volvió la cabeza para mirar a Charles. El otro hombre tenía la boca apretada con expresión molesta y miraba a las dos chicas con sus pobladas cejas fruncidas.

—No era mi intención ofenderos ni a ti ni a la señora Winton, Charles. Vuestra caridad es encomiable. Jane es una chica encantadora e inteligente y Hannah, el poco tiempo que la conocí, me pareció un verdadero ángel, no obstante... —Dejó de hablar y alzó los hombros en una muda reiteración de su anterior pregunta.

Charles Winton admitió el comentario.

—No has dicho nada que Mary y yo no hayamos discutido ya. Últimamente hemos pensado mucho en el futuro de nuestras dos chicas ahora que están en edad de casarse. Encontraremos un buen esposo para Jane. Uno que vea más allá del color de

su piel a la persona que hay debajo.

—Espero que tengas éxito, por el bien de Jane.

James se preguntó a quién podría tener Charles en mente. ¿Era consciente de la forma en que a menudo la miraba Joshua? La muchacha poseía una belleza oscura que, en comparación, hacía que el color anglosajón de Anne pareciera insípido. Jane siempre atraía la atención de los hombres, tanto si era consciente de su atractivo como si no. No había la menor duda de que el más joven de los hermanos Winton deseaba a la chica aborígen. El suyo era un deseo que nada tenía que ver con el matrimonio. También estaba Adam. James era incapaz de definir los sentimientos del hijo mayor hacia Jane.

—... No quiere que Anne se mude cuando se case.

James se dio cuenta de que Charles Winton le estaba hablando y volvió rápidamente la atención a su patrono.

—Anne y su madre —continuó diciendo Charles— siempre han estado muy unidas. Mary espera que Anne se case con un hombre que esté preparado a formar su hogar aquí en Riverview. —Hizo una pausa—. Tú te has adaptado bien a nuestra forma de vida, James.

Aquella afirmación tuvo demasiada poca sutileza como para que su significado no quedara claro. James Pengelly respondió exponiendo el hecho:

—Crees que sería un esposo adecuado para Anne.

—Mary y yo hemos hablado de ello. Más bien esperábamos que la sugerencia viniera de ti. Anne no te desagrada, ¿verdad?

—Anne no podría desagradar a nadie. Es una chica simpática y cariñosa.

—Así pues, ¿qué me dices, James? En el tiempo que llevas con nosotros... dos años y medio, ¿no?, mis beneficios han aumentado enormemente gracias a tus habilidades con las cifras y las finanzas. Quiero conservar tus servicios. Mary quiere que su hija permanezca cerca. El matrimonio entre Anne y tú parece una opción espléndida.

—Sin ánimo de ofender, Charles, yo diría que tu opción espléndida es para beneficio de Riverview y de la felicidad de la señora Winton.

Charles Winton pareció desconcertado.

—¡Caray! Supongo que mis palabras pueden haberte dado esa impresión. No estamos siendo egoístas en este asunto. Anne le ha confiado a su madre que tiene ciertos sentimientos por ti.

Entonces le tocó a James mostrar sorpresa.

—Anne nunca me ha dado muestras de que le gustara más allá de una amistad normal.

Charles sonrió.

—Sin duda estás pensando que cuando Anne quiere algo va y lo coge. Sin embargo, parece ser que en este asunto nuestra hija se siente incapaz de imponerse sin nuestro apoyo.

—El cual le brindáis totalmente.

En aquel momento Anne volvió a mirar hacia la ventana frente a la que estaban los dos hombres hablando. Volvió la cabeza rápidamente. James creyó ver que el rubor teñía sus mejillas. Tal vez supiera, o adivinara, el tema de conversación.

—Pues dime, ¿qué te parece? —le preguntó otra vez Charles Winton.

—En este momento no tengo en absoluto una idea clara. Me gusta Anne, mucho. Antes nunca había pensado en el matrimonio. Desde que vine a Australia estaba decidido a seguir soltero toda mi vida.

—No puedes hacer eso, hombre —exclamó Charles—. La vida no es nada sin una buena mujer a tu lado e hijos que te alegren el corazón. Aunque sin duda es vanidoso por mi parte decirlo, nuestra familia debe servir como un ejemplo encomiable.

James tuvo que sonreír forzosamente. Los Winton, en efecto, eran un ejemplo de matrimonio y familia. El voto de soltería se había hecho a raíz del dolor y la pena que había sufrido el joven Rodney Tremayne. La experiencia en las colonias había endurecido a James Pengelly. Cornualles, la locura emocional de juventud y la traición de su padre habían quedado muy atrás. Ese pasado pertenecía a otro hombre.

¿Por qué no casarse con Anne Winton? Tal como le había dicho a su padre, era una muchacha cariñosa y simpática. Su belleza radicaba en su carácter, porque solo un pariente o amante vería en su rostro algo más que una falta de atractivo. La composición corriente de sus rasgos y su color anodino no parecían preocupar a Anne en lo más mínimo.

Considerándolo bien, a él le suponía una ventaja indudable. Le gustaba la familia Winton, tenía mucho respeto por Charles y sentía admiración por Mary. Allí en Riverview estaba haciendo un trabajo con el que disfrutaba de verdad. La prosperidad había supuesto que la explotación ganadera se desarrollara hasta convertirse en algo parecido a una pequeña aldea. James había llegado unos meses antes de que la familia se mudara a su lujosa mansión de dos pisos, construida con piedra del lugar y amueblada a conciencia con buen gusto y estilo. Frente a la casa, unos jardines atractivos y una extensión de césped descendían hacia la ribera del río Murray. A la izquierda, más allá de la casa original y la vieja cocina, estaba el lugar en el que James había pensado a menudo que le gustaría construir su propio hogar. Las cosas podrían irle mucho peor que casándose con Anne Winton.

—Está bien, Charles. Si Anne está dispuesta a aceptarme, accedo a hacerla mi esposa.

—Excelente. —Charles le estrechó la mano con firmeza—. Supongo que querrás hablar con Anne tú mismo, ¿no?

—Sí. Solo me casaré con ella si estoy seguro de que es lo que quiere de verdad.

Charles fue a asomarse a la ventana abierta.

—Anne, ven aquí un momento.

Le sonrió a James.

—¿Para qué enviar a un sirviente cuando puedo llamarla desde aquí con la misma

facilidad?

—Claro, ¿para qué?

Al cabo de unos minutos, Anne entró en la habitación en la que el contable de su padre llevaba las cuentas de la explotación. Una mirada rápida a uno y otro le confirmó lo que ya había sospechado en el jardín. El leve estremecimiento interior que antes había sentido era entonces como si una docena de mariposas se persiguieran por su abdomen. Enterró los dedos en los pliegues de su falda para no revelar también un temblor.

—¿Qué quieres, papá? ¿Me necesitas para algo?

—No, mi cielo. James tiene que preguntarte una cosa. —Le pellizcó la mejilla con afecto—. Os dejaré para que habléis.

Anne oyó que su padre cerraba la puerta al salir. Juntó las manos delante de la falda y miró a James directamente a los ojos.

—¿Qué es lo que quieres decirme, James?

—¿No sabes por qué nos ha dejado solos tu padre?

—Supongo que ha estado haciendo de casamentero —dijo Anne con absoluta falta de sentimentalismo. Decidida a no dejar traslucir sus sentimientos hacia ese hombre hasta que supiera cómo serían recibidos, se sintió complacida cuando James se rio. Anne sonrió con él.

—Tengo razón, ¿verdad? Mi padre ha decidido que deberías casarte conmigo.

—Haces que parezca muy poco romántico. —La risa seguía en su voz. Anne siempre sería directa en lo que dijera.

—¿Acaso hay algo romántico en tu proposición? —replicó—. Porque supongo que vas a hacerme una proposición.

—Sí. —James controló la risa—. Anne, quiero saber cuáles son tus sentimientos en este asunto. ¿Te casarías conmigo porque quieres ser mi esposa o porque es lo que tus padres desean?

—¿Pensarás que soy atrevida si digo la verdad?

—La verdad es lo que quiero oír. No tengo tiempo para afectaciones o falsa coquetería.

—Bien, porque yo nunca mostraré afectación y tampoco sé cómo coquetear. Así pues, James Pengelly, te quiero y no deseo nada más que convertirme en tu esposa.

James se rio de nuevo.

—Aún no te lo he pedido.

—Pues pídemelo.

James le tomó las manos y las sostuvo suavemente entre las suyas.

—Anne Winton, ¿me concederás el honor de ser mi esposa?

—Sí, James Pengelly. —Se irguió con atrevimiento para darle un beso en los labios—. No me importa que no me quieras. Pero no te atrevas a cambiar de opinión.

Charles Winton lo anunció formalmente cuando la familia se reunió para cenar. Abrió dos botellas de su mejor vino y le llenó la copa a todo el mundo.

—Tengo que hacer un brindis —declaró—. Adam, Joshua, Jane, bebamos a la salud de Anne y James, que se han prometido.

Las reacciones de los hermanos fueron acorde al carácter de cada uno. Adam abrazó a su hermana, le estrechó la mano a James y se declaró incondicionalmente a favor de la unión.

Joshua, que también dio un abrazo a su hermana, le dijo:

—Era de esperar que te salieras con la tuya, Anne. —Y luego se dirigió a James—. Espero que sepas en lo que te estás metiendo.

Anne respondió a su hermano dándole un puñetazo juguetón en el brazo.

—Para ya, Joshua.

—No le hagas caso, Anne. —Jane pasó entre los dos para cogerle las manos a Anne y darle un beso en la mejilla—. Me alegro mucho por ti.

La única persona en la habitación que sabía que no se alegraba era James. Le había visto la cara cuando Charles lo anunció.

Había otra cosa que anunciar y que Charles Winton se reservó para después de la cena.

—Anne, Jane, vuestra madre y yo vamos a daros un capricho. Vamos a llevaros a visitar Adelaida. Y... —Levantó una mano para acallar las exclamaciones de excitación— asistiremos a un baile en la Casa del Gobernador.

Adelaida era fascinante. Anne solo recordaba vagamente la ciudad a la que su familia había llegado en 1845. Seis años de prosperidad en la colonia habían obrado tal cambio que había muy pocas cosas que avivaran su recuerdo. Profería exclamaciones por todo lo que veía. Los edificios eran lujosos, las tiendas tenían un aspecto fascinante y la gente más aún.

Para Jane todo era nuevo, emocionante, diferente. Para una chica que solo había conocido la lejanía de una propiedad aislada y en cuya mente seguían aún vivos los recuerdos de su niñez más temprana, Adelaida resultaba bastante intimidante.

Hasta que llegaron al hotel no se le ocurrió el hecho de que podrían considerarla como una especie de curiosidad; alguien intrigante, pero que no estaba de acuerdo con la posición de su familia adoptiva. Las miradas con las que se había encontrado mientras caminaban por la ciudad no le habían causado preocupación alguna. Ella las había devuelto todas abiertamente.

Cuando la familia entró en el vestíbulo del hotel, Jane vio que el recepcionista se quedaba boquiabierto y ponía unos ojos como platos, tras lo cual volvió de inmediato a su servilismo impasible.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor? —le preguntó a Charles Winton, aunque le resultaba difícil arrancar la mirada de la joven de piel oscura.

—Soy Charles Winton. Tengo reservas para mi familia. Una habitación para mi esposa y para mí, una para mis hijas y otra individual para el prometido de mi hija. Se reunirá con nosotros dentro de poco.

—Ah... veamos... —El recepcionista pasó rápidamente su atención de las mujeres al libro de reservas que tenía en el mostrador. Tras tomarse un tiempo excesivo estudiando las entradas, miró a Charles con el ceño fruncido—. Ah, sí, sus habitaciones están listas. Sus hijas tienen una muy privada en la parte de atrás del hotel. ¿Necesita también una habitación para la doncella, señor?

—En absoluto, no hemos traído a nadie del servicio.

—Oh... ah... entiendo. Esa mujer negra no está con ustedes. ¿Es alguien con quién se ha encontrado, tal vez?

El recepcionista estaba tan aliviado de que la mujer no esperara alojarse en el hotel que la reacción indignada que recibió por parte de aquel hombre lo pilló por sorpresa.

—Estas dos señoritas —declaró Charles en un tono acorde con su expresión sombría— son mis hijas.

—Pero... ella no puede ser su hija, señor.

—No me importa su actitud, joven. «Ella» es mi hija, Jane Winton. Y ahora nos gustaría que nos mostraran nuestras habitaciones, ¿o prefiere que hable con el propietario de este establecimiento?

El recepcionista, que no sabía si su jefe lo elogiaría o lo regañaría por su aversión a tener a una mujer negra como huésped del hotel, se sintió aliviado al informar a Charles Winton de que el propietario no se encontraba en la ciudad en aquellos momentos. Y con suerte, añadió en silencio para sus adentros, esos invitados ya se habrían marchado antes de que el propietario del hotel regresara.

El botones, un chico de unos diez u once años, miró a Jane con una curiosidad manifiesta que carecía del disgusto del que dio muestras el recepcionista.

En cuanto las chicas se quedaron solas en su habitación, Jane expresó su furia.

—¿Oíste a ese recepcionista, Anne? ¿Todo el mundo va a ser así? ¿Nadie va a creer que somos hermanas?

—¿Acaso importa lo que piensen los desconocidos? Eres, y siempre serás, mi querida hermana.

Sus palabras no consolaron a Jane.

—Puede que me hayan educado como a un miembro de tu familia y que sepa más sobre vuestra forma de vida que sobre la de mis antepasados, pero sigo siendo aborigen. Ahora ya sé por qué la gente me mira. Solo ven el color de mi piel.

—Ven tu belleza, Jane. Espera a que vayamos al baile. Todos los hombres te irán detrás y serás la envidia de todas las mujeres.

—Ahora ya no sé si debería asistir al baile del gobernador.

—Te han invitado, ¿por qué no tendrías que asistir?

—Cuando papá aceptó la invitación, ¿mencionó que su hija adoptada era de piel

negra?

—No tengo ni idea, y tú no eres negra, Jane, tu piel es de un hermoso y cálido color castaño.

—Eso, mi querida Anne, es discutible. Lo que no soy es blanca. Empiezo a pensar que no seré bien recibida en los lugares donde normalmente no se ven aborígenes.

—Solo la gente sin sentido común en la cabeza o sin caridad en el corazón no te recibiría bien. De todas formas, las opiniones de estas personas no tienen importancia. —Abrazó a Jane—. Alégrate, cielo. Todo va a ser maravilloso. Te lo prometo.

Las actividades de los días siguientes afirmaron mucho más la convicción de Jane que la de Anne. La sorpresa en los rostros de la gente que conocía a las dos chicas por primera vez era comprensible. El rechazo espantado y la indignación subsiguientes eran inaceptables. Solo en raras ocasiones la sorpresa inicial se transformó en curiosidad sin crítica.

Jane ocultaba su enojado resentimiento en público. Solo reveló sus pensamientos a Anne.

—Todos se creen muy superiores. ¿Has escuchado a algunas de esas mujeres, Anne? Tú y yo somos más bienhabladas que muchas de ellas y un así me tratan como si tuviera que estar en el zoo de alguna feria, como una curiosidad a la que mirar boquiabiertas.

—No debes permitir que ese tipo de personas te disguste, Jane.

—Estoy más enfadada que disgustada. No me voy a hacer de menos. Tengo intención de demostrar que soy igual que cualquier otra mujer de esta ciudad.

Jane sabía que su dominio de la conversación era bueno. Era atractiva... dudaba si llamarse hermosa. Vestía bien la ropa. Sus modales en sociedad eran perfectos. «No intentaré fingir —se dijo— que soy igual que “ellos”. Le demostraré a todo el mundo que me siento orgullosa de ser aborígen y haré que me respeten por quien soy». Jane empezó a tener ganas de ir al baile.

La señora Winton y las chicas iban a hacerse vestidos nuevos para el baile.

—No iremos demasiado extravagantes —le aseguró a su marido—. Solo quiero vestir a las chicas a la última moda.

—¿Con esas crinolinas ridículamente grandes? Y de lo más inútiles, si quieres que te diga.

—Lo sé, querido, pero son la última moda. Las chicas deben poder llevarlas. Al fin y al cabo, el baile es una ocasión muy especial.

La señora Winton localizó un establecimiento de costura en el extremo inferior de Rundle Street. La propietaria iba vestida con un sencillo vestido gris, adornado solamente con cinta lila. La prenda era tan anodina como su persona. Un vestido de viaje de satén verde con los volantes decorados con terciopelo estampado colgaba de una percha como atributo de la habilidad como modista de la mujer. El hecho de que

era consciente de su talento se manifestaba en el derecho autocrático de elegir a qué clientela aceptaba. En tanto que le complacería hacer una creación para la señora Winton y la señorita Anne Winton, se negó rotundamente a coser ninguna prenda para una aborígen.

—Jane, aunque desciende de aborígenes, señorita Boyd, ha sido criada como hermana de Anne. Asistirá al baile del gobernador con nosotras y necesita un vestido. —Mary Winton cogió del brazo a Jane para evitar que la chica se marchara enojada de la tienda. Anne había soltado un grito ahogado de indignación. La modista permaneció impasible ante la reacción de ambas.

—Lo siento, señora Winton. Quizá debería buscar otra modista. Hay otras en la ciudad a quienes les importa menos su reputación.

La imperiosa intervención de una mujer con un vestido de tafetán rojo oscuro excesivamente decorado previno el comentario mordaz que Mary Winton estaba a punto de hacer. No había duda de que el diseño de su vestido no seguía la última moda. Tenía un rostro que parecía pintado y sus dedos estaban cargados de anillos. En lugar de toca, llevaba la peineta alta y la mantilla de encaje negro de una dama española.

—Señora Boyd. Tengo que hablar con vos.

La presteza con la que la modista respondió, hizo que las Winton se miraran unas a otras asombradas. No hacía falta que ninguna de ellas dijera lo que pensaba. Si aquella extraña criatura era una cliente de la altanera modista, ¿cómo era posible que esta se opusiera a coser para Jane? Todas intentaron escuchar la conversación que tenía lugar al otro lado de la habitación.

—¿Tiene algún problema en confeccionar un vestido para la muchacha de color?

—Es una aborígen, *Madame*.

—Es una joven muy apuesta. Tendrá mucho mejor aspecto con uno de sus vestidos que con ese tan sobrio que luce.

—Pero es que es negra, *Madame*. Si la visto, perderé a toda mi clientela.

Las que escuchaban oyeron un inconfundible resoplido de desdén.

—Si no viste a esa chica perderá a su mejor cliente.

—No la entiendo, *Madame*. —La modista empezaba a parecer menos segura de sí misma.

—¿Acaso no le traje a la gran señora Westoby? ¿No es verdad que ahora usted tiene muchas clientas nuevas porque ella lleva sus vestidos?

—¿Quién es la señora Westoby? —le susurró Anne a su madre.

—No tengo ni idea. —Sus susurros llegaron a otros oídos.

—¿No conocen a la gran cantante? —Una feroz mirada inquisitiva se clavó en las tres mujeres.

—No somos de Adelaida... esto... *Madame*.

La mujer se volvió a mirar a la modista a la vez que se encogía de hombros en un gesto dramático.

—Explíqueselo a estas damas.

Todo rastro de superioridad se había desvanecido de la conducta de la modista.

—La señora Westoby es muy admirada en sociedad y he ganado muchas clientas nuevas que también desean llevar mis vestidos.

Madame extendió las manos.

—Así pues... vestirá también a esta joven dama. Con algún género de color cobre o ámbar, a mi parecer.

El día del baile, James Pengelly puso un anillo de zafiro en el dedo de Anne. Ella misma había elegido el anillo y había esperado impaciente a que modificaran el tamaño para que se ajustara a su dedo.

—¿Te gusta? —le preguntó a Jane al tiempo que le tendía la mano con orgullo para que la examinara.

Jane tomó la mano extendida para admirar la piedra de un azul intenso.

—Me gusta mucho. —Puso su otra mano sobre la de Anne y le dio un apretón—. Eres muy afortunada, Anne, al estar prometida con un hombre como James.

—Ya llegará tu momento.

—No lo creo. Ya has visto cómo me mira la gente. ¿De verdad piensas que algún hombre querrá casarse conmigo?

—¿Por qué no? James te tiene en gran estima.

—James va a casarse contigo. Su estima no importa.

—Encontrarás a alguien a quien le gustes incluso más que a James. Seguro que esta noche en el baile habrá muchos hombres atractivos.

—No te pongas a hacer de casamentera, Anne. Me disgustaré mucho si lo haces.

—Bueno, lo que sin duda voy a hacer es procurar que no te quedes sin parejas de baile.

Jane no pudo evitar reírse un poco.

—Querida Anne, eres la mejor hermana del mundo. —Se puso seria de inmediato—. Desde que llegamos a Adelaida a veces me he enojado y afligido. A menudo he tenido ganas de rogar a nuestros padres que volviéramos a casa, pero sé cuánta ilusión os hacía este baile a mamá y a ti. No voy a asistir al baile si tengo que pedir disculpas por el color de mi piel. Iré con la cabeza bien alta. Le mostraré a todo el mundo que estoy orgullosa de ser quien soy. Ya no hará falta que otros me defiendan. A partir de ahora tengo intención de defenderme yo misma.

Habían contratado a una mujer para que ayudara a las Winton a vestirse y arreglarse. Soltó una exclamación sobre la abundancia del cabello negro y reluciente de Jane, entusiasmada en levantar mechones, rizarlos y fijarlos en lo alto de la cabeza de la joven. Su destreza en el manejo de un par de tijeras pequeñas creó varios mechones

finos que enmarcaron su rostro. La mujer declaró que los bucles tan de moda estaban bien para Anne, pero que no era un estilo que favoreciera a Jane.

Las chicas contemplaron sus reflejos con agrado. El vestido de Anne, de gasa de un azul intenso, realzaba su tez clara.

—¡Dios mío! —exclamó—. Estoy casi preciosa. Pero tú, Jane, tú estás preciosa de verdad.

«Sí —pensó Jane—, estoy preciosa». El brillante satén ámbar de su vestido había sido una elección perfecta. Tenía la piel radiante, el pelo resplandeciente y no pudo evitar tener la esperanza de que James también pensara que estaba preciosa.

Cuando la familia se reunió en el vestíbulo del hotel, Jane se vio recompensada por la expresión de asombro de James.

—Estás guapísima, Jane.

—Gracias —murmuró ella, consciente de que él parecía incapaz de apartar la mirada de su rostro.

—¿Crees que yo estoy guapa? —le preguntó Anne.

—¿Cómo podría decir lo contrario? —Su sonrisa borró la pequeña punzada de celos que había sentido la joven.

—Ambas sois un deleite para la vista —afirmó Charles Winton—. Veo que elegí bien mis regalos.

Antes de que se vistieran les había dado un estuche de joyería a cada una. El de Anne contenía un colgante de zafiro y el de Jane un collar de ámbar. Las joyas complementaban sus vestidos a la perfección.

La llegada de Jane al baile creó la sensación que ya habían anticipado y cuya primera manifestación fue el silencio que reinó entre los presentes cuando fueron anunciados el señor Charles Winton y señora, las señoritas Anne y Jane Winton y el señor James Pengelly. El hecho de que presentaran a Jane Winton como hija de Charles Winton creó, en sí mismo, una oleada de susurros especulativos. Sus rasgos parecían similares a los de los aborígenes que habían visto por los límites de la ciudad. Ninguno de los invitados del gobernador estaba preparado para creer que aquella belleza perteneciera a una raza que ninguno de ellos respetaba.

—Ninguna aborígen podría tener un aspecto tan deslumbrante.

—Tal vez sea una princesa de alguna de esas islas del Pacífico.

—Quizá sea de Nueva Zelanda. Tengo entendido que sus nativos son mucho más civilizados que los nuestros.

—¿De verdad es la hija de Charles Winton? ¿Cómo puede ser que su esposa aceptara una situación semejante? ¡Pero si las chicas parecen ser de la misma edad!

—Bueno, no sería el primer hombre que busca en otra parte cuando su esposa está en ese estado.

—Si fue así, quizá la madre sea aborígen.

—Tonterías. Sé a ciencia cierta que la familia llegó aquí en 1846.

—Sea quien sea, la verdad es que está deslumbrante. Mirad cómo se apiñan a su

alrededor todos los jóvenes.

Jane se encontró con que era el centro de atención. Por defecto, Anne también disfrutó de los admiradores. No le importó nada coquetear con los jóvenes, le pareció de lo más divertido. A James, que estaba con el padre de Anne, le presentaban a personas importantes. A Anne no le importó en absoluto quedarse en medio de ese círculo.

Mientras Anne flirteaba, Jane permaneció un tanto distante, manteniendo cierto aire de misterio. Los más atrevidos de sus admiradores sugirieron que debía de provenir de algún país exótico. Jane no negaba ni afirmaba ninguna de las absurdas suposiciones sobre su procedencia. A todos les respondía con una leve sonrisa misteriosa. Se reía en sus adentros y su desprecio hacia la sociedad blanca se intensificaba.

Las dos chicas no tardaron en estar comprometidas para todos los bailes de la velada. Anne reservó el primer baile para su prometido.

—¿Te importa que haya cedido todos los demás bailes, James? Es que a ti te veo todos los días ¡y me estoy divirtiendo tanto!

—Debes seguir divirtiéndote, Anne. No me importa en absoluto no tener todos los bailes. Me conformo con miraros a las dos.

Pero mintió. Podía sonreír y ser indulgente con el coqueteo de Anne. ¿Por qué entonces se sentía tan resentido por los admiradores que se apiñaban en torno a Jane?

Hacia la mitad de la velada, a Anne la estaban conduciendo hacia la pista de baile cuando su pareja se inclinó hacia ella para decirle:

—Ahí está la señora Westoby. Me pregunto si va a cantar para nosotros esta noche.

—Ya la he oído nombrar. ¿Es buena cantante?

—¿Buena? Es magnífica. Una mujer a la que la fortuna ha favorecido en todos los aspectos. Una voz divina, un rostro hermoso y casada con uno de los hombres más ricos de Adelaida. Y se dice que se crio en la cabaña de un minero en Cornualles.

—¡Qué interesante! Me pregunto si... ¡Oh! —Anne no dijo lo que se preguntaba porque le había visto la cara a la cantante—. Es Meggan. ¡Ay, no puedo creerlo!

—¿Conoces a la señora Westoby?

—No sabía su nombre de casada. Vinimos a Australia en el mismo barco. No la he visto desde entonces. ¡Oh, por favor! ¿Te importa si no bailamos? Tengo que hablar con ella.

—Te acompañaré al otro lado de la sala.

Aunque no reconoció de inmediato a la joven que se le acercaba, Meggan se alegró de la misma manera cuando al fin lo hizo.

—Anne. Menuda sorpresa.

—Ya lo creo. No me hubiera imaginado nunca que nos encontraríamos en la Casa del Gobernador.

—Yo tampoco. Tienes buen aspecto, Anne.

—Estoy muy bien y tú estás maravillosa. Seguro que tenemos muchas cosas que contarnos. —Se había olvidado de su acompañante hasta que el joven habló.

—Señora Westoby, permítame que aproveche esta oportunidad para decirle lo mucho que admiro su canto.

—Gracias. —Meggan aceptó el cumplido con la afectación que ya le resultaba completamente natural.

El joven la contempló con admiración un momento más y luego sugirió educadamente que dejaría solas a las damas para que reanudaran su amistad. Ellas se dirigieron a un sofá que estaba libre.

—¡Qué casualidad que ahora seas famosa! Siempre dijiste que ibas a ser una gran cantante.

—Sí, así es. Tengo la suerte de que mi sueño se ha hecho realidad. ¿Qué me dices de ti, Anne? Siempre dijiste que lo único que querías de la vida era casarte con un hombre rico y apuesto y tener muchos hijos.

Anne se echó a reír.

—Mi sueño también se ha hecho realidad. —Le mostró la mano izquierda—. Estoy prometida a un hombre apuesto. Aunque no es rico, trabaja como contable para mi padre. Cuando nos casemos construiremos nuestra casa en Riverview, de modo que siempre estaré cerca de mis padres, hermanos y hermana.

—¿Hermana? ¿Tus padres tuvieron otra hija?

—No. Jane es mi hermana adoptiva. Ha estado con nuestra familia desde que nos marchamos de Adelaida. Vas a sorprenderte, Meggan. Allí está mi hermana, hablando con esos dos hombres.

—¿Esa es tu Jane? Creo que está causando mucha sensación. Nadie parece haber adivinado de dónde es.

—Así es cómo pensamos que debería ser. —Anne soltó una risita—. Yo te lo diré, Meggan. Jane es aborigen. Poco después de salir de Adelaida encontramos a Jane y a su madre al borde de la muerte.

—Y la criaron como tu hermana. ¿Qué le ocurrió a la madre?

—Hannah también se quedó con nosotros. Sentía devoción por mi madre. Lamentablemente murió el año pasado. Creemos que le falló el corazón.

—Tu historia me intriga, Anne. Debo conocer a tu Jane y saludar a tus padres también.

—Por supuesto. Y yo te presentaré a mi prometido. Él también es de Cornualles. Se llama James Pengelly.

—¿Pengelly? Qué raro. Es el nombre de nuestro pueblo.

—Sí, ahora lo recuerdo. Ya me parecía haber oído antes ese nombre. Ahí viene. —Anne le sonrió a alguien por encima del hombro de Meggan.

Meggan se dio la vuelta y soltó un grito ahogado.

—¡Rodney!

Vio que el joven empalidecía y que la estupefacción se revelaba en sus ojos.

Estaba claro que no la reconocía.

—Debe de estar confundida. No la conozco.

—No estoy confundida. Te conozco muy bien. Soy la hermana de Caroline.

Con expresión atónita, cayó en la cuenta de quién era.

—Meggan Collins.

—Ahora soy Meggan Westoby. Y tú te haces llamar James Pengelly. No me extraña que no pudieran encontrarte.

—James, ¿quieres explicarte, por favor? —los interrumpió Anne, que estaba completamente confusa por aquella conversación—. ¿Os conocéis? ¿Por qué Meggan te llama Rodney?

—Sí, me explicaré después. —James no hizo caso de la preocupación de Anne—. ¿Quién me estaba buscando, Meggan?

—Con y Jenny.

Anne volvió a interrumpirlos.

—Exijo que me expliques qué está pasando. ¿Quiénes son esas personas?

Meggan percibió la angustia en su voz.

—No te lo puedo contar, Anne.

—¿Por qué no? ¿James?

—Lo siento, Anne. Por favor, déjame hablar a solas con Meggan. Te lo explicaré todo más tarde.

Lejos de quedar satisfecha, Anne fue a reunirse con sus padres.

—Ha pasado una cosa de lo más extraña, mamá.

—¿De qué se trata, querida?

—Meggan y James se conocen, pero ella lo llamó Rodney.

—¿Meggan?

—Tienes que acordarte de Meggan Collins, mamá. Su familia iba en el barco con nosotros.

—Ah, sí, ya me acuerdo. ¿Está aquí en el baile?

—No solamente está en el baile. ¿Te quieres creer que Meggan es la gran señora Westoby de la que todos hablan?

—¿En serio? Es asombroso.

—Sí, y estaba a punto de presentársela a James cuando ella lo llamó Rodney y hablaron de unas personas cuyos nombres no he oído jamás. Ahora se han ido a hablar a alguna parte. Estoy muy disgustada, mamá.

—Estoy segura de que no es necesario que lo estés. James es un buen hombre. ¿Dónde está Jane? No la veo.

—Estaba allí con dos admiradores.

—Ah, sí. Ahora nuestra Jane tiene más de dos admiradores. Estoy muy contenta de que todo haya salido bien. Tenía miedo por ella. Aunque no aprobara tu plan de hacer de ella una persona misteriosa, parece que ha tenido éxito.

Pero Jane se había cansado de la farsa. Aunque al principio había resultado

divertido tener a todo el mundo intrigado sobre sus orígenes, ahora tenía ganas de ir al centro del salón de baile y anunciar a gritos su ascendencia. Quería desafiar a esa gente a que no la consideraran distinta por el simple hecho de ser una chica aborígen y no una princesa exótica.

Se libró de su grupo de admiradores y avanzó por la sala con la intención de reunirse con su familia. De camino le pidieron que se sentara con unas cuantas damas.

—Soy Elizabeth Reilly —se presentó la más joven—. Esta es mi madre y esta nuestra amiga, la señora Harrison. Por favor, siéntese con nosotras, señorita Winton. Mi madre y yo tenemos muchas ganas de hablar con usted.

Jane no quería sentarse a hablar. Estaba a punto de disculparse cuando hubo algo en la expresión de la mujer llamada Harrison que la hizo cambiar de opinión. «No quiere que me sienten con ellas, por lo tanto lo haré».

—Háblenos de usted —le pidió la joven señorita Reilly con entusiasmo—. Todo el mundo está muy intrigado por conocer su historia.

—Elizabeth. Estás siendo demasiado directa. Por favor, disculpe la falta de modales de mi hija, señorita Winton.

Jane sonrió a ambas.

—No me ha ofendido, señora Reilly. Soy muy consciente de la especulación que ha mantenido entretenidos a los asistentes desde que llegué esta noche.

—¿No le molestan las habladurías?

—Más bien me divierten, aunque me he cansado de oír todas esas suposiciones descabelladas. Fui adoptada por los Winton cuando tenía diez años, después de que nos salvaran de morir de hambre a mi madre y a mí.

—¡Es horrible! —exclamó la señorita Reilly—. No quiero decir que fuera horrible que la adoptaran, sino que se estuvieran muriendo de hambre.

—¿Y dónde fue eso? —inquirió la señora Harrison—. ¿Fue en la India, tal vez? ¿O quizá en África?

—O tal vez en Australia —añadió Jane, que se percató de que la mujer ni siquiera había tenido la cortesía de utilizar su nombre—. Soy aborígen.

Jane observó las reacciones con cinismo.

—¡Oh! —Fue lo único que pudo decir la señorita Reilly. La señora Reilly parecía haberse quedado sin habla.

—¡No me lo puedo creer! —declaró ofendida la señora Harrison, que con las prisas por ponerse en pie para marcharse estuvo a punto de tropezar con su ancha falda.

Jane también se levantó.

—Discúlpenme, por favor, señorita Reilly, señora Reilly. Debo reunirme con mis padres.

No había llegado muy lejos cuando llegó a sus oídos una voz estridente.

—¡Hablaré con el gobernador Fox sobre esto! ¡Una aborígen... aborígen —

reiteró la voz—, que se atreve a vestirse como si fuera una mujer de recursos, que tiene la audacia de entrar en la sociedad blanca! Podría ser aceptable si viniera de una raza civilizada como los indios pero ¡una aborígen! ¿En qué se está convirtiendo la colonia?

Hubo exclamaciones de asentimiento y luego se oyó la voz de un hombre:

—Yo bailé con la joven. Me pareció encantadora.

—No dudo que se lo pareció, señor Pearson. Las mujeres con mundo como yo sabemos exactamente por qué los hombres se interesan por las mujeres negras.

Jane se acercó al grupo. Su furia era como una piedra dura y fría en su corazón.

—Por favor, comparta lo que sabe, señora Harrison. Me interesa saber a qué se refiere.

Clavó los ojos en el rostro de aquella mujer, consciente de que el pequeño grupo estaba entusiasmado ante la perspectiva de presenciar una escena.

La señora Harrison no se amilanó.

—¡Como si no lo supieras! Sois todas unas putas asquerosas.

—¿No me diga? —preguntó Jane con tanta dureza que uno o dos de los presentes profirieron un grito ahogado. La señora Harrison no pareció darse cuenta. Se abanicó la cara con la mano.

—¡Qué horror! La atmósfera está muy cargada. ¿Alguno de ustedes nota ese olor? Como de negro que no se lava.

—El único olor que noto es uno agrio de falta de educación, de intolerancia y de una mujer amargada. Mírese a sí misma, señora Harrison, antes de criticar a los que tienen mejores modales que usted.

La mujer se puso roja como un tomate.

—¿Cómo te atreves a hablarme así, negra oportunista? No tienes ningún derecho a ocupar un lugar en la sociedad blanca.

—Tengo el derecho de mi educación. El derecho de la amabilidad y de la cortesía. Y usted no parece poseer ninguna de las dos cosas. —Jane dio media vuelta y se alejó.

—¡Habrase visto!

Jane mantuvo la dignidad hasta llegar a la puerta. En cuanto la cruzó empezó a temblar. A pesar de su furia, unas lágrimas de humillación empezaron a correrle por las mejillas.

Ya no podía seguir fingiendo que su raza no importaba. Daba igual lo bien que la hubieran educado, la nobleza en la que se hubiera criado y lo buena persona que pudiera ser, la mayoría de los blancos nunca verían más allá del color de su piel. Nunca la aceptarían, nunca se casaría con un buen hombre. Pero eso lo supo cuando el hombre al que amaba eligió como futura esposa a la hermana de piel blanca.

Meggan y Rodney James Tremayne encontraron un asiento en el salón donde podrían hablar sin que los oyera nadie.

—Háblame de Jenny y Con. ¿Estuvieron aquí?

—Hace unos seis meses. Me los encontré en Burra cuando vinieron buscándote.
—¿Sabes por qué vinieron hasta aquí intentando encontrarme?
—Creo que tu padre está muy enfermo y expresó el deseo de verte antes de morir.
—¿Mi padre ha muerto?
—No lo sé. Creo que podría ser que se hubiera recuperado.

Rodney permaneció sentado en pensativo silencio unos momentos, con la vista clavada en el suelo. Levantó la cabeza para hablar y entonces vio a Jane.

—¡Jane!

Meggan se volvió y vio que la chica aborígen se apresuraba hacia la puerta con lágrimas en los ojos.

—Discúlpame, Meggan, tengo que averiguar qué es lo que ha disgustado a Jane. ¿Puedo ir a verte por la mañana?

—Sí. Sobre las once estaría bien. —Le dio la dirección a toda prisa porque intuyó sus ansias de ir tras Jane.

Jane se alejó de las luces y de la música con paso firme, lo único que quería era estar sola. No creía que pudiera soportar volver al baile. También sabía que no podía irse sin más sin causar una gran preocupación a su familia.

—Son mi familia —dijo en voz alta—. Anne es mi hermana. Joshua y Adam son mis hermanos. Sus padres son mis padres. —Los quería a todos. No, eso no era del todo cierto. A Joshua no podía quererle. Siempre la había hecho sentirse incómoda. A veces creía que su presencia en la familia le molestaba.

—Jane. Espera.

Jane se detuvo y el corazón empezó a latirle un poco más deprisa.

—Jane —repitió al llegar a su lado—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

—Lloro porque estoy furiosa. —Se enjugó rápidamente las lágrimas de los ojos—. ¿Por qué es tan inaceptable ser aborígen, James?

—Alguien te ha dicho algo.

—Una puerca. Me llamó sucia negra.

Él también se enfureció, conmovido por el disgusto de Jane.

—¿Quién fue esa mujer? Habría que hacer que se disculpe.

—¿Crees que alguien podría hacer que la señora Harrison se disculpara? Estaba tan enojada que me temo que le dije lo que pensaba de sus modales.

Para su sorpresa, James se rio.

—¿De verdad hiciste eso? Sin duda tardará semanas en recuperarse de la impresión. Por lo que he visto y oído de esa señora, se habrá merecido todo lo que le dijiste.

Jane recordó el horror en el rostro de la mujer y se echó a reír. Pero luego se revolvieron en su interior el dolor del insulto, la sensación de estar fuera de lugar y el miedo al futuro y se encontró sollozando en brazos de James.

—No puedo volver ahí adentro —dijo al fin.

—No tienes que volver. Te llevaré de vuelta al hotel. Espérame aquí mientras aviso a tu familia.

Regresó al cabo de muy poco.

—Les he dicho que no te encontrabas bien, Jane. Tú debes decidir cuánto quieres que sepan.

—Gracias, James. —No sabía si podía revelar su pena a la familia que la quería como a una hija.

James alquiló un taxi para que los llevara de vuelta al hotel. No volvieron a hablar hasta que él la hubo acompañado a su habitación.

—¿Estarás bien, Jane? ¿Quieres que vaya a ver si puedo traerte una taza de té o de leche caliente?

—No necesito nada de beber.

—Entonces te dejaré.

—Quédate, por favor. —La joven vio su sobresalto de sorpresa, su mirada interrogante—. No quiero estar sola.

—¿Qué quieres?

—Quiero que... —¿Pero cómo iba a pedirle que la amara cuando iba a casarse con su hermana? ¿Cómo podía pedirle que la abrazara otra vez?

No hizo falta que hiciera ninguna de las dos cosas. James la estrechó en sus brazos, le puso la mano en la cabeza y la apoyó en su hombro.

—¿Estás segura de que quieres que me quede?

Jane alzó el rostro. Se miraron largamente. Él bajó la cabeza muy despacio hasta que sus labios cubrieron los de la joven.

Después, Jane yacía en sus brazos.

—¿Aún vas a casarte con Anne? —La manera en que James tensó el cuerpo le dijo que no había pensado en Anne desde que cayeron juntos sobre la cama. En realidad, ella tampoco lo había hecho. Saciada entonces del placer de amar, Jane necesitaba saber si lo que acababan de hacer significaba tanto para él como para ella. Él se puso de lado y le acarició la cara.

—No puedo responderte, Jane. Necesito tiempo para pensar.

Jane se deslizó en la cama y se apartó de él. Puso los pies en el suelo, cogió la camisa interior y se la puso por la cabeza. Aunque sabía que él la estaba mirando, no dijo nada hasta que llegó a la puerta y se volvió hacia él.

—Si necesitas tiempo para pensar es que no me quieres como yo a ti, aunque me tomaras de tan buen grado. ¿Has hecho de mí una puta, James?

—¡No digas eso, Jane! —Se había levantado de la cama y también se estaba vistiendo—. No te estaba utilizando. Siento algo por ti. Pero no estoy seguro de si lo que siento es amor.

—Porque soy negra.

—No. Nunca me ha importado el color de tu piel. Jane, esta noche he tenido noticias de mi familia. Por la mañana sabré más. Lo que he sabido me ha desconcertado. No puedo tomar ninguna decisión hasta que sepa más.

Pese a que la joven no reaccionó, él la tomó entre sus brazos y la besó una vez más.

—No te tomé a la ligera, Jane. Significas más que eso para mí. Lo único que te pido es que no se lo cuentes a Anne.

No, no iba a contárselo a Anne. ¿Qué iba a conseguir hiriendo a su hermana? Aunque James la quisiera a ella, a Jane, no era con ella con quien se casaría. Su esposa sería Anne.

A la mañana siguiente, a las once en punto, Rodney James Tremayne llamó a la puerta principal de la casa de North Street. Sus arraigados buenos modales fueron lo único que le impidió no presentarse allí antes de la hora convenida. Llevaba dando vueltas desde las ocho de la mañana con la esperanza de que caminando podría desentrañar la confusión de sentimientos que no le había dejado dormir demasiado.

Saber que su padre gravemente enfermo lo había buscado para verlo una última vez lo conmovió de una forma que nunca hubiese imaginado. Durante los doce primeros meses después de que saliera airado y enfurecido del estudio de su padre, el dolor por Caroline y el resentimiento por el engaño de sus respectivos padres mantenían un igualado dominio de sus emociones. Creía de verdad que odiaba a su padre.

La larga travesía por mar le dio tiempo para aceptar lo que no podía cambiarse. Nunca olvidaría a Caroline. Tampoco perdonaría a su padre o a Joanna Collins por guardar su secreto hasta que la tragedia se hizo inevitable. Lo que podía hacer era dejar atrás esa vida.

Durante las cálidas noches tropicales en las que paseaba por el muelle y se asomaba para contemplar el suave oleaje del mar, reconoció que había sido un poco débil. ¿Acaso su padre no lo había exhortado muchas veces a que se pareciera más a Con? Rodney admiraba a su hermano mayor adoptivo, pero se había conformado con dejarse llevar por una vida con pocas preocupaciones.

Cuando el barco atracó en Puerto Adelaida, su resolución de convertirse en otra persona había sido inmutable. La joven colonia de Australia Meridional no le había impresionado y, como James Pengelly, había tomado un barco hasta Sidney. Rodney Tremayne dejó de existir.

Meggan acudió a abrir la puerta.

—Me alegra que hayas venido, Rodney. Entra y te presentaré a mi esposo.

Siguió a Meggan hasta el salón donde un hombre mayor de aspecto distinguido se levantó de su asiento para estrecharle la mano.

—De manera que usted es el escurridizo Rodney Tremayne.

Rodney le estrechó la mano que le tendía.

—He sido James Pengelly desde que llegué a Australia, señor. No creía que el mundo fuera un lugar tan pequeño que alguien de Pengelly pudiera reconocirme.

—Se han dado casualidades aún más extrañas. ¿Preferiría hablar a solas con mi esposa?

Meggan respondió a la mirada inquisitiva de Rodney.

—Le he contado toda la historia a mi esposo. —Sus ojos revelaron lo detallada que había sido su versión.

Rodney le dirigió una leve sonrisa que, aun después de tantos años, tenía un atisbo de amargura.

—He llegado a creer que es mejor no guardar ciertos secretos.

Marido y mujer, ninguno de los dos supo qué responder ante aquel sentimiento. Cuando David declaró que los dejaría solos para que hablaran en privado, Meggan sintió alivio y temor al mismo tiempo. No se fiaba de poder hablar de Con sin dejar traslucir su amor. Por este motivo se sintió aliviada de que David no estuviera presente para preguntarse el porqué de cualquier cambio del tono de su voz. En cambio, tenía miedo de que, al no estar su marido presente, estuviera tentada de revelarle la verdad a Rodney. Había dicho que era mejor no guardar ciertos secretos. Había ciertos secretos que resultaba muy doloroso guardar.

De repente tuvo ganas de salir de la casa. Era impensable que pudiera sentarse en medio del lujo que su esposo le proporcionaba y hablar del hombre con quien lo había engañado.

—Vamos a pasear junto al río.

Rodney estuvo de acuerdo. Seguía teniendo necesidad de moverse, de no quedarse quieto.

—Háblame de Con y Jenny. No. Primero háblame de Jenny. Fue la única por la que lamenté dejar Cornualles.

—Deberías haberle escrito —lo reprendió Meggan con dulzura—. Jenny estaba disgustada y desconcertada por el hecho de que te fueras sin dar ninguna explicación.

—Lo sé. Estaba fuera de mí. Mi único pensamiento coherente era alejarme de mi familia tanto como fuera posible. —Hizo una pausa—. ¿Me ha perdonado Jenny?

—Jenny tiene la esperanza de que llegue el día en que puedas explicarle por qué te fuiste. Creo que sigue estando un poco herida. Quedó destrozada cuando volvió a casa y descubrió que te habías marchado sin que nadie supiera adónde. E igualmente disgustada al tener que dejar Australia Meridional sin haberte encontrado. Claro que ella estaba buscando a Rodney Tremayne, no a James Pengelly.

Él asintió con la cabeza y permaneció un rato callado. Meggan caminó a su lado en silencio.

—¿Debo entender, Meggan, por lo que me has contado, que Jenny no sabe la historia de Caroline ni de por qué me marché?

—Jenny dijo que tu padre se había negado a contárselo. Y Con tampoco lo hizo cuando se lo preguntó.

—Pero tú lo sabías.

—No lo supe hasta al cabo de unos años. Nuestra familia ya rara vez habla de Caroline. Puesto que Jenny no preguntó por ella en ningún momento, no creo que sepa que existió una chica llamada Caroline Collins.

—Una chica que debería haberse llamado Caroline Tremayne.

Meggan alzó rápidamente la mirada hacia él y vio en su rostro una triste aceptación de la crueldad del destino.

—Jenny se parece muchísimo a Caroline. La primera vez que la vi recibí una fuerte impresión.

—¿Cómo llegasteis a conoceros? Seguro que no fue una mera coincidencia.

—Fueron más bien una serie de coincidencias, que empezaron en este mismo lugar.

Le contó que había rescatado a Barney Heilbuth y le explicó los acontecimientos de los años siguientes hasta la llegada de Jenny y Con a Grasslands.

—¿No sabes si mi padre sigue aún con vida?

El dolor de Rodney la conmovió. Quiso decirle que sí, que su padre se había recuperado de lo que fuera que lo aquejaba. Pero no podía hacerlo sin revelar que Con había regresado a Australia.

—Tengo la certeza de que hubiéramos recibido noticias de su fallecimiento.

De nuevo recorrieron cierta distancia en silencio.

—Hablaste de coincidencias, Meggan. ¿Fue solo casualidad que nos encontráramos anoche? ¿O acaso hay alguna fuerza mayor... o sino, que manipula nuestras vidas?

—No lo sé. Es inevitable cuestionarse los acontecimientos que dirigen el camino de nuestras vidas.

—¿Detecto cierto grado de melancolía en tu voz, Meggan?

—No. Aunque a menudo me pregunto por el destino. —No debía pensar en Con, en lo que podría haber sido—. ¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Regresarás a Cornualles?

—Creo que debo hacerlo. Ha habido demasiadas coincidencias —sonrió— o manipulaciones del destino para que las ignore. Resulta extraño que haya pensado tan poco en mi padre durante estos años y que sin embargo ahora sienta la necesidad imperiosa de hacer las paces con él. Espero que siga vivo.

—Yo también lo espero, por ti. Creo que has tomado la decisión acertada.

—Sé que es así.

—¿Cuándo te marcharás?

—En cuanto pueda reservar un pasaje.

—¿Vas a llevarte a Anne contigo? El hecho de que conocieras a Anne y de que estés prometido con ella es otra de esas coincidencias de las que hablábamos.

—Debo explicárselo todo al señor y la señora Winton antes de considerar siquiera

esa posibilidad.

Pero ya sabía que no se llevaría a Anne a Cornualles. Quizá estuviera huyendo otra vez. Huyendo de su promesa a Anne y del deseo que sentía por Jane.

El recepcionista lo abordó nada más llegar al hotel.

—Señor Pengelly, señor, el señor Winton me ha pedido que le dijera que fuera a verle en cuanto volviera.

—Por supuesto. ¿Dónde puedo encontrarle? —Así pues, Charles ya estaba esperando una explicación.

—La familia está comiendo en el salón privado, señor.

—Gracias.

Mientras recorría los pocos pasos por el vestíbulo hacia la puerta del salón privado tuvo un momento de pánico al pensar en que Jane podría no haber guardado silencio sobre la noche anterior. También tuvo tiempo de preguntarse cómo lo recibiría. La pasión entre los dos había sido muy real. Abrió la puerta.

—¡James! —exclamó Anne, que se levantó de la mesa con un apuro impropio de una dama y corrió hacia él—. ¿Dónde has estado? Estaba muy preocupada. ¡Ah!, y estuvo muy mal que no satisficieras mi curiosidad anoche.

—Te pido disculpas, Anne. Tenía que ver a Meggan esta mañana antes de tener la libertad de decir nada.

—¿Cómo es que conoces tan bien a Meggan? Nunca la habías mencionado.

—Lo explicaré... si me das oportunidad de hablar.

—Anne, siéntate —le ordenó su padre—. James, ¿quieres sentarte a comer con nosotros? Oiremos lo que tengas que decir después de haber comido.

Reinó el silencio mientras él ocupaba su lugar en la mesa y le servían la comida. Estaba sentado frente a Anne, al lado de Jane. Mientras que el asiento le permitía evitar mirar a Jane, era físicamente consciente de su cercanía y se preguntó si ella también podía «sentirlo».

—Y ahora —declaró Charles Winton cuando terminaron de comer y la sirvienta se hubo llevado los platos— oiremos tu explicación, James.

La familia se había trasladado de la mesa a la comodidad del sofá y las poltronas. Rodney/James se quedó de pie de espaldas a la ventana.

—Supongo, Charles, que tu hija te ha hablado de mi sorpresa al encontrarme con Meggan Westoby anoche. Nos conocíamos de Cornualles.

—¿Por qué te llamó Rodney? Te sobresaltaste, James, y debes explicarte.

—¡Anne! Estate callada y dale la oportunidad de que se explique. Por favor, James, continúa.

—Gracias, Charles. Mi verdadero nombre es Rodney James Tremayne. Cuando me marché de Cornualles estaba decidido a no tener más relación con mi familia. Pengelly era el apellido de soltera de mi madre. Desde el momento de mi llegada a

Australia me he hecho llamar James Pengelly.

Charles Winton asintió con la cabeza.

—No eres el único que ha adoptado un nuevo nombre en las colonias. ¿Hay algo en tu pasado que debiera preocuparnos?

—No he cometido ningún delito ni he hecho nada de lo que me avergüence. Creía que mi padre sí lo había hecho. Lo siento —interrumpió la pregunta que vio a punto de salir de los labios tanto de Anne como de su padre—. No tengo derecho a decir nada más. Hay otras personas implicadas.

—¿Meggan?

Rodney ladeó la cabeza.

—Su familia —respondió sin dar más explicaciones—. Esta mañana fui a ver a Meggan. Ella me informó de que mi hermana y mi hermano adoptivo vinieron a Australia Meridional el año pasado para buscarme. Creían que mi padre se estaba muriendo. Había expresado el deseo de hacer las paces conmigo. Charles, señora Winton, creo que debo regresar a Cornualles de inmediato. Creo que mi padre aún podría estar vivo.

Mary Winton coincidió de inmediato y exclamó:

—¡Pues claro que debes ir a ver a tu padre, James! No puedo llamarte por otro nombre. Para mí siempre serás James.

—¿Cuándo tienes intención de marcharte? —preguntó Charles.

—Zarpo dentro de cuatro días. —Fue consciente de la sorpresa de todos—. Reservé mi pasaje después de hablar con Meggan.

—¿Y qué pasa conmigo? —exclamó Anne—. Vamos a casarnos.

—Lo siento, Anne. Nuestra boda tendrá que esperar.

—Eso no es justo. Mamá, debería ir con James.

—De ninguna manera puedes ir con James, Anne. Sería impensable.

—¿Papá? —Apeló a su padre.

—Tu madre tiene razón, Anne. No puedes viajar sin acompañante. Tampoco puedes viajar bajo la protección de James aunque estéis prometidos. No. —Levantó la mano para acallar más protestas—. No hay más que discutir. No hay tiempo para casaros antes de que James se vaya, por lo tanto tienes que esperar a su regreso.

Pronunció las últimas palabras al tiempo que dirigía una mirada escudriñadora al prometido de su hija.

«Charles busca mi promesa de que regresaré y no se la puedo dar. Solo puedo intentar consolar a Anne». Rodney James se acercó a ella. La tomó de las manos e hizo que se levantara de su asiento.

—Mi querida Anne, llevas mi anillo. No te he pedido que me lo devuelvas.

—¿Pero volverás? —Intuía que la reconciliación con su padre no era el único motivo por el que estaba ansioso por marcharse de Australia. En su mente tomó forma la sospecha de que podría estar enamorado de Meggan. Ahora que había vuelto a encontrarla y que sabía que estaba casada quería escapar. ¿Acaso la verdadera razón

de haber visitado a la mujer por la mañana había sido un encuentro de enamorados?

Vio que James había desviado su mirada hacia Jane y otra sospecha se formó en su mente. James había acompañado a Jane a casa desde el baile y Jane había estado sumamente callada toda la mañana. Preocupada, Anne se mordió el labio y cerró los párpados, con lo cual se le pasó por alto el breve contacto visual de los dos. Respiró profundamente y abrió los ojos. Estaba siendo ridícula. James había optado por casarse con ella, no con su hermana de piel oscura.

—No me has respondido, James.

—Si no regresara enviaré a buscarte.

Quizá enviara a buscar a Anne. Era mucho más fácil estar casado con Anne y vivir en la mansión Tremayne que para ella ser su esposa en Riverview con la presencia constante de Jane. Cuando volvió a mirar a Jane no había ningún mensaje secreto en los ojos de la joven. Lo que mostraban era un desprecio innegable. James sabía lo que estaba pensando y lamentó no poder hacer otra cosa.

La familia lo despidió en el muelle de Puerto Adelaida. James le estrechó la mano a Charles, dejó que Mary lo besara en la mejilla y le dio un abrazo malhumorado a Anne.

—¿No vas a darle un beso de despedida a Jane?

—No es necesario —se apresuró a responder ella.

Como quería volver a tocarla, James tuvo miedo de que al hacerlo pudiera traicionarse. Le puso las manos en los hombros y le dio un beso rápido en la mejilla.

—Cuidate mucho, Jane.

A continuación subió a cubierta por la plancha y allí se convirtió otra vez en Rodney Tremayne, pues había reservado su pasaje con ese nombre.

El segundo fin de semana de abril, con la llegada de la Pascua, Meggan estuvo segura de lo que llevaba sospechando hacía varias semanas. Estaba esperando un hijo de Con. Se vio obligada a afrontar el dilema de qué hacer. Puesto que David había optado por ejercer sus derechos como esposo no más de media docena de veces durante los meses de su matrimonio, no había ninguna probabilidad de hacerle creer que había plantado la semilla en el útero de su mujer.

No obstante, este engaño era algo que Meggan rehuía mentalmente. Ella sabía muy bien los peligros ocultos de no revelar a un hijo quién era su verdadero padre. Por impensable que fuera intentar de algún modo hacer creer a David que era el padre, confesar su infidelidad era mucho más aborrecible.

Su marido no se merecía de ella el dolor y la desilusión que sufriría con una confesión como aquella. Él se lo había dado todo: su nombre, su hogar, su riqueza. Le había dado la oportunidad de hacer realidad un sueño que había albergado durante largo tiempo. Y por encima de todo, le había dado su afecto y respeto.

Meggan no sabía si el afecto de su esposo era tan profundo como para llamarlo amor. Amor era lo que ella compartía con Con. Por David sentía gratitud, simpatía y, a medida que lo había ido conociendo mejor, le había tomado muchísimo cariño. Por nada del mundo querría hacer daño a un hombre tan bueno. Sin embargo, ¿cómo no iba a sentirse herido cuando se enterara de su estado?

Por suerte no sufría las náuseas matutinas de las que había oído hablar a otras mujeres. Los únicos indicios físicos de su embarazo, aparte de no tener la menstruación, era una ligera dilatación de la cintura y tirantez en los pechos. Podría mantener en secreto su estado al menos unas cuantas semanas más. Aunque seguía sin gustarle nada coser, imaginó que sería capaz de soltar la cinturilla y las costuras de los vestidos que le quedarán demasiado estrechos.

Ni siquiera la siempre observadora *Madame* Marietta sospechaba nada. Aunque sí hizo algún comentario sobre la salud que rebosaba su protegida, lo atribuyó a su estancia romántica en Hahndorf. Meggan sabía que *Madame* era la única persona en la que podía confiar. Seguro que ella entendería mejor que nadie el deseo apasionado de Meggan por ese hijo, por aquella parte de Con que conservaría para siempre.

En junio, cuando estaba de cinco meses y todavía se le distinguía la cintura, Meggan seguía sin saber cómo podría explicarle a su marido que estaba embarazada de otro hombre. Daba igual las muchas maneras en que pronunciara las palabras mentalmente, permanecía el hecho de que había agraviado a David. Haría mucho daño al esposo que tan buen había sido con ella.

Cuando *Madame* empezó a hablar de los planes para un magnífico concierto operístico en octubre, Meggan supo que se le había terminado el tiempo de guardar

silencio. Al término de la clase, cuando Frederick ya se había marchado, Meggan confesó.

—*Madame*, hay una cosa que debo decirle. Voy a tener un hijo.

El semblante de *Madame* fue una explosión de incredulidad horrorizada.

—¡No! ¡No puedes! Tu carrera apenas acaba de empezar. No, Meggan, no puede haber un hijo. —Lanzó a su alumna una mirada fulminante que decía: «No osarás desobedecerme»—. ¿Lo entiendes?

—*Madame*, es usted la que no me entiende. No me refería a que estuviera pensando en tener un hijo. Le estoy diciendo que ya estoy en estado. Espero que mi bebé nazca a principios de octubre.

Madame se llevó la mano a la frente con un gesto dramático, retrocedió tambaleante unos pasos y se dejó caer en una silla con una pose de desesperación.

—Que los dioses me protejan. ¿Qué majadería, qué ingratitud es esta?

Al percibir que la reacción era demasiado dramática y totalmente egocéntrica, Meggan permaneció en silencio, aunque fue incapaz de contener un arranque de mariposas en el estómago.

Madame bajó la mano y miró a Meggan con furia.

—Me dices que quieres ser una gran cantante. Y yo trabajo duro contigo. Te visto bien. Acepto una voz sin educar, la nutro y la perfecciono hasta que es como una gema perfecta. —Se puso de pie de un salto con el rostro colorado de ira—. Y ahora me dices que he perdido el tiempo. Que en lugar de esto tienes el bebé. —*Madame* profirió un resoplido de disgusto y se volvió de espaldas a Meggan. Con los brazos cruzados en el pecho, inició un ritmo agitado de golpecitos en el suelo con la punta de la zapatilla.

—Siento mucho que haya adoptado esta actitud, *Madame*. Le aseguro que el tiempo que me ha dedicado no se ha desperdiciado. Mi deseo de ser una gran cantante no ha quedado descartado simplemente porque me encuentro en esta situación. No tenía pensado tener un hijo.

Madame se dio la vuelta rápidamente.

—¡No lo tenías pensado! Entonces tal vez deberías haberle dicho a tu marido que no querías tener un hijo. Pero claro, es un hombre mayor. Quizá sea feliz con su fértil esposa.

La amargura de su tono sorprendió a Meggan. Si *Madame* no tenía hijos no era por elección propia. Fueran cuales fueran los motivos de la furia de *Madame*, Meggan supo que no podía revelar el hecho de que David no era el padre de su hijo. Empezó a recoger sus cosas.

—Lo que está hecho ya no tiene remedio, *Madame*. Lamento que mi estado la haya afligido. Pero deseo continuar con mis clases de canto.

—¿Pero deseo yo enseñarte? Esa es la cuestión.

—La decisión es suya, *Madame*. Esperaré noticias suyas.

«Y esta noche —añadió para sus adentros—, se lo contaré a mi marido y le rogaré

que me perdone».

Una jaqueca provocada por la culpabilidad, la angustia y la preocupación por David hizo que se metiera en la cama en cuanto regresó a casa. Se echó con un paño húmedo rociado con unas gotas de esencia de lavanda en la frente. Los pensamientos y recuerdos de los últimos doce meses no la dejaron tranquila. El único efecto que tuvieron fue empeorar el dolor de cabeza.

No fue consciente de haberse adormilado hasta que unos golpecitos en la puerta la despertaron de un sueño profundo. Hasta que no llamaron por segunda vez no se despertó de repente y se desvaneció el sopor.

—Adelante —dijo mientras se frotaba los ojos con los nudillos. Se fijó en que las manecillas del reloj señalaban las doce y las seis. Habían encendido una lámpara en el tocador. Al otro lado de la ventana reinaba la oscuridad de la temprana noche de invierno.

—¿Has estado durmiendo, querida? —Su esposo se acercó a la cama—. No estarás enferma, ¿verdad?

Su preocupación reavivó la culpabilidad de Meggan. No se merecía a ese hombre.

—Tenía jaqueca. No me esperaba quedarme dormida ni dormir tanto rato.

—¿Te sientes con ánimos de cenar fuera esta noche?

—Ya se me ha pasado el dolor de cabeza. —Se incorporó y se apoyó en las almohadas.

—Bien. Quiero cerrar un trato con un naviero. Aún tenemos que ponernos de acuerdo en algunos de los detalles más delicados. Nos ha invitado a cenar con ellos esta noche. Después de la cena, Nuttal y yo finalizaremos nuestro acuerdo mientras que la señora Nuttal y tú os hacéis compañía.

—¿Qué tipo de personas son los Nuttal?

—Sinceros. Trabajadores. A John Nuttal le ha ido razonablemente bien en el negocio naviero. Se ha creado una vida confortable para él y su familia. No obstante, ahora se encuentra compitiendo con otros navieros mercantes con buques más veloces. Nuttal se sentiría satisfecho de que su negocio siguiera como siempre. Por desgracia eso ya no es posible.

—¿Cuál es la naturaleza de acuerdo?

—Formaremos una sociedad. Yo poseeré la mayor parte del negocio y financiaré el armamento de un nuevo buque. He propuesto que expandamos nuestro comercio a la China y la India. —Esbozó una sonrisa poco frecuente—. Debo confesarte, querida, que disfruto mucho ganando dinero. Más por el reto de hacerme cargo de algo y convertirlo en un éxito que por el dinero en sí.

—Estoy segura de que siempre tendrás éxito en cualquier cosa que hagas. ¿A qué hora tenemos que cenar?

—Nos esperan hacia las ocho, de modo que tienes tiempo de sobra para prepararte. ¡Ah!, y esto es para ti, querida. —Le entregó un sobre que llevaba—. Hoy deben de haber repartido el correo bastante tarde.

A Meggan le dio un vuelco el corazón con esperanza y miedo de que la carta pudiera ser de Con. En cuanto tuvo el sobre en la mano reconoció la letra de su hermano.

—Es de Will. Espero que sean noticias sobre su llegada sano y salvo. —Bajó las piernas al suelo y fue rápidamente al escritorio a buscar un abrecartas.

—Te dejaré para que la leas, querida. Ya me lo contarás más tarde.

Meggan puso la lámpara más cerca de la silla y se sentó a leer la carta de Will.

«Mi querida Megs»:

Hemos llegado a Ballarat sin más contratiempos y hemos aceptado la concesión minera de un lugar llamado Red Hill, situado a poco más de una milla de la colonia. Hemos tenido la suerte de encontrar oro casi de inmediato. La pequeña cantidad que hemos sacado basta para darnos esperanza de más éxitos. No intentaré describirte las excavaciones salvo para decirte que es un lugar de tiendas de lona, atestado de gente, embarrado y ruidoso y donde rara vez se ve a una mujer. Cuando aparece una, se oyen gritos de «¡Una mujer, una mujer!». Los hombres dejan lo que sea que estén haciendo para mirar fijamente la novedad. Creo que no sería seguro para ninguna mujer aventurarse por las excavaciones sin una escolta adecuada. Ya nos hemos dado cuenta de que abundan los granujas.

Tommy y Hal te mandan su cariño. Ninguno de ellos es dado a escribir cartas. He escrito a mamá y papá para hacerles saber que estamos bien. No he mencionado el accidente con el carro. Solo serviría para preocupar a papá y sospecho que mamá decidiría que fue un castigo infligido por Dios por algún motivo.

Hemos visto a muchos de nuestros conocidos de Burra por Ballarat. Uno de los primeros con los que nos encontramos fue con Tom Roberts. Prepárate para una sorpresa, Megs. ¡Tom es agente de policía! Se ha incorporado a la policía de Victoria. Lo único que puedo decir es que el estado debe de andar muy necesitado de reclutas si están dispuestos a aceptar a personas como Tom. La amistad que pudiera haber existido entre nosotros se ha desvanecido por completo.

Escribe, por favor. La ciudad todavía no puede presumir de una oficina de correos. Cuando llega la diligencia con el correo la gente se reúne a su alrededor para el reparto. Todo lo que no se recoge se guarda en la tienda de Hudson.

Espero que estés bien y que seas feliz.

Tu hermano que te quiere.

«Will».

Meggan leyó la carta de cabo a rabo por segunda vez y luego la guardó en el cajón de su escritorio. Ella también tendría que escribir a sus padres para contarles que iba a tener un hijo. Primero debía contárselo a David. Lamentó que aquella noche no cenaran en casa para así poder confesar sin más dilación.

A pesar de lo acongojada que estaba, Meggan disfrutó de la velada. Los Nuttal

eran una pareja encantadora, con una confortable casa frente al mar, cerca de Puerto Adelaida. En el transcurso de una comida excelente la señora Nuttal hizo gala de su talento como conversadora divertida. Cuando los hombres se retiraron para tratar de negocios, ella mantuvo muy entretenida a Meggan. Meggan se sorprendió riéndose con facilidad por primera vez desde hacía semanas.

David y ella se marcharon cuando faltaban pocos minutos para la medianoche. En el carruaje Meggan cabeceaba de sueño y se le cerraban los ojos. David la rodeó con el brazo y le acercó la cabeza para que la apoyara en su hombro.

—Nos queda un trecho para llegar a casa, querida. Puedes dormir si quieres.

Acurrucada con ternura contra el hombro de su marido, Meggan pensó:

«No voy a decírselo esta noche. Un día más no hará daño a nadie».

Por la mañana David Westoby dejó a su esposa durmiendo y se fue a la ciudad. Se reunió con John Nuttal en la oficina de su procurador, Reilly, para firmar el acuerdo. Al concluir el negocio oficial, comieron los tres juntos. A las dos, David se despidió de sus compañeros. Con la certeza de que la vida nunca le había sonreído tanto como entonces, decidió que sorprendería a su esposa con una nueva joya. En la joyería Boynton era incapaz de decidirse entre un brazalete de zafiros y un anillo de rubí. Estaba pensando en adquirir ambos cuando *Madame* Marietta entró en la tienda.

—Buenas tardes, *Madame* —la saludó—. Tal vez usted podría ayudarme a escoger. ¿Cree que mi esposa preferiría el anillo o el brazalete?

Madame examinó ambas joyas.

—Creo que el brazalete. Le compra joyas para agradecerle lo del bebé, ¿eh?

—Disculpe, *Madame*. ¿Ha dicho bebé?

Madame alzó los brazos en el aire.

—¡Vaya! Todavía no se lo ha contado y yo le he estropeado la sorpresa. Olvide lo que le he dicho. —Señaló el mostrador con un gesto de la cabeza—. Sí, el brazalete. —Y salió a toda prisa de la tienda.

David pagó el brazalete y se metió el paquete en el bolsillo del abrigo sin pensar realmente en lo que estaba haciendo. Intentaba sacar en claro lo que había dicho *Madame*. ¿De verdad había insinuado que Meggan iba a tener un bebé? Puesto que no había tenido relaciones íntimas con su esposa desde antes de Navidad, el embarazo de Meggan debería ser visible, de eso no había duda.

¡Eso si el hijo era suyo!

David había salido de la tienda cuando se le ocurrió pensar eso. Se tambaleó y se llevó una mano al corazón, con lo que un transeúnte, al verlo, corrió en su ayuda.

—Estoy bien, gracias —dijo al tiempo que respiraba profundamente.

Anduvo despacio por la calle con la sensación repentina de que sus piernas eran demasiado débiles para llevarlo. Se negaba a aceptar el hecho de que Meggan estuviera embarazada de otro hombre. Pero ¿era verdad? Tal vez *Madame* había

entendido mal algo que Meggan le había comentado. Esa debía de ser la respuesta. Meggan nunca lo traicionaría con otro hombre. Él la amaba y creía que a ella le faltaba muy poco para corresponder a su amor.

Sus piernas recuperaron las fuerzas de repente y, convencido de que eso del bebé debía de tratarse de un error estúpido, David se apresuró a cruzar la calle. No se percató del alboroto que había calle abajo. Cuando alguien que estaba cerca gritó, David alzó la vista y vio que un coche desbocado se le venía encima.

En Riverview, Mary Winton abordó a Jane. Estaban en la habitación pequeña que Mary utilizaba como sala de estar privada y allí le había pedido a Jane que la acompañara cuando terminaron de comer a mediodía.

—Tenía la esperanza, Jane, de que me lo contarías por propia voluntad. Estás esperando un hijo, ¿no es verdad?

Jane bajó la vista al suelo. Ya sabía que llegaría el día en que no podía seguir fingiendo que sencillamente estaba engordando.

—¿De cuánto tiempo estás?

—De cinco meses.

—¿Estás segura?

—Sí, señora. Solo lo hice una vez.

—¿Quién fue el hombre? Espero que no fuera ninguno de mis hijos.

Jane le dijo que no con la cabeza.

—¿Entonces quién fue?

—No puedo decirlo.

—Dirás que no quieres. No seas boba, Jane. El hombre que te ha puesto en esta situación debe asumir su responsabilidad. De ser posible, debería casarse contigo.

—No puede casarse conmigo.

—¿Significa eso que ya tiene esposa?

Jane volvió a menear la cabeza para decirle que no.

—Por favor, Jane, tienes que decirme quién es el padre. Quiero ayudarte. No vamos a rechazarte si te han agraviado.

Jane levantó la cabeza rápidamente.

Mary vio la expresión de la joven y soltó un grito ahogado:

—James Pengelly, Tremayne o comoquiera que se llame es el responsable. ¡Oh, Jane, dime que no es cierto!

La ausencia de una respuesta se lo confirmó.

—¿Cuándo ocurrió?

—En Adelaida.

—¿La noche del baile?

—Sí.

—Entiendo que no le habrás dicho nada de esto a Anne.

—No quiero hacerle daño a Anne.

—Deberías haber pensado en Anne hace cinco meses. En cómo se va a sentir cuando se entere.

—Anne solo tiene que saber que estoy embarazada, nada más.

—Hay que decirle la verdad a Anne. El padre de tu hijo es el hombre con el que está prometida para casarse. No puedes ocultarle este secreto.

—No sé cómo decírselo a Anne.

—¿Decirme qué? —preguntó Anne, que entró en la habitación tras llamar brevemente a la puerta, una llamada que ninguna de las otras dos había oído.

—No deberías irrumpir en una habitación de esta manera, Anne. ¿Dónde están tus modales?

—Llamé a la puerta, mamá. —Pasó la mirada de su madre a su hermana adoptiva y vio la tensión en la expresión de ambas—. ¿Qué está pasando? ¿Mamá? ¿Jane?

—Jane te lo contará.

—Te quiero, Anne. No era mi intención hacerte daño. —Las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas.

—¿Qué has hecho que es tan malo?

—Voy a tener un bebé.

Jane salió corriendo de la habitación, incapaz de decir más. Tras un momento de estupefacción, Anne se volvió a mirar a su madre.

—¿Eso es cierto, mamá? ¿Jane va a tener un bebé?

—Sí, Anne, Jane va a tener un bebé. Ojalá no tuviera que decirte esto, cariño, pero no podemos ocultártelo. James es el padre del bebé.

—¿James? No seas ridícula, mamá. Es mucho más probable que sea Joshua.

—¿Por qué crees que Joshua podría ser el responsable? —Mary, totalmente sorprendida, buscó explicación en el rostro de su hija.

—He visto la forma en que la mira. No intentes parecer sorprendida, mamá, tú también debes de haberte dado cuenta.

—Joshua no se atrevería a ponerle una mano encima a Jane. Tu padre haría que lo azotaran y él lo sabe. Este bebé se concibió la noche en que James llevó a Jane a casa desde el baile.

Anne permaneció al menos un minuto sin decir nada. Cogió un cojín, lo ahuecó y lo dejó de nuevo en su sitio.

—Voy a preguntárselo a Jane yo misma.

Anne se dijo que no creía lo que en el fondo de su corazón sabía que era cierto. Jane había sido una persona distinta desde el viaje a Adelaida. «Me tomaré esto con calma —se dijo—. Jane no me habrá engañado deliberadamente». Si James había engendrado el hijo de Jane, entonces no era la persona que ella había imaginado. En cuyo caso se sentía aliviada de haber descubierto su falta antes de casarse con él.

Jane estaba en el dormitorio de ambas, allí donde Anne contaba que estaría. Estaba sentada junto a la ventana, con el mentón apoyado en la mano, mirando hacia

fuera. Cuando Anne entró en la habitación, Jane se volvió hacia ella. Anne fue directa.

—¿Es James el padre de tu hijo?

Jane asintió con la cabeza.

Anne se dijo que tenía que permanecer calmada.

—¿Vas a decirme cómo ocurrió? Si James te forzó nunca podría casarme con él.

—No me forzó, Anne.

«No voy a enfadarme. No voy a llorar». Anne se obligó a abrir mucho los ojos con la esperanza de mantener las lágrimas a raya.

—¿Te sedujo?

—No, Anne, no lo hizo. Le rogué que se quedara conmigo.

—¿Se lo rogaste? ¿Le pediste que te hiciera el amor? ¿Cómo pudiste ser tan egoísta? —Anne percibió que su voz había ido alcanzando un tono histérico—. ¿Por qué, Jane? ¿Por qué?

—Aquella noche lo necesitaba. Le quiero.

—James no te quiere. Debiste de imponerte a él.

—No tuve que hacer más que pedirle que se quedara. Puede que no me quiera, Anne, pero aún siente menos por ti.

Anne profirió un grito ahogado y montó en cólera.

—¿Cómo te atreves a decir algo así? Estás intentando echarle la culpa a James cuando eres tú la culpable. La señora Harrison tenía razón al llamarte puta. Es lo que eres.

—No te atrevas a llamarme puta. —La llama de la ira de Jane se vio avivada por la de Anne. Se puso de pie con las manos apretadas a los costados.

—La verdad duele, ¿eh, Jane?

—¿Te ha dolido a ti la verdad sobre el hombre con el que quieres casarte, Anne?

Anne soltó un chillido de furia y arremetió contra Jane golpeándola con ambas manos. Jane contraatacó. En menos de un minuto llegó Mary Winton y les ordenó que pararan. Ninguna de las dos chicas, enojadas y consternadas, le hizo caso. No se separaron hasta que Adam respondió a la llamada de su madre y las agarró a ambas por el hombro.

—¿Qué significa esto? —quiso saber Mary.

—Lo sabes perfectamente, mamá. Sácala de aquí. Dile que se vaya. No quiero volver a verla.

—Cálmate, Anne. Debemos hablar de esto con sensatez.

Jane se frotó el brazo derecho y notó que le estaba saliendo un bulto allí donde se había golpeado contra el tocador.

—No quiero marcharme. No tengo adónde ir.

Dándole la espalda a Jane, Anne se enfrentó a su madre con las manos en jarras.

—Si no le dices que se vaya, seré yo la que se marche. Siempre puedo ir a casa de Meggan.

—No seas tan dramática, Anne. Esta noche hablaré con tu padre. Ya resolveremos qué hacer.

—No voy a continuar compartiendo la habitación con ella.

—Comprendo cómo te sientes, Anne. Jane, creo que deberías trasladarte a la habitación de invitados. Anne vendrá conmigo y podrás hacerlo ahora. También te sugiero que permanezcas en la habitación hasta que se haya solucionado este asunto.

«Si se hubieran invertido los papeles —caviló Jane con amargura—, seguro que seguiría siendo yo la que tuviera que trasladarme de habitación. Aunque Anne me perdona no puedo quedarme aquí pero ¿adónde puedo ir? ¿Cómo será mi vida ahora? Me han educado como a una mujer blanca y aunque mi piel fuera pálida seguiría siendo una soltera embarazada».

Durante la tarde y la cena en solitario, Jane se esforzó por encontrar una solución a su dilema. De vez en cuando caminaba de un lado a otro de la habitación, pensando en voz alta. Permaneció echada en la cama con frecuencia, mirando al techo, sin querer pensar en absoluto pero incapaz de acallar su mente. Mary Winton no acudió a la habitación de Jane hasta las nueve de la noche.

Cuando Jane vio la tristeza y preocupación en el rostro de la mujer, se lanzó sollozando a sus brazos. Vio que su madre adoptiva la quería y que estaba profundamente afligida.

—Perdóname, mamá, por favor. No era mi intención hacer daño a nadie.

—Ya lo sé, Jane, querida. Por favor, cálmate para que podamos hablar de lo que hay que hacer.

Jane asintió sorbiéndose la nariz, sacó un pañuelo con el que enjugarse las lágrimas y sonarse.

—Tengo que marcharme.

—No queremos echarte. Jane, me gustaría que me explicaras cómo ocurrió esto exactamente. Anne está muy enfadada. Afirma que tú sedujiste a James.

—Estaba disgustada. Necesitaba que alguien me consolara.

Jane se desahogó y soltó toda la humillación, furia y dolor de cuando estuvieron en Adelaida, cuando deseaba tanto que la aceptaran por quien era, no que la rechazaran por su raza.

—¿Qué voy a hacer, mamá? No soy una mujer blanca ni tampoco una mujer negra. ¿Qué clase de futuro tengo?

—Tu futuro está con nosotros, tu familia. Ya te dije que no íbamos a echarte.

—¿Y qué pasa con Anne? No creo que me perdona fácilmente.

—Reconozco que la relación entre vosotras dos va a ser difícil. Sin embargo, solo será durante unas pocas semanas. Tu padre y yo hemos decidido enviar a Anne a Adelaida. Anne escribirá a su amiga Meggan para preguntarle si podría quedarse en su casa. Adam puede llevarse la carta consigo mañana. Con suerte, Anne encontrará a un hombre mejor al que querer y con quien casarse. Entonces estará dispuesta a perdonarte.

Jane tranquilizó así sus angustiados pensamientos, se fue a la cama y se quedó dormida casi de inmediato. No oyó que se abría la puerta de la habitación ni los pasos suaves por el suelo hasta que la presión de una mano que le tapaba la boca la despertó con un sobresalto. Vio el rostro lujurioso de Joshua sobre ella.

—Solo quiero hablar contigo —dijo—. No gritarás, ¿verdad?

Jane le dijo que no con la cabeza. Joshua apartó la mano pero siguió inclinado sobre ella. Jane lo observó con cautela y retrocedió todo lo que pudo en la cama. Joshua le acarició la mejilla con la mano que le había quitado de la boca. Jane se encogió.

—Pobre Jane. He oído que te has metido en un pequeño lío. Sabes que estoy muy decepcionado contigo. Le has hecho daño a Anne cuando de hecho no había ninguna necesidad. Yo te hubiera dado lo que querías, solo tenías que pedirlo.

—Nunca te lo pediría. No me gustas, Joshua.

—Es una lástima, porque tú sí que me gustas, Jane. Pero el problema, como comprenderás, es que ahora estoy muy enfadado contigo porque no fui el primero en tenerte. —Deslizó la mano por su mejilla y la fue bajando por el cuello hasta detenerla cerca de su pecho.

—Si no te marchas gritaré. —La verdad era que en aquel momento no le tenía miedo.

—Vamos, vamos, Jane, noto cómo te late el corazón. —Le apretó más la mano contra el pecho—. Estás excitada. Me deseas. Vosotras las negras siempre queréis.

Jane le asestó un puñetazo en la mejilla pero no tuvo tiempo de abrir la boca para gritar. Joshua reaccionó con rapidez. Le tapó la boca con la mano en tanto que con la otra le desgarraba el camisón.

—Zorra. Vas a pagar por haberme golpeado.

Joshua le mordió el pezón y se rio al ver la sacudida de dolor de la joven y el grito ahogado que no pudo abrirse camino a través de la mano que lo silenciaba.

—Sé buena conmigo, Jane.

Se desató el cinturón de la bata con torpeza. Jane se dio cuenta de que debajo iba desnudo. Entonces tuvo miedo de verdad. Lo empujó con las manos, le golpeó, estaba decidida a rechazarlo. A pesar de tener una mano tapándole la boca, Joshua logró parar los golpes con facilidad. Su risa suave hizo que Jane tuviera escalofríos.

—Sigue resistiéndote, Jane. También me gusta que sea duro.

Tenía la mano libre entre los muslos de Jane, palpando y empujando. Haciéndole daño. Jane dejó de resistirse. Quizá si se quedaba quieta todo acabaría enseguida. En cambio, él volvió a morderle el pezón y su cuerpo se sacudió de dolor. Las lágrimas acudieron a sus ojos.

Joshua se rio otra vez.

—Estoy disfrutando de esto, Jane. Apuesto a que tú también.

Se movió con rapidez y le dio la vuelta para que se quedara boca abajo. Joshua le apretó el rostro contra la almohada, le inmovilizó las muñecas y la profanó. No iba a

tener la satisfacción de oírla gritar de dolor. Jane intentó amortiguar los sollozos. No podía evitar las lágrimas. Cuando Joshua empezó a alcanzar el clímax le pellizó los pezones, una acción que por lo visto lo excitaba aún más.

Al fin, cuando hubo terminado, volvió a Jane boca arriba.

—Ahora tendrás que ser buena conmigo, Jane. Voy a poseerte siempre que quiera. No se lo dirás a nadie, ¿verdad? Nadie creerá que seas la inocente. Ya no, ahora que has revelado tu falta de moral.

No estaba seguro de sí mismo, de modo que así, burlándose, se convenció de haberla acobardado. Jane lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Algún día te mataré.

Él se limitó a reírse y salió de la habitación.

Jane se hizo un ovillo en la cama y sollozó hasta que ya no le quedaron lágrimas. Joshua había hecho imposible que se quedara en Riverview.

Cuando la mañana fría, gris y neblinosa brindó luz suficiente para poder ver, Jane se levantó, se vistió con ropa de viaje que abrigara y se dirigió con cautela al enorme granero en el que Adam se estaría preparando para marcharse. El miedo de encontrarse con Joshua le aceleró el corazón. Por lo tanto, se aproximó al granero con cuidado para asegurarse de que Joshua no estaba con Adam. El mozo, Ted, estaba ayudando a Adam a cargar el carro.

Ted miró a Jane un tanto sorprendido, la saludó con la cabeza y continuó con lo que estaba haciendo. Adam fue a su encuentro.

—¿Qué te trae por aquí tan temprano? —Miró su atuendo de viaje con curiosidad.

—Quiero que me lleves contigo a Adelaida. Por favor, Adam, no puedo quedarme aquí.

—Creía que mis padres querían que te quedaras, ¿no? ¿Han cambiado de opinión?

—Soy yo la que ha decidido marcharse.

—Y aunque acceda a llevarte conmigo, ¿adónde irás?

—He pensado ir a ver a la amiga de Anne, a Meggan. Podrías llevarme a verla cuando entregues la carta de Anne. Tengo la seguridad de que ella podría encontrarme un lugar adónde ir.

—Viajo solo, Jane. Padre no permitirá que Joshua vaya a Adelaida después del lío en el que se metió la última vez.

—Si Joshua fuera contigo no te lo pediría.

Adam entrecerró los ojos.

—¿Es Joshua el motivo por el que quieres marcharte?

Jane asintió con la cabeza mientras unas lágrimas inoportunas acudían a sus ojos.

Un violento improperio hizo que el otro hombre, Ted, se volviera a mirarlos. Adam cogió a Jane de los hombros.

—Jane, ¿acaso te...?

Jane volvió a asentir.

—Lo mataré —juró Adam.

Jane esbozó un atisbo de sonrisa irónica.

—Ya he prometido hacerlo.

—Pues ve a recoger tus cosas. Yo se lo explicaré a nuestros padres.

—No, Adam, por favor, no quiero que lo sepan.

—Tienen que saberlo. No hay que permitir que Joshua se salga con la suya.

—Nunca admitiré su culpabilidad. Dirá que me lo estoy inventando todo y le creerán a él.

—Bueno, pues yo te creo a ti. Conozco la maldad del carácter de mi hermano, una especie de perversidad que logra ocultar a la mayoría. De acuerdo, Jane. —Vio que la joven estaba a punto de rogarle silencio otra vez—. No diré nada hasta que estés a salvo en Adelaida.

Atenta por si veía alguna señal de Joshua, Jane regresó a toda prisa a su habitación donde llenó rápidamente el arcón con todas sus pertenencias. No tenía intención de escapar sin nada. Si quería encontrar una situación de responsabilidad, porque sabía que tendría que buscar trabajo, tenía intención de ir bien arreglada.

Cuando tuvo todo el equipaje hecho y listo para cargarlo en el carro, fue en busca de sus padres adoptivos. Tal como había esperado, estaban desayunando los dos solos.

—Mamá, papá, me voy a Adelaida con Adam.

—¿Jane?

—¿Qué es esto? —quiso saber Charles Winton.

—Ya lo hablamos todo anoche, Jane. No hay absolutamente ninguna necesidad de que dejes tu casa.

—Creo que la mejor solución es que me vaya. Ya he tomado una decisión. Adam está de acuerdo.

—¿Adónde irás? ¿Qué harás?

—Le pediré a la amiga de Anne, a Meggan, que me busque un buen trabajo. Tengo intención de ganarme la vida de forma respetable.

—¡Ay, cariño! —Mary meneó la cabeza—. Es más fácil decirlo que hacerlo. Sé sensata, Jane. Estarás más segura aquí, con tu familia, que sola en Adelaida.

Jane dijo que no con la cabeza.

—Me voy con Adam. Estaré bien.

Charles Winton dijo:

—Si tan decidida estás a marcharte, Jane, no te obligaremos a que te quedes. Prometimos que siempre cuidaríamos de ti y te trataríamos como a una hija. No permitiremos que te vayas sin dinero suficiente para mantenerte.

—Gracias, papá, mamá. Os quiero mucho a los dos.

En cuanto Jane se fue del granero, Adam continuó con su trabajo mientras lo embargaba una ira furiosa contra Joshua. Esta vez el sinvergüenza había ido demasiado lejos. De momento no diría nada, por el bien de Jane. Cuando regresara a Riverview tenía intención de revelar el delito de Joshua.

El carro estaba listo y Adam a punto de ir a buscar el desayuno a la casa cuando Joshua entró al granero andando tranquilamente. Iba silbando suavemente, como si no tuviera ni una sola preocupación en el mundo. El aire de satisfacción de Joshua fue demasiado para Adam. Se acercó a su hermano y le propinó un fuerte puñetazo en la mandíbula.

La fuerza del puñetazo arrojó a Joshua de espaldas. Adam vio que la sorpresa inicial en la expresión de su hermano cambiaba en cuanto comprendió el motivo.

—Sí, Joshua. Sabes exactamente por qué te he pegado. Me llevo a Jane a Adelaida. Y tú, si valoras tu pellejo, quítate de en medio hasta que nos hayamos marchado.

Abrió la puerta de la casa de los Westoby una mujer que tanto Adam como Jane tomaron por el ama de llaves, ataviada como iba con un sencillo vestido negro, con el pelo peinado hacia atrás y sin adornos.

—Buenos días —dijo Adam—. Soy Adam Winton y esta es mi hermana adoptiva, la señorita Jane Winton. Nos gustaría hablar con Meggan, la señora Westoby.

La señora Mills, que tenía órdenes de rechazar a todos los que llamaran, vaciló. La manera en que aquel hombre había llamado por el nombre de pila a su joven ama indicaba que la conocía bien.

—¿Es importante? La señora Westoby no recibe visitas.

—Es un asunto de suma importancia.

—Está bien. Por favor, esperen mientras le digo a mi señora que quieren verla.

El ama de llaves cerró la puerta y dejó a Adam y a Jane en el porche. Jane jugueteaba con el borde de su manto. Adam se volvió a mirar al río. Si Meggan no podía ayudar a Jane no tenía ni idea de lo que iba a hacer con ella, pese a haberlo estado meditando durante todo el viaje desde su casa. No podía dejarla en Adelaida a menos que estuviera seguro de que estaría a salvo.

La puerta se abrió otra vez.

—La señora Westoby los recibirá. Vengan por aquí, por favor.

Los condujeron a un salón bien amueblado donde Meggan, con un vestido de día de seda negra, se levantó para saludarlos.

—Adam, me alegro de verte. Y tú debes de ser Jane. Encantada de conocerte por fin. Esperaba haberlo hecho la última vez que estuviste en la ciudad.

—He oído hablar mucho de usted, señora Westoby. —Jane vio que aquella mujer que esperaba que le prestara ayuda estaba en el mismo estado que ella, si bien en una fase un poco más avanzada.

—Por favor, llámame Meggan. —Les indicó que tomaran asiento—. Lamento que os dejaran esperando en la entrada. La señora Mills, por supuesto, no sabía quiénes erais. Últimamente no recibo a nadie. —Bajó la mirada un momento para ocultar el dolor aún reciente—. Hace poco enterré a mi esposo.

—Lo siento mucho, Meggan. ¿Prefieres que volvamos en otro momento?

—En absoluto, Adam. Ya hace más de cinco semanas que David nos dejó. De haber tardado otra semana en venir ya no me hubierais encontrado. Me dispongo a regresar a Burra.

La exclamación angustiada que ahogó Jane hizo que Meggan se volviera a mirarla sorprendida. Se fijó en la preocupación de la joven y la súplica que con la mirada le dirigió a Adam.

—¿Ocurre algo? Me he alegrado tanto de veros que olvidé que la señora Mills ha dicho que era un asunto urgente.

—Esperábamos que pudieras ayudar a Jane. Sin embargo, si te vas a Burra... —Dejó la frase en puntos suspensivos. No se le había ocurrido la posibilidad de que Meggan dejara Adelaida.

—¿Qué clase de ayuda estás buscando, Jane? —Aunque la pregunta sobró nada más plantearse. Jane apoyó la mano en su vientre con actitud protectora.

—No puedo seguir viviendo en Riverview, sin embargo, no conozco a nadie en Adelaida. Tenía intención de abusar de tu amabilidad y que me ayudaras a encontrar un sitio en el que vivir.

Meggan frunció el ceño.

—¿Seguro que tu familia no ha echado a esta chica, Adam?

—Mi padre ha provisto a Jane económicamente. Recibirá una asignación mensual que le bastará para vivir.

—¿Cuál es la historia que hay detrás de todo esto?

—La historia es larga, Meggan. Le corresponde a Jane decidir si desea contártelo o no.

—Sí que quiero contártelo. —Jane intuyó que Meggan Westoby era una mujer sin prejuicios. Escucharía su historia sin juzgarla.

—Me gustaría oír tu historia, Jane.

—Siendo así, ¿puedo dejar a Jane un rato contigo, Meggan? Si me voy podréis hablar con más libertad, ¿no es cierto, Jane?

—Gracias, Adam.

Adam se levantó y le dio un beso de hermano en la mejilla.

—Cuéntaselo todo a Meggan.

—Lo haré.

En cuanto Adam se marchó, Meggan sonrió a Jane y le dijo:

—Estoy intrigada por saberlo todo de ti, Jane. Anne me contó que te criaron como su hermana. Pediré un poco de té para las dos y después me contarás por qué ya no deseas seguir viviendo con tu familia adoptiva.

—Preferiría abstenerme de tomar el té, Meggan. Yo también estoy esperando un bebé.

—Ya me lo figuraba. ¿Te echaron de casa?

—En absoluto. Ellos no aprobaron mi decisión de marcharme.

Meggan, ¿querrás escuchar, sin decir nada, mientras te explico toda la historia desde el principio?

—Escucharé sin hacer comentarios, Jane.

Al regresar a buscar a Jane, Adam se sintió aliviado al encontrarse con que estaba más contenta. Supuso que su actitud significaba que se había encontrado una solución y notó que la tensión que lo había embargado durante las últimas dos horas se atenuaba.

—Jane me ha contado su historia, Adam. Debo decir que hay ciertos aspectos que me enojan muchísimo. Si fuera a quedarme en Adelaida Jane viviría conmigo. Por lo tanto, Jane vendrá conmigo a Burra. La familia para la que trabajaba, los Heilbuth, vino a Adelaida para el funeral de mi esposo. Es a su casa donde voy. Sé que recibirán a Jane con los brazos abiertos.

CUARTA PARTE

Burra, 1852

Un viento crudo hacía que la lluvia de invierno azotara el costado del carruaje. Las persianas de lona de las ventanas no aislaban del frío. Las mujeres se arrebujaron en sus mantas de viaje. Meggan levantó el borde de la persiana. Las casas de Commercial Road tenían los postigos cerrados y bajo aquella luz grisácea parecían abandonadas. Resultaba difícil imaginar un panorama menos acogedor que aquel. Meggan dejó caer la persiana para que se cerrara.

—Pronto llegaremos y podremos calentarnos delante del fuego. Me figuro que será un gran alivio para el pobre Mills.

Decidió que había que darle una bonificación a ese hombre por el sufrimiento que estaba soportando. Y todo porque se opuso enérgicamente, apoyado por su esposa, cuando Meggan declaró su intención de viajar con el coche del correo. No estarían cumpliendo con su deber si Mills no llevaba a su señora sana y salva hasta Burra.

Cuando el carruaje dobló la esquina para entrar en Market Street y la lluvia lo golpeó por detrás, Meggan alzó la persiana de la portezuela para mirar la ciudad que había visto por última vez la primavera anterior. Jane contemplaba con interés un lugar que era nuevo para ella. Aun teniendo en cuenta la inclemencia del tiempo, la ciudad poseía cierto aire de abandono. Muchas de las tiendas estaban cerradas a cal y canto.

El cambio se hizo aún más dramático en la mina. El enorme bullicio de actividad ya no existía. El golpe mecánico de las grandes máquinas de balancín de Cornualles parecía resonar en ausencia de otros sonidos. Solo parecía haber unos cuantos trabajadores que se movían por la superficie de la mina. Meggan se preguntó cuántos trabajarían entonces bajo tierra.

Su padre respondió a sus preguntas cuando estuvieron sentadas, secas y calentitas junto al fuego de la cocina.

—La mano de obra en la mina ha caído de unos dos mil a unos cuatrocientos. Se saca muy poco mineral a la superficie.

—¿Y cómo puede subsistir la mina?

—Hay una enorme cantidad de mineral en los afloramientos. Eso mantendrá la mina a flote hasta que los hombres empiecen a regresar de los yacimientos de oro.

—¿Crees que los hombres regresarán a Burra?

—Algunos ya lo han hecho, aunque son pocos los que han retomado la minería. Ayers sigue convencido de que la mayoría volverán. Han enviado gente a hacer prospecciones con la esperanza de encontrar un yacimiento de oro en Australia Meridional.

—Mi marido me habló de ello. De momento no ha habido éxito.

—Ni creo que lo haya. Este es un terreno de cobre, no de oro.

Continuaron hablando de la ciudad, de la gente que quedaba, de los que se habían marchado y de los que habían regresado, bien enriquecidos por el oro o con las manos vacías.

Jane permaneció sentada escuchando, maravillada de que los padres de Meggan la aceptaran sin cuestionar nada. Sintió una inmediata simpatía por Henry Collins. Tenía el mismo carácter que admiraba en su padre adoptivo. No estaba tan segura con respecto a Joanna Collins, pese a la hospitalidad que le había brindado generosamente.

Era inevitable que incluyeran a Jane en la conversación haciéndole preguntas sobre su vida. Mientras relataba cómo los Winton la habían encontrado supo que, de haber sido los Collins sus salvadores, las hubieran acogido con la misma generosidad tanto a ella como a su madre. De todos modos, agradecía que Meggan hubiera escrito unas cartas para avisar de su llegada.

Una ráfaga de viento hizo traquetear las ventanas mientras la lluvia seguía cayendo.

—Si sigue lloviendo así puede que tengáis que alojarnos más de una noche. No voy a pedirle a Mills que vuelva a conducir con este tiempo.

Mills había regresado a la ciudad para dejar el coche y los caballos en un establo y buscar alojamiento.

—No entiendo por qué vas a Grasslands —dijo Joanna—. Deberías quedarte con nosotros. Con tus padres.

—Sí, mamá, ya sé que querrías que me quedara aquí, pero no podría soportar la mina. Necesito estar en el campo donde hay paz y espacios abiertos.

—Recuerda, Joanna, que a nuestra Meggan siempre le gustó correr libremente por los páramos.

—Meggan ya no es una niña. Mírala, es una dama.

—En mi interior soy la misma, mamá. Si alguna vez tuviera ocasión de volver a correr por los páramos, créeme que lo haría.

Meggan vio la tristeza en los ojos de su madre, percibió la mirada rápida que le dirigía a su padre y se fijó en que apretaba levemente la boca.

—¿Volveréis alguna vez a Cornualles?

—A tu madre le gustaría. Yo no encuentro ningún motivo que me convenza de hacer el viaje.

Al cabo de dos días, el viento frío y continuado se llevó la lluvia y Mills llevó a Meggan y a Jane a Grasslands. En esta ocasión las persianas estaban recogidas y permitían que las dos mujeres contemplaran el paisaje que iba pasando.

—¡He hecho este camino tantas veces! —comentó Meggan—. Tengo la sensación de estar llegando a casa. Me alegraré mucho de ver otra vez a los gemelos.

—Me pregunto qué pensarán de mí los niños.

—Probablemente pensarán que eres la persona más emocionante que han conocido nunca. Barney alardeará de los rastros de animales que sabe distinguir. Esperará que puedas enseñarle más. Se interesa por todo. Sarah también se interesa, a su manera callada.

—Les tienes mucho cariño, Meggan.

—Tú también llegarás a tenérselo.

Barney estaba esperando en la verja para abrísela al carruaje y volverla a cerrar cuando Mills la hubiese atravesado. Meggan abrió la portezuela del vehículo y se inclinó hacia fuera para ayudarlo a subir.

—Vi que llegabas —dijo—. Quería ser el primero en darte la bienvenida.

—¿Y dónde está mi bienvenida? —Meggan le tendió los brazos.

Barney la abrazó con mucha fuerza.

—Me alegro de que hayas vuelto. Te echábamos de menos. La señora que vino cuando te marchaste era horrible de verdad. Nunca jugaba con nosotros ni dejaba que nos divirtiéramos nunca. Nos pusimos contentos cuando se fue. —Se rio tontamente—. Si te cuento un secreto, ¿me prometes no decírselo a mis padres? —Meggan le dijo que sí con la cabeza—. Sarah y yo hicimos todo lo posible para que se marchara.

—Eso no estuvo bien por vuestra parte, Barney.

—Bueno, ella no era muy buena.

—No serás malo con Jane, ¿verdad?

—¡Oh, no! —Miró a Jane—. Ya me caes bien. Eres amiga de Meggan. Meggan no tendría ningún amigo que no fuera bueno. ¿De verdad eres una aborigen?

—No seas grosero, Barney.

—Es normal que me lo pregunte, Meggan. Sí, Barney, soy aborigen.

—¿Sabes lanzar un bumerán?

Jane se echó a reír.

—Los bumerán solo los lanzan los hombres.

—Ah. —Se quedó alicaído—. Esperaba que pudieras enseñarme a lanzar uno y hacer que volviera.

—No. Lo siento, Barney.

El carruaje se detuvo delante de la casa. El señor y la señora Heilbuth, junto con Sarah, esperaban para darles la bienvenida. Sarah se arrojó a los brazos de Meggan de inmediato. Meggan notó que tenía lágrimas en los ojos mientras abrazaba a la niña. Había echado de menos a los gemelos. La señora Heilbuth la abrazó. El señor Heilbuth le dio un beso en la mejilla.

—Estamos muy contentos de tenerte otra vez con nosotros, Meggan, aunque sea en estas tristes circunstancias.

—Le agradezco que me pidiera que me quedara con ustedes. —Dio media vuelta, tomó a Jane de la mano e hizo que se acercara—. Esta es Jane, de la que les hablé en mi carta. Jane, estos son el señor y la señora Heilbuth, y la pequeña gemela de Barney, Sarah.

—¿Qué tal están? —dijo Jane en voz baja—. No sé cómo darles las gracias por permitir que acompañara a Meggan.

—No hay nada que agradecer. Cuando Meggan nos escribió contándonos tu situación, estuvimos inmediatamente de acuerdo en que tenías que venir con ella. Bueno, Meggan, te hemos dado la habitación de invitados y Jane puede utilizar tu antiguo dormitorio, cerca de los gemelos.

Sarah siguió a Meggan a la habitación de invitados.

—¿Volverás a ser nuestra niñera?

—Jane va a ser vuestra nueva niñera.

—Pero tal vez no me guste. Yo quiero que tú vuelvas a cuidar de nosotros.

—Seguiré siendo vuestra amiga.

—¿Nos leerás cuentos y jugarás con nosotros?

—Por supuesto que sí.

—Pues eso te hará nuestra niñera.

Meggan se sentó en la cama y atrajo a Sarah hacia sí.

—Sarah, cielo, algún día volveré a marcharme. Jane no tiene adónde ir. Ella se quedará en Grasslands para cuidar de vosotros dos y ayudar a vuestra mamá.

—Podéis ser nuestras niñeras las dos —declaró Sarah con su lógica infantil. Bajó del regazo de Meggan—. Te ayudaré a guardar las cosas.

La niña se deleitó de un modo femenino con las prendas que Meggan iba sacando del equipaje.

—Tienes muchos vestidos bonitos. ¿Jane tiene vestidos bonitos?

—Jane tiene vestidos bonitos. No tantos como yo. Ella vivía en una propiedad como la de tu familia, de modo que tiene vestidos más adecuados para llevar a diario.

—¡Ojalá yo tuviera vestidos con encaje y cintas!

—Algún día los tendrás, cuando los necesites. —Meggan sacó del arcón un vestido sencillo de seda gris—. ¿Lo ves, Sarah? No todos mis vestidos están adornados con cintas y encaje.

Sarah hizo un mohín.

—Quiero verte con uno de tus vestidos bonitos.

Meggan sonrió con dulzura.

—Quizá me veas algún día. —Aún tardaría unos cuantos meses en volver a ponerse los vestidos. Su cuerpo había empezado a cambiar rápidamente.

Cuando terminó de deshacer el equipaje, Meggan y Sarah fueron a la habitación de Jane, donde encontraron a Barney acosándola con preguntas interminables. El pequeño se volvió a mirar a su gemela emocionado.

—¿Sabes qué? Cuando Jane era pequeña vivía en el páramo. Tenían que cazar para comer. Jane puede llevarnos a cazar.

Sarah parecía dudosa.

—Yo no quiero cazar. Tienes que hacer daño a los animales.

—No voy a llevaros a cazar a ninguno de los dos. Os enseñaré algunas cosas

comestibles que se pueden encontrar en el páramo.

—¿Puedes enseñarme algún otro rastro de animal?

—Puedo. —Sonrió a Meggan—. Está lleno de preguntas, este.

Meggan se rio.

—Ya te lo advertí.

—¿Qué le advertiste a ella?

—No digas ella, Barney. Llámala Jane.

—Lo siento.

—Le dije a Jane que le harías muchas preguntas.

—Eso es porque soy *quisitivo*.

Meggan se rio de nuevo y le alborotó el pelo.

—Te acuerdas de eso, ¿verdad? ¿Cookie está en la cocina? Quiero ir a saludarla.

—También tenemos perritos nuevos. *Lady* ha tenido cachorros. ¿Te gustan los perros, Jane?

—Me gustan los cachorros.

—Entonces ven.

Salieron todos al patio de la cocina. Al ver a *Lady* tumbada sobre el saco de arpillera con cuatro cachorros blancos y negros como de peluche retozando por allí cerca, una sensación de *déjà vu* se adueñó de Meggan. Pudo ver a Con apoyado en la pared, divertido por las preguntas de Barney. Lo vio arrodillándose junto a los niños para explicarles la diferencia entre cachorritos y cachorritas. ¡Cuánto tiempo parecía haber pasado!

Una vez hubieron admirado y acariciado los cachorros como era debido, los gemelos fueron brincando hasta la cocina por delante de Meggan y Jane. Cookie estrechó a Meggan en un cariñoso abrazo.

—Me alegro mucho de verte, Meggan. Estos dos diablillos no han dejado de hablar de ti.

—Cookie, esta es Jane Winton. Ha venido para ser la niñera de los gemelos.

Cookie evaluó a la chica aborígen con rapidez. Había crecido con criados aborígenes en la casa, había sido amiga de los niños aborígenes. Jane era distinta a todos los que había conocido. Era una chica hermosa, iba bien vestida y no con las prendas sencillas y baratas que se les daba a los criados aborígenes. Al mirar más allá de la belleza de su rostro, Cookie vio inteligencia, bondad y fortaleza. Jane era alguien especial, y por lo tanto era una persona a la que había que valorar.

—Bienvenida, Jane. Si estos dos te causan problemas solo tienes que decírmelo.

—Gracias. Y gracias por hacerme sentir bienvenida. Empiezo a estar muy contenta de que Meggan arreglara las cosas para poder venir aquí.

Cookie sirvió té para las tres, sacó unos trozos de pastel de frutas y leche con galletas para los gemelos.

—Lo que le sucedió a tu esposo fue algo terrible, Meggan.

—¿Qué le pasó? —Por una vez fue Sarah la que preguntó y su hermano le

respondió de inmediato.

—Mamá nos lo contó. Meggan lo perdió y no pudo volver a encontrarlo.

Las tres mujeres cruzaron unas miradas sobresaltadas y divertidas.

—En realidad no lo perdí, Barney.

—¿Qué le pasó? ¿Se fue a algún sitio?

—No, Barney. Murió.

—Oh. —El chiquillo puso mala cara—. Mamá nos dijo una mentira. Nos dijo que habías perdido al señor Westoby. Yo iba a ayudarte a buscarlo.

Para ocultar las lágrimas que afloraron a sus ojos, Meggan le dio un abrazo a Barney.

—Eres un cielo, cariño. Tu madre no os mintió. Es la forma en que la gente habla de alguien que ha muerto. Dicen que han perdido a esa persona.

—Es una tontería. ¿Cómo murió?

—En un accidente, Barney, y no voy a decirte nada más.

En cuestión de una semana, la vida en Grasslands había adquirido un ritmo relajado. Meggan tenía la sensación de haber vuelto a casa. Para ella, Grasslands siempre había sido un hogar, más que la casita en la mina de Burra, y la señora Heilbuth más maternal que su propia madre. La señora Heilbuth estaba muy emocionada con la llegada del bebé.

—Tendrás a un pequeñín con el que recordar a tu esposo. —Y Meggan supo que nunca podría revelar la verdad.

Los gemelos pensaban que Jane era la mejor niñera del mundo, aparte de Meggan. Declararon que estaban muy contentos de que Jane se quedara a cuidar de ellos cuando Meggan se marchara. La señora Heilbuth quedó encantada cuando Jane mostró un ávido interés en el proceso de la elaboración del queso. La amistad entre Meggan y Jane se hacía más fuerte día a día.

A finales de aquella semana Jane ya sabía que no quería marcharse nunca de aquel lugar. Allí, envuelta por el calor de aquella familia, lejos de la intolerancia y los malentendidos, podría volver a ser feliz. Allí sería capaz de dejar atrás el horror de la agresión de Joshua. Ya no permitiría que los recuerdos alteraran sus días y sus noches, pero nunca olvidaría. Tampoco iba a olvidar su promesa. Si alguna vez veía a Joshua Winton, lo mataría.

Pasaron los meses de invierno y los días se hicieron más cálidos. Los brotes de un verde reluciente de los árboles y arbustos anunciaban la nueva estación del crecimiento. Las acacias estaban cubiertas de flores amarillas como pequeños pompones cuyo perfume inundaba el aire.

A medida que avanzaba en su embarazo, Meggan se sentía cada vez más cansada.

Se contentaba con pasar los días medio ociosa. A veces, cuando el pequeño ser que llevaba en el vientre se movía, ponía la mano allí donde lo había notado y experimentaba el intenso amor que ya sentía por su hijo no nacido. Por egoísta que pudiera ser la idea, se alegraba de tener al hijo de Con para ella sola.

Parte del día la ocupaba en su correspondencia regular con el señor Reilly, el procurador, quien se encargaba de los asuntos de David. Meggan aún estaba conociendo el alcance de los intereses comerciales de su difunto esposo, ahora todo aquello le pertenecía, además de los bienes materiales de David. De momento, aparte de aceptar el hecho de que era una mujer rica, no tenía una idea clara de lo que podría hacer con los intereses comerciales que ahora poseía. Tanto el señor Reilly como el señor Harrison, del banco, la instaron a vender. Al final esa sería la opción más sensata. De momento no podía tomar ninguna decisión salvo aconsejar al señor Reilly que procurara que todo siguiera igual que antes.

A lo largo de las primeras semanas en Grasslands escribió respuesta a los mensajes de condolencia de los que habían asistido al funeral de David y de otros que se los habían enviado por correo. Había una persona a la que no podía escribir. La única persona a la que, por ilógico que fuera, culpaba de la muerte de David.

Cuando retiraron el cuerpo de David de la calle y lo llevaron al depósito de cadáveres de la ciudad, Mills y la señora Mills la habían acompañado para la identificación. Al final fue ella la que acabó consolando a la desolada ama de llaves. La impresión recibida hizo que Meggan pasara muchos días sin derramar una sola lágrima. Al regresar a casa, mientras la señora Mills, llorosa, se ponía a preparar unas reconfortantes tazas de té, Meggan revisó el atado que le habían entregado con los artículos personales de su esposo. Entre ellos encontró un brazalete de zafiro.

El día del funeral se lo puso en la muñeca sobre el guante negro sin importarle lo que pensarán los demás. El brazalete era el último regalo que le había comprado su esposo y quería llevarlo para darle el último adiós. *Madame* Marietta defendió enseguida la decisión de Meggan. La señora Harrison, como era natural en ella, fue de la opinión contraria.

—¡Ja! —exclamó *Madame* cuando ya casi todos los dolientes se habían marchado—. Las malas lenguas van a estar muy ocupadas cotilleando. Son todas unas estúpidas que no tienen nada en la vida salvo los hijos que les dan a sus maridos.

Meggan, que estaba demasiado cansada para asentir o disentir, no respondió. Una parte de ella sí que se fijó en el resentimiento que mostraba *Madame* por las mujeres que tenían hijos.

—No le dije lo del bebé. —Se odiaba por sentirse aliviada de no haber tenido que darle aquel disgusto. Ahora ya daba igual—. Si se lo hubiera contado cuando tenía intención de hacerlo... —Se le fue apagando la voz.

—No es necesario que te alteres por ello, Meggan. Tu esposo lo sabía.

—¿Cómo dice? —Meggan salió de su letargo de golpe—. ¿Se lo contó?

Madame tenía conciencia suficiente como para mostrar una expresión de

disculpa.

—Me lo encontré en la joyería. Me preguntó si creía que debía comprar el brazalete. Y yo le pregunté si el brazalete era un regalo especial por lo del bebé.

—¿Eso le preguntó?

—Era una pregunta lógica. —*Madame* se puso a la defensiva y extendió las manos—. No sabía que lo mantenías en secreto.

Meggan notó que se le revolvía el estómago.

—¿Qué dijo David?

—Quizá se sorprendió. No me acuerdo. Me marché de la tienda de inmediato. Ni siquiera presencié el accidente.

—¿Podría irse ahora también, *Madame*? Quiero estar sola.

Los testigos habían dicho que David parecía preocupado, ajeno al peligro, cuando pisó la calzada. Tendida en una habitación a oscuras, Meggan supo sin duda alguna que las palabras desconsideradas de *Madame* habían sido la causa de la muerte de David. Por asociación, ella también tenía la culpa de la muerte de su esposo. Una cruz con la que tendría que cargar siempre. Desde aquel día se había negado a recibir visitas, hasta que llegó Adam Winton con Jane.

Una de las cosas que Meggan deseaba hacer con el dinero heredado era proporcionar a sus padres un estilo de vida confortable.

—No es necesario que sigas trabajando, papá.

—¿Y qué voy a hacer si no tengo que ir todos los días a la mina?

—Puedes hacer lo que quieras, papá. Puedo permitirme manteneros cómodamente sea lo que sea que decidáis hacer, o dondequiera que decidáis vivir. Recuerdo que siempre decías que te gustaría viajar y ver lugares nuevos. Puedes hacer esos viajes.

—Ahora soy mayor, Meggan. No voy a ponerme a dar vueltas por el mundo.

—Piensa en ello, Henry. —Joanna se sumó al ruego de su hija—. Podríamos volver a casa.

—¿Volver a Cornualles? No, Joanna, allí no hay nada para nosotros. Ahora nuestro hogar es Australia. Hemos dejado atrás esa otra vida.

—Tú y los niños tal vez sí. Yo no he sido capaz de adaptarme a este país.

Henry sometió a su esposa a una mirada severa.

—Eso es culpa tuya y de nadie más. Tu religión te ha absorbido, te has cerrado a cualquier mujer que podría haber sido una amiga para ti.

Joanna empalideció ante la aspereza, que rara vez oía, de las palabras de su esposo. Se puso a la defensiva.

—Encontraría amistades en Cornualles.

—¿Y qué son los amigos cuando Meggan y nuestros hijos están en Australia?

—¿Con qué frecuencia recibimos cartas de nuestros hijos?

—Estamos en el mismo continente. Eso es lo que importa. No me gustaría ser como Phillip Tremayne y tender que mandar a alguien al otro lado del mundo para que buscara a mi hijo antes de reunirme con el creador.

La mención de Phillip Tremayne silenció a Joanna. Recogió su costura y dejó a padre e hija que charlaran. Sus palabras le llegaban tan solo como un sonido que rozaba el alcance de su oído. La idea de regresar a su tierra natal ocupaba enteramente sus pensamientos. Durante los años que había vivido en Burra había reprimido con firmeza el anhelo de volver. Antes, al no existir la posibilidad de llegar a tener dinero suficiente para hacer el viaje, nunca había mencionado su deseo de regresar. Pero ahora, gracias a la generosidad de su hija, podría cumplir aquel sueño. ¡Ojalá pudiera convencer a su marido!

Cada vez que Meggan veía a sus padres reiteraba los ruegos para que su padre abandonara su trabajo en la mina.

—Cuando sea el momento adecuado, Meggan —le decía él siempre.

—¿Y cuándo será ese momento, papá? ¿Cuándo ya no estés en condiciones de trabajar?

—Seguiré en la mina hasta que encuentre alguna otra forma de mantenerme ocupado. No voy a ser un hombre ocioso.

—Si no puedo convencerte para que dejes la mina, papá, ¿me dejarás que le pague unas vacaciones en Cornualles a mamá?

Joanna soltó una exclamación de sorpresa.

—¿Lo dices en serio, Meggan?

—Sí, mamá. Te reservaría un camarote, lo organizaría todo. Tú solo tendrías que pasarlo bien.

La expresión radiante de placer de Joanna quedó un tanto atenuada cuando la mujer frunció el ceño.

—No quisiera viajar sola. Tu padre no vendrá conmigo. —Dirigió una mirada inquisitiva a su esposo y a cambio no recibió más que lo que ya se esperaba, una negativa con la cabeza.

—Yo podría ir contigo, mamá. —Hasta aquel momento no se le había pasado por la cabeza la idea de viajar con su madre.

—No vas a viajar en tu estado, cuando falta tan poco para que tengas el bebé.

—No, mamá. El viaje tendría que esperar hasta que el bebé tenga al menos seis meses.

El otro placer en la vida de Meggan durante los meses de espera fue poder introducir a Jane en el mundo de la novela. Una tarde, Jane le había preguntado a Meggan el nombre del libro que estaba leyendo. Resultó que aquel día se trataba de *Sentido y Sensibilidad*, de la señorita Austen.

—Nunca he leído una novela romántica —le dijo Jane.

—¿Nunca? ¿Y qué has leído?

—He leído dos libros escritos por Charles Dickens. Eran de Adam. Aparte de eso solo teníamos revistas o algún que otro periódico. —Sonrió—. Los leía de cabo a rabo. El resto de la familia pensaba que era rara. A ninguno de ellos le interesaba la lectura.

—¿Nunca te compraron libros?

—Nunca se los pedí. Como ellos no tenían ningún interés por las novelas, no se le hubiera ocurrido a nadie la idea de comprarme libros para leer.

—Puedes tomar los míos prestados siempre que quieras. Ven conmigo. Te daré *Orgullo y Prejuicio* para que lo leas. Estoy segura de que te gustará.

Jane disfrutó mucho con aquel libro, hasta el punto de optar por leerlo una y otra vez.

—Si tengo un hijo —anunció— lo llamaré D'Arcy.

Jane y los gemelos iban paseando con Meggan junto al arroyo cuando esta rompió aguas. Al notar las piernas mojadas se sorprendió y se preocupó a la vez. Se detuvo sin saber muy bien lo que estaba ocurriendo. Jane se volvió a ver por qué se había detenido Meggan y enseguida mandó a los niños a recoger unas flores silvestres que había allí cerca.

—¿Qué te pasa, Meggan?

—Estoy toda mojada. Noto cómo me baja por las piernas.

Jane soltó un grito ahogado.

—Tenemos que volver. Va a nacer el bebé.

—¿Cómo lo sabes? No tengo dolores.

—Has roto aguas. ¿Nadie te explicó que pasaría esto?

Meggan dijo que no con la cabeza.

—No tenía ni idea. ¿Tendremos tiempo de llegar a la casa? —Un pánico repentino hizo que le temblara la voz—. Jane, no tengo ni idea de a qué atenerme.

—Por suerte yo sí. Cuando mi madre vivía, mi verdadera madre, ayudaba a las mujeres aborígenes de los campamentos a tener a sus bebés. ¡Barney, Sarah! Venid, vamos a volver a casa.

La señora Heilbuth se desvivió por Meggan de inmediato y la arropó en la cama. Mandaron a Bertie, el mozo de cuadra, a buscar a la comadrona y a los padres de Meggan a Burra. Meggan se quedó en la cama y se encontraba perfectamente. Jane fue a sentarse con ella después de que la señora Heilbuth se hiciera cargo de los gemelos.

—¿Has tenido contracciones?

—He notado unos dolores flojos.

—Eso no es nada. Cuando empiecen los dolores del parto, Meggan, no tendrás ninguna duda de que lo son.

Meggan cenó en la cama mientras seguía preguntándose cuándo se pondría de parto. Hasta el momento su experiencia no se parecía en nada a los alumbramientos que le habían contado.

Cuando se hicieron las diez se le cerraban los ojos y empezó a pensar que Jane se había equivocado.

—No creo que mi bebé esté listo para nacer, Jane. Pensé que llegaría a mediados de este mes.

—Debemos esperar que esté listo, Meggan.

—Estás preocupada, Jane.

—Sí. Si no ha ocurrido nada más antes de la mañana tendremos que ir a buscar al doctor, Meggan. No sé lo que ocurrirá si tu bebé permanece en tu vientre ahora que has roto aguas.

—¿Lo sabe la comadrona? ¿Ha llegado ya?

—Todavía no. Quizá esté con otra madre. No te preocupes, Meggan, sé lo que hay que hacer cuando empiecen los dolores. Debemos esperar que llegue pronto. Voy a dormir en la habitación de al lado. Tú también deberías dormir.

Meggan dormía profundamente y estaba soñando cuando sintió un dolor terrible en el abdomen y se despertó jadeante. «Esto es lo que Jane quería decir», pensó. Apretó las manos al sentir la segunda contracción. «Según dicen, pueden durar varias horas. No podré soportarlo mucho tiempo». La tercera contracción fue más fuerte incluso.

—¡Jane! —gritó—. ¡Jane!

Jane estuvo a su lado en un santiamén y la exhortó a que se calmara.

Meggan sacudió la cabeza.

—No puedo, Jane. —Un grito afloró a sus labios con la siguiente contracción.

Jane retiró la ropa de la cama rápidamente, le subió el camisón a Meggan y le dobló las rodillas.

—Veo la cabeza. Tu bebé ya no va a tardar. ¡Ah, señora Heilbuth!, tome a Meggan de las manos, va a necesitar algo a lo que agarrarse.

Nunca podría haberse imaginado un dolor tan terrible. Meggan jadeó y sudó pero se negó a gritar fuerte.

—No pasa nada si gritas, querida —le dijo la señora Heilbuth.

Meggan meneó la cabeza y apretó los dientes. Pero el dolor parecía haber abarcado todo su cuerpo. Con la mano izquierda estrujó la de la señora Heilbuth y con la derecha se aferró al borde de la cama. Se le escapó un grito de dolor.

De pronto todo había terminado. Cuando pasaban cinco minutos de medianoche, Meggan sostenía en brazos a su hija.

Henry Collins trabajaba en el turno de noche. Había hombres nuevos en el nivel de cinco brazas, hombres en los que no confiaba demasiado aunque eran de Cornualles. Pese a que trabajaban a destajo, los habían enviado a abrir un nuevo terraplén. Con los continuos problemas que había con el agua en los pozos más profundos, se estaba buscando hasta la última onza de cobre en los niveles superiores. Henry Collins descendió para supervisar su trabajo.

La primera voladura había salido bien y se estaban retirando los escombros con

las palas. Henry inspeccionó la veta expuesta.

—¿Qué le parece, jefe Collins? —le preguntó uno de los hombres.

—Parece que el filón va hacia atrás, más hacia el sur. Colocad otra carga, allí.

Sacó el reloj de bolsillo para comprobar el tiempo. Las manecillas indicaban que faltaban cinco minutos para la medianoche. Dejó que los trabajadores a destajo perforaran y colocaran los explosivos. Henry se arrastró por un bajo agujero de acceso a otro pozo. En aquel había otros hombres de los que trabajaban por una parte del mineral y que se esforzaban clavando los picos en la veta. Habló con todos y cada uno de los miembros de la cuadrilla y a continuación cogió un pico pequeño para desportillar la roca del lado contrario del túnel.

La explosión sacudió el suelo por debajo, por encima y en torno a ellos. Henry y los trabajadores se quedaron paralizados y cruzaron unas miradas temerosas.

—Esos idiotas han utilizado demasiado explosivo —exclamó Henry—. Vamos, muchachos, puede que necesiten ayuda.

Henry fue el primero en llegar al acceso que conectaba los dos pozos. Se puso a gatas y metió la cabeza, los brazos y la parte superior del cuerpo en el pequeño túnel. No hubo ningún sonido, ningún crujido amenazador, ninguna advertencia. La pared de roca que tenía sobre la cabeza se derrumbó.

Todos creyeron que era mejor no darle la noticia a Meggan. Todos salvo Joanna.

—Meggan sabrá que algo anda mal cuando su padre no la visite. Es mejor decirle la verdad.

Eran las palabras que le había dicho al señor Heilbuth en las horas soleadas de media mañana, mientras los hombres aún estaban cavando para retirar las rocas caídas y recuperar el cuerpo del jefe Collins.

El señor Heilbuth había llevado a la comadrona de vuelta a la ciudad. La buena mujer no había llegado a Grasslands hasta una hora después de que naciera la hija de Meggan. Se había asegurado de que todo estaba como debería estar, miró a Jane con una gran dosis de curiosidad y elogió su pericia con aspereza.

En cuanto hubo dejado a la comadrona en su casa, el señor Heilbuth había ido a la mina para llevar a Henry y Joanna Collins a visitar a su hija y a su nieta. Al llegar a la mina se enteró de la tragedia. La imagen de los hombres y mujeres congregados en grupos en torno a la entrada del pozo hablaba por sí misma, incluso antes de haberse acercado lo suficiente para poder distinguir las expresiones sombrías y los pañuelos que se utilizaban para enjugarse las lágrimas.

Ató el caballo con el carro a una corta distancia y se aproximó a pie.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a un hombre del grupo.

—Un derrumbamiento. Atrapó al jefe Collins.

—¡Dios mío! No está muerto, ¿verdad?

—Me parece que sí, es lo más seguro.

—¿Dónde está la señora Collins?

El hombre dirigió un gesto de la cabeza hacia el lado opuesto del pozo. El señor Heilbuth fue rodeando al grupo que aguardaba hasta que llegó a su lado.

—Señora Collins, me he enterado de la noticia. ¿No hay esperanza?

La mujer meneó la cabeza en señal de negación y él vio que movía los labios en una plegaria silenciosa.

—Señora Collins, yo le traía noticias más alegres.

Ella continuó con su oración.

—Tiene una nieta. Anoche Meggan dio a luz a una niña.

Joanna sí lo miró entonces.

—¿Están bien?

—Están muy bien las dos.

—¿A qué hora nació el bebé?

—Cuando pasaban unos minutos de medianoche, creo.

Se quedó callada un momento. Tenía lágrimas en los ojos. Se volvió a mirar otra vez al pozo. Lo que dijo fue apenas audible:

—Lo que Dios te da, Dios te lo quita.

George Heilbuth se quedó con Joanna hasta que sacaron el cadáver de Henry Collins a la superficie. Caminó a su lado cuando llevaron las andas a la casita.

—¿Volverá conmigo a Grasslands, señora Collins? No debería quedarse aquí sola.

—Tengo que ver al pastor para organizar el funeral.

—¿Quiere que vaya a buscarlo y lo traiga aquí? La gente vendrá a presentarle sus respetos. Su esposo era una persona muy apreciada.

De este modo pudo llevar de vuelta a Grasslands la información de que el funeral de Henry Collins se celebraría a las diez de la mañana siguiente.

La señora Heilbuth quedó muy consternada por la noticia que trajo su marido.

—¡Pobrecita Meggan! Estaba muy unida a su padre. ¡Mira que ocurrir una cosa tan terrible! Tenemos que guardarnos esto y no decírselo hasta que esté lo bastante fuerte como para soportar el golpe.

Tanto el señor Heilbuth como Cookie, cuando le dieron la noticia, estuvieron de acuerdo con la señora Heilbuth. Jane apoyaba el deseo de Joanna Collins de que se lo dijeran a Meggan.

—No podemos ocultárselo. Cuando se despierte querrá saber por qué sus padres no han venido a visitar a su nieta. ¿Podéis mentirle? Yo no le mentaré, señora Heilbuth —continuó diciendo en un tono más suave—. Usted quiere lo mejor para Meggan, póngase en su lugar. ¿No querría saber la verdad?

—Tienes razón, Jane. Meggan no nos agradecerá que se lo ocultemos. Tal vez, si se lo digo justo antes de que dé de comer al bebé, se consolará mientras lo amamanta.

La señora Heilbuth despertó a Meggan de su sueño.

—¿Cómo te encuentras, querida?

—Muy bien. —La sonrisa que iba a dibujarse en su cara se congeló al ver la

seriedad de la señora Heilbuth.

—¿Qué pasa? ¿Es mi bebé? —Se incorporó para dirigir una mirada desesperada a la cuna y al ver a la pequeña que se estiraba y bostezaba sintió un alivio que casi la abrumó.

—Tu bebé está bien, Meggan.

—¿Quién...?

—Es tu padre, Meggan. ¡Ay, querida! No es nada fácil decir esto.

—¿Está muerto?

—Sí, querida. Anoche hubo un derrumbamiento en la mina.

—¡Oh! —No gritó negándolo ni sollozó de dolor. Volvió a apoyar la cabeza en la almohada y cerró los ojos para imaginar la vida sin su padre, pero no lo consiguió—. ¿Cuándo es el funeral?

—Mañana, a las diez.

—Quiero asistir.

La señora Heilbuth se horrorizó al oírlo.

—Querida, acabas de dar a luz. Ni siquiera deberías salir de la cama durante otros diez días y mucho menos viajar varias millas hasta el funeral y de vuelta. ¿Y qué pasa con el bebé? Tienes que estar aquí para darle de comer.

La señora Heilbuth expresó de nuevo su espantada desaprobación.

—Sé sensata, Meggan. Lloro a tu padre en la cama, donde tú y la pequeña estáis seguras. Él lo entendería. —Se oyó un vagido en la cuna—. Creo que tu hija tiene hambre. —La señora Heilbuth tomó al bebé de la cuna y lo dejó en brazos de su madre. La pequeñina se arrimó al pecho de su madre buscando el pezón. Meggan se desabrochó rápidamente el camisón y acomodó al bebé contra su pecho. Con la otra mano le acarició el suave pelo negro de la cabeza.

—La llamaré Henrietta, por papá. —Henrietta Constance, añadió para sus adentros: «Mi hija se llamará así por su padre además de por su abuelo. La pobre crecerá sin conocer a ninguno de los dos». Las verdaderas lágrimas de dolor empezaron con ese pensamiento.

La señora Heilbuth se quedó haciendo compañía a Meggan, brindándole todo el consuelo que podía, hasta que Jane trajo una bandeja con el té. La seguían los gemelos, ansiosos por ver otra vez al bebé.

Ambos corrieron hacia la cama cuando vieron al bebé en brazos de Meggan.

—Mira, está despierta —dijo Sarah—. ¿Puedo mecerla, Meggan?

—Por favor —la reprendió su madre.

—¿Por favor?

—Solo un poquito. Sube aquí a mi lado.

—¿Tiene nombre?

—Se llama Henrietta.

Sarah sostuvo al bebé con la misma delicadeza que si fuera de frágil porcelana. Su expresión irradiaba amor y asombro. El semblante de Barney dio muestras de

emociones similares cuando se le permitió ocupar el lugar de su hermana.

«La vida sigue», pensó Meggan, que sintió que su corazón se henchía también de amor. «Cuida de ella, papá. Mantenla a salvo por mí».

—¿Por qué lloras, Meggan? ¿Estás triste porque tienes un bebé?

—No, Barney. Estoy muy feliz de tener un hermoso bebé.

—Barney, Sarah, Meggan necesita descansar. Mañana podréis volver a ver al bebé.

—Sí, mamá. Adiós, Meggan.

—¿No me dais un beso antes de marcharos?

Los dos regresaron a toda prisa y se encaramaron a la cama para darle un beso. Barney besó al bebé.

—Te quiero, pequeña Etty. ¿Crees que ella me quiere?

—Todavía es muy pequeña.

—¿Pero me querrá?

—Te querrá a ti y también querrá a Sarah.

Contento con la promesa, Barney salió de la habitación detrás de su madre y su gemela.

—¿Te quedarás conmigo, Jane?

—No tengo intención de dejarte. ¿Quieres que vuelva a dejar a la pequeña en la cuna?

Meggan le dijo que no con la cabeza.

—Quiero sostenerla un rato más. Jane, cuando las mujeres aborígenes tienen bebés, ¿qué hacen?

—¿A qué te refieres?

—¿Se quedan tumbadas sin hacer nada durante dos semanas?

—Las mujeres aborígenes no tienen ese lujo. Siempre hay que ir a buscar comida y prepararla.

—Así pues, ¿ya caminan poco después de dar a luz?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Si una mujer aborigen puede hacerlo, yo también. Mañana iré al funeral de mi padre y me llevaré a Etty.

La abreviatura del nombre salió de sus labios con mucha facilidad. Meggan acarició la mejilla aterciopelada de su hija con el dedo.

«Pequeña Etty. El nombre te sienta bien».

Hubo continuas protestas por parte de los Heilbuth, nuevamente respaldadas por Cookie. Meggan, con el apoyo de Jane, se mantuvo firme. La señora Heilbuth llevó a la pequeña Etty, envuelta en su chal, hasta la calesa. Jane ayudó a Meggan que, cuando se levantó de la cama para empezar a vestirse, descubrió que no tenía tantas fuerzas como le parecía cuando estaba tumbada. Aun así, no iba a cambiar de

opinión.

El sol brillaba en un día de septiembre perfecto, el cielo era azul y despejado y los arbustos y la hierba presentaban un verde reluciente tras la lluvia de invierno. El ataúd de Henry Collins ya estaba en la carroza fúnebre cuando George Heilbuth detuvo la calesa cerca de la casita. Meggan ahogó un grito y no pudo evitar que se le cayeran las lágrimas al ver el transporte engalanado de negro tirado por un par de caballos con penacho y gualdrapa.

El señor Heilbuth ayudó a Meggan a bajar del carruaje y luego hizo lo mismo con Jane, quien tomó al bebé de brazos de la señora Heilbuth y lo dejó en los de Meggan. Jane la rodeó con el brazo y así se dirigieron lentamente hacia la casita. Su madre estaba sentada en el salón rodeada de gente. Meggan fue hacia ella, se inclinó y puso al bebé en brazos de su abuela.

—La he llamado Henrietta.

Una sonrisa trémula brilló en los ojos de Joanna. Acunó a la pequeña contra el pecho.

—¿Me dejarás que la lleve yo, Meggan?

—Sí, mamá. El señor Heilbuth te llevará en la calesa con nosotras.

—Es muy amable por su parte, señor Heilbuth. El jefe Roach va a mandarme una calesa. Sería apropiado que vinieras conmigo, Meggan.

Las dos calesas siguieron al coche fúnebre desde la mina hasta la Capilla Wesleyana. Los trabajadores de la mina iban andando detrás. Otros se sumaron a la procesión a lo largo de la ruta. Muchos más esperaban en la capilla. Henry Collins había sido un hombre muy apreciado.

Meggan permaneció junto a su madre y cogía a Henrietta cuando la pequeña se ponía inquieta. Cuando estaban echando la tierra sobre el féretro de su padre, Meggan se sintió enferma de cansancio. Al volver a la casita de la mina no puso reparos cuando le ordenaron que se quitara el vestido y se fuera a la cama.

Durante el resto de aquella semana Meggan se quedó en la casita con Joanna. No quería dejar sola a su madre. Por sí misma no sentía una gran necesidad de estar con su madre, de compartir el dolor y encontrar consuelo cuidando de ETTY. Había que hacer el equipaje. La casita del jefe de cuadrilla debía quedar vacía a finales de semana. El jefe Roach envió a unos hombres para que ayudaran a trasladar los muebles y colocarlos en una casita vacía de Bridge Street.

Joanna declinó la invitación de los Heilbuth para que fuera a vivir a Grasslands. Meggan fue incapaz de hacer que cambiara de opinión.

—No me gusta que vivas sola, mamá.

—Podrías vivir conmigo.

—Me asfixiaría en un lugar tan pequeño como este. No tardaríamos en empezar a discutir.

—¿Y por qué tendríamos que hacerlo?

—Mamá, lo sabes tan bien como yo. Nos parecemos demasiado. Ambas podemos

ser muy tercas cuando nos conviene. Y luego está Etty. El aire del campo es más limpio.

Abandonó su argumento mientras sacaba la ropa de cama para colocarla en un armario.

—Mamá —empezó a decir con aire pensativo—, ¿aún te gustaría regresar a Cornualles? Yo te llevaría si es lo que quieres.

Los ojos de Joanna adquirieron una mirada melancólica y ausente.

—Sí, me gustaría ir a casa.

—Entonces iremos, mamá. Cuando Etty sea un poco más mayor.

QUINTA PARTE

Cornualles, 1853

Henrietta Constance Westoby tenía seis meses cuando descendió en brazos de su madre por la plancha de *The Lady May* en Plymouth. Aunque oficialmente era primavera, el invierno seguía aferrado a la tierra y el cielo gris y los vientos crudos no daban una buena bienvenida a los viajeros. Ni tampoco había acudido nadie a recibirlas a su llegada. Meggan observó la alegre reunión de personas queridas tras largo tiempo de ausencia y pensó en sus hermanos en la lejana Australia.

Cuando regresara al país que para entonces sentía que era su hogar, iría a Ballarat. Tenía en mente ofrecerle a Will una parte de los intereses comerciales de su difunto esposo. Su hermano favorito no debería estar trabajando como un esclavo en los yacimientos de oro a cambio de poco más que un sueldo semanal cuando ella tenía mucho más de lo que llegaría a necesitar jamás.

El mayor beneficio de ser rica era la comodidad que compró para la travesía. Meggan y su madre compartieron un camarote amplio, comieron en la mesa del capitán y en general experimentaron un viaje muy distinto al que habían hecho de ida hacía ocho años. En Plymouth no tuvieron que esperar pasando frío a que descargaran su equipaje. Un coche del alquiler las dejó en el mejor hotel de la ciudad y allí sería donde se lo harían llegar.

Al cabo de tres días de haber desembarcado en Plymouth, Meggan alquiló otro coche para que las llevara a Helston. Durante la travesía desde Australia, en la que Meggan intimó con su madre más de lo que lo había hecho nunca, discutieron sobre dónde podría vivir.

—Sería feliz en la parte de Cornualles donde crecí, pero no tengo ganas de estar viendo edificios mineros.

—Desde nuestra casita de Pengelly no veíamos la mina.

—Tampoco sería feliz en Pengelly.

—Sabes que puedes vivir donde quieras, Mamá. Te compraré una casa donde tú elijas. Insisto, mamá. Yo volveré a Australia. Pero no antes de verte instalada y satisfecha.

En Helston, Meggan solicitó los servicios de un agente para que les buscara una casa adecuada. Al discernir la riqueza de su clienta y como sin duda buscaba una comisión lucrativa, la primera casa a la que el agente las llevó habría necesitado a una multitud de sirvientes para su mantenimiento.

Meggan ni siquiera se apeó del carruaje.

—No quiero una mansión, señor Rush. Lo que necesito es una casa sencilla y cómoda.

La siguiente vivienda que les ofreció, aunque era más pequeña, seguía siendo demasiado lujosa.

—Señor Rush, si no puede mostrarme la clase de casa en la que estoy interesada, buscaré otro agente.

—No, no. Hay algo más pequeño, señora Westoby, al otro lado de la ciudad.

—Muy bien. Vamos a echarle un vistazo.

Desde fuera era una casa atractiva, con flores tempranas de primavera en el jardín y jardineras de pensamientos silvestres y flox en las ventanas.

—¿Esta es más de su agrado, señora Westoby?

—¿Qué te parece, mamá? El jardín es precioso. Dijiste que querías un bonito jardín. ¿Quieres que la veamos por dentro?

Joanna no estaba segura.

—La casa es más grande de lo que quiero.

—¿Querría al menos echarle un vistazo, por favor, señora Collins? —El señor Rush estaba ansioso por realizar una venta—. Puede que la encuentre adecuada después de todo.

El interior de la casa no estaba a la altura de lo que prometía su jardín. Daba la impresión de que las cortinas no se habían lavado desde que las colgaron. Había manchas en las alfombras raídas y los suelos de madera estaban rayados. El hollín oscurecía la repisa de la chimenea. Era evidente que la persona que vivía allí se ocupaba mucho más del jardín que de la casa.

El señor Rush continuó con sus esfuerzos para convencerlas de los varios atributos de la vivienda y, al salir, se detuvieron para admirar otra vez el jardín. El agente se fijó enseguida en que la mayor de las dos señoras tocaba una flor colorida, o se inclinaba para inhalar el perfume de un brote más cercano al suelo. Se acercó a ella presuroso con la esperanza de que, aprovechándose de su interés por el jardín, tal vez pudiera convencerla para comprar.

Al llegar a su lado la mujer estaba mirando calle abajo hacia una casita con techo de paja y juncos y paredes encaladas, rodeada por un jardín descuidado.

—Señor Rush —le preguntó dirigiéndole una breve mirada tras la cual continuó contemplando la casita—. ¿Vive alguien allí?

—No estoy seguro, señora Collins. No estará interesada en un lugar como ese, ¿verdad?

Meggan miró el semblante de su madre.

—¿Quieres que nos acerquemos hasta la casita, mamá? Quizá haya alguien que pueda decírnoslo.

El señor Rush las siguió al tiempo que expresaba su protesta. La puertecilla de la cerca rechinó un poco cuando Joanna la empujó para abrirla. Tres aves de corral que buscaban comida por el jardín se alejaron con un revuelo. Las mujeres se dieron cuenta de que, en otro tiempo, aquel jardín habría competido con el otro en belleza. Lo único que hacía falta era arrancar las malas hierbas, podar los arbustos descuidados y reemplazar las plantas muertas y enfermas por otras nuevas.

El señor Rush, que aunque no estaba ni mucho menos contento con el interés de

su cliente por un lugar tan humilde como aquel, aún esperaba obtener cierta comisión, llamó a la puerta de la casita. No hubo repuesta e instó a las señoras a volver al carruaje con la promesa de hacer indagaciones. De camino al hotel pasaron por otras tres propiedades que el agente consideraba más adecuadas para una mujer acaudalada. Una de ellas era un lugar encantador. Una casa de una sola planta con un jardín muy bien cuidado.

—La familia se marcha a finales del mes próximo para reunirse con sus hijos en Australia.

—Para eso faltan seis semanas, señor Rush. Mi madre y yo no queremos permanecer en el hotel durante tanto tiempo.

Regresaron al hotel a tiempo para la comida. Cuando hubo dejado a Etty en la cuna, Meggan habló con su madre de las casas que habían visto.

—A mí me gusta la última que hemos visto, mamá. Es una pena que no esté disponible hasta finales del mes que viene.

—Ya he visto la casa que quiero. Y no es esa.

—Tú quieres la del jardín descuidado.

—Tal vez sea una vieja boba, Meggan. Tuve la sensación de que la casa me pedía que viviera en ella, que la cuidara otra vez.

—Vaya, mamá, no sabía que fueras fantasiosa.

—No, no es propio de mí tener estas ideas.

—¿Quieres que volvamos a ver la casita, mamá? Pero sin el señor Rush. No creo que él se mueva para hacer indagaciones si cree que puede vendernos la otra casa.

A media tarde alquilaron un coche que las llevara hasta la casita. Los pollos estaban escarbando en el suelo como antes y las ventanas y la puerta seguían cerradas. Tampoco respondió nadie cuando llamaron a la puerta. Las ventanas tenían las cortinas corridas, por lo que no pudieron echar un vistazo dentro. Fueron andando hasta un lado de la casa, donde crecían las rosas en un espaldar de la pared y los junquillos de dulce perfume florecían con profusión entre las malas hierbas.

En un rincón a resguardo del sol encontraron un asiento de jardín que las invitó a descansar. Hacía muchos años que Meggan no había visto a Joanna con semejante expresión de tranquilidad.

—Quieres esta casa de verdad, ¿eh, mamá?

Joanna asintió con una sonrisa.

—Sí, así es.

Permanecieron sentadas en silencio, empapándose de la calma del jardín. Bajo aquel sol soñoliento, el perfume de las flores, el zumbido de las abejas y el gorjeo de los pájaros hacían que las preocupaciones mundanas parecieran quedar muy lejos.

—En este lugar podría ser feliz, Meggan.

—Tenemos que averiguar si está en venta. Estoy empezando a pensar que aquí no vive nadie.

Cuando Etty empezó a llorar se dispusieron a marcharse.

—Es hora de irse, mamá. Tengo que dar de comer a Etty y ya hemos hecho esperar bastante al cochero.

Al volver al jardín de la parte delantera vieron a un joven hablando con el cochero, el cual hizo un gesto con la cabeza en dirección a ellas. El joven se dio la vuelta y se les acercó. Iba con la cabeza descubierta, vestido con atuendo de granjero.

—¿Puedo servirles en algo, señoras?

—Puede —respondió Meggan—, si sabe decirnos quién es el propietario de la casita.

—Es mi madre, salvo que ahora no vive aquí. Vive con nosotros en la granja.

—¿Su madre querría venderme la casa? Puedo ofrecerle un buen precio.

—Mamá no está en condiciones de decidir. Dudo que se acuerde siquiera de este lugar.

—Lo lamento. Debe de ser muy duro para usted.

—Cuidar de ella no es un problema. ¿Quieren echar un vistazo dentro?

—Sí, siempre y cuando exista la posibilidad de que podamos comprarla. De lo contrario no le haremos perder el tiempo.

—Si sigue queriendo comprarla después de verla por dentro, puede quedársela.

Joanna se sintió embargada de alegría.

—¿Vendería el mobiliario con la casa?

—Puede quedárselo todo, tal y como está. Me doy cuenta de lo mucho que la desea.

Joanna, Meggan y Etty se mudaron a la casita al día siguiente, sin más dilación. Habían acordado un precio que les pareció adecuado a ambas partes y contrataron a un procurador para que redactara las escrituras. Con absoluta confianza, el granjero accedió a que tomaran posesión de inmediato. Meggan nunca había visto a su madre tan feliz como entonces. También se fijó en que disminuía su obsesivo fervor religioso. Acudía a misa los domingos y leía la biblia antes de retirarse por las noches, pero ya no adornaba sus palabras con declaraciones sobre la voluntad de Dios o la necesidad de hacer penitencia. Había llegado la canícula y Joanna estaba bien instalada en su casita cuando Meggan empezó a hablar de su regreso a Australia.

—Antes de marcharme quiero visitar la tumba de Caroline. ¿Vendrás conmigo, mamá?

—No voy a ir a Pengelly, Meggan. Sería demasiado doloroso.

Meggan fue sola. Alquiló un cabriolé para conducirlo ella misma y dejó a Etty con su abuela.

Después de ocho años de ausencia no esperaba encontrarse el pueblo muy cambiado. Al principio no pudo determinar la diferencia, hasta que vio que algunas de las casas estaban vacías mientras que otras mostraban signos de extrema pobreza. Por curiosidad condujo hasta Wheal Pengelly y se sorprendió mucho al encontrar la

mina abandonada. Eso explicaba el cambio en el pueblo.

De camino a la iglesia no vio a nadie a quien poder preguntar sobre la mina. Dejó el caballo atado a la valla, rodeó el cementerio y se dirigió al lugar en el que habían enterrado a Caroline en tierra no consagrada. Se preguntó si la tumba había llegado a señalarse, si sabría dónde colocar las flores que había traído.

Resultó fácil encontrar la tumba de Caroline. Alguien se había preocupado de erigir una cruz de madera en la que se leía su nombre y la fecha de su muerte. Unas piedras grandes delimitaban el montículo cubierto por una alfombra, blanca como la nieve, de lobularia, la flor favorita de Caroline. La hierba circundante estaba tan bien recortada que casi parecía césped.

Meggan esparció sus flores por encima de las lobularias, que emanaron su perfume con más intensidad.

—¿Quién cuida de ti, Caro? ¿A quién le importas tanto en Pengelly?

—¿Te creerías que a mí?

Meggan se dio la vuelta rápidamente y soltó un grito ahogado. Rodney Tremayne estaba a apenas un metro de distancia.

—Me has asustado. No te oí llegar.

—Te pido disculpas. Me acerqué sin hacer ruido, tenía curiosidad por saber de quién era el cabriolé.

—Igual que yo tenía curiosidad por la tumba de Caro.

—He estado ocupándome de ella desde que llegué a casa. Por mal que pudiera haber estado, quería a Caroline de verdad. Esto es lo único que puedo hacer ahora por ella.

—Te estoy muy agradecida. ¿Llegaste a tiempo de ver a tu padre?

—Mi padre continúa vivo, aunque cada día que pasa es como un regalo. Los médicos dicen que podría fallarle el corazón en cualquier momento. Pero también podría ser que viviera meses, o incluso años.

—¿Es por eso que la mina ya no está en funcionamiento?

—Ah, el motivo es mucho más trágico. El verano pasado se inundó. Se ahogaron cinco hombres. Muchos otros tuvieron la suerte de escapar. La mina ha estado parada desde la tragedia. Dudo que alguna vez vuelvan a explotarla. Casi todas las familias del pueblo emigraron a Australia o Norteamérica. Solo se quedaron los pescadores.

—¿Algún miembro de la familia Roberts sigue viviendo en el pueblo?

—Las chicas y la madre se han quedado. Ahora que ya he respondido a tus preguntas, Meggan, cuéntame cómo es que estás aquí.

—Mi padre también murió por un accidente en una mina. Traje a mi madre a casa, a Cornualles. Tiene una casita en Helston.

—Acepta mis condolencias, por favor, Meggan. Así que has vuelto a Cornualles. No debes marcharte sin ver a Jenny. Se entusiasmará cuando sepa que estás aquí. Vuelve conmigo ahora. Se llevará una gran sorpresa.

—Debo regresar a Helston. Dejé a mi madre cuidando de mi bebé.

—¿Tienes un hijo?

—Sí, una niña.

—¿Tu esposo está contigo?

—No. Él está en Australia.

Lo cual era más no terminar de decir la verdad que una mentira descarada. Meggan no quería revelar su condición de viuda. Y por mucho que le hubiese encantado ver a Jenny, tampoco se atrevía a correr el riesgo de encontrarse a Con. Había hecho el viaje con la esperanza de evitar a los habitantes de la mansión Tremayne.

Dieron media vuelta los dos y regresaron rodeando el cementerio. Cuando Meggan iba a despedirse, Rodney se adelantó.

—¿Has visto o has sabido algo de Anne?

—La vi brevemente en Adelaida. Se casó con un maestro de escuela el pasado noviembre.

—¿Es feliz?

—Creo que están muy enamorados.

—Me alegro por ella. Anne se merece ser feliz.

—¿La querías?

—Anne me gustaba, pero no, no la quería.

—Está claro que Anne no se arrepiente de nada. Declaró que le habías hecho un favor marchándote.

Rodney se echó a reír.

—¿Sigue tan directa como siempre?

—Anne no cambiará nunca.

—¿Y qué me dices de Jane? —preguntó tras una pausa.

—Jane está en Grasslands, donde yo trabajaba antes de casarme. Es la niñera de los gemelos.

—Nunca pensé que dejaría a los Winton. ¿La gente para la que trabaja se porta bien con ella?

—Son muy buenas personas. Jane les está muy agradecida.

—¿Agradecida por qué? ¿Qué es lo que no me has contado, Meggan?

Meggan lo miró directamente a los ojos.

—Jane tiene un hijo, D'Arcy. Tiene cuatro... no, estará a punto de cumplir seis meses. —Casi pudo ver cómo Rodney hacía mentalmente los cálculos, lo vio empalidecer.

—¿Mi hijo?

—Sí. Tu hijo.

—Así que es por eso que dejó a los Winton, y por eso recibí la carta de Anne pidiéndome que rompiera nuestro compromiso. Y yo le hice eso. Pobre Jane.

—No tan pobre como Caroline. Jane está viva, es feliz y tiene un hermoso hijo al que amar. No eches a perder su vida, Rodney.

—¿Cómo podría echar a perder la vida de Jane?

—Reconociendo a tu hijo, volviendo para verle. Jane tiene intención de criarlo para que esté orgulloso de su raza. Todavía no ha decidido si le contará que su padre fue un hombre blanco.

—No es necesario que temas por Jane. No voy a regresar a Australia. Mis raíces están aquí, en Pengelly. Cuando pisé otra vez el suelo de Cornualles me sentí como si volviera a la vida.

—¿Cuándo retomaste el nombre de Rodney Tremayne?

—James Pengelly se quedó en Australia, el único lugar en el que existió y donde permanecerá. Aquí no hay lugar para él, y tampoco hay lugar en Australia para Rodney Tremayne.

Poco después se separaron y Meggan le hizo una promesa vaga de que iría a visitar a Jenny antes de marcharse de Helston. Siguiendo un impulso, Meggan condujo el cabriolé hacia el camino que llevaba a la casita de los Roberts. No había muchas señales de cambios en el aspecto destartalado de su humilde vivienda.

Le abrió la puerta una chica de unos diecisiete años que le brindó una rápida y nerviosa inclinación de la cabeza.

—Mamá —llamó—, hay una señora en la puerta.

—¿Quién es?

—Soy Meggan Collins, señora Roberts —respondió Meggan.

—Bueno, pasa, hija. Agnes, haz entrar a Meggan.

Agnes, que abrió desmesuradamente los ojos de la sorpresa, se hizo a un lado para que Meggan agachara la cabeza y entrara por la puerta baja. A pesar de ser un día cálido de verano, la señora Roberts estaba sentada arrimada al fuego.

—Hola, señora Roberts.

La anciana entrecerró los ojos para mirarla.

—Sí, eres Meggan Collins, ya lo creo. Te ha ido bien, a juzgar por tu aspecto. ¿Te acuerdas de Meggan, Agnes? Aunque aún eras una cría cuando ellos dejaron el pueblo.

Agnes asintió tímidamente con la cabeza, incapaz de apartar la mirada de aquella hermosa mujer. La chica no había visto en su vida nada tan hermoso como ese vestido de color lila, nunca había visto unos anillos tan destellantes como los que Meggan llevaba en el dedo anular. Se había quedado muda de asombro. ¡Cómo le gustaría tener un vestido la mitad de bonito y poder hablar tan bien como ella! Agnes escuchó embelesada a su madre mientras contaba que las gemelas, Annie y Betty, se habían casado con unos pescadores y que Agnes era la única que quedaba en casa.

Meggan, a su vez, relató las peripecias de la familia Collins desde que dejaron Pengelly. No lo reveló todo, y por supuesto Meggan no reveló todo lo que sabía de Tom.

—Así que tus hermanos están buscando oro. ¿Sabes qué es lo que está haciendo ahora mi Tom?

—Will me escribió diciendo que Tom se había unido a las fuerzas de policía.

La señora Roberts mostró una amplia sonrisa desdentada.

—Mi Tom en la policía. Eso es magnífico, ¿verdad, Agnes? Es un buen muchacho, mi Tom.

La pobre mujer tenía derecho a pensar bien de su hijo. Su vida ya había sido lo bastante dura sin contarle que su hijo favorito tenía un carácter peor que el de su marido, quien en vida le pegaba y no paraba de dejarla embarazada.

Después de despedirse e intercambiar buenos deseos, Agnes siguió a Meggan hacia el exterior de la casita.

—No podía decirlo delante de mamá. ¿Querías llevarme a Australia contigo?

—¿Y tu madre, Agnes? ¿Quién cuidará de ella?

—Annie o Betty la acogerían. No hay nada para mí en Pengelly. Quiero mejorar, hablar como es debido como tú.

—Lo comprendo, Agnes. —La chica tenía razón. No había futuro para ella en Pengelly. Incluso en Helston los únicos empleos que podría encontrar serían de la más baja categoría—. He estado pensando en contratar a una compañera para que viaje conmigo. ¿Te gustaría acompañarme como mi doncella? Si demuestras que vales durante el viaje, te quedarás a mi servicio.

Agnes parecía muy agradable. Tom también había sido agradable a esa edad. Meggan no podía comprometerse a nada más definitivo hasta que comprobara si algunas de las malas cualidades de su hermano yacían latentes en la hermana más pequeña.

—Gracias, Meggan, gracias.

—Debes hablar con tu madre y tus hermanas enseguida. Si deseas aceptar mi oferta tendrás que venir a Helston a finales de semana. Tendrás que llevar ropa adecuada. También tendrás que aprender tus obligaciones antes de que zarpe. No podré enseñarte a bordo de un barco.

Una Agnes eufórica agarró la mano de Meggan para besársela. Sus agradecimientos y promesas de trabajar duro fueron muy efusivos.

—Tengo que marcharme, Agnes. Nos veremos a finales de semana.

Joanna estuvo totalmente de acuerdo con la decisión de Meggan de emplear a Agnes Roberts. Ajena al lado más oscuro de la naturaleza de Tom, Joanna seguía considerándolo un hombre bueno y trabajador.

—Sería estupendo si la muchacha viera otra vez a Tom. Estarás pensando en ir a Ballarat a ver a tus hermanos.

—Así es. —Pero no para encontrarse con Tom Roberts si había forma posible de evitarlo.

La mañana después de su visita a Pengelly, Meggan se despertó con un dolor de cabeza que la hizo quedarse en casa en lugar de acompañar a Joanna a visitar a una de sus nuevas amigas. Estaba tendida en la cama, viendo dormir a Etty, cuando oyó las ruedas de un carruaje. Creyó que el transporte se detenía más allá de su casa, de manera que se sobresaltó cuando llamaron a la puerta.

Meggan fue a abrir y se encontró con la persona a la que menos se esperaba ver.

—¡Jenny! —Avanzó de forma instintiva para abrazar a su amiga. Se separaron, cogidas de la mano, ambas sonriendo—. No te esperaba, Jenny.

—No iba a esperar ni un día más cuando Rodney me dijo que estabas en Cornualles. ¡Oh, me alegro tanto de verte!

—Y yo también. Pero entra, tengo muchas cosas que contarte. —Entonces, cuando estuvieron sentadas, le hizo la pregunta, porque retrasarla solo la hubiera hecho más difícil de expresar—: ¿Cómo está Con?

—Que yo sepa bien.

—¿Está lejos de casa?

Jenny soltó una exclamación.

—¡Qué tonta soy, Meggan! ¿Cómo ibas a saberlo? Con se estableció en Australia. Ha comprado tierras en Victoria.

—Ah. —Durante todas aquellas semanas Meggan se lo había imaginado en Pengelly, había rezado para no encontrárselo por casualidad cuando estaba en la ciudad al tiempo que, contrariamente, albergaba la esperanza de ver su cara aunque solo fuera de manera fugaz.

—Escribió para decir que se había encontrado con que ya estabas casada.

—Sí. —Y ella había creído que él regresó para casarse con Jenny. ¿Acaso el destino iba a mantenerlos siempre separados? ¿No iba a desaparecer nunca el dolor de su corazón?

Jenny alargó el brazo y tomó de la mano a Meggan. Con voz dulce por la preocupación le preguntó:

—¿Qué pasa, Meggan?

—Soy viuda. Mi esposo murió el pasado junio.

—Lo siento mucho. Todavía lo estás llorando.

—Era un hombre bueno y cariñoso. Creo que le quería.

—Vamos a hablar de cosas más alegres. Creo que tuviste un gran éxito con tu canto.

Durante una media hora estuvieron hablando como lo hacen las amigas de los acontecimientos acaecidos en sus vidas desde la última vez que se vieron. Meggan le habló a Jenny de sus hermanos en Ballarat.

—¿Will se ha casado?

Meggan percibió algo más que pura curiosidad en la pregunta.

—Creo que Will solo se casaría si amara de verdad a una mujer. —Jenny bajó la vista para sacudirse una mota imaginaria de la falda. Meggan continuó diciendo—: Siempre sospeché que lo amabas.

—A tu hermano ni siquiera le gusto.

—Mi hermano también te ama. Me lo ha dicho él.

Jenny alzó la mirada con ojos afligidos.

—¿Cuándo? ¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué dejó que me marchara de Australia?

—¿Podrías haber llevado la vida de la esposa de un minero? ¿Podrías llevarla ahora que solo tiene una tienda con una fogata fuera para cocinar?

—Podría soportar cualquier cosa con Will a mi lado.

—Entonces ven a Australia conmigo, Jenny. Demuéstrale tu amor a Will y él no podrá negar el suyo.

—¿Y si no me acepta? ¿Y si hago el viaje en balde?

—Si no tienes el coraje de aprovechar esa oportunidad, ¿cómo encontrarás el coraje para aceptar la vida que él te ofrecerá?

—Querida Meggan, tú siempre tan práctica. Dime, ¿tú...? ¡Oh! ¿Qué ha sido eso?

—Mi bebé. Discúlpame mientras voy a por ella.

En cuanto le cambió el pañal, Etty dejó de llorar y gorjeaba alegremente cuando Meggan se la llevó a Jenny. La joven se puso en pie de inmediato para coger a la niña en brazos.

—Es preciosa, Meggan. ¿Cómo se llama?

—Henrietta. La llamamos Etty. Fue el pequeño Barney quien le puso el diminutivo.

Meggan observó a Jenny con una sonrisa. Tal vez, algún día, la muchacha sostendría a su propio bebé, suyo y de Will, con la misma ternura. Se fijó en que Jenny arrugaba un poco la frente y le dirigía una mirada rápida antes de volver a centrar su atención en el bebé.

—Meggan —le preguntó sin levantar la mirada—. ¿Es Con su padre?

La pregunta le sorprendió tanto que fue incapaz de dar una respuesta.

Jenny la miró y se lo vio en la cara.

—Etty tiene los ojos de Con. No pienso mal de ti, Meggan. Sé cuán profundamente te quería Con. Aunque intentaste ocultar tus sentimientos, sé que tú también lo querías. Por eso lo mandé de vuelta a ti.

—Fue demasiado tarde. Fuimos todo lo felices que pudimos mientras mi esposo estaba ausente.

—Tú pensabas que Con había regresado a Cornualles para casarse conmigo. Por lo tanto, él no sabe que tiene una hija.

—No.

—Debes escribirle, Meggan. Te daré su dirección. Has estado diciéndome qué hacer con mi vida y ahora yo te digo qué hacer con la tuya. Con no se ha casado, tú

eres viuda, tenéis una hermosa hija de los dos. Estáis hechos el uno para el otro.

—Igual que Will y tú. Debes regresar conmigo, Jenny. Si lo retrasas podría ser que tuvieras que vivir cargada de remordimientos, igual que yo.

Jenny no fue la única Tremayne que visitó la casita de Helston. Al cabo de tres días, después de dejar a Jenny en el hotel donde iba a comer con Meggan, el carruaje de los Tremayne llevó a Phillip a la casita de Joanna.

No la saludó con formalidad.

—Necesito hablar contigo, Joanna. ¿Puedo entrar?

Ella se dio la vuelta y lo condujo hasta la cocina negándose deliberadamente a concederle el privilegio especial del salón. Rodeó la mesa y apoyó las manos sobre su bien restregada superficie.

—¿Qué quieres?

Él la miró con socarronería.

—¿Es que no vas ni a saludarme, Joanna?

—¿Me has saludado tú?

—Te pido disculpas, no lo hice. Me preocupaba más que no me echaras. —Hizo un momento de pausa, quizá para que ella hablara—. Tienes buen aspecto. Me sorprendió, e incluso me complació, saber que estabas de vuelta en Cornualles.

—¿Y eso por qué? —Joanna se mostraba cautelosa. Creía que si Phillip Tremayne había ido a verla sería solo porque quería algo de ella. El resurgir de unos sentimientos que Joanna había creído muertos desde hacía mucho tiempo hacía que estuviera menos segura de sí misma.

—Hace mucho tiempo que quiero compensarte, por Caroline.

—Caroline está muerta.

—Ya lo sé. Tal vez si hubiera mostrado más interés por ella cuando estaba viva, la tragedia podría haberse evitado.

—No podías. Hubiera habido rumores.

—Al final los hubo igualmente, ¿no es verdad? La verdad tiene la costumbre de salir a la luz. Joanna, me dijiste que Hal era hijo mío. ¿Es cierto?

—Sí.

—¿Lo sabe él?

—No lo sabe nadie.

—No hice nada por Caroline. Me gustaría hacer algo por Hal.

Joanna volvió a recelar.

—Él no debe saberlo.

—No lo sabrá, hasta después de mi muerte. Tengo intención de dejarle una herencia. —Se anticipó rápidamente a las protestas de Joanna—. Si Rodney no hubiera regresado, tenía pensado nombrar a Hal mi heredero.

—No. Están tu hija y el señor Trevannick.

—Con ha optado por seguir su camino en Australia. Jenny quiere ir con él. Aunque no entiendo su determinación. Sin embargo, eso ahora no importa. Rodney está en casa y ha venido para quedarse. Él heredará la propiedad. Hal recibirá un pequeño legado.

—No. —Joanna meneó la cabeza.

—Si estás preocupada por los rumores, no habrá ninguno. Cuando se lea mi testamento, a él no se le nombrará. Solo mi abogado sabrá su identidad.

—¿Y cómo se sentirá Hal al enterarse de que eres su padre?

—¿Qué daño puede hacer? Henry Collins está muerto y tú estás muy lejos de Hal.

—Sigues siendo el mismo. Piensas en ti mismo.

—Estoy pensando en Hal.

—Entonces no le digas lo que es mejor que no sepa. Te odiará. No aceptará el dinero.

Phillip tomó asiento pesadamente y apoyó los codos en la mesa. Permaneció allí sentado con la cabeza entre las manos durante un rato. Joanna se sentó frente a él y aguardó hasta que Phillip levantó la cabeza.

—¡Ay, Joanna! Siempre fuiste más sensata que yo. Tienes razón, he estado pensando más en mí que en nadie, ansioso por expiar mis pecados mientras aún haya tiempo. No voy a cambiar de opinión en cuanto al legado. Puede quedar como un misterio para él. Tuya será la decisión de decirle o no de dónde proviene.

—Gracias, Phillip.

Él sonrió.

—Estoy perdonado. Has utilizado mi nombre. ¿Me perdonarás lo suficiente como para hacerme una taza de té?

Joanna le devolvió la sonrisa, se levantó y le preparó el té con la tetera que había en el quemador. Cuando le puso la taza delante, él le tomó la mano.

—Joanna, ¿puedo venir a verte de vez en cuando? Nunca dejé de quererte. —Notó el temblor en la mano de la mujer—. A ti te ha pasado lo mismo.

—No me iré a la cama contigo.

Una sonrisa triste asomó a las comisuras de sus labios.

—Mi cuerpo ya no es capaz de esa clase de amor, y tampoco busco dañar tu reputación. Quiero tu compañía durante el tiempo que me quede en este mundo, Joanna, tener algo de lo que se nos negó cuando éramos más jóvenes.

—Porque dos personas como nosotros no podían casarse.

—Cierto. Tal vez debería haberme casado contigo y haberte llevado a Australia donde creo que no importan este tipo de cosas como la clase social.

—No, Phillip. Tus raíces, al igual que las mías, están en Cornualles.

Cuando se levantó para marcharse, le repitió la pregunta.

—¿Puedo venir a verte, Joanna?

—Siempre serás bienvenido.

Ya se habían hecho todos los preparativos para el regreso a Australia. A Agnes Roberts, que había demostrado aprender rápido y tener muchas ganas de complacer, se la había provisto de un nuevo guardarropa. Los arcones de Meggan ya estaban llenos. Por la mañana, Rodney llevaría a Jenny hasta allí desde la mansión Tremayne y las acompañaría desde Helston a Plymouth para verlas embarcar sin ningún percance.

En aquella última tarde Meggan sintió deseos de visitar Pengelly una última vez. Al igual que en la ocasión anterior, ató el cabriolé de alquiler a la verja del cementerio y luego le llevó flores a su hermana. Desde allí subió por la colina hasta los páramos, donde había corrido y jugado de niña. Recorrió varias millas sintiendo el calor del sol sobre la cabeza descubierta. Se sorprendió experimentando una sensación de paz que durante demasiado tiempo le había sido desconocida. Renuente a marcharse, Meggan se sentó en una roca y se quedó allí empapándose de la atmósfera sin más.

Percibió un movimiento por el rabillo del ojo que le hizo volver la cabeza. Contuvo el aliento. Una liebre blanca estaba sentada mirándola. Meggan se quedó muy quieta. La liebre siguió igualmente inmóvil. Estuvieron así un largo rato en el que ni la mujer ni el animal se movieron.

Meggan ladeó la cabeza.

—¿Me estás sonriendo, verdad?

La liebre movió las orejas.

Meggan estalló en carcajadas y la liebre se esfumó.

Con el mismo abandono de su niñez, Meggan se levantó de un salto y echó a correr ladera abajo riéndose.

La sombra de la superstición no iba a empañar su vida nunca más. Era libre de ir en busca del hombre al que amaba.



Merice Briffa es una autora australiana que estudió *ballet* desde los cinco años.

A los diecinueve tuvo que decidir entre ingresar en la recién formada Australian Ballet Company o casarse con el hombre al que amaba: eligió el matrimonio, y nunca se arrepintió de ello.

Más tarde, abrió una escuela de danza.

La dirigió durante varios años, hasta que decidió venderla para dedicarse a la literatura y a viajar a través de Australia. «La liebre blanca» fue su primera obra publicada en castellano, que forma parte de una saga.